©[1] **José D. Díez**

Yo, Alejandro

SEGUNDA PARTE

[1] **Inscrito con el número 1400 en el Registro de la Propiedad Intelectual de Málaga, 6 de Noviembre de 1995, bajo el título "Era bueno y suficiente"**

Quiero tomarme tiempo para reconducir el proyecto que, de forma tan simple y abrupta, Ana lo ha puesto en entredicho y tambaleante. En realidad, yo mismo me había dado un tiempo breve, como no podía ser menos, para determinar la importancia de un empeño que siempre me pareció imposible, y un tiempo un poco más dilatado para lo que sí estoy seguro que puedo conseguir, aunque tendré que definirlo. Porque, me he preguntado, claro está, ¿qué objeto tiene buscar la verdad? ¿Existe y qué es la verdad? El hombre, siempre, se ha conformado con medias verdades o se ha inventado completas mentiras para procurarse felicidad, paraísos artificiales, destinos más allá de su muerte o, simplemente, tranquilidad para su inquieto espíritu. Gracias a ello vive o malvive el día a día, sin los previsibles grandes desasosiegos que tendría de haberse aproximado al abismo de lo inexplicado, que por tantos y tantos siglos se ha estado preguntando. Esa condición del hombre ante su trascendencia, parece ser la

conducta universal, salvo para unos pocos que se arriesgaron a bucear en ella y que debieron, como nadie, sentir el ahogo de su espesa contextura. En algo no había pensado hasta ahora: a las células les debe repeler el encuentro con la verdad y, o la ocultan celosamente, o carecen de medios para conocerla. Puede ser que en la fábrica del conocimiento, colectivos de células trabajen incansables para descubrir la verdad de su existencia, concretada en algo tan simple de formular: ¿por qué? Y eso, por paradójico, es otro misterio. Aun así, la intuición parece postular que, por voluntad o por accidente, el hombre cada día se aproxima más a interpretar los algoritmos de muchos de los misterios con los que ha convivido, ¿por qué no hacerlo también con éste? Pero también la intuición te susurra que el día que el hombre conozca la verdad, probablemente se habrán acabado las ilusiones, los sueños, la esperanza; no tendrán sentido los ideales, los objetivos que el hombre se marca para su descendencia, porque el futuro será un simple conjunto de hechos estadísticos, accidentales, fortuitos, espontáneos, mecánico-físicos, mecánico-químicos, no previsibles anticipadamente; contingentes en suma. Sí, la verdad puede ser más tenebrosa que su insondable avaricia de ocultarse. ¿Quién ha pensado alguna vez en lo que se encontraría más allá de la verdad? ¿Qué harían entonces las células? La simpleza de mi razón me dice que, individualmente, lo mismo que hacen ahora. Sí todas esas argucias que elucubran en conjunto, forman parte de la batería que venimos en denominar supervivencia, ¿se podría llegar a la conclusión que toda trascendencia no es más que un rechazo al desorden? Podría suceder que los pensamientos que ahora no son ni verdad ni mentira, tan sólo especulativos, pasaran a ser sólo verdad, verdad en torno a unos pocos principios intranscendentes, puramente mecanicistas, como ha apuntado Ana sin desearlo. En tal circunstancia, la idea de mundo, sociedad,

hombre, sería una gran y pretérita mentira, y quizá sólo se impusiera una gran verdad y una pequeña: el Cosmos sería la grande, y nosotros, forma infinitamente pequeña más del Cosmos, la pequeña e insignificante. Por eso, al contrario de lo que Ana disfruta, yo soy consciente de que para mí ya no existen ilusiones, y esto porque he encontrado una verdad escuálida para mí sólo, después de la cual, la felicidad se ha quedado diluida en bienestar soporífero; el futuro que me importa es el inmediato que se puede vivir; la no esperanza me impide soñar con un futuro lejano. A veces, pienso que soy un extraño caso de anticipación de lo que el hombre será en el futuro con su verdad universal a cuestas, una lúgubre e ínfima carga sobre un miserable meteorito errante en el Universo. Quizá el hombre, inconscientemente, ya ha ido demasiado lejos en pos de la verdad, y todos los paraísos que había soñado se están esfumado como bengalas que estallan. Pensando así, ¿qué puedo esperar hacer a partir de tales reflexiones? Ni siquiera puedo jugar a ser un dios; ¿qué sentido tiene? Los dioses se dan por muertos o viven apáticos ante su propia obra ¿Qué más me da ser una cosa u otra, un cuerpo, una célula, un puñado de átomos? Una vida tan accidental no merece la pena ser vivida, sólo aferrándose a una concreta forma de organización de la materia, como un imán aferrando las partículas de hierro. ¿Y qué puedo hacer? Mi vida, además de accidental, ha sido miserable en la clasificación que del comportamiento hacen los hombres. ¿Pude ser diferente? ¿Tiene algún significado el comportamiento? ¿Se puede evaluar, premiar, castigar? Quizá, pero ¿para qué y por qué? Si comprobara que la vida de los demás seres humanos no es menos miserable que la mía ¿me puede consolar, si algún desconsuelo me puede causar el pensar en la diferente suerte de los demás, que pudieron andar otros caminos? Eso sí puedo intentarlo, lo que fui habría sido sólo cuestión de suerte, o mala suerte en mi caso, pero ¿vale la pena?

Si he sido un miserable porque no pude ser otra cosa, y soy consciente de ello, ¿no es suficiente motivo de tranquilidad? ¿Por qué no lo es, y más bien al contrario, el ser consciente me desasosiega? ¿Dispongo de recursos para aceptarlo, sin más, y no morir atormentado? Para buscar esa paz, aunque sea como ultimo empeño en el que me embarco en la vida, fue que creé este mundo. Esa es mi verdad. Después de una vida de éxito en todos mis empeños, sentiría haber fracasado en conjunto si no encuentro la paz de espíritu que necesito y busco. ¿Qué logro es el que debo alcanzar en mi mundo que no alcancé en el otro? Podría aquí cambiar todo mi comportamiento anterior, pero ¿y la memoria? ¿Puedo olvidarme de lo que fui en el otro mundo? ¿No es ese el castigo, recordarlo siempre, con el que se induce a los hombres en el otro mundo respecto a la otra vida llamada eterna? Yo no he creado mi mundo como un paso previo de purificación para no tener que lamentarme en esa vida eterna indemostrada. Mi mundo no puede ser otra cosa que la herramienta que he diseñado para vencer mi inquietud, pues que la tengo y no la puedo soslayar, como tampoco puedo soslayar el hambre que sentiría si no comiera. Pero, ¿por dónde debería venir lo que necesito? ¿Y si demuestro que la miseria es una común condición humana o, al menos, inevitable para el que la padece? Sí, sí, ¡eso es!. De paso justificaré toda mi vida y podré morir en paz, ¿qué mejor objetivo puedo alcanzar antes de que llegue el momento de retirar la vara de la que pende mi muerte y encontrarme abrazado a ella? Morir en paz conmigo mismo debe ser mi gran objetivo, sí, lo quiero y debo vencer. Los hombres apuran sus últimos alientos en reconciliarse consigo mismos, sin conseguirlo; sólo los ingenuos intentan reconciliarse con los demás.

Y también, por ser consecuente, porque el ser consecuente, al menos con mi consciente, me hace decir que aquellos propósitos del hombre, que le relacionan con su pretendida trascendencia, siempre se quedaron en

formulaciones vanas, para las que, en algún caso, encontró eco entre los suyos, los débiles de espíritu a la búsqueda de gangas con el menor esfuerzo. En algún lugar, un ente desconocido, burlonamente, se ha estado sonriendo desde que al hombre le dio por pensar; un profesor que se las sabe todas y que maneja una verdad que nosotros desconocemos, o que sabe que el desarrollo de esa verdad tiene unos límites infranqueables cuidadosamente establecidos. Así que, como los hombres de ciencia que deciden no perder más tiempo proyectando lo imposible, como gato escaldado que del agua fría huye, al menos en el caso de un hombre como yo, que hubiese querido manejar desde el inconsciente de lo posible cualquier certeza imposible, voy a ser consecuente. A partir de ya mismo, sin más dilación ni intentos fútiles, el Alejandro payaso que se perfilaba, va a ir poco a poco despojándose de su máscara y apareciendo como el ser que sólo puede tener lástima de sí mismo; el hombre paradójico; el imbécil universal que ya no puede hacer daño, como cualquier imbécil viviendo en su mundo. Mientras ese hombre despojado de todas las máscaras llega, tendré que hacer algunas payasadas más, ridículas como no podría ser de otra forma; el público, me refiero al resto de los personajes que me han de acompañar y que me observa, no demanda otra cosa de mi actuación, y sólo espera que me derrumbe y les deje recoger los despojos. Tampoco Ana, la Ana idealista, dejará de despertar a la realidad a los sones de la codicia. Seguiré sirviéndome de las contradicciones para refrescar o mitigar el desasosiego que ha de sentirse ante un fracaso no esperado, al menos tan pronto; como si yo hubiese dado esperanza de ofrecer un peldaño más que acercara al hombre a la cima. Sísifo debió darse cuenta de su inútil empeño, y habría hecho bien en desistir a la primera ocasión y así no hacer el ridículo.

***

No comencé a ser consecuente con mi finitud, y lejos de avenirme a ser modesto, hice lo que hace siempre el hombre derrotado: enmascarar la derrota con el "yo nunca estuve en esa batalla..."

***

Desde la habitación y observando una pantalla, con la frágil seguridad de poder con certeza interpretar las imágenes que me llegan, Jorge y Ana hablan mientras esperan en la cocina. Se están preparando el desayuno que a cada uno apetece, y a la vista de lo que hay disponible. Los dos hablan, no de lo último e importante acontecido en el gimnasio, sino de las consecuencias.

—No va ha ser necesario que te molestes en tu pretensión, Jorge. Alejandro ya ha decidido por sí mismo. Es terrible lo que ese hombre piensa.

—Mejor. No me iba a ser fácil cambiar una opinión contraria. Lo que tenemos que hacer es ahora más fácil. Debemos seguirle la corriente y animarlo a que sea pronto, y la mejor forma es crearle desánimo por vivir. Te confieso que tu representación me llegó a confundir. Tienes unas excelentes dotes para predicadora, y espero que a él no lo hayas confundido del todo y le dé ahora por volverse atrás.

—No cuentes conmigo. Te aseguro que yo intentaré disuadirlo de ese disparate. Un hombre tan especial como Alejandro merece la pena conservarlo. No abundan, y para mí su ausencia dejaría un hueco difícilmente reemplazable. Además, creo firmemente que es recuperable, a poco que me escuche lo que yo podría decirle.

—Es igual. Lo que pienso es que el irremplazable soy yo, si desaparezco. Lo único que le convencería es que le dejaras disponer de tu cuerpo, así que no te hagas ilusiones hablándole de estupideces idealistas y otras baratijas, como las que tu manejas sólo de boquilla. Si no consigues convencerlo, me gustaría saber si, para ser consecuente con lo que predicas, también prescindirás de lo que tienes y de lo que puedes tener de este individuo.

—Si él me lo dio y él me lo quita, mi criterio sobre él no variará.

—Ya. Bendito sea su santo nombre, dicen los estúpidos. Ya veremos como se modifica tu criterio en eso y en todo lo demás. Lo que empiezo a sospechar es que si tú le das esperanzas, y ya sabes a qué me refiero, ese tío manda a freír gárgaras toda esa monserga y lo único que le va a interesar es llevarte al huerto. Y a mí que me parta un rayo. Pues no cuentes conmigo...

No debo hacerlos esperar; ya creo tener suficiente información de sus respectivas inquietudes, lo que me permitirá fijar mi inmediata estrategia. Abro la puerta de la cocina y escucho decir:

—Creo que viene...

Entro en la cocina. Me he puesto la misma túnica del día anterior. Ana se ha puesto unos pantalones y una blusa, Jorge unos pantalones y una camisa. Los dos me miran de soslayo cuando entro. Han debido apreciar en mí una seriedad en el rostro que ya habían olvidado: es la misma que mostré cuando, por primera vez, les abrí la puerta de la habitación del hotel. No aciertan a encontrar una explicación. Ana se adelanta inquiriendo.

—Alejandro, ¿qué te apetece para desayunar?

—La próxima vez esperáis a que yo llegue —digo enérgico, mientras me siento directamente a la mesa.

Ana y Jorge se sorprenden del tono y de la exigencia inesperada con que me dirijo a ellos.

—Habíamos entendido que éramos libres para movernos dentro de este recinto. ¿Hay algún cambio? —es Jorge el que habla.

—Volvemos a la realidad y la realidad en este lugar la impongo yo.

—¿Qué te sucede, Alejandro? —pregunta Ana asustada, con la incredulidad reflejada en su rostro.

—Estáis a mi servicio y vuelvo a ser vuestro señor. No me llamaréis Alejandro, sino *Señor*. No haréis preguntas. Os limitaréis a esperar mis órdenes y a cumplirlas.

—¿Eso forma parte del proyecto? ¿Cómo debemos reaccionar? Esto nos ha cogido desprevenidos. ¿No te pasa a ti lo mismo, Ana?

—Sí... — balbuce Ana, que se ha quedado estática, petrificada.

—Aquí no hay otro proyecto que el que yo fijo en cada momento con mi sola voluntad. De acuerdo con lo que pactasteis, vuestras voluntades me pertenece sin reservas. Es mi voluntad que habléis cuando os lo permita y también que hagáis lo que os pida.

Ana mira a Jorge, buscando que sea él el que hable.

—¿Y si en alguna ocasión nos negamos? —pregunta Jorge sin atreverse a mirarme.

—Ya es tarde. No tenéis voluntad propia con libertad de uso. Vuestra voluntad es mi voluntad. Un incumplimiento por vuestra parte, ya sabéis a qué conduce. Y ahora que el orden ha quedado restablecido, no más preguntas. Preparadme el desayuno: dos huevos pasados por agua, zumo de naranja y un vaso de leche fría.

Permanezco hierático y circunspecto como nunca antes me había mostrado ante los jóvenes; se podría asegurar que hasta un tanto teatral,

pero tan convincente, que no les doy ocasión a que piensen en una comedia por mi parte.

Como dos autómatas, Jorge y Ana se disponen a cumplir la orden recibida.

—Jorge, haz tú el zumo. Yo prepararé el resto —dice Ana.

—Sí, ya voy —dice Jorge, dirigiéndose hacia la encimera de la cocina, rascándose una oreja.

Sentado a la mesa, tengo de frente a los chicos, que, torpemente y con precipitación, tratan de encontrar los utensilios necesarios. Están sumamente nerviosos. Yo los miro. Pienso si, en una escala fija de valores, estos chicos serán tanto o más miserables que yo. Descubrir hasta qué punto, es una tarea sumamente delicada en dos jóvenes como ellos. Las personas encubren sus miserias por muchas razones, incluso cuando su orgullo es provocado; será cuestión de evitarlo. También es verdad que cuando la persona deja al descubierto una miseria, al igual que con la mentira, otra mayor viene a intentar taparla, en una especie de degradación progresiva, irreversible. El hombre es experto en ocultarlas, unas veces aparentando falso orgullo, otras con el disimulo o la apariencia, otras con teatral dignidad. Los chicos pueden intentar disimularla con la única forma que los jóvenes saben hacerlo: con la intemperancia, la intransigente actitud frente a la provocación. Evitaré provocarlos hasta el punto que, por sus impulsivas reacciones, me impida seguir ahondando en lo más profundo de su condición. Recuerdo la indignidad, disfrazada de travesura, que Jorge y Ana habían venido cometiendo cuando los conocí. Aquel hacer el amor mientras otros les contemplaban, era, ciertamente, una indignidad, pero no se la podría calificar de miseria. Que yo les exija ahora el hacerlo frente a mí, sería absolutamente miserable por mi parte, pero no menos miserable que ellos aceptaran; entonces lo hacían ante desconocidos

que se esfumaban de sus memorias; esperaban una recompensa indeterminada, no exigible; en Ana su moral se parapetaba detrás de seudo científicos objetivos; ahora, en cambio, si yo se lo pido y lo hace, lo hace ante la prepotencia de un hombre con un oscuro dominio sobre ella; sería una orden vejatoria, y si ellos se dejan humillar sin resistencia por preservar un sueldo, ciertamente sería miserable. Sí, las indignidades son voluntarias, pero sólo cuando se es consciente de ellas y se cometen contra la propia repugnancia para preservar un privilegio, se convierten en miserias.

Ana es la primera en servirme. Yo levanto la vista y me encuentro con la de Ana, que baja los párpados. Está temblando todo su cuerpo. Querría que yo hablara, en lugar de mirarla en silencio y con esta faz impenetrable; tendría más recursos y, quién sabe, quizá encontrara en mis palabras la clave de lo que estaba pasando. Pero yo me limito a beber un sorbo de leche y me dispongo a comer los huevos. Ana espera a mi lado, no sabe bien qué. Jorge llega con un vaso lleno de zumo, lo coloca a mi lado y regresa hasta apoyarse en la encimera; desde esa posición contempla la escena.

Yo, sin más dirigirme a los chicos, doy cuenta rápidamente de mi desayuno y me levanto. Ahora sí me dirijo de nuevo a los jóvenes.

—Comed y dejar esto en orden. En quince minutos iréis al salón.

Jorge y Ana respiran con alivio. Se quedarán solos y podrán desahogarse, también relajarse. Desaparezco tras la puerta. Los chicos se liberan de tanta tensión acumulada.

Me voy directo a mi habitación. He supuesto que los chicos hablarán, y aunque no pueda oírles, quiero ver sus rostros y leer en ellos la tormenta que debe estar desarrollándose en sus cerebros. Observo la excitación de Jorge, sin apenas poder interpretar sus gestos. También la de Ana, con cara

temerosa y vacilante. Mi mente se concentra en hacer una lectura verosímil .

—¡Uf! ¿Qué ha pasado, Jorge? ¿Estoy soñando?

—¡Qué hijo de puta!... No estás soñando, Ana. Te dije que este tío era peligroso; está completamente pirao, el mamón. Es un paranoico de mucho cuidado. Su obsesión por ser como Dios... Su bondadosa y paternal actitud fue un mal contacto en su mente. Vuelve a ser el que era, el que debe haber sido siempre. Me temo que este asunto se nos puede ir de las manos. ¡Maldito cabrón!

—¿Pero qué le hemos podido hacer? Tiene que haber una buena razón para un cambio tan brusco. Eso de la paranoia lo podrás entender tú, pero a mí no me entra en la cabeza; así, de repente, no tiene sentido. ¡Qué absurdo! Todo esto parece que se viene abajo al primer intento de hacerlo viable. No lo entiendo.

—Creo que lo sé. Le jodiste los esquemas cuando pusiste en cuestión su proyecto, eso fue lo que pasó. Y sin su proyecto, vuelve a ser un tío acabado que intentará echar mano de los recursos de poder que le quedan para sentirse importante. Intentará primero humillarnos para sentirse por encima de nosotros. Y vete tú a saber qué se le ocurre luego.

—Pero él siempre tenía argumentos convincentes para salir airoso de todas nuestras opiniones...

—Pues ya ves. Debiste encontrar la verdad irrebatible. Te confieso que yo mismo me di cuenta, y antes de que cambiara, del abismo que habías abierto en su mente. Sin que yo siguiera muy convencido de vuestro rollo, también sufrí esa sensación, aunque por otros motivos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Poco podemos hacer, si sólo hablamos cuando nos lo permita. Lo que yo proyecté no es viable por ahora. Tendremos que pensar en algo nuevo que encaje en las nuevas circunstancias.

—No creo que le soporte mucho tiempo. Lo mejor que podíamos hacer es desistir de todo. Ya nos arreglaremos.

—Él dijo que ya era tarde, y no dejo de darle vueltas al significado de esa frase. ¿Por qué era tarde? ¿Cómo pretende hacernos entender que es tarde para nosotros decidir por nuestra cuenta?

—No me asustes.

—¡Vaya rollo que nos hemos montado! Y yo, valiente gilipollas que no supe ver a tiempo.

—Ayúdame a recoger esto; tenemos que irnos a donde nos espera. Estamos incomunicados, Jorge. Esto es una cárcel sin posible salida —dice Ana totalmente desolada.

Jorge se queda un instante pensativo; al fin dice:

—Sí, hay una salida. Si la cosa se pone fea, nos lo cargamos; nadie lo va a echar de menos, y nuestro mundo se verá libre de que se incorpore un cabrón más; ya hay demasiados.

—No digas barbaridades. ¿A qué llamas ponerse la cosa fea? ¿Crees que corremos algún peligro, peligro de muerte?

—No lo sé. Estaremos muy atentos a cómo se vayan desarrollando los acontecimientos. Es que está claro, no hay nada más peligroso que ser poderoso y encima pensar.

—Vámonos, Jorge, no se vaya a impacientar.

—Cambiaremos impresiones siempre que nos deje y ver de reconducir esto. ¿Me dejas llevar las riendas de este asunto? Tengo que pensar en algo...

—Supongo que no hablabas en serio. Ni tú ni yo somos unos asesinos. Como dices, siempre que podamos, cambiaremos impresiones. Tiene que haber algún modo de resolver esto sin consecuencias para nosotros y sin llegar a esos extremos. Prométeme no hacer nada sin consultármelo.

—De acuerdo. Otra cosa que me jode es que este tío nos deje con el culo al aire después de aguantarle el rollo. Cualquier cosa que hagamos deberá tener en cuenta eso.

—Yo ya no pienso en eso. Vámonos, que se va a enfadar más.

***

Estaba claro que los jóvenes, no por ser jóvenes, aún no hubiesen descubierto que el instinto de supervivencia siempre se antepone a cualquier sueño. Ellos lo enmascararon con el espíritu de aventura, en tanto no percibieran el peligro, un peligro no aceptado por ellos mismos...

***

Pronuncio varias interjecciones contra nadie, síntoma de descargas masivas de adrenalina. Cierro violentamente el armario sin preocuparme de apagar la pantalla y salgo en dirección al salón. Por el camino hago ejercicio mental para un sosiego que necesito y así recuperar mi autodominio. Recuerdo una frase de Spinoza que me proporcionaba seguridad en el dominio que necesitaba ejercer sobre los chicos: *"Uno ejerce su poder sobre otro, tanto cuando logra imponerle su miedo o su esperanza."* El miedo es la sutil consecuencia de tenerlos encerrados en mi

mundo, en el que yo ejerzo de dios y ellos de mis criaturas; siempre se teme a los dioses, pues a ellos se asocia la ira por la que terminan desplazándote de sus favores. La esperanza son los dones que sólo yo puedo repartir y ellos sólo esperar alcanzar. Veré hasta qué punto los chicos están dispuestos a ser mis inermes criaturas por una u otra razón o las dos juntas. En el salón, me siento, y después de fijar mi vista en el cofre que tengo delante, inclino la cabeza hacia atrás y miro más allá de la claraboya del techo. Quizá, como Jorge, si Jorge ha hablado lo que he intuido, empiezo a odiar las estrellas, y será acaso por este motivo: nací y moriré, y vosotras imperturbables ante mi destino. Dicen que sois más numerosas que todos los hombres que han sido, son y serán. Dicen que somos los hombres, los seres más importantes de la creación. Digo, que la lógica de la probabilidad cósmica debería imponer que, al menos, una de vosotras, estrellas, y si como dicen somos los reyes de la creación, debería desaparecer con cada hombre que desaparece, para honrarlo, para rendirle así pleitesía como siervo suyo, como su estrella particular, y, sin embargo, no me consta ni nadie me lo puede asegurar; si estáis ahí para siempre, mientras yo desaparezco, de ahí también mi envidia y mi odio.

¡No, no! Son cosas mías y estoy perdiendo el juicio. Un hombre como yo, ya no joven, pero infinitamente más osado, da por seguro que sólo las miro indiferente, como yo suelo mirar a las cosas inútiles.

Jorge y Ana llegan andando despacio, sin hablar. Observan que no he cambiado de posición ante su presencia y el temor les invade de nuevo. Se acercan hasta dos metros del sillón que ocupo y allí se paran, permaneciendo a la espera de que yo mueva la siguiente ficha de un juego que sólo yo conozco.

—Sentaos —les digo después de unos segundos que a los chicos parecen eternos.

No es mal comienzo, piensan los chicos, y también: *quizá está dispuesto a hacernos partícipes del nuevo rumbo que quiere para su proyecto, o quizá, mejor aún, todo ha sido parte del proyecto original, y ahora viene la explicación.* Jorge y Ana se sientan desconectando sus pensamientos, ansiosos de escucharme de nuevo, rebajando, así, su autoestima respectiva de sujetos sometidos a la contingencia permanente que les impongo.

—Escuchadme y no me interrumpáis; no hagáis preguntas ni observaciones impetuosas. Dicho esto, sólo para que permanezcáis atentos, os voy decir en qué ha cambiado mi proyecto y cuál será vuestro papel en el nuevo. Ahora ya no me interesa saber qué soy como hombre ni tampoco saber qué soy como cosa puesta en este mundo; tuve toda una vida para conocerme y tengo ya una ligera idea que quiero concretar. Tampoco me interesa más saber qué es la vida como el fenómeno esotérico por el que se preguntan algunos hombres, ahora que mi vida está agotada en el sentido que yo pude vivirla, porque, ¿a qué conduce conocer sus mecanismos, si la mía, en concreto, ya no podría cambiarla? Ya no me interesa saber qué comportamientos son naturales y cuáles producto de inducciones y convencionalismos, porque no he de variar los míos ni los vuestros, y nada me importan los de los demás. Ahora sólo me interesa fijar el hecho de mi muerte, a la que empiezo a amar después de haber conseguido despreciar la vida. Pero, antes de que ese momento llegue, quiero comprobar algo que no quiero compartir con vosotros. Para ello, vosotros deberéis ser fieles a vuestro compromiso firmado con vuestra sangre y ser los elementos necesarios para lo que me propongo. Esto, que os debió parecer simbólico, fue para mí una prueba de total sumisión a mi voluntad, y yo ejerceré con todos los medios a mi alcance el poder que tengo sobre vosotros. Si cumplís con vuestro compromiso, no debéis temer

ni por el dinero que he puesto a vuestra disposición hasta el final de vuestros estudios ni por vuestra integridad física. Como entrasteis en este mundo, volveréis al que pertenecéis, una vez que deje de utilizaros; no hago más que el dios de los creyentes, que después de traerlos a la vida para sus oscuros designios, los devuelve a la tierra de donde los sacó. Para que veáis que os guardo cierta consideración y, a pesar de todo, os sigáis considerando humanos, ahora os voy a permitir una pregunta, una sola pregunta a cada uno de vosotros. Deberéis pensarla muy bien y aprovechar esta ocasión que os brindo, porque no podréis hacer ninguna más. Imaginaos que estáis ante vuestro último acto voluntario.

Jorge y Ana se miran un instante buscando en el otro el sosiego. Luego, ambos bajan la cabeza, abrumados por tantos medios pensamientos que chocan entre sí como las luces fugaces en la explosión de una bengala. Ana tarda un instante en encontrar su pregunta, de hecho esa pregunta se la viene haciendo desde mi brusco cambio de actitud. En la exposición que acaba de oír no estaba la respuesta. Levanta la vista y me mira con expresión compungida y voz entrecortada de niña asustada.

—¿Qué... nos pasará si no cumplimos con el papel que... nos asigne?

—Ciertamente, no esperaba esa pregunta... Quizá no debí emplear el término condicional si cumplís, etcétera. No tengo duda que lo cumpliréis, por eso no debes preocuparte. Como no tengo duda, no tengo nada preparado para el caso contrario.

Mi respuesta es totalmente insatisfactoria para ella.

—¿Puedo hacer...? —quiere Ana volver a preguntar.

—Tu oportunidad ha terminado. Ahora es el turno de Jorge —le digo interrumpiéndola.

—Sí. Cuando usted quiera morirse, ¿estaremos aquí nosotros? ¿Qué hará de todo esto? —pregunta Jorge.

—Os dije que una sola pregunta. Contestaré a la primera. No estaréis aquí para entonces. No quiero saber nada de la farsa que supondría mi funeral. Vuestras preguntas han sido vulgares, pero razonablemente oportunas viniendo de vosotros. En fin, que todo empieza y todo termina. A partir de ahora, sólo yo podré preguntar y vosotros sólo responder. Tened cuidado con vuestras respuestas, porque yo sabré si responden a vuestros sentimientos sinceros o, por lo contrario, tratáis de confundirme. Podréis utilizar todos los servicios de esta casa, pero siempre después de que yo los haya utilizado cada día. Todas las mañanas, al amanecer, os levantaréis y limpiaréis toda la casa, lavaréis la ropa sucia, la mía y la vuestra, me prepararéis el desayuno, luego el vuestro. Todo deberá estar en orden a media mañana. Seguidamente iréis al salón y esperaréis allí a que yo llegue. Cuando yo disponga, os trasladaréis a la cocina y prepararéis mi comida y me serviréis. Cuando yo me retire, comeréis vosotros y luego fregaréis los utensilios utilizados. Tendréis una hora de descaso y volveréis al salón, donde esperaréis a que yo llegue. El resto del día yo iré disponiendo lo que habréis de hacer. Ahora os permito una única observación, no una pregunta. Pensadla, y que sea más inteligente que vuestras preguntas, ya que de ella depende el grado de dignidad que se os puede atribuir.

Jorge y Ana han permanecido mirándome sin pestañear. A Jorge, mientras yo voy exponiendo las tareas diarias que les asigno, le produce el sentimiento de que este hombre los ha rebajado a la condición de meros servidores. Pero hay en todo mi comportamiento algo que le molesta especialmente: la forma en que yo me erijo ante ellos los coloca al borde de la esclavitud. Ana, aunque abrumada y triste por el rumbo que han tomado los acontecimientos, parece sentirse más tranquila; nada de lo que yo he destinado para ellos ofrece motivos de preocupación. Cada uno de

los jóvenes, con la vista dirigida al suelo, concentra su pensamiento intentando encontrar la mejor observación posible. Esta vez es Jorge el que se anticipa. Tiene una observación que le permitirá forzar el conocimiento del desenlace de la nueva situación. Del efecto que produzca en mí dependerán muchas cosas, entre ellas, el que la condición humana a que yo los quiero someter tenga una contrapartida equilibrada. Le parece la mejor de las observaciones posibles y la expone. Por mi parte, casi estoy más interesado en comprobar que todo lo que intuí de la privada conversación de los chicos, se confirma letra a letra.

—La condición de esclavos a que nos somete sólo lo puede hacer en virtud de la fuerza, ya que no por el dinero que nos da, y tampoco en virtud de un pacto, ya que entonces nosotros no pensamos en el alcance de nuestro compromiso, del que usted, ahora, pretende abusar. Hablando en nombre de Ana y en el mío propio, considero que las condiciones por usted expuestas durante el periodo anterior han sido sustancialmente cambiadas, y lo que nos pide hacer ahora, nunca entró en nuestros presupuestos el aceptarlo. Por tanto, si usted no va a emplear la fuerza para obligarnos, deberemos renegociar las condiciones de la nueva situación.

Aparento estar sorprendido. Sin embargo, acepto, y no de mala manera, la postura de Jorge.

—Está bien. Esta vez has sido más inteligente, pero algo temerario. De acuerdo. El primer contrato queda anulado, ya que no quiero y probablemente no puedo utilizar la fuerza para hacer que lo cumpláis. También en este momento quedan en suspenso las percepciones económicas que veníais recibiendo. El coche no saldrá de aquí. Vosotros os podréis marchar de inmediato, si así lo decidís. Pero, si queréis que hablemos de condiciones para llegar a un acuerdo por el que aceptaréis ser mis esclavos, estoy dispuesto a negociar con vosotros.

Jorge y Ana no esperaban una postura mía tan radical en forma de disyuntiva: o todo o nada. Puede ser el momento de elegir nada, salir por la puerta y regresar de un mal sueño a su vida anterior, con la dignidad recuperada, si es esa la motivación que les impulsa. Pero yo estoy seguro que no ha de ser así. ¿Quién puede saber por qué el ser humano ante tal disyuntiva prefiere siempre cualquier cosa al vació? Yo, sin ninguna duda.

—Quiero hablar a solas con Ana —dice Jorge, evitando preguntar.

—Sois libres de hacer lo que os plazca, pero necesito vuestra respuesta, y pronto.

—Ana, vamos un momento a mi habitación.

—Ana, ¿no tienes tu observación aún?

—La tenía, pero ahora quiero hablar con Jorge —dice Ana, absolutamente confundida.

—Hablad si queréis, pero no tardéis en regresar.

Los chicos se van a paso ligero. Yo me sumerjo en mis, ya sin duda, clarividentes reflexiones

He apostado fuerte, es mi costumbre, y tengo la ventaja de conocerlos íntimamente, también de mi experiencia. Un dato, un mínimo dato me permite apostar sobre seguro. Que Jorge haya planteado la posibilidad de acordar nuevas condiciones, entra dentro de la lógica. Tampoco está en mi intención forzar la nueva situación, sin más. Sé que un impulso de rebeldía juvenil se puede producir, aunque luego lo lamenten por las consecuencias. Lo que tengo que hacer es reconducir todo, como si fueran ellos los que han ganado la apuesta. El dato importante que me hizo dejarme llevar de Jorge no es otro que su disposición a aceptar, en principio, mis exigencias, y que él sólo las supedita a nuevas condiciones. Lo que pretendo lo tengo en mis manos. Lo que los chicos pueden pedir, también. Esas nuevas condiciones vendrán de la mano de la ambición, de la codicia, y por la

ambición y la codicia se llegará fácilmente a la conculcación de los principios que enmascaran la dignidad humana. De ahí a caer en la más abyecta miseria, sólo hay un paso. La ambición es el motor de la voluntad y también su inercia ciega. A mí no me faltan medios para alimentar la ambición y la codicia de los jóvenes. De Jorge se puede esperar cualquier cosa. Pero tampoco la Ana dubitativa, inmadura, se ha apartado del papel que protagoniza Jorge, y ha preferido seguir su estela. Tuvo su ocasión de anteponer su dignidad con una simple observación a la que tenía opción: dejar todo allí mismo y pedir marcharse. Pero Ana, ya ha dado muestras, en múltiples ocasiones, de que su idealismo puede fácilmente convivir con una cierta ambigua ambición por las cosas puramente materiales. De ahí que, cuando el fin último, confesado o inconfesado, es el que impone la ambición y la codicia, la persona se imponga las alternativas que ponen a salvo ese fin último. Ya lo he dicho antes, que el que comete una indignidad una vez, fácilmente se predispone a ser indigno por completo, llegando, falsamente y para acallar su conciencia, a identificar indignidad con actos justificados y hasta obligados por la supervivencia.

Pero... ya han llegado a la habitación de Jorge. No tengo necesidad de ver sus rostros en la pantalla para visualizarlos, para oírlos.

Jorge abre la puerta de su habitación y espera a que pase Ana, que entra andando despacio, como dando tiempo a reposar sus pensamientos. Luego que Jorge cierra la puerta, se sienta en el sillón e invita a Ana a que se siente. Enseguida habla, con aspecto algo abatido.

—Bien, ya sabes como están las cosas. Este cabrón me está rompiendo continuamente los esquemas. No deja formarme un criterio concreto de él y de lo que pretende. Se escabulle como una anguila. Pero creo, Ana, que ésta es nuestra ocasión. Nunca le forzamos a aceptar nuestras condiciones, y por eso nunca supimos lo que podíamos obtener de él.

Estarás de acuerdo que ahora tenemos en bandeja el saber hasta dónde está dispuesto a aceptar.

Ana no esperaba tal preámbulo.

—¿Me quieres decir que tu dignidad de persona no cuenta? ¿Es que estás dispuesto a aceptar esclavizarte por dinero?

Jorge no se inmuta. La mira, y con aire de consejero espiritual le dice:

—Bien, Ana. Deja de hacer preguntas retóricas para las que ni tú misma tienes respuestas. Todo eso ha pasado por mi cabeza; no soy tan vil como parece. Pero, recapacita un instante: la condición de esclavo la impone el que esclaviza; al que resigna su voluntad a ser esclavo siempre le queda la rebeldía interior de no serlo; su vileza comienza cuando asume su condición y cede en su rebeldía interior sin pedir contrapartida. En otras palabras, que todo lo que hacemos en esta vida es la consecuencia de esperar alguna contrapartida de lo que hacemos. Nadie puede considerarse engañado, estafado o abusivamente utilizado, si la contraprestación es proporcionada. Si tú impones esa proporción, no debes llamarte a engaño ni procede ceder al abuso de la otra parte.

—Bonitas palabras, aunque no entiendo bien eso de la proporción. Ya veo que quién no se conforma es porque no quiere ¿Y cómo se llama lo que tú propones? No conozco el calificativo. A lo mejor lo acabas de inventar.

—Muy sencillo, lo comprenderás si te apeas de los principios enlatados en tu cabeza. Piensa en esto: él nos quiere imponer sus condiciones, ¿de acuerdo? Pues ahora nosotros impondremos las nuestras para llegar a aceptarlas. Entonces, dime, ¿llamarías a eso esclavitud? No es tal, aunque ya sé que esa definición se aplica a muchos supuestos que no son reales; un esclavo no tiene opción; se tiene que dejar joder, lo quiera o no, por los deseos del tirano. En nuestro caso, se trata de un contrato entre dos

partes, y por más que ese hombre nos animalice, si la contraprestación que pedimos es proporcionada, creo que vale la pena aceptarlo. Nuestra dignidad quedará a salvo. Pero no te asuste lo que digo, porque, entre nuestras condiciones, delimitaremos las competencias que tendrá sobre nosotros. Por ejemplo: limitaremos el tiempo de estancia en este lugar; también tendrá que aceptar que nosotros no le ayudaremos materialmente en su supuesto suicidio; no podrá tampoco utilizar con nosotros practicas sádicas...

—Espera que apunte todo eso... Tendrá que firmarlo —dice Ana, anulada en todo criterio propio, en algún caso sostenible desde sus endebles principios.

—Ahí, en ese cajón hay para escribir.

Ana toma un papel y un bolígrafo y se pone con rapidez a redactar una especie de contrato. Le pide repetir a Jorge las condiciones que ha expuesto... luego...

—¿Qué más?

—No podrá obligarnos a cometer delitos, esto es importante.

—Y no podrá pedirme que me acueste con él —añade Ana.

Jorge se queda un momento pensando, pero debe considerar la propuesta de Ana una minucia.

—Eso va a ser difícil conseguirlo. Querrá disponer de nuestros cuerpos de forma integral. Pero, lo mismo que para la esclavitud, también aquí podemos hacer una distinción: podrá disponer de tu cuerpo, pero no de tu espíritu.

Ana mira burlona a Jorge.

—Eso sí. ¿Y si pide acostarse contigo, so capullo? Tienes salida para todo. Vamos a ver en este caso qué dirías tú.

—Pues... no me lo había planteado. No parece que a éste le dé por ahí. Dejemos eso y pasemos a discutir lo que le vamos a pedir.

—Ya, por eso a ti no te preocupa que le dé por aquí —dice Ana, haciendo un gesto algo obsceno y continúa—. Espera que piense en alguna condición más... Sí, que podremos entrar y salir de esta casa cuando queramos.

—Esa condición es inaceptable para él, Ana. Pensaría que si la acepta, nosotros nos podríamos ir y no volver. No, eso no lo podemos plantear; no estamos tratando con ningún tonto.

—¿Y el tiempo que deberemos estar aquí?

—Eso sí. Creo que lo apunté antes. ¿Qué te parece tres meses? Hasta que empiece el curso, como estaba acordado antes de esta nueva parida.

—Está bien. No se me ocurre nada más. ¿Qué le vamos a pedir a cambio?

Jorge mira a Ana con una sonrisa de pequeño triunfo.

—¡Ah! Ahí te tengo una sorpresa, y me alegra que aceptes la posibilidad de una contrapartida. Puesto que tiene intención de suicidarse, y no veo que nadie, excepto nosotros, espere nada de él después de su muerte, le pediremos todo lo que representa el inmenso poder que tiene.

—¿Y qué es ello? ¿Todo su dinero?

—Exacto. Y algo más.

—¿Qué?

—Le pediremos el cofre y su contenido. ¿A que en eso no habías pensado? ¿Te imaginas lo que debe haber allí? Seremos podridamente ricos, Ana, y todo en tres meses.

—¿Tú crees que estará dispuesto a entregárnoslo? Ese cofre, tú lo dijiste, es todo un símbolo para él, y querrá conservarlo en este mausoleo, como los faraones. O quizá tiene pensado donarlo antes de morir.

—Bien. Sí se opone, lo dejamos todo. Yo quiero ese cofre. Me obsesiona.

—Quizá tenga mucho dinero por ahí, no seas ambicioso.

—No juegues con las palabras, Ana. Excepto el que ha dejado en el banco para nosotros, no creo que haya dejado otro. ¿Para quién? Ese tío ha venido a morir aquí y se ha traído todo con él; está claro.

—¿Y no es suficiente con lo que nos ha dejado en el banco?

—Para ese viaje no hacía falta alforjas. Eso ya lo teníamos antes. ¿Lo que diferencia la situación anterior de la nueva es que ahora nosotros ponemos las condiciones, y esa, me refiero a lo que le vamos a pedir, es la que condiciona todo lo que estamos dispuestos a aceptar por su parte, ¿o no?

—No sé. Podemos quedarnos sin nada.

—¡Ya era hora!... Me alegra que seas práctica en esta ocasión. Déjalo en mis manos; no nos iremos de vacío, te lo aseguro.

—Tú verás, pero ten cuidado...

—Veremos ahora quién es más listo. Vámonos.

Buena es la ocasión de confirmar mis poderes. Si así es, casi tengo lástima de los dioses, que dicen conocen hasta el más recóndito pensamiento de los hombres, y no hacen nada, quizá porque no pueden ante su codicia.

Jorge y Ana llegan al salón. Inevitablemente echan una furtiva mirada al cofre. Lo deben ver enormemente grande. Los dorados de sus bronces deslumbran. Yo, que los observo, me doy cuenta de esa mirada, ¡qué coincidencia! Por mi mente pasa un pensamiento que me provoca una leve sonrisa. Soy yo quien comienza a hablar.

—Y bien, ¿qué habéis acordado?

—Estamos dispuestos a aceptar con ciertas condiciones.

Es Jorge quien responde, aparentemente muy seguro de sí mismo.

—¿Qué condiciones son esas, Jorge? Estoy cediendo demasiado ante vosotros. Espero de vuestra inteligencia que esas condiciones yo las pueda aceptar.

—Sí las puede aceptar; no pediremos imposibles. Aquí tiene la lista.

Tomo el papel que me entrega Jorge. Lo leo despacio, como corresponde al mejor de los disimulos, y lo pongo encima de la mesa. Luego me dirijo a los dos chicos.

—¿Estas son todas vuestras condiciones? Son muy ambiguas.

—Y alguna más que ya le diremos.

—¿Os dais cuenta la cantidad de cosas que os puedo exigir sólo ateniéndome esto?

—Nos damos cuenta, pero usted no sabe todavía lo que pediremos a cambio.

—Claro que no lo puedo saber. No obstante, lo que yo tenga que daros a cambio no compensa lo que os puedo pedir; hay cosas que el hombre nunca haría por dinero, salvo que fuese...

—Esa estimación la haremos nosotros —interrumpe Jorge, igualmente seguro.

—Está bien. Una de vuestras proposiciones no la puedo aceptar.

—¿Cuál? —pregunta Jorge.

—Os necesito más de tres meses. Ahora deberéis permanecer aquí esos tres meses sin salir. Cuando comience el nuevo curso, vendréis los fines de semana. Esta condición no modifica la anterior, ya estabais de acuerdo.

Jorge mira a Ana pidiendo su asentimiento. Ana se encoge ligeramente de hombros. Es Jorge el que finalmente dice:

— Está bien, vendremos los fines de semana. ¿Cuánto tiempo?

— No más de dos años.

—Eso es mucho tiempo —dice Ana.

—Podemos discutir eso —dice Jorge.

—No. Vosotros veréis: lo tomáis o lo dejáis.

Jorge vuelve a mirar a Ana. Ana asiente con la cabeza.

—De acuerdo; vendremos los fines de semana durante los dos años.

—Y todo el tiempo en periodo de vacaciones.

—Sí, claro; eso quería decir —dice Jorge, queriendo allanar dificultades.

—Cuáles son las otras condiciones que no están en ese papel —pregunto.

Es Jorge quien habla.

—Queremos la misma asignación que teníamos antes...

—Conforme; tendréis la misma asignación que teníais antes.

—Hay algo más... —vuelve Jorge a decir.

—¿Más? ¿Qué más? Puedo exigiros lo mismo sin ninguna condición nueva por vuestra parte. Ya os he permitido poner vuestras exigencias y las he aceptado todas menos una. ¿Qué os hace pensar que estoy dispuesto a todo lo que se os ocurra?

—Como usted dice, lo toma o lo deja —dice Jorge.

—Os advierto que os sumiré en todo tipo de indignidades en vuestra condición de esclavos.

—Tenemos nuestro criterio en cuanto a eso. Usted acepte y disponga de nosotros como quiera, con las condiciones que le hemos expuesto... y la que falta.

—Bueno, allá vosotros. ¿Qué más queréis? Que lo diga Ana; quiero saber si ella está en esto.

Jorge vuelve a mirar a Ana.

—Díselo, Ana.

Ana vacila un instante, hace ademán de querer hablar...

—Espera un momento, Ana. ¿Puedo acercarme al cofre?

—No sé lo que intentas, pero acércate si lo deseas —respondo

Jorge se acerca y se para a un paso del cofre. Lo mira con detenimiento. El cofre tiene una cerradura especial, a más de una apertura con clave de letras. Jorge se acerca del todo, y abrazando el cofre con sus brazos, hace esfuerzo para levantarlo. El cofre se despega de su base unos centímetros. Satisfecho Jorge del peso apreciado, se vuelve a Ana y le dice:

—Díselo, Ana.

—Queremos ese... cofre —dice Ana con voz apenas perceptible.

—Con todo lo que hay dentro en este momento —añade Jorge con voz firme.

Satisfecho de no haberme equivocado en mi intuición, despliego todas sus artes teatrales para confundir aún más a los chicos.

—¡Malditos bastardos! ¿Cómo os atrevéis? Lo que contiene ese cofre no es negociable. Es el producto de mucho tiempo de noble esfuerzo del hombre, y ¿vosotros lo queréis poseer a cambio una miserable y temporal condición de esclavos consentidos? No y mil veces no. No sois dignos de disfrutarlo. Podéis pedir dinero y discutiremos cuánto, que el mío tiene límite; es así como se paga a los mercenarios, a las putas, a los chaperos, a todo hombre o mujer de ínfima condición que se vende para no importa que abyecta misión que se le pida realice. El hombre tiene un precio según lo que haga: de cero para arriba, será pagado en estima, honores, condecoraciones, trofeos, etc.; de cero para abajo, su recompensa sólo puede ser en vulgar y manoseado dinero, unido al desprecio de quien paga. Vosotros os disponéis a ser estos últimos, con todas las indignidades que estáis dispuestos a realizar... ¡Maldita escoria! Viene a mi memoria algo que leí una vez, que la indignidad humana, cuando se presta a ser abyecta,

es más profunda de cuanto la palabra es capaz de expresar. No, no tengo palabras para definiros.

Pero a Jorge, y quizá también a Ana, todo aquello les suena a música celestial; moralina de evasión, y que sólo les ha causado, al menos en Jorge y ante mi resistencia, un efecto: ahora más que nunca quieren aquel cofre y su desconocido contenido, pero que ellos suponen que es una inmensa fortuna, a juzgar por el peso de la idea.

—Todavía no somos sus esclavos, así que no insulte y guárdese su criterio sobre lo que es digno o no. No creo que de eso sepa usted más que nosotros. Usted decide —dice Jorge con tono firme.

—¿Es vuestra última palabra? ¿No me dais opción? —pregunto irritado.

—Es nuestra última palabra; el cofre o nada —dice Jorge.

—Tú también, Ana. Me has decepcionado, ¿también tú?

—Es que yo... yo ya he hecho un pacto con Jorge —dice Ana balbuceando.

Yo adopto ahora la postura del gran hombre que defiende su honor ante diabólicas ofertas para que lo venda.

—No. Imposible. No puedo. Yo he hecho muchas vilezas en mi vida, pero mi abyección sería infinita entregándoos ese cofre como moneda de cambio por vuestras temporales indignidades. Después iríais por ahí como pavos reales, presumiendo de Dios sabe qué méritos, de qué sabiduría, de qué grandeza de espíritu; engañando a los confiados, a los pusilánimes, a toda gente de buena fe y menos buena capacidad de análisis y criterio propio; os verían como dioses, revestidos de vuestros dorados oropeles prestados, de vuestra elocuente palabrería, sublime síntesis de la nada, como tú, Ana, bellamente describiste, y vosotros les pediríais que os adoraran como a becerros de oro, y querríais escuchar en vida de los hombres que ya erais inmortales. No y mil veces no.

—No se preocupe por eso. La dignidad, como la virtud, no se mide; se es digno o se es indigno, no hay términos medios, y nosotros no tenemos la pretensión de ser perfectos.

— Os daré veinte millones si desistís.

Jorge mira la cara impasible de Ana.

—No insista. Ni cuarenta —dice rotundo Jorge.

—Os advierto que por menos dinero puedo tener lo mismo en otra parte.

Jorge no se inmuta. Está jugando fuerte, pero también cree saber que posee las mejores cartas. Con firmeza, me dice:

—Estamos seguros, pero usted nos quiere precisamente a nosotros. Usted no quiere comprar esclavos, eso ya lo ha hecho siempre, quiere poner de manifiesto su poder para comprar nuestras voluntades, que a usted, a su manera de pensar, le parecen incorruptas. No se morirá tranquilo sin comprobar que también puede con ellas. Pues ya sabe el camino y ahí también la solución a esa incógnita; podrá morirse tranquilo, comprobando que las nuestras tienen un precio a su alcance.

—Piensas más de lo que suponía, pero, aunque es verdad que busco algo, en lo del poder te equivocas; busco otra cosa bien diferente. En realidad, con vosotros, reducidos a esclavos, sólo experimento una desesperante e insoportable pequeñez; pedir algo de vosotros es como amaestrar dos cucarachas y sentirse complacido del resultado. Aunque, ahora que lo pienso, podría darme por satisfecho con sólo saber que estáis dispuestos a cambio de algo de mi propiedad, así me ahorraría vuestra intolerable petición, si accediera a entregárosla.

—No creo en lo que dice. Trata de confundirnos haciéndonos de menos para que rebajemos nuestra exigencia. Usted no se conformaría con sólo suponerlo. Le pasa como a los jueces, que tienen la certidumbre pero le

faltan las evidencias, las pruebas concluyentes, y no paran hasta encontrarlas. Es su nuevo proyecto. Recuerde lo de la hipótesis y ver si se verifica. Nuestra disposición sólo es para usted una hipótesis, y hará todo por verificarla o habrá fracasado.

Estoy seguro de la irreducible actitud de los chicos y comienzo la estrategia del acercamiento sutil.

—Juegas fuerte, chico. Eres digno discípulo mío. Tú, Ana, ¿no te conformarías con una importante cantidad de dinero?

Ana toma la palabra. Está persuadida de que su dignidad está a salvo en aquella transacción porque el dinero no es suficiente y han de doblegar mi voluntad.

—Puede que todos tengamos un precio, pero no todos se envilecen por dinero; depende de la razón última por la que se venden, aunque en ello intervenga el dinero. Puede, también, que este experimento que se inicia ahora fuera su proyecto real, y usted nos engañó. Pero usted subestimó nuestro precio y nuestras razones. Nuestra recompensa moral es haberle vencido con sus mismas armas.

Yo sé que todo lo que Ana dice es falso y estoy empezando a aburrirme de un juego en el que conozco todas las cartas

—¿Qué armas son esas, Ana?

—Nosotros somos también poderosos; es nuestra voluntad frente a su riqueza y el poder que ella le otorga; es nuestra dignidad frente a su vileza; con nuestra voluntad podemos comprar todo su poder.

—Tú pensamiento es poco consistente, diría más, demagógico ¿Es con vuestra abyecta sumisión como piensas comprar el poder? ¿Es degradando tu espíritu como piensas dar satisfacción a tu ambición? Eso no es idealismo, Ana.

—Nuestro espíritu, precisamente, estará al margen de todo esto —dice Ana con la simpleza de todo aquel que se cree sus propias razones.

—¿Acaso no es la voluntad una facultad del espíritu?

Ana se queda un instante callada, reflexiona, al fin dice:

—Creo que yo fui el desencadenante de este cambio que, repito, usted tenía previsto llevar a cabo antes o después. Entonces dije: ¿a qué conduce? Nadie me supo responder. En esta ocasión no haría la misma pregunta, porque en esta ocasión sí sé a que conduce: derrotarle a usted, derrotar su prepotencia, su inducción dañina, aunque tengamos que hacer de miserables. Será una representación, como esas que nos propuso en el teatro de su mundo. Nosotros podremos justificar nuestros actos y usted como espectador sólo podrá encontrar satisfacción en juzgarlos. Nunca sabrá si su justicia es justa o injusta.

—¡Ah, ya caigo! En ese caso también mi derrota formaría parte de esa representación. Todo, entonces, sería una representación, ¿verdad? Que todo en el mundo es sueño y los sueños, sueños son, que dijo alguien…

—Calderón —interrumpe Ana de mala gana.

—Bien, dispongámonos a tener nuestros respectivos sueños, pero no olvidéis que algunos son pesadillas que nos marcan y atormentan toda la vida. Yo me moriré y con mi muerte daré fin a mis sueños. Vosotros, en cambio, viviréis mucho tiempo con ellos, y quién sabe si éste no será una pesadilla que os acompañará siempre. Ana, Ana, creo que tu pensamiento te traiciona buscando subterfugios que apacigüen tu conciencia, pero si así lo quieres, que empiece la representación. ¿Insistes en poseer ese cofre?

—Sí —responde Ana algo vacilante.

—Antes díganos qué sistema de cierre tiene. Queremos estar seguros de que no manipulará el contenido del cofre en nuestra ausencia —dice Jorge, que mira de vez en cuando al cofre.

—Tú, Jorge, estás en todo. Lástima que no utilices tu natural inteligencia para mejores empresas. Ese cofre dispone de un doble sistema de cierre interdependiente. Una llave actúa sobre la cerradura y la clave desbloquea todo el sistema de cierre, como en una caja fuerte.

Jorge se queda pensando. Al fin, propone:

—Como en las cajas fuertes, la clave se puede variar. Tendrá que ser desde dentro. Nosotros guardaremos la clave después de cambiarla y usted guarda las llaves. Al final, cuando hayamos cumplido con nuestra parte del compromiso, usted nos dará el cofre y las llaves.

No puedo acceder a abrir el cofre y mostrar su contenido. Busco otra salida.

—Desconfianza por desconfianza. Las llaves me las podéis robar, no así la clave. Propongo que os dé las llaves y yo me quedaré con la clave.

—De acuerdo, usted se queda con la clave. Dos llaves; me tendrá que dar dos llaves, o tres, mejor tres, que supongo le dieron cuando compró el cofre.

—Me dieron sólo dos, y las llevo siempre conmigo.

—Pues dos. Espero que no nos la juegue.

—Podéis confiar; no sois tan importantes que merezca la pena mentir por vosotros.

—Confiaremos, aunque por lo que vemos, usted miente más que habla.

—Vosotros participáis de los beneficios de mis mentiras. Bien, poned todo eso en vuestro papel, haced un duplicado y dispongámonos a firmarlo. Luego brindaremos por la miserable condición humana. Mientras tanto, me retiro a mi habitación a pensar en el guión que vamos a representar en este mundo.

Me alejo físicamente, mientras mi mente se queda con ellos.

Jorge y Ana se quedan donde están. Jorge divide el folio en dos y lo rasga. Comienza a escribir sobre una mitad todo lo que falta y conforme con lo acordado. Ana mira a Jorge algo traspuesta. Jorge respira hondo.

—¡Uf, qué trabajo ha costado! Llegué a pensar que no iba a ceder.

—¿Nada de lo que se ha hablado te preocupa?

—¡Al diablo tanta monserga! El cofre será nuestro, eso es lo único que importa. No te imaginas lo que pesa, Ana.

—Pero, ¿y si luego nos remuerde la conciencia toda la vida, como él sugirió?

—Tonterías. La riqueza no tiene conciencia y sí suele ser un buen detergente. Hasta el último segundo ha intentado con su palabrería inducirte a que no le exigieras el cofre. Estoy seguro de que lo hemos puesto entre la espada y la pared, y ha tenido que aceptar la salida que le hemos ofrecido. Ya ves, su maldito orgullo es su mayor debilidad.

—Más bien parecía que intentaba evitarnos caer en tan indigno acuerdo; sus últimas palabras iban en ese sentido.

—¿Tú crees que le importamos? ¿Qué otro subterfugio, como él dijo, podía emplear con nosotros sino apelaciones a la ética y a la dignidad? Es una representación, Ana, y a cambio seremos ricos de verdad; eso nos hará olvidar lo que ha pasado. Mantén en tu mente que sólo es eso, una representación. Ningún actor sufre pesadillas por los papeles que representa.

—Debimos exigirle que nos mostrara lo que hay en el cofre, no vaya a ser que el cofre también forme parte de la comedia.

—Mira, eso sí. No sé como se me pasó. ¿Por qué no lo dijiste?

—Se me ha ocurrido ahora, aunque al principio, cuando planteaste que habría que cambiar la clave desde dentro, pensé que tendríamos la

ocasión de ver lo que contiene. Luego se me pasó. ¿Crees que estamos a tiempo?

—No lo sé. Podemos intentarlo.

—Bueno, inténtalo. Ahora termina de escribir.

—No creo que sea importante. En cualquier caso debe valer más de lo que nos ofreció en dinero, y ya ves lo que nos ofreció para que desistiéramos.

—Eso sí. Inténtalo, de todas formas, aunque sólo sea por satisfacer la curiosidad.

—De acuerdo. Déjame ahora que termine esto.

Una vez que Jorge da por terminado el trabajo de transcribir por dos veces lo que habían acordado, le da una copia a Ana y los dos leen cada uno la suya.

—¿Está bien? —pregunta Jorge.

—Creo que sí. Tengo algo de miedo, Jorge.

—Vamos a salir de aquí, ¿no? No creo que nos haga nada malo.

—No me refiero a él. Si algo malo nos ocurre, nos lo habremos hecho nosotros.

—¿Y qué de malo nos podemos hacer a nosotros mismos?

—Bueno, ya hemos ido demasiado lejos, y tiempo hemos tenido para pensarlo. ¿Qué querrá hacer con nosotros?

—Al principio será duro. Vete tú a saber las aberraciones que se le ocurren. Muchas de ellas tendrán que ver con el sexo, pero nos acostumbraremos y él se cansará, que no está para muchos trotes. Dos o tres veces que te lo cepilles, como tú sabes hacerlo, y no queda nada de él. Cuando todo esto haya pasado, nos partiremos de risa recordándolo.

—Tú estás muy seguro de todo. Ya veremos si te pide a ti... Creo que viene. No olvides de pedirle que nos deje ver el interior del cofre...

—¿Habéis acabado? —pregunto cuando llego.

—Sí —contesta Jorge.

—No habréis puesto nada nuevo...

—No, pero queremos ver lo que hay en el cofre —dice Jorge.

Los miró con severidad en mi semblante. Tardo segundos en componer una estrategia ante una petición intuida por mí y que podía dar al traste con mi propósito, si no ando con cuidado. Con visible enfado, exclamo:

—¡Os debería tirar a la calle como basura que sois!

—Pues tírenos —dice tranquilo Jorge.

Más calmado, continuo.

¿Quién me asegura que una vez abierto no intentaréis asesinarme? Tú eres más fuerte que yo y no podría defenderme.

—Lo podríamos hacer sin llaves y sin clave; nos llevaríamos el cofre, no sería difícil abrirlo —contesta Jorge, muy seguro de que él lleva la iniciativa en este *negocio*.

No muestro turbación ante un argumento del que parece difícil salir. Les digo:

—Claro, claro, lo podéis hacer, y seguro que lo habéis pensado. Pero no habéis tenido en cuenta un detalle. Si yo esta noche no saco las cestas de la comida para recoger las nuevas, el hombre que nos esperaba cuando llegamos aquí irá a la Guardia Civil del pueblo y vendrán a ver qué pasa. No podríais justificar la posesión de ese cofre. Se descubriría vuestro asesinato y perderíais todo, incluso vuestra libertad.

Mi contestación ha sido débil y paradójica. Confío que ellos no se aprovechen.

Jorge sólo atiende a un aspecto que él cree yo pretendo: intimidarlos.

—Sólo era una suposición. No somos asesinos.

—Vosotros seríais capaces de todo. Sois basura humana, y yo ya he tomado mis precauciones.

—¿Y quien nos asegura que la basura no es usted, y después de conseguir sus propósitos nos liquida para quedarse con el cofre? A usted ya no le importaría, si va a morir, el que descubrieran su asesinato.

—Nos estamos desviando de la cuestión. Si esa fuera mi intención, lo podría hacer después de enseñaros el contenido, pero no es así; quiero comprobar de qué sois capaces, y aquí mi única garantía es no daros la clave hasta que hayáis cumplido lo acordado, y no voy a ceder en eso.

—¿Y nadie nos culpará de su muerte? —vuelve Jorge a preguntar.

—Os marchareis definitivamente de aquí un día antes. Quedaré escrito que mi muerte ha sido producto de mi voluntad, que los hechos para producirla también son míos y que os he hecho donación libre del cofre.

—Déjalo ya, Jorge. Firmemos esos papeles —dice Ana, con visible nerviosismo.

—Pero Jorge no ve razón de peso que les impida ver el contenido del cofre, y, ahora más que nunca, quiere que forme parte del trato. No atiende a la fácil claudicación de Ana, impulsada por una presión insoportable para ella.

—Si quiere, usted me ata hasta inmovilizarme. Le abrirá el cofre a Ana y lo volverá a cerrar. No creo que tenga miedo de Ana.

Para mí este tira y afloja ya carece de sentido y no encuentro argumentos sólidos para negarme. Acostumbrado a grandes transacciones comerciales, sé que hay un momento en el que se ha de jugar fuerte; de farol, que dicen algunos, pero esto no te asegura ganar.

—Estáis llegando al límite de mi paciencia. Está bien, pero como lo que pedís es nuevo, yo también tengo derecho a poner una condición nueva, y única. Yo os abriré el cofre y vosotros os iréis al mundo del que os saqué.

Me será suficiente pensar en la cara que pondréis cuando volváis a vuestras miserables exhibiciones de sexo y la espera de una no menos miserable generosidad de vuestros mirones.

Yo, que he permanecido estático mientras todo esto se discute, me voy resuelto hacia el cofre con la intención, solo con la intención, de abrirlo. Me estaba descolgando un llavero que pende de mi cuello, cuando...

—¡Espere! —grita Jorge.

—¡No más condiciones, basura! —casi grito yo, volviéndome a medias.

—¡No lo abra! Un momento. Ana, ¿aceptamos que no lo abra?

—Ya dije que sí —contesta Ana.

—No lo abra. Aceptamos, sin ver lo que contiene.

He vencido una vez más, y en esta ocasión, como cuando temía perder, mi satisfacción es máxima.

—Os doy diez segundos para firmar.

Jorge y Ana cogen, de forma atropellada, sendas reproducciones del contrato. Ana firma primero y Jorge la apremia a que se dé prisa para disponer él del bolígrafo. Antes de los diez segundos, Jorge me ofrece las dos hojas firmadas. Yo se las arrebato con violencia. Mi cara representa la ira misma, una máscara que yo sé ponerme cuando me conviene; represento, por el momento, mi mejor papel en el teatro de este nuevo mundo, sin darme cuenta, a veces, que fue en el viejo donde aprendí lo que sé y que ese mismo mundo me enseñó. Me siento y firmo el documento, íntimamente satisfecho. A continuación entrego una copia a los chicos y dos llaves del cofre, que desprendo del llavero. Jorge y Ana siguen con atención el desprendimiento de las llaves, asegurándose de que efectivamente sólo llevo dos del mismo tipo. Luego esperan los acontecimientos inmediatos. Yo me dirijo a ellos mientras permanezco

sentado. Improviso la enésima representación de la realidad, por más que queramos enmascararla.

—¡Levantaos! —pronuncio enérgico, y a continuación sigo diciendo, engolando especialmente la voz— He conocido mucha gente miserable en mi vida, pero como vosotros a ninguna. Tú, despreciable perro, ¿estudias para curar los cuerpos de los afligidos por el dolor, o para tener la oportunidad de comerles sus entrañas? Has sido capaz, por tu ambición, de vender tu dignidad a la primera tentación que te ofrece la vida. Serás una maldita basura para siempre, aunque la fortuna te sonría. La prueba de que es cierto lo que digo la tendremos pronto: no querrás matricularte en el próximo curso, porque tú estudiabas para aprovecharte del dolor humano, y ahora pensarás que ya no lo necesitas. Y tú —dirigiéndome a Ana—, despreciable perra, ya no podrás tener más ideales, porque todos te gritarán tu falsedad e impostura. Mirarás a las flores, las que antes te inspiraban bellas sensaciones y te elevaban el espíritu, y apartarás tu mirada, porque te gritarán que no las manches con ella. Mirarás los pájaros y taparás tus oídos, porque te gritarán que no confían en tu bello plumaje que sólo esconde una trampa. Tú tampoco estudiarás más filosofía, porque el contenido del cofre te hará odiar cualquier ciencia que hable del espíritu del hombre. Sólo tendréis la tierra para serpentear hasta que os toque pudriros. El cosmos será vuestra redención; fuisteis dos errores de la naturaleza y el cosmos se encargará de reciclaros, convirtiéndoos en puras ratas.

Ana, mientras esto digo, ha permanecido con la vista clavada en el suelo. Sorprendentemente, no parece afectarle demasiado lo que escucha. Parece que la vacuna funciona. Su autosugestión le permite ver y pensar que todo lo que está sucediendo en este salón es una representación teatral, muy lejos de toda realidad contingente; su vista baja, señal quizá de

vergüenza escénica, es todo lo que le pide su papel en este momento. Jorge está a punto de sonreír, pero se contiene. En el guión se le pide que se muestre serio, con aspecto abrumado, y así se muestra. Yo estoy algo menos satisfecho de mi representación; le he dado fuerza y verosimilitud, pero al ver la expresión forzada de Ana, me doy cuenta del casi nulo efecto sobre su conciencia, mucho menos en la de Jorge; ellos también están representando. En este instante, parece que no será fácil encontrar el modo de salir de la representación y poner al descubierto la autentica miseria humana de estos jóvenes. Tengo tiempo por delante. Seguro que se me ocurriría algo. Mientras tanto, y sin pensarlo demasiado, me decido probar de nuevo. Me gusta el juego presente, aunque sólo me proporcione diversión. Con voz de carcelero desalmado, les casi grito:

—Ahora, perros, ¡desnudaos completamente! Quiero ver cómo de unos bellos cuerpos crece la inmundicia.

Los dos chicos, sin dudarlo un instante, comienzan a despojarse de sus ropas. Yo los observo cada vez más divertido en mi interior. Cuando se han quitado la última prenda, vuelvo a hablar, dirigiéndome a Jorge.

—Tú, perro, como un perro que eres, ponte a cuatro patas y camina así por el suelo.

Jorge cumple mi orden y se sitúa con el trasero hacia mí, mientras, seguro de tener su cara oculta, no puede evitar sonreír, casi reírse. Me dirijo ahora a Ana.

—Tú, perra, súbete a su lomo y poneos a dar vueltas. También, ladrad.

Ana hace lo que le digo y los dos se ponen a ladrar. De repente, Ana no puede contener la risa y explota de su boca un sonido extraño, inidentificable. Jorge se ríe, pero, sujetándose con una mano en el suelo, levanta la otra para taparse la boca delatora. Me doy cuenta que los jóvenes lo están tomando también como una diversión, ya que no como una mala

representación, y decido que aquel camino puede viciar posteriores intentos, ya más intencionados.

—Bien, perros. ¡Basta ya! Levantaos y vestios. Esto sólo ha sido el principio; la próxima vez os la tendréis que ver con ese animal de ahí fuera; una verdadera sesión de zoofilia para que os sintáis a gusto en vuestro papel. Iréis ahora a la cocina y me prepararеis mi comida. Procurad que sea de mi agrado, porque vosotros comeréis las sobras o nada, ya que la tiraré por el triturador del fregadero si me disgusta.

Después de esta última orden, me levanto. Paso cerca de Ana, que procedía a vestirse, y con mis manos le acaricio los pechos mientras miro la reacción de Jorge. Creo que en esta ocasión no hago teatro, o hago teatro para disimular mis instintos, excitados ante el desnudo procaz de Ana. Jorge no aparenta reacción alguna, aunque mira fijamente a mis ojos. Yo creo ver en el fondo de los suyos la llama del odio. Continuó en dirección a mi habitación, mientras reflexiono, ahora en serio, si todo aquello ha sido puro teatro o la representación que todos hemos hecho de nuestras respectivas miserias. Jorge y Ana se quedan de nuevo solos. Entro en la habitación y miro la pantalla.

Veo que una descarga de buen humor les libera de tanta contenida hilaridad. No piensan que han sido unos payasos en mis manos.

Mientras se visten... Me parece estar presente, también con mis oídos.

—Venga, perra, date prisa, que nuestro amo y señor quiere comer —y Jorge deja que brote la risa, aunque procurando con su mano que no se amplifique en aquella sala acústica.

Ana también comenta divertida:

—Y tú, perro, cuando ladres no lo hagas como un perro marica. ¿Qué comida le gustará a nuestro amo?

—Comida de perro, seguramente.

—Compruebo con estupor tu metamorfosis de aprendiz de médico en miserable perro. Yo creo que has sido un perro toda la vida y te disfrazabas de hombre; al menos ahora eres más convincente.

—Yo tampoco estoy seguro de que antes fueras una mujer; tu papel de perra es más verosímil que el que hacías como persona.

—Pues eso: somos dos perros, no hay duda; era antes cuando estábamos representando. ¡Guau, guau!

—¡Guau!

—¡No digas tonterías! ¡Guau!

—¡Guau! Somos dos perros bilingües. ¡Guuaau, ha, ha, ha! —Jorge se acerca a Ana olisqueándola como hacen los perros.

— Lo siento, chucho, no estoy en celo.

Los dos jóvenes se ríen evitando que sus risas deriven en carcajadas sonoras.

Es obvio que si todo sigue igual, aquel papel que les ha deparado la vida, les llevará a pensar que el papel verdaderamente duro es el que han venido representando como personas, cuando lo cierto es que nunca fueron tan personas como ahora. Sigo con ellos.

— Está claro que uno puede sentirse libre si haces de tu vida una representación teatral de cualquier cosa, menos de persona libre, claro. He ahí un tema filosófico en el que valdría la pena profundizar —dice Jorge en tono irónico.

—No te rías de las cosas que desprecias; al fin y al cabo tú eres el origen. Ahora en serio: ¿crees que nuestro amo tiene razón y que no vas a seguir estudiando? —pregunta Ana

—Nuestro amo siempre tiene razón, ¿cómo te atreves a dudarlo? Y tú, ¿qué vas a hacer cuando tantas cosas te griten eso que dice el amo? Que si las flores, que si los pájaros... Joder contigo, tía, vaya panorama el tuyo.

—Me compraré los mejores cascos para escuchar sólo música sinfónica —y Ana vuelve a reírse.

—Tu amo te tocó las tetas, ¿te gustó? Sí, claro que te gustó, yo lo vi, y eso no fue teatro.

—Todo perro gusta de ser acariciado por su amo. Me gustó bastante, ¿no viste como movía la cola? ¿Los perros tienen celos?

—No es lo mismo que seas una perra, que seas una perra, ¿comprendes la diferencia?

—Mira, ese idioma no lo domino del todo, ¿por qué no me ladras?

—Tienes razón. ¡Guau, guau!

—¿Lo ves? Ahora sí nos entendemos.

—Oye, oye, Ana.

—¿Qué?

—Que se nos ha pasado eso que dijo de la sesión de zoofilia con ese animal de ahí fuera. ¿De qué animal se trata?

—Tienes razón, —dice Ana, y sigue— y somos unos inconscientes tomándonos esto a juerga sin ponderar hasta dónde ese hombre puede llegar en su manipulación mientras somos sus títeres. Sólo se me ocurre que se refería al hombre que nos abrió el portón cuando llegamos. Yo no he visto a ningún otro animal.

—Pero ese cateto es un hombre, no un animal.

—Me extraña, Jorge, que tú hagas esa distinción. O estamos representando una obra de teatro, o lo que a ti te preocupa es que ese bruto te dé por... ¿Por qué no lo tomas también como un papel que te haga reír?

—¡Calla, calla! Ni se te ocurra decir lo que estás pensando. Si propone eso, decimos que no.

—¿Que no a qué?

—A dejarme follar por ese tío, ¿a qué va ser? A ti te costará menos; lo digo por la fisiología.

— ¡Qué cabronazo eres, Jorge! Lleva contigo mantequilla, para la ocasión. Me parece que somos unos estúpidos; todo lo que hacemos, porque él nos lo manda, es tan real como lo que estamos haciendo tú y yo en estos momentos.

—Bueno, dejemos ese tema; algo se nos ocurrirá sobre la marcha. No creo que deje entrar aquí a ese hombre.

—Hemos dejado muchos temas sin suponer. Ahora ya da igual; haremos el papel que nos pida. ¡Qué más da una cosa que otra, si el fin es el mismo! Ay, mis queridos filósofos, si levantarais la cabeza!

—Pues eso. Venga, vamos. ¿Qué se te ocurre que podamos hacer de comida? Con lo que disponemos, a mí sólo se me ocurre una ensalada. ¡Lo que daría por un buen hueso con un poco de carne!

—Algo se me ocurrirá. Estuve un tiempo ensayando eso de la comida vegetariana. Vamos.

Los dos jóvenes se dirigen a la cocina. Antes, Jorge ha pasado cerca del cofre, al que le da dos palmaditas mientras musita: "Quédate ahí, amiguito, que pronto tendrás nuevos amos."

***

Este pasaje, y el que sigue, muestran que todo ser humano, en alguna ocasión de su vida, deja el teatro para convertirse en bufón del amo de turno. Y no es que esto sea peor que hacer teatro, es sólo

quitarse la máscara y representarse a sí mismo... Sí, en ese sentido, yo muchas veces fui humano.

***

No me ha sorprendido lo que he observado. También estoy seguro de lo que han hablado. Los rostros de los chicos han sido suficientemente expresivos, y en esta ocasión no he echado de menos oír lo que decían. Ya no tengo duda de que los jóvenes se han tomado la condición que les he impuesto como una representación, y ahora están incluso divertidos con el papel que representan. Desconectó y me siento a reflexionar. La primera conclusión a la que llego es cuán difícil resulta delimitar lo que es la realidad de lo que se siente, de lo que es pura representación de una realidad distorsionada que se oculta con cualquier subterfugio. La segunda, aunque no lo tengo totalmente claro, es que, quizá, todo lo que el hombre hace es una representación de su pensamiento, que no quiere decir que lo sea, igualmente, de sus sentimientos. Ahí debe estar la clave. Si yo les forzara a representar algo contrario a sus sentimientos, los actores, en algún momento, se han de sentir heridos en ellos. La consecuencia inmediata sería que si, no obstante, ellos supeditan esos sentimientos, que pudieran llamarse nobles, a otros que supongan la conculcación indigna de los primeros, ellos no podrían excusarse parapetándose detrás de un acto representado. El problema, entonces, es descubrir si el hombre, además de representar, siente lo que representa y hasta qué punto está dispuesto a la indignidad como condición última y prevalente de su naturaleza. Con estos pensamientos, y aún dudando que esté sobre el buen camino, dejo mi habitación y me dirijo a la cocina. Allí están ya Jorge y Ana, y he dado por supuesto que estarían hablando hasta oír que llegaba. Efectivamente,

cuando entro, Jorge y Ana guardan silencio, afanándose precipitadamente en la tarea compartida de preparar comida. Me siento a la mesa sin decir nada, mientras los observo. Ana despliega todos sus conocimientos sobre comida vegetariana, en la que uno de los principios, que palían su monotonía en procurar sensaciones al gusto, es la buena presentación de los elementos que se utilizan, por eso de que los ojos también parece que degustan los alimentos, según se dice. Me acerco hasta donde está Ana, que me da la espalda, y le pongo la mano sobre su hombro. Con voz afectada le digo:

—¿Qué comidita me está preparando mi perrita favorita?

Ana no se vuelve a mirarme. Este nuevo tono la sorprende, y no sabe de inmediato los motivos por los que siente un cierto sosiego y bienestar. Parece como si el papel de perra mimada, con un cierto privilegio de ser preferida del amo, le complaciera más que el de perra despreciada. Ana me corresponde con un gesto, que buscando paralelismo en los perros, estos lo habrían hecho moviendo la cola; tal fue el culebreo que Ana imprime a su cuerpo. Diferente efecto ha debido causar en Jorge, que observando de reojo la escena de este acto discriminatorio, a punto está, y por un movimiento incontrolado, de rebanarse un dedo con el cuchillo que maneja. El corte es menor, pero de su dedo mana abundante sangre. Pronuncia un "¡ay!" inevitable y espontáneo, que nos hace volver la vista a mí y a Ana.

Aprovecho este incidente, y dirigiéndome a Jorge, le digo:

—Eres un perro torpe. Lámete esa herida. Para que aprendas a tener cuidado, sólo comerás esas zanahorias que has manchado con tu sangre. ¡Retírate con ellas a aquel rincón!

Es indudable que estoy forzando una teatral actitud con los chicos, y de ello soy consciente; es mi improvisación según voy viendo cómo se van desarrollando los acontecimientos.

Jorge toma con una mano las zanahorias y la otra se la lleva a la boca, introduciendo en ella su dedo sangrante. Se dirige al rincón que le he señalado, mientras me mira con los ojos encendidos por el odio que siente por mí. Jorge obedece al papel de perro que está representando, pero algo, además de su dedo, está siendo herido. No me pasa desapercibido el gesto de Jorge, como tampoco el de Ana, que se limita a mirar a Jorge sin ninguna aparente preocupación. Para Jorge, además de sentir unos indefinidos celos —quizá sólo celos narcisistas—, el corte de su dedo es real, no una representación, y esperaba, al menos de Ana, un sentimiento de compasión, aunque fuera una representación más. Ana, está claro, ha preferido representar la indiferencia por temor a desagradar a su amo.

Estoy contento. Todavía no es determinante, pero aquí ha ocurrido algo que nada tiene que ver con la mera representación que suponen los pensamientos: una levísima victoria de la indignidad sobre los nobles sentimientos. Es el buen camino, pienso.

—Bien; eso tiene un buen aspecto, mi querida perrita —continuó diciendo, sin abandonar mi mano del hombro de Ana—. También debe estar bueno. Pon un plato para mí y otro para ti, y ven a mi lado, hoy comerás conmigo. ¡Necesito tanto de tu compañía! —y me siento de nuevo a la mesa, mientras miro a Jorge que, en un rincón de la cocina, observa su dedo que aún sangra, aunque más levemente. Por lo que yo mismo dejo de preocuparme.

Jorge también escucha lo que digo, y aunque lo atribuye al papel que yo pretendo desempeñar, no puede por menos de pensar en si Ana sentirá algún tipo de complacencia en aquel trato discriminatorio para él. Intenta

tranquilizarse pensando en que no debe salirse de su papel de actor y que tampoco la escena corresponde a algo real, pero no lo consigue. Alternando el chuparse el dedo herido, comienza a mordisquear una zanahoria.

Ana cree que esa bonita fuente de verduras cocidas, crudas, esos pequeños montículos de mayonesa (faltan las zanahorias), tan artísticamente colocados, me ha de complacer. La deja de momento sobre la encimera y se dispone a montar la mesa. Pone un mantel limpio y dos platos, uno al lado opuesto del otro, pero yo le mando que el más lejano lo ponga a mi lado. Ana así lo hace. De vez en cuando mira a Jorge y se encuentra con su mirada seria, interrogante. Ana baja la vista y sigue colocando cosas en la mesa. Cuando todo está dispuesto, Ana se queda de pie, cerca de mí, como un perro desconfiado esperaría la doble llamada de su amo, sobre todo si ésta era cariñosa. Tomo de la mano a Ana y la atraigo hacia la silla situada a mi lado. Ana deja ir su mano, luego su brazo y luego todo su cuerpo deja de prestar resistencia, y se sienta. Yo no hago ningún movimiento sin antes pensarlo. Tomo de la fuente la mitad aproximadamente de la muestra que contiene y la voy depositando despacio en el plato de Ana. Luego hago lo mismo en mi plato, mientras digo con voz forzadamente empalagosa.

—Come, mi querida perrita. Te debo cuidar para que permanezcas así de hermosa. Pero, qué olvido el mío, no te he puesto aún nombre. Debe ser un vocablo corto, como corto es tu entendimiento. Te llamaré An. ¿Te gusta tu nombre? También te permitiré que hables el lenguaje de los hombres; el mío, por ejemplo. ¡Necesito tanto tu compañía y saber lo que piensas! Anda, come, come. Sólo te voy a prohibir una cosa: que no hagas el amor con ese indigno perro que está ahí. Tus cachorros serían chuchos

bastardos, pues has de darte cuenta, querida, de la diferencia de clase entre vosotros dos; me disgustarías, An, y podría volver a despreciarte.

Ana se pone a comer lentamente, en silencio, los ojos fijos en el plato. Quiere hacer uso del privilegio que acabo de concederle y hablar, pero teme contrariarme el que sus palabras obedezcan a sus sentimientos. Yo también como mientras miro a Ana. Ana intenta descifrar las verdaderas intenciones del imprevisible hombre que tiene delante, pero su instinto le dice que para ella no va a ser ya tan duro, como parece que lo va a ser para Jorge. Lo siente por él, si todo va a seguir de ese modo. Pero también reflexiona que en la comedia hay personajes que imponen a los actores papeles unas veces más duros que otros, y sería absurdo que un actor sintiese compasión por un compañero de reparto, porque su papel fuese más ingrato. Ana cabalga entre sentirlo y aceptarlo como los papeles respectivos que a cada uno le toca interpretar. Jorge no piensa lo mismo. Se ha olvidado por un momento de cualquier connotación teatral de lo que está sucediendo y ahora sólo es su sentimiento el que manda mensajes a su pensamiento, después de hacer latir más fuerte su corazón. No come ya zanahoria, no se chupa el dedo herido, mira la escena, y el odio, cada vez más intenso, parece obligarle a saltar de un momento a otro sobre el que se lo provoca. Hace un repaso mental a todo lo sucedido hasta ahora. De él ha sido la sugerencia de ayudarse a soportar cualquier sentimiento, con la consideración de que sus espíritus permanecerían alejados del cuerpo esclavizado por el director de escena. De él, también, fue la idea de tomar aquello como una representación con la que no se identificarían. Esto le calma lo suficiente como para seguir, sin revelarse, representando el papel de miserable y discriminado perro. Pero no consigue restaurar del todo la paz en sus sentimientos, que se ven, así, cogidos en una trampa creada por él mismo. Tampoco se para a considerar, y esto si que es notable, si debe

buscar la paz de sus sentimientos a cambio de dejar el papel indigno que está representando; ha de hacer su papel para seguir existiendo, como casi todos los hombres hacen en el otro mundo. Una llamada mía le desconecta de sus reflexiones.

—Tú, perro asqueroso, arroja todo lo que queda de comida por el triturador. Hoy sólo comerás esas zanahorias manchadas con tu inmunda sangre. ¡No sé cómo te soporto! Debería mandarte fuera; serías el paradigma de perro callejero, transporte público de las pulgas. Lo pensaré. ¿Para qué quiero más compañía que mi querida An?... No, no; te necesito para que mi An no tenga que trabajar y esté siempre guapa para mí. Creo que nada odia más el amo que verse necesitado de esclavos. Vámonos, An, él limpiará y ordenará todo esto, pero antes veamos si no nos engaña y nos roba nuestra comida. ¡Date prisa, perro, tira toda esa comida!

Jorge, cada vez más dolido por aquella discriminación, y no tanto por el papel que representa, abandona su postura estática y comienza a recoger todo lo que había quedado en las cestas y en la encimera, y lo va introduciendo por la boca del triturador, donde desaparece al instante. Yo observo impertérrito, mientras Ana mantiene la mirada hacia el suelo, probablemente temerosa de encontrase con la de Jorge.

—También esa botella de leche... y aquella manzana que está allí; todo, destruye todo —ordeno con firme tono.

Jorge, mientras cumple la orden, debe pensar que este comportamiento con él raya en el sadismo, y en el contrato yo había aceptado no utilizar practicas sádicas con ellos. Razona. *¿Dejarme sin comer se puede considerar una práctica sádica? ¿Qué puede pasar si llamo la atención sobre ese incumplimiento? ¿Qué derechos tiene el amo sobre el esclavo? Los que limite su ética, supuesto que tenga alguna ¿Es esclavo un hombre que pacta con otro los límites de su esclavitud?* Después de hacerse esas

preguntas, a Jorge le parece que ahí habían aceptado una contradicción y que ésta no permite fácilmente delimitar los derechos del amo sobre el esclavo y la calificación de sádicos a ciertos comportamientos. Ante la ambigüedad de las reflexiones, que no tienen modo de definirse, decide callarse y esperar.

Me levanto, y tomando a Ana de la mano, digo, forzando el tono teatral:

—Vamos, An, vamos. Dormirás conmigo la siesta. Mi cama es muy grande y estoy solo. Duermo mal porque no tengo a nadie a quien acariciar. ¡Sufro tanto de soledad!

Ana mira a Jorge, que está de espaldas. Ve cómo éste se para en su actividad y se le crispaban las manos, pero no escuchamos de él ninguna palabra. Ana nota que mi mano tira de ella hacia la salida, y se deja llevar sin apenas resistencia.

Jorge ya no sufre por lo mismo, ni siquiera por el hecho de que Ana se vaya al dormitorio conmigo; ahora su sufrimiento lo causa el alejamiento de Ana y su imposibilidad de comunicarse con ella, como lo han venido haciendo cada vez que tenían que superar algún acontecimiento adverso vivido juntos. El hombre, en situación de soledad, soporta menos los sentimientos de contrariedad, le angustia no poderlos manifestar con la representación más creíble ante los demás, en el intento de obtener algún beneficio, a veces el simple consuelo de ser comprendido por alguien y esperar su solidaridad, siempre, y en todo caso, detrás de la miserable actitud de procurarse la lástima ajena. Sí, es la soledad la que le ahoga, como en esos sueños que no permiten escapar de la angustia de estar solo en un lugar sin salidas. ¿Se pondría alguien a clamar en el desierto sus sentimientos? Sólo si cree en un dios invisible que le observa. Y las dudas, ¿quién le ayuda a despejar las dudas? Otro tormento que frecuentemente atenaza el espíritu humano a solas consigo mismo. ¿Cuándo podrá estar

con Ana para compartir pensamientos, para despejar dudas, para inspirarle lástima y encontrar en ella un nuevo ánimo que refuerce el suyo que flaquea? Y eso sólo en el primer día, en las primeras horas. *¿Qué pruebas tendremos que pasar aún para poseer ese maldito cofre?,* se pregunta. *¡Dos largos años!,* se contesta abrumado. Pero Jorge es un hombre no ya en su miserable papel, sino en la propia miseria de no querer una alternativa digna, humilde, resignada, sencilla como abandonar este lugar e irse de nuevo al otro mundo con el orgullo a salvo.

Ya he entrado con Ana en la habitación. Mis primeras palabras adoptan un cambio de tono y de expresión.

—Siéntate, Ana.

¿Qué nuevo juego pretende iniciar? Se pregunta Ana sorprendida. *¿No soy acaso su perrita An? ¿Es un lapsus que ha sufrido su mente momentáneamente?* Ana se sienta expectante en uno de los sillones. Yo muevo otro hasta situarlo frente a ella y me siento también. Los dos nos miramos a los ojos: yo buscando una confirmación; ella buscando una respuesta. Comienzo a hablar.

—Perdona, Ana, toda esta mascarada. Este teatro se ha acabado para ti. Voy a proponerte algo que debí hacer el primer día que te conocí y que no me atreví por temor a tu negativa: que seas la persona ideal que acompaña a un hombre con sueños tardíos. Pero nada te ordeno; sólo quiero que vivas tus propios sueños y que me los cuentes. Quiero que recuperes tu idealismo y lo compartas conmigo para que me permita soñar lo poco que me queda. Te necesito como el náufrago una tabla...

Ana es lista, y no afirmo que también es inteligente; para ser suspicaz sólo se necesita ser listo. Ana se muestra sólo suspicaz.

—¡Guau! —contesta Ana, interrumpiéndome.

—Te estoy ofreciendo que conserves la dignidad por más de lo que estabas dispuesta a venderla, Ana. ¿Estarías dispuesta?

—¡Guau, guau! —pronuncia de nuevo Ana, sin mirarme.

—Desconfías de mí, ¿verdad? ¿Y si te confesara algo que ignoras? ¿Y si te demostrara que no quiero de ti lo que estás pensando?

—¡Guau, guau!

—Bien. Márchate si lo deseas. Vete a reunirte con tu amigo. Vuelve a tomar el papel que representabas. Quizá prefieras la indignidad dorada que te promete ese cofre a la sencilla dignidad de tus sueños idealistas.

—¿Qué me confesaría que ignoro? —pregunta Ana, levantando la vista y mirándome con timidez.

Esperaba una reacción así, aunque sin precisar.

—Eso está mejor. Créeme. Todo ha sido una comedia, Ana: vuestro papel, mi papel... Con la diferencia que ya conoces: yo soy una persona indigna y vil, llevo siéndolo muchos años, y nunca tuve otros sueños que aquellos que reafirmaban más mi condición. Jorge no lo es menos, aunque le queda mucho para llenar tantas páginas como yo. Seguro que esto que digo, te recuerda hasta qué punto Jorge es un elemento negativo para ti, pero sobre todo para tus sueños. Estoy seguro de que todo lo que estás haciendo lo haces por la inducción tan poderosa que Jorge ejerce sobre tu capacidad de soñar tus propios sueños. En esa función que los tres hemos montado, tú no eres la Eva del Paraíso: el papel de Eva lo está haciendo ahora Jorge, el de Adán engañado tú, y la serpiente yo. Pero aquí no hay un dios que te juzgue y te degrade en tu condición de presunta su mejor obra, porque la condición del hombre es la que es, y ésta no se puede juzgar y menos degradar por otro hombre, como tú dijiste. Si tú quieres ser digna para tu propia autoestima, eso, a pesar de tu condición, sólo lo puedes lograr a través de tus sueños idealistas. Pero Jorge, al igual

que yo lo hice cuando tuve ocasión, rechazamos soñar. El te arrastrará al abismo, donde te reflejarás como un ser horrible y ya no podrás soñar más. Deja que él se arrastre por el fango de sus pensamientos, tú puedes aún caminar por los sueños de tu idealismo, Ana.

—No he dejado de soñar, y jamás, por nada del mundo, dejaré de soñar, porque soñar es un privilegio de mi pensamiento que nunca me abandonará.

—Y, aún así, ¿has aceptado desempeñar ese papel?

—Quizá sueño con el cofre por vencerle a usted.

—¿Por vencerme a mí? Curioso me resulta. ¿Y en qué consistiría esa supuesta victoria?

—Es usted una persona, además de indigna, prepotente, con una prepotencia intolerable, ya que no se conforma con dominar, sino que pretende crear sus propias criaturas a su imagen y semejanza para su mayor gloria, aunque yo añadiría y consuelo. Si Eva existió y existió Adán, incluso la serpiente, prefiero pensar que no se degradaron por querer ser como Dios, con todo su poder, sino que, en aquel árbol, ellos creyeron ver el símbolo de la prepotencia de Dios, lo mismo que nosotros ahora vemos en el cofre el símbolo de su prepotencia. Nosotros, como ellos entonces, sólo queremos acabar con esa prepotencia que obliga a todos a la indignidad de tener que aceptar su poder envilecedor.

—Pareciera incuestionable lo que dices, pero ¿qué harías tú con el poder que supuestamente dices que tengo guardado en ese cofre?

—Sería magnánima, caritativa, altruista; remediaría hasta donde pudiera los males de la tierra sin esperar a que nadie me implorara. No pediría nada más para mí, que ya lo tenía todo, y como usted dice, a través de mis sueños. No haría experimentos con mis semejantes para asegurarme de su condición. Trataría de encontrar, ya que no me conformo con soñarlos, a

cuantos pudiese a mi imagen y semejanza y formaríamos un frente de lucha contra toda prepotencia envilecedora, divina o humana. No, no haríamos como usted, que toda su mente se esfuerza en hacernos viles a sus ojos, quizá para justificar su propia vileza.

—Muy bien. No has dicho nada nuevo respecto a mí; ya lo había confesado yo mismo. Pero te equivocas, Ana. Si alguien se enriquece cometiendo actos viles, luego no hará otra cosa que repartir caridad de las migajas que se caen al suelo de su boca ahíta, lavando así su mala conciencia. Una vez que se cae en la indignidad, Ana, se es indigno para siempre, utilices como utilices los frutos que conseguiste con tus vilezas. Y no soy yo quien os envilece; tengo ya seguro que sois vosotros mismos, que ya sois viles e indignos por naturaleza, como te vengo diciendo. Lo único, pienso, que puede paliar tu condición indigna y vil son los sueños, los sueños que tú tienes, Ana. Y ya ves, que no pretendo otra cosa que prevalezcan tus sueños. Pero distingue bien, Ana: me refiero a los sueños que puedes tener sobre el Hombre, y no sobre los que tienes de ti misma. Sería como revelarte contra quien confirió esa naturaleza al ser humano. Si te das cuenta, hasta cierto punto, y utilizando tus palabras, yo me comporto mejor que lo hizo Dios con Eva; al menos yo te estoy aconsejando a que tomes otra alternativa que la de arrastrarte.

—Odio las alternativas, que sólo son el recurso de los débiles. Como usted dice, todo ha sido una comedia y seguirá siéndolo, excepto el propósito de la misma. Son nuestros cuerpos los que actúan, pero nuestros espíritus están en otra parte, y no conseguirá que se sientan culpables con sus sofistas palabras. Hay, sobre todo, hombres que necesitan ayuda, ayuda moral en primer lugar; usted, por ejemplo, aunque confieso que me siento incapaz de ayudarle.

—Hablas en plural; ¿Crees que Jorge piensa lo mismo, que sus objetivos son los mismos?

—Quiero creer en él, eso aún me resulta posible, mientras que con usted ya sólo me atenaza la pesadilla, sin otra alternativa.

—Como quieras. Te repito: seguro que si Dios hubiera hablado con Eva como yo estoy haciendo contigo, Eva no habría tocado el árbol que resultó su perdición.

Ana se encoge de hombros mientras dice:

—Y ahora, amo y señor, el guión dice que debo hacer pis.

—Vete. Moriré tranquilo, porque quizá sueñe que una vez quise ser bueno y nadie me creyó.

—No me cuente ese sueño; nadie le puede creer. Todo el mundo diría que está actuando una vez más.

Para cualquier otro ser humano, la postura firme de Ana, probablemente sincera, habría constituido un muro imbatible; no así para mí, que jamás me he dado por vencido.

—¿Y si te dijera que en el cofre no hay nada de lo que supones y que me importa un rábano su contenido? Es más, su contenido quiso ofrecer, ya desde los tiempos conocidos, la felicidad de los hombres y fracasó.

—Tampoco... le creería —dice Ana, con evidente menos firmeza.

—Adelante, pues; que siga la comedia. ¡Vete, chucho, no te hagas pis en mi habitación!

Yo termino de hablar y apoyo mi cabeza entre mis dos manos con el teatral aspecto de estar abrumado por el peso de la derrota. Evidentemente sigo actuando, pero como ocurre en el teatro, algunas veces los actores hacen pensar, e incluso sentir, que las cosas que representan son reales. Empeño este juicio mío en lo que ha de suceder a continuación.

Ana se levanta y sale de la habitación. *La última frase mía martillea su cerebro. "¿Podría ser verdad? ¡Dios, qué tragedia si fuera cierto! Si fuera verdad, todo lo demás sería de inmediato cierto, incluso lo que Alejandro ha razonado." Con el rostro demudado, corre a la cocina. Allí ya no está Jorge. Vuelve a salir y corre hacia su habitación. Al pasar por delante de la puerta de Jorge, se para un instante. Va a llamar, pero la detiene un pensamiento: "Jorge me hará muchas preguntas y no podré responderle a todas; tampoco se creerá mis explicaciones sobre lo que ha pasado en la habitación de Alejandro. No soportaría una nueva presión, una nueva embestida contra las rocas de mi infortunio. Además, prefiero rumiar mi propia duda, a que Jorge me la apuntale con su pesimismo." Decide recluirse en su habitación y pensar de nuevo en todo. Primero va al cuarto de aseo. Le falla la respiración. "¿Y si fuera cierto? ¿Y si fuera cierto?" Ese pensamiento recurrente se queda trabado en su mente, sin dejar resquicio para otro.*

Yo, después de aquel primer momento de turbación fingida, también medito sobre lo que acaba de suceder. Mis pensamientos se entremezclan. Ana ha estado muy convincente, pero yo no debo fiarme de las apariencias; no siempre lo que se dice se corresponde con lo que se piensa, menos con lo que se siente. Sé que, en cualquier caso, he sembrado la duda en Ana, y eso es lo que importa, porque la duda ya no es un pensamiento, sino un sentimiento que debilita la voluntad y hace que abandonemos los empeños más firmes. Cuando la duda fructifique, la cosecha para mí será imprevisible, aunque, a buen seguro, provechosa para mis fines. Pero, ¿dudará de mi inesperado cambio de actitud? Y si no es por eso, ¿será, entonces, por el verdadero contenido del cofre? Puede que por esto último Ana haya comenzado también a dudar de lo primero. Pronto lo confirmaré. De lo que se trata ahora es de diseñar mi próximo comportamiento. Debo

disponer de varias alternativas, en este caso no como consecuencia de una supuesta debilidad suya, sino como elementos de una estrategia más general. Mi nuevo papel en esa comedia deberá ajustarse al que decidan representar los chicos, y tendré que hacerlo con precisión y sutil guía para que la representación tenga el final que yo preveo. Como si dudara de mis capacidades, me pregunto: ¿adónde se ha dirigido Ana después que salió de mi habitación? Dejo de concentrarme y conecto las pantallas recorriendo uno, dos, tres recintos: en el primero aparece la cocina vacía; en el segundo está Jorge tumbado en su cama, las manos detrás de la cabeza y mirando al techo; en el tercero está Ana, sentada en un sillón y con la mirada desenfocada de lo que le rodea. Buena señal, pienso. Las personas sólo necesitan comentar sus dudas cuando de ellas dependen los pasos inmediatos a dar; a nadie le gusta caminar en la oscuridad de su propia inseguridad. Pero pienso que Ana no tiene con quién compartir sus dudas. ¿Significa que Ana tiene una duda íntima, inconfesable por el momento, de esas que avergüenzan por la duda misma? Quizá sí, pero eso lo podré saber muy pronto, aunque hay personas que se avergüenzan de sí mismas permanentemente y lo saben llevar con bastante decoro. Fatigado, desconecto el sistema y me acuesto, venciéndome el sueño al instante.

Es media tarde. Me concentro en algo bien difícil para mí de penetrar: los sueños. Pero, no en este caso: *los chicos están pensando en sus respectivos sueños y estos pensamientos sí los puedo conocer. Los tres nos hemos despertado de diferentes tipos de sueños: Jorge piensa que ha soñado que hacía el amor con alguien a la que llamaba Ana, pero que no se parecía a Ana, y que había resultado imposible consumar el acto por no*

recuerda bien que dificultades técnicas, y tampoco, cuando despierta, asocia la mujer del sueño a ninguna conocida. Ana piensa que ha soñado con una especie de príncipe que vertía cofres llenos de monedas de oro sobre su cabeza y que estas iban poco a poco ascendiendo alrededor de su cuerpo hasta cubrirla, y lo que al principio le complacía, comenzó a inquietarle, fue en el momento cuando sintió la inmovilidad de su cuerpo. Luego, y a medida que las monedas iban llegando a su cuello, pudo sentir que la angustia se apoderaba de ella, aunque ella misma trataba de superarla pensando que estaba viviendo un sueño y que no tenía sentido angustiarse, porque en cualquier momento despertaría. Ha tardado en despertar. Ya despierta, durante un buen rato le ha dominado una parecida angustia y un sudor frío baña aún todo su cuerpo.

Yo hacía tiempo que no soñaba nada o, al menos, yo no fui consciente de haber soñado cuando despertaba. Siempre, al despertar, he enlazado mi último pensamiento antes de dormirme con un pensamiento similar al despertarme. En esta ocasión no me puedo sustraer a pensar en lo que me ha sobresaltado hasta despertarme. Concentro mi mente tratando de volver a las imágenes imprecisas, inconexas, que creo haber vivido alguna vez y que han vuelto a atormentarme. No puedo precisar a qué lugar y tiempo corresponden. Pienso si con mi muerte entraré en un profundo sueño, en el que todas las imágenes vividas vuelvan a mi mente de forma imprecisa e inconexa, un ir y venir de imágenes sin correlación en el tiempo y el espacio. Este inesperado contacto con los sueños me preocupa y también me hace envidiar a los que dicen sueñan con facilidad y habitualmente con cosas gratificantes, compensando así las frustraciones de la vigilia. ¿Será porque yo no he sido consciente de haber padecido ninguna frustración y el vivo deseo de superarla? Incapacidad de análisis objetivo, se llama a eso. Un pensamiento, casi un sentimiento de alarma aprisiona mi corazón, que

empieza a latir forzado. ¿Significa que se puede soñar después de la muerte? ¿Será eso la vida después de la vida? Y recordar toda mi vida pasada, ¿no será eso una especie de infierno que me merezco? ¡Qué absurdo!, exclamo, y concluyo diciéndome que, si son las células las que elaboran las sensaciones, muertas las células se habrán acabado las sensaciones. Esa definición de una evidencia es más precisa que pensar que por el hecho de no tener ya manos con qué tocar, boca con qué gustar, ojos con qué ver, dejamos de sentir. Jorge y Ana, acostumbrados a soñar, no habrán encontrado ningún tipo de mensaje en sus respectivos sueños y los tendrán por tales. Ana, quizá, aún somnolienta, debe pensar en alguna remota angustia ante el pensamiento de verse rodeada de riquezas, pero ya despierta, esa angustia se trocará en placidez ilusionada, sin que, en esta ocasión, la duda con la que se fue a la cama vuelva a hacer presa en ella.

Me dispongo a salir de la habitación. Ya tengo alguna idea en mi mente sobre los siguientes pasos que debo dar. Pondré a los jóvenes en disposición de manifestar primero lo que sus mentes no puedan evitar traslucir. Luego los llevaré con un nuevo giro de mi comportamiento a alimentar sus dudas, único sentimiento hasta el momento en el que me parece haber penetrado. Cuando salgo de mi habitación, me voy directo a la de Jorge. Abro la puerta y me encuentro que el joven aún permanece en la posición que le he visto a través de la pantalla. Jorge se incorpora, no con demasiada prisa, haciendo de este acto una leve protesta involuntaria por lo que está sucediendo, y me mira con ensayada perplejidad. *Al parecer ya no hay respeto por el territorio privado de cada uno, al menos con el mío*, piensa. Pero él no sabe cómo defenderlo ante un hombre que da y quita privilegios según su exclusiva conveniencia y en virtud del poder que ejerce sobre él. Espera que yo diga algo para que le permita pensar en la razón de mi visita, que ahora se le oculta.

—Ven conmigo, Jorge—es todo lo que digo, poniéndome a continuación a andar en dirección al salón.

Jorge ya puede pensar y yo saber lo que piensa. *¿Qué quiere ahora? ¿Por qué me llama por mi nombre y no chucho o de cualquier otra forma despectiva y humillante?* Ahí se queda su mente, incapaz de elaborar ninguna respuesta ante la situación inesperada. Se limita a seguirme, imprimiendo a su cuerpo la velocidad que yo marco al caminar en dirección al salón. Cuando llegamos a él, me siento. Jorge, que permanece de pie, en silencio, vuelve a no poder pensar nada, robotizado como está por mi voluntad. Ha asumido su papel y sólo su instinto de perro actúa sobre sus reflejos, haciéndole permanecer en esa postura desconfiada.

—Siéntate, ahí —le digo, señalándole el sillón que está frente al mío.

Jorge se sienta apoyando sus brazos sobre sus piernas y levantando su cabeza para mirarme. Su pensamiento parece reactivarse, pero sólo para preguntarse cuál será la próxima frase que yo pronuncie.

Debo salir al paso de una pregunta que debe estar flotando en el aire: ¿Por qué no he querido hablar con Jorge en su dormitorio y por qué me lo he llevado al salón? La razón es que voy a hablar del cofre, y necesito que esa imagen de tentación esté presente; para Jorge es la imagen de la seducción, y también el objeto. Tentación y seducción se complementan: la tentación actúa sobre nuestro intelecto; la seducción sobre nuestros sentidos. En algún caso esto que digo puede ser discutible, pero no en éste.

—¿Por qué motivos quieres el cofre, cueste lo que cueste? —le pregunto sin más preámbulo.

¿A qué viene ahora esta pregunta? ¿Es que lo duda? ¿Y por qué este súbito cambio? ¿Ya no tengo que desempeñar el papel de perro? Son preguntas que se suceden en su mente. Ha de contestar rápido y aún no

tiene la respuesta. Tarda en encontrarla, a pesar de que no le había abandonado nunca. Mira hacia el cofre de forma furtiva.

—Yo no quería el cofre; fue usted el que me hizo quererlo.

—Pues te engañé. Os engañé a los dos. En el cofre no hay lo que supones, ni nada que a ti te pueda valer.

A Jorge los pensamientos se le enmarañan. No sabe cuál debe hacer explícito ante tan inesperada confesión. Como siempre ocurre, la mente, en un instante, elabora una alternativa que le permite ganar tiempo y dejar que los pensamientos se definan. Hace un amago de volverse para mirar al cofre. Por el momento se olvida del teatro.

—¿Por qué me dice eso ahora?

—Se lo he dicho también a Ana y no quiere creerme. Ana quiere el cofre y algo más de mí.

—¿Qué más quiere Ana? —pregunta Jorge, incapaz de evadirse de mi pensamiento.

—Quiere obtener mi poder, que, según ella, sólo lo utilizo para hacer el mal. Piensa que poseyendo mi poder, representado en ese cofre, ella podrá convertirlo en la herramienta que le permita realizar sus sueños idealistas y con ellos el bien que se puede hacer con esa supuesta fortuna.

—¿Y por qué supone que yo le voy a creer?

—Todavía no me has dicho para qué quieres tú el cofre.

—Para tener su poder.

—¡Vaya! En eso coincidís. Pero ¿qué harías tú si lo obtuvieras?

—No lo sé. Disfrutar de la vida, supongo, ¿le parece poca razón? Yo no tengo otra — ahora Jorge sí mira al cofre con cierto detenimiento.

—En eso no coincidís. No comprendo cómo puede ser que los seres humanos sean tan diferentes entre sí. En fin, deberé pensar sobre esto. De

lo que sí estoy seguro es de que no podrías hacerlo junto a Ana; ella piensa en otras cosas.

—Allá ella. No puedo obligarla a que me siga, en eso soy diferente a usted.

—Yo nos os obligo; las opciones son enteramente vuestras, sólo que, al parecer, todas confluyen en tenerme en cuenta. Pero sigamos dónde estábamos. Si dividís mi poder, ninguno de los dos tendrá mi poder entero, sólo la mitad. ¿Te conformarías con la mitad?

—Puede que sea suficiente como para conformarse con la mitad.

—Luego a ti no te importa mi poder, ni pretendes destruirlo; a ti sólo te importa el pago que vas a obtener a cambio de tu indignidad.

—Más o menos. Aunque eso de la indignidad lo dice usted; es un invento suyo. También por la satisfacción de haberle vencido.

—¿Qué quieres decir? ¿No es indignidad lo que vendes a cambio? Te lo diré con otras palabras: ¿es siendo un esclavo como piensas vencer a la serpiente?

—No. Tampoco es usted una serpiente, es algo peor: un manipulador.

—No hay manipulador sin materia manipulable. ¿Qué es?

—Una representación, según la puesta en escena que a usted se le ocurra como director.

—¿Sólo eso? ¿No afecta a tus sentimientos?

Sólo a mis sentidos: Ahora tengo hambre, por ejemplo.

—Ya veo. Te consideras un montón de células que te gritan ¡dadnos de comer! Y la posibilidad de que te pida que te dejes sodomizar por ese animal que tengo ahí fuera, me refiero a ese que visteis al llegar, ¿tampoco afectará a tus sentimientos?

—Eso… No creo que usted deje pasar a ése...

—Efectivamente, no lo dejaré pasar. Podría ordenarte que sacaras el trasero más allá del quicio de la puerta.

—Podría.

—¿Y qué células te están pidiendo que no importa si no comen, que lo que tienes que hacer es seguir haciendo lo que sea para obtener el cofre, la mitad de su contenido?

Jorge se queda pensando. La respuesta no es fácil, pero para eso están las hipótesis.

—Supongo que tengo células masoquistas, o que están bien alimentadas, con reservas, que ordenan que se aguanten las demás.

—Y ¿no tienes ninguna que piense que puedo estar diciendo la verdad?

—Las células, al menos las mías, son muy listas. Mientras no les dé usted una buena razón para que comprendan su cambio, prefieren dejarse llevar de su instinto de supervivencia. La cosa es fácil: abra el cofre y veremos si dice la verdad.

— De acuerdo, abriremos el cofre, pero sólo con una condición: que una vez abierto, haya lo que haya dentro, os iréis de esta casa sin nada y suspenderé vuestra asignación. ¿Queréis conocer la verdad por encima de todo? ¿O preferís el cofre y así alimentar la ambición que habéis puesto en él, cueste lo que cueste?

—Con esa cantinela nos tiene cogido por los huevos. ¿Puedo hablar con Ana?

—De acuerdo, decidir dejar de ser unos miserables lleva su tiempo. Habla con Ana y volved con lo que hayáis acordado.

Estoy satisfecho. Pienso que mi improvisado diálogo ha conseguido inducir en Jorge un sentimiento de duda. Sólo tengo que esperar. Ahora debo seguir los pasos de Jorge.

Jorge acelera el paso cuando sale del salón. Al fin puede estar a solas con Ana. Sus pensamientos surgen como en la persona que se encuentra en una situación límite, y que se forman en la mente sin principio y ninguno concluye; trozos de pensamiento que se amontonan, aún más inútiles. Hace un esfuerzo por serenarse y golpea con los nudillos la puerta de Ana, y, al fin, con un solo pensamiento que le servirá para iniciar una entrevista con ella y de la que no sabe muy bien qué es lo que espera; le hablará de tortura psicológica a la que ambos están siendo sometidos por mí y la necesidad de mostrarse fuertes en sus convicciones, convicciones, por otra parte, devaluadas en un mundo que sólo es ya la trastienda del otro, y donde la metáfora se impone: el hombre, cuando sube a las nubes, rompe sus alas.

Ana se incorpora y se dispone a abrir la puerta. El pensamiento inicial de Ana es relacionado conmigo y si seré yo quien llama, pero ese pensamiento deja enseguida su mente en blanco, como si el imprevisible Alejandro la situara ante el abismo insondable y debiera esperar de su mano que la guíe. Abre la puerta y ve a Jorge, que aparece ante ella con los ojos más abiertos de lo normal. Jorge no espera a que Ana le franquee la puerta; él mismo la empuja lo suficiente como para sortear la entrada, sin dar tiempo a Ana a pensar si quiere o no dejarle pasar.

—¡Cierra la puerta! —ordena Jorge.

—¿Qué pasa? —pregunta Ana algo asustada.

—Esto ya no es teatro, maldita sea; esto es terror psicológico. ¡Maldito chacal! ¿Qué diablos piensas tú de todo esto? Dímelo ya, quiero oírlo de tu misma boca. ¿Qué pasó contigo en su habitación? ¿Te dijo a ti lo del cofre?

—¿A cuál de tus preguntas contesto primero?

—La que quieras, pero habla, maldita sea. Ese hijo de puta me va a volver loco.

—Y tú, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha pasado contigo para venir así? ¿Qué te ha dicho Alejandro? ¿Quiere que lo hagas con el cateto?

—Establezcamos un orden, que parecemos dos gilipollas. Yo he preguntado primero. ¿Quieres o no contestarme?

—Ten calma, Jorge. Vamos a ver. Deduzco que a los dos nos ha pasado lo mismo. Alejandro me llevó a su habitación...

—¿ Y qué pasó?

—Esa pregunta ya me la hiciste. ¿Me dejas continuar?

—Continua, pero cuéntame lo esencial.

—Yo no sé lo que es esencial para ti.

—¿Qué te dijo del cofre?

—¿Es eso lo esencial para ti?

—En este momento, sí.

—¿Sabes lo que te digo? Que hay alguien peor que él: tú mismo. Te debería mandar a tomar por culo. Sólo te importa ese maldito cofre, y a lo mejor, en lugar de herirte, te estoy recordando lo que tienes que hacer para obtenerlo.

—Está bien. Perdona. Empieza por donde quieras.

—Dijiste al entrar que esto ya no es teatro, pues deja tú de actuar. Contestaré únicamente a lo que te interesa. Me dijo que en el cofre no hay lo que suponemos.

—¿Y qué más?

—Nada más que te interese.

—¿Qué piensas tú? Esto si me interesa.

—Y yo lo comprendo. Lo mismo que tú: que si será verdad o nos miente con algún propósito.

—Está dispuesto a abrirlo para que lo comprobemos.

—Eso yo no lo sabía. ¿Qué le has dicho?

—Nada; no le he dicho nada. Le pedí si podía hablar contigo, y aquí estoy.

—Estupendo. Salgamos de dudas, pues.

—No es tan fácil. Ese cabrón nos pone una condición: si lo abre, nos tendremos que marchar de aquí sin nada; sin nada de nada, sin el cofre, sin la asignación. Y lo peor es que de ese dilema no sé cómo salir.

—En esa postura no ha cambiado; ya nos dijo eso en la otra ocasión. Pero tú tampoco, por lo que veo.

—Hay una diferencia importante: entonces no dijo que no había nada de lo que suponemos, incluso nos ofreció la alternativa de una importante cantidad de dinero a cambio de que desistiéramos del cofre.

—Que desestimamos, te recuerdo. Ahora, lo mismo que antes, nos ofrece abrir el cofre a cambio de nada, ¿dónde está la verdadera diferencia? ¡Ah!, sí: ahora nos dice que no hay nada de lo que suponemos. Pero también nos ofrece otra cosa: la verdad. Por lo visto sin valor alguno, o menos que un cofre vacío de lo que nosotros pensamos.

—¡Al diablo la verdad! La verdad no vale nada, sea del tipo que sea; cuando ésta se posee pasa inadvertida para nosotros. En cambio todavía nos queda la jodida posibilidad de que intente engañarnos con la verdad.

—Mira, eso que acabas de decir es toda una tesis filosófica. En lo que no nos engaña es en que, junto a la verdad, recuperaremos la dignidad.

— ¡Me tienes hasta los huevos con eso de la dignidad! ¡Déjate de estupideces! La dignidad, la indignidad, sólo son meras representaciones que te las encuentras a cada paso que des por ahí fuera. Lo importante es lo que tú sientas dentro. Olvida esa coletilla y centrémonos en lo que debemos hacer.

—¿Y por qué no hacemos cada uno lo que nos parezca? Quizá yo prefiera la verdad y esa estupidez que se llama dignidad.

—Ese es el problema y por eso estoy aquí. Yo estoy dispuesto a jugármela, pero no estaba seguro de ti. Si tú aceptas ver el contenido del cofre te tendrás que marchar; si yo no acepto me tendré que quedar, pero yo no sabré si en el cofre no hay nada o hay algo, porque supongo que no te permitirá decírmelo.

—Y no podrás soportar la duda, ¿es eso?

—Exacto. Por eso yo llamo a esto terrorismo psicológico.

—Pues estamos en el principio, cuando entraste. ¿Cómo piensas, entonces, superar ese terrorismo psicológico?

—Necesito contar contigo. Los dos empezamos esto y los dos lo debemos finalizar, juntos. Nos daremos fuerza para superarlo.

—Pues yo tengo una duda adicional: si debo lamentar cada vez más estar en esto contigo.

—¿Por qué? ¿Té molesta que sea tan directo? Siempre lo fui contigo.

—No me molesta lo que dices; me horroriza desconocer lo que de verdad sientes. Eres como un pozo tenebroso del que no se vislumbra si en el fondo tiene agua que se pueda beber o sólo hay reptiles.

—¡Qué bonito te ha salido!¡Maldita sea, deja ya las putas metáforas! Yo soy un libro abierto; todo lo que digo lo siento y viceversa, y nadie puede llamarse a engaño.

—Si a la dignidad la llamas teatro, ¿qué sentimiento no es teatro para ti? Claro, la ambición puramente material, pero, ¿qué más?

—No me pidas definir qué son los sentimientos, tía, porque te podría decir algo para que vieras que yo también tengo ideas de esas que te producen orgasmos mentales.

—No sabes lo que me gustaría comprobarlo.

—Escucha esto. Si un sentimiento hay que acotarlo, definirlo, compararlo, negarlo o ensalzarlo, etc., entonces no es un sentimiento, es una representación. Tampoco puedo definir los míos; si lo intentara, seguramente, más que mi sentimiento, sería mi resentimiento. Pero contestando a tu pregunta, creo que tengo otros no tan malos; diría que buenos en tu escala de valores, aunque no estoy tan seguro como los jodidos idealistas.

—Ni siquiera me paro a considerar si lo que acabas de decir en plan gran hombre pensante es sublime o una chorrada de esas que a ti tanto te gustan pronunciar, cuando de pensar serio se trata. Dime uno de esos sentimientos, y yo juzgaré.

Jorge duda un instante. Su última frase ha sido pronunciada irreflexivamente para salir del paso y buscar la confianza de Ana. La petición de Ana le obliga ahora a recapacitar; tiene que encontrar, al menos, uno que a él le parezca verdadero y contrastablemente bueno. Jorge se pregunta: ¿amor? Ana no se lo va a creer; pensará que sólo es sexo. Además, ¿qué he hecho yo hasta ahora para tener derecho a reivindicar amor como sentimiento? ¿Lo que le acabo de decir, aclarando que necesito de su amistad? Tampoco; la amistad es un sentimiento idealista y ella la adjetivará como interesada. Yo necesito de Ana, de su presencia física para no sentirme solo, de su sexo sin otra contrapartida que el mío propio, de una confidente de las confidencias que yo quiera compartir, de un pensamiento coincidente con el mío; de un cómplice de mis sentimientos.

No; no es verosímil para Ana, porque el pensamiento de Jorge, a fuer de directo y descarnado, sólo refleja sentimientos negativos, interesados, y no por ser sinceros son de mejor consideración. Ana le pediría que le aclare lo que es la amistad para él, y cualquier explicación que Jorge diese

no coincidiría con lo que Ana siente que es la amistad. Jorge se encuentra embarazosamente inseguro. Él sabe que es un hijo de puta para los demás, y que ya empieza a serle difícil ser creído. A veces cae simpático, pero las más, terriblemente incómodo. Ana, hasta que se topó conmigo, nunca tuvo ocasión de conocerlo. Cuando una persona hace una aseveración sobre sí mismo que no puede demostrar con su comportamiento consecuente, una posible salida es ofrecer rectificación de ahí en adelante; otra salida es cambiar la dinámica del diálogo e irse a otra cosa con algún pretexto. Tampoco tiene verdadero interés en parecer lo que no es, y hay algo en todo este asunto a lo que Jorge no está dispuesto a renunciar. Mantener esto último le parece mejor a Jorge, y que el fuego arrase con todo lo demás.

—Dejémonos de historias, Ana. Ese hombre espera nuestra respuesta. ¿Qué hacemos?

—Mira, yo voy a seguir, pero por diferente motivo al tuyo. A mí ya no me importa la verdad que encierra el cofre. Lo único que me interesa es la verdad de lo que siento, el ideal que pongo al final del sacrificio. ¿Sabes lo que es altruismo?

—Sí; dejarte joder por el prójimo, pero ofreciéndole vaselina. Bien. Entonces, de acuerdo, seguiremos: tú por tus razones y yo por las mías. No importa el ropaje, sino andar el camino.

—¿No te dijo Alejandro que yo había decidido seguir?

—Sí.

—¿A qué viene entonces tanto rollo? Le hubieras dicho que tú tampoco querías ver el cofre.

—¡Joder, tú! Es que no estaba seguro de que me decía la verdad.

—Y ahora que sabes que es verdad, sigues, sin embargo, dudando que miente en relación con el cofre. ¿Qué paradoja es esa?

—No es una paradoja. Dice la verdad en unas cosas para hacer verosímiles las mentiras siguientes.

—Pues, qué bien. A partir de ahora y como tú pensamiento es una pura estrategia, tus verdades y tus mentiras me entrarán por un oído y me saldrán por el otro.

—Bueno, déjate de monsergas y vámonos; nos espera.

—¡Guau, guau!

—¡Maldita sea...! Para cachondeos estoy yo en estos momentos.

Jorge y Ana salen de la habitación sin decir palabra. Ya no ha lugar a más confidencias en el pasillo mientras se dirigen al salón; en el silencio de esta casa retumban hasta los susurros.

Mientras ellos llegan, me doy tiempo para ordenar mis pensamientos. Sólo dos alternativas tienen los jóvenes y no descarto ninguna. Para cada una de ellas elaboro un plan, pero en una batalla no puede darse opción al enemigo, y ningún contraplan es totalmente perfecto, por lo que me decido un plan nuevo que los sorprenda. Cuando el hombre elabora esquemas de supervivencia o simplemente en persecución de un interés, una circunstancia inesperada lo deja desarmado, como naufrago que se debate en las aguas y no encuentra una tabla donde aferrarse. Yo los pondré en situación de no poder alcanzar ninguna orilla, y esperaré que se hundan.

—Bien venidos, chicos —saludo en tono cordial—. Supongo que habéis alcanzado un acuerdo claro y sin ambigüedades. ¿Abrimos o no abrimos el cofre?

Jorge se adelanta a hablar primero. Ana se sorprende al observar un Alejandro distendido y sonriente. *Nos llama chicos, ¿volveremos a representar el papel de personas? ¿Va a ser mejor, más digno que ser animales?*

—Hemos decidido que no abra el cofre —dice Jorge.

—Muy bien. Aunque los dos coincidís en querer el cofre a toda costa, supongo que vuestros motivos son diferentes, o al menos eso es lo que me habéis dado a entender. Veamos: tú, Ana, quieres poseer el cofre para que te ayude a desarrollar unos proyectos idealistas; tú, Jorge, lo quieres para satisfacer ambiciones puramente materiales. En un caso y en el otro, los dos suponéis que lo podéis conseguir sin merma de vuestra dignidad como personas, porque decís que cualquier cosa que yo os pida que hagáis no significa para vosotros ninguna humillación que vosotros consintáis, convirtiéndose, así, en indignidad. En otras palabras, que si lo que hacéis es una representación, ésta no tiene por qué afectar a vuestros sentimientos y a vuestro sentido de la dignidad. En esto tenéis razón: nadie, conscientemente, se pone ha realizar algo que suponga va en contra de sus sentimientos, ¿cuáles? Creo que eso no importa, ya que, desde luego, representar ese algo no es lo mismo. Abrir o no abrir el cofre, que os lo llevéis o se quede, todo es en definitiva teatro y todo se queda en el mismo escenario en espera de una nueva representación, ¿no es así? Como vuestros argumentos me parecen convincentes y no quiero que representéis nada fuera del recinto del teatro que disponemos en este nuevo mundo, volvemos al punto de partida, a cuando llegamos aquí, y en las mismas condiciones que pactamos antes de entrar.

—Pero hicimos un trato posterior que usted rompe de forma unilateral —dice Jorge, algo fuera de sí.

—¿Y qué significado tiene que rompa ese trato dentro de un teatro? Ya os digo que estáis en lo cierto. Estábamos todos representando una comedia, ¿no? Me alegro que haya terminado; no me encontraba a gusto en el papel que desempeñaba. Ahora, si queréis, acepto el papel de villano en la nueva comedia. Creo que tengo un nuevo argumento para que podamos seguir juntos sin aburrirnos.

Jorge y Ana sienten que no hay suelo bajo sus pies. A Jorge le ahoga la impotencia y a duras penas la rabia contenida. Quisiera estrangularme con lo único que puede: sus manos. A Ana se le nubla la vista; está a punto de romper a llorar. Los dos se sienten humillados y, lo peor, no tienen armas para evitarlo ante un hombre que parece dominarlo todo. Percibo la tormenta que se está desarrollando en las mentes de los jóvenes, y en lo más profundo de mi cuerpo, un sentimiento amigo se hincha de satisfacción. Es un descanso en la representación. Yo escucho aplausos íntimos a mi buen hacer como actor principal.

— Bien, dadme las llaves, todo ha terminado —les digo, sin poner énfasis en mis palabras.

— Nos ha engañado —dice Ana balbuceante y mirándome.

—No me trates de usted, querida Ana. Recuerda que cuando entramos aquí ya me tuteabas. Y no os he engañado. Si lo piensas bien, fuisteis vosotros los que introdujisteis el cofre en la tramoya de este teatro que hemos estado representando. Es lógico que terminada la función, nadie de nosotros se preocupe de él. Creo que has sufrido una desilusión momentánea. Suele pasar cuando nos sentimos integrados en los papeles que representamos y, de repente, tenemos que asumir otros bien diferentes, por ejemplo, cuando convertimos la ficción en realidad, quizá porque la realidad no nos gusta.

—No todo era ficción —añade Jorge—. Queríamos el cofre, el cofre está ahí y lo seguimos queriendo.

—Pero eso de desear una cosa no siempre está a nuestro alcance el conseguirla, al menos que paséis de la imaginación a la acción. Haciendo teatro no creo que sea el medio, pues tampoco sois tan buenos actores, ¡caray! Una forma real de tener el cofre es matándome, matándome realmente, pero ya os advertí de las consecuencias.

—¿Qué papel tenemos que representar ahora? —pregunta Ana.

—El mismo que representasteis siempre: Jorge el de joven positivista y materialista, que lo hace a las mil maravillas, y tú el de una chica idealista, aunque tienes tus vacilaciones, y el tuyo, Ana, a veces peca de ambiguo.

—Eso no eran papeles, eran sentimientos —dice Ana, esperando romper esta dinámica destructiva de la convivencia formal.

—Los sentimientos no se muestran. Tú puedes decir que se trata de tus sentimientos, pero cuando los declaras, yo asisto a ellos como mero espectador de una representación.

—¿Es que los sentimientos no se pueden traslucir a los demás? ¿Qué nueva filosofía es ésta? —pregunta Ana.

—A veces —digo— otra persona los cree percibir, pero sólo cuando ve la imagen de los suyos propios. Si fuera de otra manera, todos tendríamos los mismos sentimientos ante las mismas causas que los provocan. La visión de una persona que sufre, a unos conmueve y otros no. Una persona que dice que sufre, si el que observa no tiene el mismo sufrimiento, no le conmueve. Cuando lo que dice alguien nos conmueve, no es porque nos conmueva lo que dice, sino porque remueve nuestro propio sentimiento. En otras palabras, la imagen de los sentimientos ajenos es teatro, y si ocurre el caso que nos afectan, lo será porque esa imagen se corresponde con nuestros sentimientos. Algo parecido a cuando viendo una escena de teatro te hace llorar o te hace sentir angustia y que a otro hasta le hace sonreír. Si esto es filosofía para ti, es muy probable que yo sea un filósofo.

—¿Quiere decir, quieres decir que los sentimientos ajenos no se pueden compartir, que no se pueden valorar?

—Absolutamente cierto, Ana. Supongamos, por ejemplo, que tú te sientes enamorada de Jorge y así se lo manifiestas. Si Jorge tiene el mismo sentimiento, no quiere decir que lo compartáis: tú tienes el tuyo y él el

suyo, y los dos felices por la coincidencia. Por lo contrario, si tú estás enamorada de él, pero él no tiene el mismo sentimiento, tu amor le será indiferente y tú sufrirías por ello. Otro ejemplo que demuestra que nada que se produce en nuestro cuerpo es compartible: supón que sientes la belleza de un paisaje, ¿recuerdas aquel viaje que hicimos a este lugar? Tú decías que te producía sensación de belleza la visión de aquel páramo; a Jorge, en cambio, le producía otro tipo de sensación: que era feo. ¿Esperabas compartir lo que decías, o pensabas que alguien más debería tener esa sensación? ¿No te parece absurda cualquier proposición que comience más o menos así: tengo este sentimiento, o tengo esta sensación, lo, la quieres compartir conmigo? Aun cuando nos parece tener los mismos sentimientos, estos, en esencia, son distintos, aunque sea espacialmente. Tú puedes en un momento tener un sentimiento determinado, pero la persona que supones tiene el mismo sentimiento, puede que en ese mismo momento esté ocupada en otro no ya distinto, sino de otra naturaleza. ¿Cómo lo ves tú, Jorge?

Jorge no está ahora para contemporizar. Interroga como volviendo de una ausencia profunda.

—¿Yo?... No estoy para filosofías, ni para chorradas de esa naturaleza, y le digo más: estoy empezando a estar saciado de tanta acrobacia mental.

Yo no desciendo a la humilde condición de ofendido.

—Ahí tienes otro ejemplo, Ana. Lo que nosotros hablamos, a Jorge le aburre. Lo que dice sentir Jorge, a mí me es indiferente, ¿y sabes por qué? Porque lo que nosotros hablamos provoca en Jorge un sentimiento de aburrimiento que nosotros no compartimos, mientras que lo que dice Jorge, no me aburre, me provoca un sentimiento de indiferencia. Es posible que en ti haya provocado uno diferente al mío.

—Ciertamente —dice Ana, mirando a Jorge.

—¿Queréis hablar de otra cosa? Si vuelvo a ser libre de hacer lo que desee, ahora preferiría irme a mi habitación; ya he aguantado bastantes sandeces —dice Jorge con cara de fastidio, seguro de que su postura se corresponde con la que yo esperaba de él.

Y así fue. No tuve en cuenta la intemperancia de Jorge; las cosas discurren como y por donde yo quería.

—¿De qué prefieres hablar en lugar de ir a tu habitación? —pregunto yo, que quiero terminar lo que había empezado.

—De lo único que me interesa hablar en este momento es de ese maldito cofre.

—Está bien: hablemos del cofre. Comienza tú para que sepamos qué es lo que te interesa.

—Usted...

—Tú... por favor.

—Pues tú. Suena raro escuchar de tu boca pedir algo por favor. Si te vas a morir, ¿para qué quieres el cofre después de muerto? ¿Tienes familia a quién dejarlo?

—No, no tengo familia a quién dejarlo.

—Entonces, ¿para qué lo quieres conservar si vas a morir?

—Es un símbolo, ya os lo dije. Si el contenido de ese cofre no me valió para saber quién soy ni qué puedo estar haciendo aquí, pensé que debía enterrarse conmigo, como enterraré todas las esperanzas fallidas.

—A alguien le puede ser útil —dice Jorge.

—¿Y a mí qué me importan los demás? Ellos no me ayudaron a mí a encontrar esa utilidad, ¿por qué habría yo de ayudarles? De todas formas, lo que contiene el cofre tampoco les va a ayudar; de hecho les haría más infelices.

—A mí me puede ayudar; puedo montar una clínica, curar muchos enfermos...

—Estoy seguro que no.

—Yo puedo hacer lo que te dije —interviene Ana—, eso es hermoso. El mundo ahí fuera necesita de muchos idealistas que den ejemplo práctico de su idealismo.

—Si es práctico no es idealismo, aunque tú sabrás. En tu caso, Ana, al principio el contenido de ese cofre te ayudaría, pero también estoy seguro que al final terminaría con tus sueños idealistas, siempre fue así.

—¿Por qué decides por nosotros? ¿Por qué estás tan seguro de lo que dices?

—Porque yo lo que digo corresponde a un sentimiento, mientras en vosotros sólo es un pensamiento. Yo sé lo que hay en el cofre y puedo sentir lo que digo. Vosotros no lo sabéis, sólo lo pensáis.

—Debo ser muy torpe; no veo la diferencia —dice Jorge, despectivo.

—Es igual, ahora soy yo el que empieza a aburrirse de tu falta de imaginación; quiero decir que tus palabras no despiertan mi imaginación, por eso me siento aburrido.

—Lo que tú dices son naderías, como todo lo que se decía en esos libros que nos diste a leer. ¿De quién será esto cuando mueras?

—¿Te refieres a este edificio?

—Sí. Y a todo lo que contiene.

—Desaparecerá conmigo.

—¿Desaparecerá? ¿Quieres decir que lo destruirás?

—Podría llamarse así.

—Pero luego vendrán los buitres en busca de los despojos; no todo se destruirá.

—Después, después. El después ya no existirá para mí. ¿Qué me importa a mí el después? Si no hay después para mí, ¿me va a preocupar el después del cofre? ¿Por qué debo ocuparme del después del cofre, si el cofre no me ha ayudado a encontrar un después para mí? Y tampoco un antes. Y lo mismo podría decir del resto de las cosas que me pertenecen. Ved esta mole: es mi mundo: Pensad en el de ahí fuera, el vuestro, si así lo queréis. ¿De veras os importa lo que quede cuando os muráis?

—Pero existe la herencia —interviene Ana—; la Humanidad ha progresado en todos los sentidos gracias al legado de los que nos precedieron. ¿Y sí yo te prometo que todas las buenas obras que se puedan hacer con el contenido de ese cofre las haré en tu memoria?

—No has entendido lo que he querido decir. Eso que dices, Ana, debería conmoverme si yo estuviera dándole vueltas en mi mente a cómo preservar mi memoria después de mi muerte. Pero, en mi caso, si nunca me importó la memoria que los demás pudieran tener en vida de mí, menos me ha de importar al final la que puedan tener después de mi muerte. Aunque debo decir que algo tengo decidido en ese sentido, pero no será una concesión gratuita que los demás me hagan; siempre es así, con algo has de pagar para que te recuerden. Y volviendo al dichoso cofre, su contenido acabaría con tus sueños, acepta al menos esto.

—¿Por qué me impides tener, al menos, los sueños que me provoca? ¿Es qué yo no te importo nada?

Esta última frase de Ana me ha hecho estremecer. Me he sentido enteramente envuelto por ella, arropado. Su voz, atiplada como un lamento, ha penetrado como una daga en las profundidades de mi ser hasta remover un sentimiento que llevaba mucho tiempo sin tener, o quizá estaba dormido. ¿Qué quiere decir Ana? ¿Hablan sus palabras de un sentimiento de amor por mí, un amor que necesita ser correspondido por otro parecido

mío? ¿Será el amor, aunque sólo presentido, el verdadero alimento del alma y de la verdadera vida, y del que yo nunca pude comer porque era algo que no se adquiría con el dinero? ¿Habrá algo más en el amor que ese sentido ubicado en la entrepierna? ¿Es ésta una ofrenda que Ana me hace de sí misma y que yo he venido despreciando por no poder hacer yo la misma? No puedo concluir nada. Es tan difícil conocer los sentimientos de los demás... ¿Qué hay de representación y qué de sentimiento en tan humilde frase? No quiero detenerme a pensar en teorías. Quiero en este instante dejarme envolver por la gozosa nube de mi ensoñación. Una red de electrodos está resucitando zonas sensibles de mi cuerpo que siempre han estado muertas. Ana percibe la turbación que he experimentado, aunque no la atribuye a nada especial que ella haya dicho, pues ella lo ha dicho como una exigencia, más que como una concesión. Se ha acostumbrado a mi imprevisible comportamiento y no sabe discernir. Por primera vez, lamento conocer sus pensamientos y quiero estar equivocado. Que yo, siempre de reflejos rápidos para contestar, ahora me he quedado mirándola, silencioso, con una mirada brillante y sostenida y una estúpida mueca que quiere ser sonrisa, ha hecho pensar a Ana que preparo alguna contestación humillante para ella. Yo, venciendo todos mis temores, al fin, me inclino hacia Ana, la tomo por las manos, que atraigo hacia mí. Ana se deja llevar, al principio mirándome a los ojos, luego, como si el magnetismo que emana de mí la hiciera desfallecer, esforzándose por mantener su cabeza erguida, cierra los párpados y escucha latir su corazón, acompasado con el mío. Yo mantengo por largos segundos cogida suavemente la mano de Ana, que no hace ningún esfuerzo por evadirse de mi contacto. Aflojó del todo la presión que ejercen mis manos y lentamente voy rodeando con ellas las de Ana hasta formar una bandeja con las palmas hacia arriba. Las manos de Ana permanecen como una

ofrenda simbólica, largo tiempo depositadas sobre las mías. Y yo, por un instante, no me reconozco ni soy capaz de dominar este confuso sentimiento.

Jorge asiste impertérrito a la escena. Apenas mira queriendo ver. Trata de imaginar la respuesta que las dos últimas frases de Ana tendrán en mí. *¿Qué puede decir Alejandro de mis sueños? ¿Le importan a Alejandro mis sueños?* Ajeno, como no puede ser menos, a los sentimientos que se producen en nosotros, decide que él también debe pronunciar esas mismas frases, aunque con un tono diferente en el que no quepa la ambigüedad.

—Yo también sueño con las cosas bellas que puede proporcionar ese cofre y también me pregunto por qué me has elegido para acompañarte en tus últimos días, si no te importo.

Las palabras de Jorge tienen el efecto de un ruido externo, venido de lejos, que rompe un sueño profundo. Yo retiro mis manos e igualmente hace Ana. Nos sentimos como dos niños sorprendidos que trataran furtivamente de coger un pastel que se les tenía prohibido. Se evapora el hechizo. Los dos miramos a Jorge como un fastidioso intruso que se presenta en casa sin haber sido invitado.

—¿Qué decías...? —comienzo a hablar después de unos segundos—. ¡Ah, sí!; preguntas si tú me importas, ¿no? Pues claro que me importas, pero no me entusiasmas. Me perteneces, como todo esto que me rodea. Y en cuanto a tus sueños, tus sueños no me pertenecen ni son causa de los míos. Trato con mis palabras de despertar en ti unos sueños similares a los de Ana para que alimenten los míos, pero no lo consigo. Si no fuera por los sueños de Ana, mis enflaquecidos sueños apenas existirían.

—Dices que te pertenecemos... ¿acaso también pretendes llevarnos contigo, como las demás cosas?

—No; vosotros sólo me pertenecéis temporalmente. Compré vuestras vidas, no vuestra muerte.

—Aclarado. Entonces le darás el cofre a Ana, ¿es eso? Estás buscando un pretexto para darle el cofre a Ana...

—No lo había pensado, pero ahora que tú lo dices, puede que así sea.

—Yo ya no quiero el cofre, Alejandro —dice Ana balbuciendo.

¿Qué me pasa? El hechizo vuelve de nuevo. Si el amor es entrega, desprendimiento de todo lo que no se puede compartir con la persona amada, Ana acaba de decir algo que a mí me ha parecido una sublime confesión: Ana me ama, pues nada quiere presintiendo mi muerte. Yo vuelvo a mirar a Ana y me encuentro con sus ojos, que brillan humedecidos por la emoción que le ha causado su propia confesión.

Es, entonces, cuando Jorge percibe algo extraño en este intercambio de miradas y le produce inquietud. Necesito partir de una base para que estos sentimientos en los que, por primera vez, me siento protagonista, no me cojan desorientado y no sepa qué hacer con ellos, cómo interpretarlos. Pienso, ahora, que toda relación humana tiene un componente común: la fidelidad. Yo antes, siempre lo llamé lealtad bajo presión. Si así es, nada hace más daño al hombre que una mujer abra un abismo entre ella y otro hombre, al margen incluso del amor; nada hace más daño a una mujer, que el hombre amado abra un abismo entre ella y otra mujer, pero sólo en el amor. En el primer caso se violenta el instinto de posesión del macho, un sentimiento primario e irreflexivo como todo instinto que no ha sido domesticado; en el segundo caso sólo se violenta el sentimiento que llamamos amor. Pero con todo, esto no son sino los residuos que permanecen en el hombre y en la mujer de un animal que nunca dejó de ser.

Esta conclusión mía me deja más confuso que seguro y quiero aclarar mis dudas preguntando, como si las repuestas debieran ser creíbles.

—¿Qué te pasa, Ana? ¿A qué estás jugando? Conozco los efectos de un desinterés calculado. Los dos estáis actuando para confundirme. ¿Queréis que desempeñe el papel de malo en esta representación, no es eso? ¿Por qué no bajáis por un momento el telón de vuestro teatro y hablamos en serio?

—No estoy haciendo teatro —se adelanta Ana a contestar—; no, al menos, con mis sentimientos. Puede que para ti, y según tu opinión, la imagen de mis sentimientos te parezca una representación teatral porque no son tus sentimientos, pero te demostraré que se trata de mis sentimientos y no de otra cosa. Dime, Alejandro, ¿entregarías el cofre a Jorge si yo te lo pido?

—Sí, Ana; se lo entregaría, si tú me lo pides —contesto con voz meliflua, tragando saliva con dificultad.

No, no comprendo esto que me está sucediendo; lo que sí sé es que no soy el que era; esto no es más que una debilidad desconocida en mí.

—Te pido, Alejandro, que entregues el cofre a Jorge sin condiciones.

—Tendría que irse, y eso no es una condición —digo y, a continuación, finjo—. Nos despojaría de todos los sueños del hombre y nos encontraríamos con un gran vacío ante nosotros.

—Tú dijiste que aquí no nos servía de nada —dice Ana.

—Pero nos sirve para llenarlo con nuestros propios sueños, recuerdo haber dicho también —digo, con evidentes reflejos persuasivos.

—El cofre es muy pequeño, caben pocos sueños en él. Tenemos este gran cofre que es nuestro nuevo mundo. Soñaremos para llenarlo por completo, y cuando esté lleno, crearemos otro nuevo mundo y también lo

llenaremos. Soñaremos sin límite. Este mundo es demasiado pequeño para que quepan en él todos los sueños que podemos engendrar.

Ana dice esto imprimiendo a sus palabras la energía de su emocionada pero irreflexiva exaltación. Cada una de sus palabras es como un revulsivo que zahiere mi otro yo dominante. Vuelvo a coger de nuevo sus manos, como si tanta energía inexplorada, desconocida, necesitase un contacto donde encontrar un nuevo espacio para fluir. Ana no percibe mi temblor. Yo siento renacer en mí un placer nuevo, sin importarme aquella transformación que hace de mí un ser humano, pero también una caricatura de mí mismo. ¿Todos los sueños de Ana son mis propios sueños, o son sus palabras las que los crean y los deposita en mi cuerpo como sensaciones nuevas, nunca antes sucedido? ¿No será que el amor crea sensaciones nuevas que lo definen como un sentimiento siempre singular? Todas las palabras de Ana me producen esas sensaciones nuevas; ¿es mi amor por Ana y el de Ana por mí el que ha creado los nuevos sentimientos? Pero, si todo había surgido por unas palabras, más bien ambiguas, mi teoría sobre los sentimientos y los pensamientos se desvanece. ¿Qué ha sucedido en realidad? ¿No será que este sentimiento estaba ya ahí, dormido? Por lo contrario, ¿no será una ilusión momentánea? Sigo sin entenderlo.

A Jorge la nueva declaración de Ana le llena de confusión, mezcla de alarma: *¿Habla únicamente de ellos dos o también me incluye a mí? ¿Será verdad que me darán el cofre para mí solo? ¿Me podré ir con el cofre? Parece que Alejandro se aferra a él con cualquier pretexto y lo defiende con cualquier artimaña. Ana no consentirá en quedarse a solas con Alejandro. Todo eso de los sueños me suena a música celestial, pura monserga que tanto gustaba a Alejandro pronunciar como un monumento de exaltación a la cursi pedantería, y que ahora espera provocar en Ana el éxtasis ante tan sublime confesión de idealismo*. Jorge me mira esperando

mi respuesta. Yo, quizá obnubilado por mi propia esperanza, desconocida esperanza, contesto lacónico.

— Muy bien, Ana. Le daremos el cofre y que se vaya.

—Yo no quiero que se vaya —dice rápida Ana, en posesión, ahora, de su juicio fríamente calculador—. Que se lo lleve a su habitación y nos deje a ti y a mí en paz. Nunca más tendremos que discutir sobre el dichoso cofre.

¡Noo! No. Esas no son las palabras que yo esperaba de Ana. De nuevo el hechizo se rompe en mil pedazos. ¿Qué significa para ella este hombre del que no quiere prescindir? ¿Qué significan los demás para dos enamorados? Tenemos todo un mundo para nosotros dos donde soñar, ¿para qué necesita Ana sentir a otro hombre cerca? He colocado preguntas en mi boca que no me atrevo a pronunciar, seguramente para no tener que buscarles respuestas buenas y suficientes; a buen seguro todas me harían mucho daño. ¿Para qué quiere que se quede? ¿No se siente llena sólo conmigo? ¿Qué otro sueño, que no fuera el mío, quiere compartir con Jorge? ¿Podremos amarnos en su presencia? Como si todas esas preguntas no tuvieran respuesta amable para mí, una terrible duda ocupa el lugar de todos estos nuevos sentimientos que he experimentado. ¿Será verdad lo que creo haber percibido en Ana? ¿No estará haciendo Ana su mejor papel en un teatro inacabable? A la duda sigue la certeza, una certeza que nos es buena pero sí suficiente para recuperar el dominio sobre mí y que había perdido momentáneamente. Todo se ha esfumado de repente, como si las candilejas se hubiesen apagado en mitad de la función. Se me ha endurecido el gesto y mis ojos vuelven a ser acerados; la ternura que Ana me había provocado da paso a la dureza de mi explosiva declaración, declaración que borra cualquier pensamiento en ellos cercano a la debilidad que he experimentado.

—¡Me estáis engañando, bastardos! ¡Estáis representando un papel al margen de mi guión!

Mis palabras, intuyo, caen como una losa sobre las mentes de los dos jóvenes; pesada sobre Jorge, fría sobre Ana. Tardan en reaccionar. Ambos creen estar fuera del teatro y yo los meto abruptamente en la escena de nuevo. Ana me mira perpleja sin saber que decir. Lo que yo he dicho, y pasado el primer momento de estupor, devuelve a Jorge la confianza en Ana*: puede que Ana esté haciendo su mejor papel no ensayado previamente conmigo. Tendré ocasión de saberlo. Pero las palabras de Alejandro también quieren decir que no es fácil engañarlo*. A Jorge sólo se le ocurre preguntarse qué debe decir él ante esa posible hipótesis que le ofrece su pensamiento. Se le ocurre algo, es fuerte, pero cree estar a punto de doblegar mi voluntad, y el cofre bien merece la pena.

—Me quedaré si así lo deseáis. No me meteré en vuestras vidas. Si queréis compartir algo conmigo lo compartís, y si no, me dejáis al margen. Vosotros soñar lo que queráis. Podéis hacer incluso el amor; no me afectará, ni pondré obstáculo alguno. Comportaos como si no existiera.

A Ana le aumenta más su perplejidad al escuchar a Jorge: *¿Qué clase de individuos tengo delante?* Se concentra en mí. Hemos hablado tanto de representación, de teatro, que no le extraña que yo sufra una deformación en mi mente escéptica. *Pero las palabras de Jorge... ¿Está representando? ¿Puede sentir lo que dice? Sí, puede; ya lo ha hecho en una ocasión*. Esas dos reflexiones le devuelven algo de tranquilidad, como si al haber encontrado respuesta a sus preguntas, éstas produjeran los efectos balsámicos que no logran las preguntas sin respuesta. Espera a que yo diga algo.

—No me interesa lo que propones tú. ¿Por qué quieres que se quede, Ana? Tu respuesta será decisiva.

Ana no responde. Mientras se levanta, toma mi mano y tira de mí suavemente, pero con fuerza sostenida, como si ayudara a ponerse en pie a un inválido. Yo, anulado por el hechizo que de nuevo surge, me levanto lentamente y me dejo llevar por ella sin dejar de mirarla, como un payaso autómata. La escena es ciertamente teatral, pero los actores no se dan cuenta. Jorge nos mira impasible, reclinado completamente sobre el respaldo del sillón; luego mira al techo como el que ensaya la indiferencia. Ana, siempre tomando mi mano y sin dejar de mirarme, me conduce fuera del salón, como dos actores que hicieran mutis. Más allá del escenario, Ana me arrastra al interior de su habitación. Allí se desarrolla otra representación, que alguien diría que llena de sentimientos, una forma bella de decir hacer el amor, y que en una pareja como la que formamos Ana y yo, no asegura otra cosa que provocar sensaciones y dudo mucho que sentimientos.

Ana y yo cumplimos respectivamente con el fin último de hacer el amor físico. Cuando terminamos, ambos nos hemos sentido a gusto. Por un momento quiero creer que Ana ha descubierto un placer diferente, como si hacerlo con un hombre que puede ser su padre hubiese sido un pecado sublime, el mejor pecado cometido hasta entonces por sus efectos. Pero pronto se impone en mí la aparición de un complejo atávico: dudo de haber conseguido que Ana se haya excitado, lo cual no debiera contradecir que me sienta satisfecho de mí mismo. Fueron sus gestos y lamentos los que en un principio me hicieron pensar que sí, pero pronto me ha surgido la duda de si Ana habrá estado actuando una vez más. Y en la duda, no puedo evitar esa estúpida pregunta que casi todos los hombres se hacen después de poseer a una mujer, y que, si la contestación es positiva, les produce un segundo orgasmo, esta vez mental y, probablemente, cercano a un

sentimiento. Como consecuencia, lo que debiera ser obvio, pasa a ser cuestionado.

—¿Has disfrutado, Ana? —pregunto, mientras miro a través del techo de cristal.

—Claro que sí, ¿no lo has notado? —dice Ana, algo ausente.

—¿Cómo se nota? Los gestos y los lamentos no me convencen —digo sin dejar de mirar al techo.

—¿Ah, sí? ¿Y todo ese río de humedad que ha fluido de mí tampoco te convence?

Pienso en lo que Ana sugiere. Efectivamente, en un preciso momento, he sentido que mi pene chapoteaba como un pez en una charca poco profunda. Este pensamiento, el mío, me ha producido un gran placer mental y, por supuesto, un sentimiento de satisfacción, todo dentro de lo previsible en las autocomplacencias, pero muy lejos de ser un sentimiento de enamorado al estilo clásico, de lo contrario tendría que atribuirme una condición paradójica: la ingenuidad. Al fin y al cabo, en un acto puramente físico no tiene por qué haber otros componentes que los físicos.

Cuando el inevitable silencio se instala entre nosotros, mis pensamientos comienzan a reordenarse y pregunto a Ana:

—¿Qué sientes por mí, Ana?

Ana rebusca entre sus pensamientos aquél que más refleje su sentimiento y quizá con el fin de evitar que yo lo considere una mentira. Contesta sin haber encontrado un sentimiento preciso:

—¿De qué vale que yo diga cuál es mi sentimiento hacia ti? Si partimos de tus teorías, nunca podrás conocer mis sentimientos a partir de lo que yo declare.

—Así es, pero tú dímelo, para ver si coincide con mi pensamiento.

—Dime tú primero lo que piensas, a ver si coincide con mi pensamiento.

Ana ha elegido las armas precisas para defender su intimidad. Y yo tengo que proclamar mi ignorancia en estos asuntos.

—Si lo que siento por ti en este instante se llama amor, creo que te amo, Ana, te amo desde la primera vez que te vi.

Mi frase no deja de ser bella aunque imprecisa; eso mismo necesita Ana: una frase imprecisa pero bella, pues está lejos de su intención herirme en este instante. Ana repite:

—Si lo que yo siento por ti en este instante se llama amor, creo que te amo, Alejandro, te amo desde la primera vez que te vi.

Yo estoy cogido en mi propio caldo de cultivo. No tengo más remedio que reconocerlo. A mí se me escapa el significado profundo del sentimiento llamado amor, quizá porque no estuvo nunca en mi vida, y me falta experiencia previa.

Puedo, sin embargo, pensar, al hilo de tanta imprecisión para definir el amor, especialmente entre personas de muy diferente edad, que lo que atrae a un hombre mayor de una jovencita, y por circunscribirme en este caso sólo al hombre, no es exactamente su bello cuerpo y, como un acto reflejo, el deseo de poseerlo. La belleza de su cuerpo es el reclamo, no censurado, a su vista. Pero luego entran otros "mecanismos", como curiosidad, ternura, éxtasis y añoranza; esos son impulsos primigenios y actualmente presentes en el hombre. Creo que ninguno de esos términos significa ni de lejos deseo de poseerla. Si a la contemplación le sigue la circunstancia propicia, como en este caso, es entonces cuando entra en funcionamiento el mecanismo llamado deseo. Y la circunstancia propicia puede ser simplemente la suposición de la receptividad de la joven. Las mujeres no esparcen aromas de su receptividad ante el macho, como ocurre

en los animales, o sí, pero quedan ocultos bajo prendas de vestido, o perfumes artificiales, y su olfato no los percibe. Posiblemente ni los reconocería por la atrofia, causa de su desuso, del sentido llamado a detectarlos. Si existen los instintos, son los instintos los que, en el hombre, a diferencia de los animales, pasan por una sublimación y se manifiestan en esos impulsos que antes señalaba. Eso es todo lo que parece que sucede, y ha de admitirse sin más calificativos descalificadores. ¿Cuál es el problema? El problema estaría en forzar la no receptividad de la joven. El hombre dispone de frenos para ser usados o no, que le impiden atropellar la voluntad de la menor; digo menor, aunque en el caso de Ana no es exactamente así, por la gran diferencia de edad entre ella y yo. Con los impulsos descritos (y quizá otros) se puede AMAR a una jovencita, sin que ese amor sea considerado abyecto, y con ello dar cumplimiento a la satisfacción de un instinto. O la palabra AMOR es imprecisa y se usa con ligereza, o habría que redefinirla. Se tiende a definir el Amor por los signos externos de una parafernalia usada en la manifestación del amor por alguien. Si quiero darle a la palabra AMOR su sentido más profundo, debería ser posible bucear en el subconsciente, y no quedarme en la epidermis de la voluntad...

¿Estoy en el camino de definir el amor? ¿Valdría la pena? ¿Se puede extraer del subconsciente algo concreto? Ana espera en silencio mi reacción a su respuesta. Yo podo todo mi largo circunloquio íntimo anterior y sentencio la simpleza.

—Tienes razón; es imposible conocer los sentimientos. Pero nuestros pensamientos coinciden y yo me doy por satisfecho.

—Igual me sucede a mí.

Los dos manejamos el quien no se conforma es porque no quiere con la infantil predisposición de los imbéciles, que se creen cuerdos; los peores. Yo debo estar padeciendo en estos momentos de esa enfermedad.

—Me pregunto si seguirán coincidiendo mucho tiempo —digo yo.

—¿Aplazarías la fecha de tu muerte?

—Sí; tendría un motivo para vivir —digo con la misma débil convicción que en estos momentos tengo para desear morir

—Es una lástima que no pueda garantizarte cuánto tiempo. No sé si sabes que en estas cosas, lo sincero es no hacer promesas.

—Es igual; pondré fecha al día que dejes de amarme.

—Me crearás un sentimiento de culpabilidad.

—No, si piensas que con mi muerte acabaría de sufrir en vida por lo que sería inevitable, no dependiente de tu voluntad, sino de un amor extinguido.

—Podrías soñar con un nuevo amor, eso te permitiría seguir deseando vivir; así funcionamos los humanos.

—Me traicionan las ganas, no la voluntad, y todo porque me asusta la idea de tener que retenerlo. Prefiero morir y no esperar a soñar más. Me moriría satisfecho de haber podido soñar al menos una vez. Ya no tengo tiempo para esperar que algo así suceda de nuevo. He sido un hombre de suerte en todo menos en eso.

—¿Nunca estuviste enamorado?

—Creí que sí, pero después de lo que ahora siento, creo que no, nunca.

—Los amores tardíos son más intensos, sólo eso, o es lo que se dice.

—¿Quieres decir que el tuyo es menos intenso que el mío?

—Como yo no puedo conocer la intensidad del tuyo, no lo puedo comparar. Es un dicho. En lo que sí estoy segura es en que, en este asunto,

está la capacidad de amar de cada uno, y eso marca en cada momento la intensidad.

Ana parece haber estado impecable. Yo no salgo del laboratorio, pero en este caso el experimento me ha sorprendido con un resultado inesperado. No obstante, quiero aprovecharlo.

—¿Es amar una sensación o un sentimiento? —pregunto.

—Que yo sepa o recuerde, nunca establecimos la diferencia.

—Yo creo que no, aunque la diferencia es mínima en sus efectos. Te amo en tu ausencia, eso sería un sentimiento; te amo en tu presencia, eso sería una sensación. Pienso que el amor debe ser la conjunción de los dos.

Aunque lo dicho por mí es tan obvio que parece una bobada, Ana lo debe considerar un discurso de gran altura.

—Puede. No lo había pensado. ¿Qué es entonces para ti el sentimiento? Conozco algunas definiciones filosóficas bastante endebles, ¿te digo alguna? ¿Conoces la frase de Unamuno, siente el pensamiento, piensa el sentimiento?

—No. Creo que las sensaciones, a las que la pasión va íntimamente ligada, se producen en el contacto físico de nuestros sentidos con el objeto causante. El sentimiento no necesita de esos objetos en su presencia física, los elabora nuestra imaginación extrayéndolos del recuerdo; un sentido más con el que contamos y que a veces ignoramos.

Ahora la bobada para salir del paso se ha consumado con mi desprecio absoluto por los demás, y Ana la quiere elevar a categoría.

—Filosofas estupendamente; un poco a tu manera. ¿Has leído muchos libros de filosofía?

—No; apenas he leído libros de esos que dices. ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que es necesario? ¿Coincide lo que digo con lo que otros dicen o han dicho?

—No te sabría decir. Desde luego no te ajustas a ningún fundamento de la filosofía y sus corrientes clásicas que yo haya estudiado en la facultad, pero no creo que seas autodidacta. Aquellos libros que tenías en el hotel me han hecho pensar que son los que te han inducido esa tendencia tuya a profundizar en ciertos conceptos. Pero nunca oí decir muchas de las cosas que tu dices, eso te lo aseguro. Tienes una gran agudeza de espíritu, Alejandro. ¿Por qué no sales ahí fuera y te enfrentas con valentía a esos pensadores que intentas ignorar? Quizá acepten tu realismo las generaciones venideras y den por muertas las concepciones vigentes hasta ahora. Escribe un libro y entra en la polémica, verás con ello que tu sitio está en la vida y no en para la muerte.

—Hay temas, Ana, que cuando se intentan exponer con palabras peligras de quedar preñado de ellas, sufrir el embarazo y parir un ratón. Teniendo lo anterior en cuenta, intentaré ser parco en mi discurso, pero lo suficientemente explícito como para hacerme entender por ti. De eso se trata, a fin de cuentas, en este lugar. Sugieres, Ana, el contraste polémico en torno a lo que supongo te desasosiega, has aprendido o simplemente te planteas. Yo, de entrada, digo que tal polémica es imposible. El desarrollo epistemológico de conceptos como los que con la magia de la sabiduría manejan los que tú llamas pensadores, es, en mi opinión, eso, sólo magia, manipulación esotérica de la palabra. Detrás de la magia, siempre la trampa, el conejo que sale del sombrero que previamente muestran vacío al público. Conocida la trampa, el juego de prestidigitación aparecería obvio ante el deslumbrado público. Pero el mago nunca enseña la trampa, así que el público se va preguntándose: ¿Cómo lo hizo posible? Ahora, Ana, y al contrario de lo que os he venido diciendo, creo, pienso, intuyo, que el pensamiento cuando emerge de la profundidad de nuestro yo, lejos de enriquecernos nos empobrece. Un hombre que dice tener certezas, es un

idiota; un hombre que dice tener dudas, empieza a ser un hombre cabal; un hombre que no dice nada porque no tiene certezas ni dudas, es un animal. Ahora bien, ¿cuál de los tres estados de la consciencia es el mejor? Creo que el mejor es aquel en el que el hombre sólo se busca y encuentra una o varias verdades buenas y suficientes para no tener certezas y no tener dudas; es decir, que siendo un animal, no en el sentido peyorativo del término, sino en el cumplimiento estricto de su condición de animal impuesto por la naturaleza, es el que mejor situado está en este mundo de paradojas y contradicciones. Sabes que existen animales libres, enjaulados, sometidos a trabajo, rebajados a la condición de juguetes, masacrados por causa de un dudoso beneficio, y de todo ello el hombre es responsable. Pero el hombre, Ana, también es animal para el hombre, y hace con ellos un tanto de lo mismo, excepto con el hombre libre. ¿Existen ahí fuera, pueblos paradigma del hombre libre? Quizá. ¿Y que piensan los habitantes de esos pueblos, necesariamente primitivos, de todas estas cosas que nos planteamos los hombres que no somos libres? Y ya habrás entendido que me estoy refiriendo a hombres libres de pensamiento. No he estado en ninguno de esos rincones perdidos sobre la faz de la tierra, aunque me han llegado imágenes de su forma de vivir y de su exotismo, tal que pareciera que todos son felices. Aseguraría que allí se conservan así porque todos tienes unas pocas verdades buenas y suficientes y no necesitan preguntarse por qué no son libres; son libres porque hasta allí aún no han llegado los prestidigitadores de la palabra. Sería bueno que no fueran nunca con sus conejos y sus chisteras, y si van, que les enseñen, a continuación de sus juegos de magia, la trampa para que el deslumbre no les deje ciegos.

Ana me escucha embelesada; si la hubiese penetrado de nuevo en este momento, a buen seguro que no se habría dado ni cuenta. Lo que yo censuro en los demás es mi mejor hechizo: la palabra. Y en ella he

alcanzado una gran maestría, quizá porque, para ser triunfador en los negocios, ésta ha sido para mí una herramienta imprescindible de seducción y engaño. Después de un largo silencio, Ana, recuperada de su embobamiento, habla.

—¡Uf! Me haces sentir el éxtasis sin necesidad de hacer el amor.

—Mi cuerpo puede que no te haga vibrar, Ana, pero mi espíritu es siempre joven.

—De todas formas, Alejandro, has debido leer mucho; nadie se expresa como tú lo haces sin una preparación humanística muy exhaustiva. Por lo menos ya sé que has tenido libros a tu alcance; los que tenías en el hotel.

—Aquellos libros hicieron que me decidiera a pensar por mí mismo. Si disponemos de la facultad de razonar, todo consiste en, y hasta donde puedas llegar, en aplicar eso que llaman sentido común. Creo que cada uno debe encontrar su verdad, sin esperar que nadie te la traiga, pues, como bien decía Jorge, los filósofos, con toda mi admiración y sin considerarlos como él unos farsantes, no han podido alcanzar ninguna verdad asumible por los demás de forma generalizada y unívoca. Quizá no lo pretendieron y sólo se quedó en su verdad, como me sucede a mí.

—El sentido común como herramienta es más bien limitado. Y en cuanto a la facultad de razonar, eso me recuerda una doctrina... Por cierto, ¿qué hiciste de aquellos libros? Me hubiera gustado poseerlos, si a ti ya no te valían.

—Tampoco te valen a ti, Ana. Pero si los quieres, son tuyos. Te los daré cuando te vayas de aquí. Por un tiempo no te vendrá mal pensar por ti misma

—Tendré que darle la mitad a Jorge. No quiero que se sienta discriminado.

—Jorge los despreciará y no querrá saber nada de ellos.

— Sí, eso es cierto. Me gustaría tenerlos a la mano para los momentos de ocio.

—No tendremos momentos de ocio, Ana. Comer, ejercicio, amarnos y pensar ocuparán todo nuestro tiempo; lo que reste del día será para dormir y seguir soñando. Además, debes poner a prueba tu propio pensamiento y ver de lo que es capaz sin inducciones externas.

—Tú eres una inducción permanente; causas en mí una influencia que nadie había ejercido hasta ahora.

—¡El Señor no lo permita! Tú causas en mí el mismo efecto; me refiero a remover en mí sentimientos que desconocía. Ahora debemos irnos. Tenemos que recoger las nuevas cestas de comida y preparar la cena.

—Ha sido un primer día verdaderamente intenso. Vete tú por delante; yo quiero ducharme.

—Está bien. Le pediré a Jorge que me ayude.

Yo paso por el cuarto de baño, me lavo ligeramente la cara y los genitales y me pongo mi túnica. Salgo de la habitación de Ana y me dirijo de nuevo al salón. Me sorprendo de no ver a Jorge y grito:

—¡Jorge!

De lejos se escucha gritar:

—¡Estoy aquí, en la piscina!

Me dirijo hacia la piscina y veo a Jorge que está saliendo de ella, vestido con un pantalón corto, por cierto. Le preguntó en tono amistoso, que suena a falso:

—¿Qué tal, Jorge? ¿Te estabas bañando?

—No; estaba representando a alguien que se bañaba.

—No necesitas ser sarcástico. Yo estoy por encima de las humillaciones vulgares. Anda, sécate, que debemos recoger la comida y preparar la cena.

—¡Comida! ¿Voy a comer? ¡Qué maravilla! —y Jorge termina de salir rápido de la piscina.

—Estoy seguro que estás representando y esas expresiones no te salen del estómago.

—¿Qué quieres que haga? No estoy de humor para seguirte el rollo, si es que puedo.

—Tú verás. Tenemos que llevar a la puerta de entrada las cestas vacías y recoger del patio las nuevas, que ya nos habrá dejado ese hombre del exterior. ¿Qué prefieres hacer?

—Iré a por las vacías. ¿Dónde está Ana?

—Está duchándose en su habitación. Ahora viene.

—Muy bien. En cuanto me vista voy a por las cestas.

—Yo iré a comprobar si han llegado las nuevas.

No me sorprende el comportamiento de Jorge. Debe estar herido en alguno de sus sentimientos. Pienso si en esta ocasión la ironía de Jorge me permite conocer el sentimiento afectado, pero no sé si se trata de celos o por haber sido marginado de un posible acuerdo con Ana en relación con el cofre. Concluyo que, una vez más, se confirma la imposibilidad de conocer los sentimientos ajenos a través de las manifestaciones de esos mismos sentimientos, porque, a una manifestación dada, siempre los sentimientos pueden ser varios, o viceversa. Pero necesito más evidencias y continuó interrogándome. ¿Y cuando pregunta por Ana? ¿Es por un sentimiento de preocupación al no verla llegar conmigo? También puede ser por querer saber dónde está, la posibilidad de ir a verla y que le confiese lo que ha pasado. Pero su interés por saber lo que ha pasado abre una llave con dos posibilidades: una, qué hemos hecho; otra, qué hemos hablado o acordado finalmente. Tampoco es posible saber lo que ha motivado esta última pregunta. Sus expresiones en relación con la comida ¿representan un

sentimiento de hambre? También puede ser la expresión de un sentimiento de sorpresa ante la posibilidad de comer, en la que seguramente no estaba pensando. Estoy muy satisfecho de que mi hipótesis no se desmienta, por el momento. Me dirijo a la puerta de salida. Tomo una llave de las que cuelgan de mi cuello y abro. Efectivamente, las cestas llenas están depositadas muy cerca de la puerta. Se pueden coger sin salir al patio. También está el sordomudo; espera apoyado sobre una de las jambas de la puerta recoger las cestas vacías. Tomo una por una las cestas y las introduzco dentro de la casa, hago un gesto al hombre de que espere y vuelvo a cerrar la entrada. Jorge llega al poco tiempo con las cestas vacías. Deduzco que no ha tenido tiempo de verse con Ana. Puede que en este momento se ha impuesto en Jorge el sentimiento de impotencia para remediar por sí mismo el hambre que siente y espera que yo le dé de comer. Pero este pensamiento no me dice nada y no sigo explorando en su significado. Abro de nuevo la puerta y deposito las cestas vacías en el exterior. Cierro, seguidamente, y observó que Jorge hace esfuerzos para ver lo que hay al otro lado. Tomó una de las cestas, mientras pregunto a Jorge:

—¿Sientes nostalgia por ese mundo de ahí fuera?

—Tengo curiosidad; sólo ha pasado un día y ya no me acuerdo cómo es.

—Exageras. Si hubieras dicho que sentías nostalgia, tu pensamiento habría coincidido con el mío; pero como lo que has respondido no coincide, deduzco que estás representando.

—Tampoco yo sé si estás representando al decir que tu pensamiento lo motiva la nostalgia —contemporiza esta vez Jorge.

—Efectivamente, no lo sabes. Yo sólo expresaba un pensamiento.

—Creo que me he dejado llevar de tanta palabrería en torno a esos reiterados conceptos, que, bueno, a ti te podrán parecer trascendentes o simplemente importantes, pero que a mí me parecen ejercicios ociosos del pensamiento, una cascada de naderías; pero no te enfades, que en cualquier caso te considero un filósofo.

—Si algo me enfadara, sería por esto último que dices. Es más complicada la disección de los pensamientos que la disección de los cuerpos, ¿no te parece?

—Pues no lo sé; nunca me propuse tal cosa, entre otras razones porque con ese trabajo se gana poco.

—¿Y ahora? Algún provecho le estás sacando desde que estás a mi lado, ¿no?

Jorge quiere esta vez no parecer hipercrítico.

—Ahora, te confieso, empiezo a tener una empanada mental que no me aclaro. Antes era feliz con un pensamiento detrás de otro, y de alguno terminaba sacando algo provechoso. Ahora los pensamientos se quedan ahí, todos revueltos en mi mente esperando que un pensamiento aclare el significado del otro. A fuerza de cuestionar todo lo que antes pasaba desapercibido, mis neuronas están alocadas, y no me extraña que los que se dedican a esos juegos, llamados intelectuales, terminen mal de la cabeza. Por de pronto, lo que veo es que no me reporta ningún beneficio.

Pero yo me doy cuenta de que intenta recuperar ante mí el digno papel que en un principio creyó habría de desempeñar.

—No comprendo ninguna de tus expresiones. Yo creo que tus pensamientos siguen igual de ordenados que antes. Puede que ahora te apremien más las incógnitas, pero no por lo que decimos los demás, sino por lo que tú mismo piensas o comienzas a cuestionarte.

Jorge calla ante mis últimas palabras. Es eso, en realidad, y no puede engañarme.

Los dos nos dirigimos hacia la cocina. Al pasar delante de la puerta de Ana, yo la golpeó dos veces con los nudillos de mi mano y a continuación, elevando algo la voz, digo:

—¡Ana, estamos en la cocina!

Desde dentro, Ana responde:

—¡Ya mismo voy!

—¿Eres capaz de ir organizando la cena? —pregunto a Jorge— Yo me siento inútil.

—Prefiero que Ana sugiera lo que se puede hacer con esto. Iré lavando las verduras. Pero antes me voy a comer una manzana, para que se vaya tranquilizando mi estómago.

—¿No estarás enfadado conmigo por lo que te hice este mediodía?

—Estoy enfadado de no estar enfadado por lo que me hiciste este mediodía.

Yo levanto los brazos, al tiempo que exclamo:

—¡Fantástico! ¡Extraordinario lo que has dicho, chico! Eh ahí una gran paradoja. ¿Debo deducir que estás enfadado, en cualquier caso?

—Me tiene sin cuidado, si no cambias de parecer. ¿A qué viene esa obsesión por la semántica?

—¿Preguntas por lo que digo o por lo que siento?

Todo tiene un límite, y para Jorge ese límite le hace decir con evidente falta de reflexión, dadas las circunstancias:

—Es igual. Si seguimos con esa monserga, concluiremos que cuando hablamos no es mucho más que lo que hacen los perros cuando ladran.

Pero, por fortuna para Jorge, yo estoy en vena de filósofo antiguo, y hasta el vuelo de una mosca me hubiese sugerido una reflexión profunda.

—Acabas de decir algo que pone punto y final, por el momento. Sabía que eras importante en este mundo, pero no sabía cuánto. Efectivamente es como dices. Habíamos pensado que la facultad de hablar nos permitía transmitir nuestros pensamientos y que estos se deberían corresponder con nuestros sentimientos. También habíamos llegado a concluir que nos era imposible conocer los sentimientos de los demás por la simple manifestación que hacen de los mismos; por tanto, la palabra no sirve para expresar sentimientos, sólo sirve para expresar pensamientos. Y si los pensamientos no representan los sentimientos, resulta obvio concluir que los pensamientos, en forma de palabras, no son verdad ni mentira, poco más que ladridos, como tú dices.

—¡Vaya follón! Casi lamento no ser perro; ellos lo tienen más claro; simplemente ladran, y ya está.

Jorge, evidentemente, está contemporizando conmigo y aparenta seguirme, aunque sin salirse del papel de escéptico ante las aparentes sublimes conclusiones a las que yo parezco haber llegado. Lo único que a estas alturas le parece evidente es que si todas las manifestaciones externas son una representación interesada, deberá poner todo su buen hacer a contribución de sus íntimos intereses, para que el final no se convierta en una simple bajada de telón. Sí, este juego intelectual de andar por casa, en contra de lo que en principio pensó, cree ahora que puede darle buenos beneficios; mientras yo ande por las ramas, él piensa que está debajo para recoger los frutos que caigan.

Ana entra en este momento en la cocina. Viene embellecida de ropero y espejo. Se ha puesto un vestido de seda estampada; parece un macizo de flores en movimiento. Entra sonriente, y su primera mirada es para Jorge, que no se vuelve y permanece de espaldas atareado con las verduras.

—¿De qué va el tema? Os oigo hablar desde que salí de mi habitación.

—Jorge me ha proporcionado una clave que me faltaba...

— ¿Qué clave es esa? Jorge últimamente está muy clarividente.

—Sí; parece ser que cuando hablamos, no es mucho más que si ladráramos —dice Jorge sin volverse y feliz de repetir su grandiosa aportación a la causa.

—¡Pues vaya conclusiones! Cada vez estáis poniendo más interesante tener la suerte de ser personas. ¿Y qué significa eso a partir de ahora?

Soy yo el que intervengo, doctoral, como siempre que quiero dejar sentado algo que no ha de admitir réplica.

—Significa, Ana, y eso sólo en el primer día, que hemos destruido un mito diferenciador de la especie humana. En contra de lo que creíamos, hablar ya no supone que seamos distintos del resto de los animales; o sea, que ateniéndonos a esa facultad, somos algo superiores, eso sí, pero sólo en la escala de la evolución.

—Darwin dijo más o menos eso, pero otros han dicho otras cosas. Yo digo que con la palabra creamos belleza... —dice Ana, algo sorprendida de lo que para ella es un manoseado hallazgo.

—También los pájaros con sus trinos —replico yo.

—Con la palabra transmitimos pensamientos... —insiste Ana.

—Que son una necesidad o de interés para el que los expresa y una inutilidad para el que los escucha, si no son coincidentes. Pero también los animales lo hacen con los sonidos que emiten.

—Al menos acepta que con nuestra palabra provocamos sentimientos —arguye Ana.

—Despertamos, no provocamos, los sentimientos de quien nos escucha, pero también lo hace el lamento de un animal, el canto de un pájaro... Los sentimientos ya estaban en nosotros.

Jorge permanece aparentemente ajeno a aquel ir y venir de palabras. Él siente sólo hambre y sus palabras transmiten un pensamiento que los demás interpretamos de forma distinta.

—Ana, ¿tienes idea de qué podemos hacer para cenar con esto?

Yo puedo interpretar la pregunta de Jorge como un deseo de cortar una conversación que no le gusta. Ana, como la pregunta lógica de quien no sabe cocinar y confía en su compañera. Jorge representa en esa frase su deseo de comer cuanto antes.

—Vamos a ver: ¿qué tenemos de nuevo? —pregunta Ana.

Yo no pienso en el contenido de las cestas, y sí en la aparente indiferencia de Jorge: ¿representa esta indiferencia para ocultar su verdadero sentimiento en este instante? Ahora pienso en Ana: ¿representa Ana el papel de normalidad para dar confianza a Jorge? Ana no está pensando en el contenido de las cestas; está tratando de recordar alguna receta vegetariana.

—Más o menos lo mismo —contesta Jorge.

Ana piensa que Jorge lo dice con un tono de fastidio. Yo, a mi vez, que Jorge expresa lo que ve en las cestas. Jorge no sabe exactamente lo que contienen las cestas, y su contestación se corresponde con un pensamiento: el recuerdo de lo que contenían las cestas anteriores...

Sí, no estoy desencaminado, pero tampoco lo está Jorge... o yo empiezo a delirar.

Y los tres seguimos hablando, sin que alguien, ajeno a nosotros, pueda asegurar que no ladrando.

—Veré lo que puedo hacer. Pon agua a cocer —dice Ana.

—¿No se te ocurre algo rápido? —pregunta Jorge.

—Cuanto más rápido, menos sabroso —digo yo.

—Lo decía por el hambre que tengo —vuelve a decir Jorge.

—Por esta vez, Ana, que sea rápido, porque es algo tarde. Debemos cumplir con el programa, o estableceremos el caos ya desde el primer día —digo condescendiente.

—¿Qué queda del programa, dormir? —pregunta Jorge, que piensa alarmado en alguna otra sesión en el salón.

—Tenemos que hacer una representación en el teatro, como habíamos quedado.

—¡Vaya! —exclama Jorge contrariado—. ¿Te parece poco teatro el que ya hemos hecho hoy?

—Efectivamente, Jorge; lo que no hemos hecho aún es representar alguna de las supuestas maldades en las que hemos incurrido cada uno de nosotros, sin que los demás las hayan podido percibir.

—Eso es como una confesión, y yo hace tiempo que paso de eso —dice Jorge.

—¿A qué nos conducirá eso? Podríamos representar cualquier maldad, al margen de que cada uno la haya cometido o no —interviene Ana.

—No sería lo mismo, Ana. No somos actores de ficciones, eso ya lo hablamos, sino de nosotros mismos. La representación sólo será aprovechable si ahora representamos lo que antes ocultamos con otro tipo de pensamiento.

—No sé; tú eres nuestra luz y nuestro guía —dice Ana con un tono de burla que a mí no me pasa desapercibido.

—Efectivamente, Ana, ¿o debería molestarme ante tu posible ironía?

—Eliminemos de nuestro lenguaje hacernos preguntas entre nosotros; así eliminaremos una buena parte de las mentiras que van implícitas en nuestras respuestas —dice Ana.

—Te equivocas —digo yo y continúo—. El que responde nunca miente; dice lo que piensa en ese instante. ¿Que podía haber dicho otra cosa?

Desde luego, pero el efecto de la mentira nace y causa efecto en el que escucha, por proceder de un pensamiento que no es verdad ni mentira.

—Eso está muy confuso —dice Ana, interesada en el tema, no así Jorge que sigue simulando estar atareado.

—Te pondré un ejemplo. Supón que tú me haces una pregunta y yo te contesto. Supón ahora que yo te miento, pero tú crees que es verdad. ¿Existe la mentira en mi respuesta o, por lo contrario, deberás ser tú la que hagas que mi respuesta es finalmente mentira para ti?

—Eso es un, creo que así se llama, sofisma —dice Jorge sin volverse—. En tú discurso falta elementos.

—Sí; el caso contrario. Supón que digo la verdad, pero tu piensas que miento. El caso es el mismo: el origen y el efecto de la mentira está en el que piensa en ella.

—Pero el que dice una mentira tiene voluntad de engañar —añade Ana, no muy segura de lo que dice.

—Puede. Ya he admitido que podemos mentir. Supón, ahora, que alguien, sin ser consciente de ello, dice una mentira, pero lo hace en un recinto cerrado, solo y sin posibilidad de que nadie le escuche. ¿Puedes decirme que ha dicho una mentira? ¿No sería algo parecido a que hubiese silbado?

—Se estaría mintiendo a sí mismo.

—Eso sí es posible. Pero en ese caso él no lo llamaría mentira, puesto que quiere creérselo. Para que se diera el caso que propones, alguien, ajeno al que se miente a sí mismo, deberá percibir esa mentira y sus efectos en el que se miente a sí mismo.

—¡Uf! ¡Es fantástico lo que puede dar de sí nuestra facultad de pensar! —dice Ana con cierto entusiasmo, aparentemente convencida esta vez.

Jorge, que, además de harto, intenta hacer honor a su papel de hombre pragmático, esperando que los otros dos se lo agradezcamos, interviene, no sin antes hacer una disertación esperpéntica, de las que tanto gusta y que, a veces, no carece de sentido.

—En relación con la verdad y la mentira y sus hijas menores, igual de putas: la mentira piadosa, la verdad a medias, el disimulo, la calumnia, el cuento, la exageración, fingir, claridad, crudeza, descaro, frescura... Pareciera que la humanidad se ha visto necesitada más de la mentira que de la verdad. Imaginaos que el hombre no hubiese podido inventar la mentira y que la verdad fuese su único medio de expresarse, de sentir, de mostrarse. En una situación tal, el hombre sería tan vulnerable como los animales inferiores a él. Lo que verdaderamente, y aunque penséis que es mentira, la evolución ha hecho que el hombre sea lo que es, es decir, superior en el reino animal, y nietzscheniano superhombre, es su insustituible y magnífico don de mentir. Deberíamos ser más respetuosos con esa gran puta a la que todos, en el fondo, amamos, cuidamos y vestimos con los mejores ropajes de nuestra inteligencia. Ya, ya, no me digáis que me centre, que ahora voy. Todo lo que se diga, si no sirve para algo, es una sandez o un engañabobos. Me queréis decir con sinceridad... bueno, o como queráis, ¿para qué os sirve tan fabuloso descubrimiento a partir de ahora?

—Muy ingeniosa, y hasta aceptable tu bufonada, pero vamos a lo que nos ocupa. Esperaba esa observación, Jorge. Estoy de acuerdo contigo —digo y sigo—. Ahora voy a añadir algo y tú me dirás si sirve o no, si crees que es útil. Todos nuestros pensamientos abstractos no nos sirven para nada, ni tienen ninguna utilidad para el que los tiene ni para el que los escucha; pueden suponer la respuesta a una pregunta que nos hacemos o que se hace el que escucha, si el pensamiento es coincidente, pero que ni

siquiera despeja la duda si no es verificable. Ahora bien, cuando los pensamientos en forma de respuestas se quedan en uno mismo, a ese resultado al que llega el pensamiento yo lo llamo bueno y suficiente. Quiero con esto significar que, en cualquier caso, no es malo y que supone el grado necesario para no quedar mi pregunta sin ningún tipo de respuesta medianamente coherente. Pero, eso sí, si lo que buscamos es el sentido practico de lo que decimos o escuchamos, esto sólo lo determina la transmisión de experiencia ya verificada, y si no se transmite ninguna experiencia, podemos asegurar que ese tipo de pensamientos carece de valor alguno, tan sólo el que cada uno le quiera dar.

Yo soy convincente para todo aquel que escuche lo que quiere oír. A Jorge le parece que, en esta ocasión, yo he dicho algo sensato.

—Podría ser —ahora Jorge se vuelve.— Así hacen el resto de los animales y algunos hombres que se dedican a algo más que a pensar. Ellos sólo transmiten experiencias, y así funcionan los hormigueros, los enjambres, las bandadas de pájaros, la manada, así entre los animales en general. Y gracias a los hombres que investigan y experimentan, y que crean algún tipo de utilidad a lo que descubren, la humanidad cada vez vive mejor, progresa. Todo lo que no sirva para eso, para procurar la supervivencia de la especie o su mayor bienestar, es absolutamente superfluo. Nos preguntamos quiénes somos y elaboramos teorías y teorías. Leí en el libro que me dejó, que se intenta conocer al hombre a través del estudio de la mente, del espíritu del hombre. Pero los científicos van por otro lado. Los primeros nunca sabrán lo que es el hombre, porque parten de elucubraciones, siempre abstractas, siempre contradictorias, y por ese material, sólo definible con palabras, que manejan, terminan encontrándose ante los muros infranqueables de la indiferencia general. Nuestra esperanza está en esos hombres que se llaman científicos y que nos hablan de

experiencias. Cada día nos transmiten nuevos descubrimientos que nos acercan a mayores grados de utilidad de lo ya conocido, o utilidades nuevas, y ocurre, alguna vez, que dejan en ridículo a los que estrujan su mente como en un laboratorio fantástico, irreal, lleno de palabras que ellos creen mágicas. Y ya, puesto a desahogarme, diré más: nada de lo que aquí estamos haciendo tiene sentido; nada de lo que dicen los filósofos, los llamados grandes pensadores, nos acerca al conocimiento del hombre desde un punto de vista útil y real. Con los filósofos no tendrás un arma nueva con la que mandar más o ser más poderoso; podrás ser un gran embaucador de feria, un gran actor que hará creer que su comedia es el espejo donde las gentes se deben mirar, pero los espejos se rompen por la voluntad de los que sólo terminan viendo sus patéticas imágenes. En fin, nada de lo que tú, Alejandro, concluyes, sirve para conocerte y ver qué puedes hacer de ti una vez que te conoces; nada de lo que Ana sueña es la realidad, aunque tenga la mínima utilidad de producirle ciertos orgasmos mentales que se evaporan como humo. Y lo que yo digo no sirve para nada, tendríais razón, salvo si os hace desistir de perder el tiempo tan lastimosamente. Lo único, repito, que de verdad tiene utilidad es lo que los científicos buscan y finalmente verifican. Y ellos, que yo sepa, nunca se plantearon conocer la verdad esa que a vosotros preocupa, aunque puede que algún día nos den un sorpresa, que ni ellos mismos tenían voluntad de fabricar. Nosotros, aquí, creeremos estar buscando algo y quizá seamos tan ilusos de esperar que nos sirva para algo, pero si sólo hacemos lo que hacemos, si sólo pensamos, os aseguro que no encontraremos nada que nos permita saber algo más sobre nosotros, salvo si, finalmente. aceptamos que hemos sido unos imbéciles y procuramos rectificar. Podremos, como tú dices, eso sí, adormecernos con nuestras propias o ajenas paridas mentales y dar por bueno y... suficiente lo que hayamos concluido. Y ahora que he

dicho lo que pienso, vuelvo a decir que no os sirve para nada, porque lo que yo digo vosotros lo despreciaréis, persuadidos, como estáis, de que yo soy un mísero materialista que sólo piensa en comer y en follar. Añado que también pienso en el cofre. Allá vosotros. Lo que yo digo, además de pensarlo, lo siento, lo aceptéis o no como verdad. A mí me sirve para eliminar de mi pensamiento ociosos ejercicios de fantasía mental, que sólo son adornos vaporosos de una voluntad que duerme la siesta. Y como tú dices, Alejandro, esto es bueno y más que suficiente para mí. ¡Joder, que ya parezco uno de vosotros! ¡Bah! Ya veis, puestos a decir gilipolleces, cada maestrillo tiene su librillo.

A pesar del largo parlamento de Jorge, yo y Ana hemos estado absortos escuchándole, si perdernos una sola de sus palabras. Ni siquiera Ana había supuesto un Jorge capaz de defender su cínica postura ante la vida con esas dotes dialécticas. ¿Qué podemos contestar? A ninguno de los dos se nos ocurre nada. Parece natural, porque ¿hay alguien, muerto o vivo, que haya dicho algo tan contundente que desmienta lo que dice Jorge? Probablemente, pero haciendo previamente buenos otro tipo de valores. ¿Sirve o no sirve para algo todo este presuntuoso proyecto mío? ¿Cuál es la salida para todos los payasos que, con buena voluntad, complican la vida más de lo ya complicado que es vivir? ¿Conformarse con todo y a la vez la nada que el pensamiento teórico ofrece hasta el momento? Sería una salida. ¿Tendremos que resignarnos y esperar a que los científicos nos vayan dando las respuestas? Ninguno de los tres está ante esa encrucijada. ¿Nos las darán? Quizá alguna, pero la vida seguirá siendo una cosa y vivir otra bien distinta. Pero demos por cierto que a veces las personas sufren cuando son apeadas de sus principios escuchando un discurso luminoso e inesperado. Así, Ana siente que se crea un vacío ante ella, imposible de superar para salvarse primero y alcanzar una base firme en la que sentirse

segura. Yo repaso alguna de las conclusiones a las que había llegado por mí mismo: muchas de ellas encuentran perfecto acomodo en lo que Jorge dice, pero todos los demás análisis también los veo ahora superfluos, casi ridículos. Quizá no vale la pena tanto rodeo intelectual para alcanzar en paz la meta con la palabra muerte, colgando al final de la vara. Jorge, tan poco dado a entrar en el terreno del pensamiento abstracto, manifiesta su postura filosófica con un pensamiento no menos abstracto, aunque sólo sea porque él también introduce una hipótesis, la de destruir todos los demás por inútiles, creyendo así no perder el tiempo. Pero la utilidad de su pensamiento puede ser terrorífica ya que, incluso en sí misma, cuestiona la bondad de la utilidad. Si de lo que se trata es de no perder el tiempo, éste debe darse por perdido siempre. ¿Es útil y, por tanto, bueno, para quien asuma el pensamiento de Jorge, el que a partir de la asunción de lo que parece un axioma, habrá acabado con sus sueños? Y aclaro que al referirme a los sueños, quiero significar todo aquello que, en sentido amplio, el hombre anhela conocer y consiguientemente disfrutar, precisamente gracias a que el tiempo aún no se ha hecho presente. Negará todo, hasta su propia existencia como algo definitivamente valioso. Se volverá escéptico ante los demás, que sólo serán sombras de sí mismos. Se encontrará solo en un mundo sin sentido, o el sentido que los científicos encuentren y señalen en sus conclusiones, ¿cuándo, qué tipo de sentido?… Probablemente nadie asistirá a ese acontecimiento, porque antes le habría llegado su tiempo y, con él, desaparecido de la faz de la tierra. Puedo así concluir, que sólo parece posible a los individuos aislados, el que sus células elaboren una verdad buena y suficiente, como vengo diciendo. Esa verdad, buena y suficiente, de la que yo hago alarde y hasta convicción, toma ahora mayor sentido. Aunque, en ningún caso, debe llamarse verdad, ya que sólo habrá de ser una respuesta mínimamente coherente, la única

posible que cada uno puede pretender para aliviarse de sus particulares incertidumbres; que le permitirá ir tirando y resignándose a la idea de que, ya sin él, quizá nacerá el día en que ya no se hagan más preguntas, porque todas las repuestas estarán no ya en los libros, prolijos por naturaleza y probablemente en desuso, sino en el fácil acceso a un ordenador y a un golpe de tecla, sintetizadas en una frase: VIDA: TAL O CUAL COSA; así de fácil. Los hoy empeñados en una especie de cacería por la VERDAD, incluso algunos que esperan conocerla más allá de los límites que otorga la vida, a esos seres ingenuos, insatisfechos, angustiados por desconocerse, un túnel tan tenebroso, por nadie traspasado, no puede ser iluminado con la esperanza de un descubrimiento, surgido como una floración espontánea.

—Me has quedado hecha polvo —dice Ana, finalmente, como quien ante un abismo se siente atraído por él y se deja precipitar para acabar con la angustia—. Vuestras teorías sobre las células no pusieron en cuestión mi facultad de soñar, y por eso me permití preguntaros a qué conducían vuestros hallazgos. Pero lo que acabas de decir, Jorge, parece inapelable a la luz de lo que tú llamas experiencia. Efectivamente, nada de lo que he estudiado, nada de lo que he leído sobre lo que los grandes pensadores han dicho, parece ahora tener sentido, ni siquiera como un intento noble de acercarse a las respuestas que todo hombre necesita. Todo parece un monumental fraude, un engañabobos. Tampoco lo que has aportado tú, Alejandro. Todo me parece un inmenso barullo de palabras, palabras... Y lo curioso, lo paradójico, es que sean las palabras las que dan esperanza o la destruyen... No entiendo nada, nada...

Así termina Ana diciendo, con la cabeza baja, mirando a un suelo que tampoco se extiende oferente para ella, y donde poder encontrar la paz de espíritu, aunque sea reptando.

Pero un idealista no debe rendirse tan fácilmente, así que volveremos a ver a Ana manifestando su fe en los llamados valores superiores.

Yo aparento estar impresionado por lo que he oído y así digo, saliéndome por primera vez de mi papel de payaso sabelotodo.

—Aunque bien parece que todos vivimos entre derrotas y fantasías, puede que haya alguien que nos dé razones contrarias y nos devuelva la ilusión de imaginar que cada uno de nosotros podemos, a través del pensamiento, llegar a conocernos antes de morir, porque si admitimos a priori que eso no es posible, cada minuto que vivimos es igualmente superfluo, sin sentido.

Jorge, embravecido con su propio discurso, sin tener en cuenta sus propios y tan preciados intereses materiales, quiere rematar.

—Volvamos al mundo real e integrémonos de nuevo en la manada con las posibilidades que tengamos de liderarla. Contribuyamos a hacer de nuestras vidas lo que la naturaleza quiere que sean hasta que la naturaleza decida. Disfrutemos de las sensaciones placenteras que estén a nuestro alcance e, incluso, si sólo lo están al alcance de nuestra imaginación, y admitamos el dolor y las contrariedades como algo pasajero gracias a nuestro esfuerzo por evitarlo. Vivamos mientras las primeras no se agoten y lo segundo no sea irreversible y, sobre todo, dejémonos de soñar despiertos en lo que la imaginación rechace como imposible de poder ser verificado o disfrutado.

Ahora veo claro dónde está la utilidad de mi proyecto. El largo recorrido, que la imprecisión de mi objetivo me ha obligado a dar, se acota gracias al camino recto y desbrozado que Jorge ha abierto. Si el tiempo era mi preocupación, éste deja de ser una variable que pudo dejar inacabada mi pretensión

—Tengo mis dudas, Jorge —y continuo—. Antes de dar todo por terminado, quisiera comprobar si se verifica algo que me preocupa sólo a mí. No será una experiencia concluyente para todos nosotros, pero a mí ya no me queda mucho tiempo para intentar encontrar una respuesta universal. Si la experiencia que os voy a proponer confirma lo que pienso, yo me quedaré aquí y vosotros regresaréis a vuestro mundo natural, con tiempo por delante para obtener de vuestras vidas todo eso que anuncias, Jorge.

—¿De qué experiencia se trata, Alejandro? —pregunta Ana, saliendo de su profundo vaciamiento.

—No lo sé exactamente. Estoy pensando en invitar a nuestro mundo a otras personas de convicciones profundas y que nos hablen de cuáles son sus experiencias o razones que les permiten vivir y querer seguir viviendo. Quizá alguien nos aporte luz a este lugar de tinieblas.

—Nosotros tenemos esas convicciones o razones, y, con experiencia o sin ella, queremos seguir viviendo —dice Ana.

—Vosotros no me valéis como ejemplo; me valéis como instrumento. Necesito personas de mi edad. Sólo así podré establecer si yo soy el equivocado. ¿Querréis ayudarme?

—Claro que sí. Por lo menos puedes estar seguro de mí —dice Ana.

—Y de mí. Ya lo mismo me da hacer una cosa que otra para asegurarme tu asignación. Por cierto, ¿qué has decidido hacer con el cofre? —dice Jorge, volviendo a pisar su suelo.

—Ya veo que tus pensamientos no divagan inútilmente, o al menos no persisten. Se lo ofrecí a Ana pensando que a ella sí le sería útil, pero Ana lo quiere compartir contigo.

—¿Y si decides regresar al Mundo con nosotros?

—No importará, Jorge; podría conseguir, si quisiese, otro con un contenido más o menos parecido.

—¿No nos vas a decir lo que contiene?

—No. Su máximo valor es que os permite soñar, y deseo que sigáis soñando el máximo tiempo posible. Cuando sepáis lo que contiene ya no soñaréis más, nunca más. Todos los tesoros del mundo, después de poseerlos, ya no permiten la menor fantasía.

—¿Podemos ya cenar? Todo mi cuerpo es un jugo gástrico que me come.

—Si ponéis la mesa, en un instante — contesta Ana.

***

Nunca se revisten de importancia las indignidades que cometemos; nos solemos decir a nosotros mismos que fueron causa de la extrema necesidad, y hasta las convertimos en muestras de heroísmo... ¡Y mi mundo! Cuarenta y ocho horas y ya era viejo, tan viejo o más que el que dejamos con siglos de existencia. Aunque nos creíamos nuevos, llevábamos con nosotros todos los estigmas del hombre.

***

Terminamos de cenar. Los acontecimientos vividos en tan sólo un día nos ha dejado exhaustos. Ana no puede comprender la fragilidad de sus convicciones y se pregunta cuál será el nuevo camino que tomen y si quedará algo de su idealismo. Yo le doy vueltas a mi nuevo, quizá viejo, proyecto, sin encontrar definidos los perfiles de su puesta en escena. Jorge, desaparecida su ansiedad por poseer el cofre, ahora que lo cree tener seguro, le da vueltas y más vueltas a lo que el cofre puede contener. Pareciera que el mundo de fuera se repite aquí dentro, con todas las frustraciones de algunos, los desencantos de otros y la ansiedad por los bienes materiales con toda la inteligencia puesta al servicio de conseguirlos. Hablamos poco durante el resto de la cena. Cuando todo queda recogido, pregunto a los jóvenes:

—¿Qué podemos hacer hasta irnos a dormir? Existe un vacío en nosotros, y lo peor que podemos hacer es llenarlo con nuestros pensamientos derrotados.

—¿Hay aquí cartas o algún otro juego con el qué distraernos? —pregunta Jorge en plena indiferencia por lo sucedido.

—¿Y algún libro intranscendente? —pregunta Ana, en plena retirada de su batalla ideológica.

—No hay nada de eso. Pediré que nos lo traigan mañana —respondo como el que pide sentarse después de una fatigosa e infructuosa búsqueda de la salida.

—¿Y música? ¿Tienes música clásica? Porque no se me ocurriría preguntar si tienes música moderna —pregunta Ana, como buscando alimentar su alma extenuada.

—No; tampoco tengo música. Sólo esos cantos y sonidos que se perciben en el área de la piscina.

—Eso de la naturaleza enlatada me produce melancolía más que sosiego y placer. Deberías quitarla —añade Jorge.

—La quitaré. No se me ocurre qué os puedo ofrecer.

—Podemos salir fuera y oler el campo, contemplar las estrellas, pisar la tierra —sugiere Jorge, como queriendo resucitar el pasado y volver a la vida para le que fue creado.

—¡Sí, eso! —exclama Ana, alborozada—. Os enseñaré el nombre de las constelaciones, el de algunas estrellas. Encenderemos un fuego y jugaremos a hacer de brujos en torno a las llamas. Haremos conjuros para que desaparezcan de nosotros los malos pensamientos. Seguro que encontraremos un lenguaje nuevo para explicar la naturaleza de todas las cosas, de nosotros mismos.

Ana no renuncia a jugar con los símbolos, y piensa que le traerán nuevas sensaciones, o las viejas ya olvidadas. Son tantos los lenguajes que el hombre inventó para intentar explicar la naturaleza de las cosas...

—Volvería a sentir las cadenas que seguramente me atarían de nuevo a ese mundo —digo yo.

—¡Dulces cadenas! ¡Anda, vamos! —exclama Ana, entusiasmada ante tal posibilidad, y tomándome de la mano.

—Id vosotros, si queréis. Yo prefiero quedarme. Pero no salgáis del recinto del muro; quiero sentiros cerca.

—No quiero que te quedes solo —dice Ana, tirando de mí.

—Creo que voy a hacer algo. Tengo que escribir unas cartas. Me distraeré. Os esperaré en el salón —digo yo, probablemente como excusa.

—¿Nos abres la puerta? —pregunta Jorge, temiendo que ese sueño se desvanezca.

—Hacedlo vosotros mismos. Tomad la llave.

—¿De veras que no te importa?

—No, Ana. Disfrutad lo que podáis. Yo disfrutaré pensando que sois felices.

Ana y Jorge, sin mayores consideraciones al cambio tan radical, humano que aparento, salen prestos de la cocina y vuelan al mundo al que pertenecen. Se les antoja que ha pasado mucho mucho tiempo y tienen curiosidad por comprobar que todo sigue igual, lo cual debe ser para ellos bueno y suficiente. Jorge tira de Ana para que se dé más prisa, mientras ésta se vuelve para atrás y me dedica una última mirada. Yo los miro sonriente, y cuando han desaparecido de mi vista, me embarga una gran emoción, también nueva en mí. El sueño que Ana me ha proporcionado unas horas antes queda ya lejano y ni siquiera rememorarlo puedo. Pienso si eso sería posible de estar en el mundo que dejamos y ellos van a visitar. Parece que el tiempo me pasa factura por no haberlo aprovechado. Ya que encuentro poco en mí que considerar, vuelo mentalmente con los chicos; no quiero que se alejen de mí ni un instante, o los perderé. Sería terrible mi soledad en mi propio mundo, si eso sucediese.

Jorge abre la pesada puerta, y una bocanada de aire caliente baña sus rostros. Salen al patio, y agarrados de las manos comienzan a danzar en círculo. Ríen, aspiran aquel aire que les trae aromas a paja y tierra seca de las míseras pero acogedoras tierras que se extienden infinitas al otro lado del muro. Agotados de dar saltos y vueltas, se sueltan. El silencio de la noche es más agradable cuanto que sólo el sonido de los grillos y alguna lejana lechuza lo quiebra, pero esos sonidos son una muestra de la vida que sólo transmiten un mensaje: vive. Miran hacia arriba y ven un firmamento cuajado de estrellas que les hacen guiños y les insinúan que no están solos, y que ni ellos están debajo ni ellas encima. Un muro de cuatro metros de altura les impone un horizonte demasiado próximo, como si todavía les estuviera vedado la posesión del entero mundo que se extiende sin límites humanos al otro lado. Es la esperanza de abrir algún día esta muralla que el destino ha levantado ante ellos, lo que les permite disfrutar de ese mínimo espacio, tanto o más que en otras ocasiones en que habían disfrutado de paisajes, y en los que el límite lo pone un horizonte espléndido, que quiere ser generoso con el hombre, acompañándolo en su caminar. Quieren hacer un fuego, pero no encuentran nada para quemar en el recorrido completo que hacen alrededor de la casa. Se sientan en el suelo y apoyan sus espaldas sobre la pared de este mundo incomprensible y fatuo, tal y como en un principio lo concebí, y que, como en muchos y similares casos, sólo representa la soberbia humana y su pariente cercano, la desesperanza, llevada de la mano del fracaso personal cuando los empeños del hombre se fijan más allá de sus posibilidades, pequeñas en todo caso. Los soberbios lo sufren, pero no lo aceptan ni lo proclaman, como me sucedía a mí.

Ana y Jorge se agarran de la mano y apoyan también la cabeza sobre la pared. Todos los sueños comienzan a parecer ordenados ante sus ojos,

en imágenes que parecen reflejarse en la gran pantalla del cielo; son pensamientos de sus sentimientos. Son palabras como ríos que fluyen del alma. Lástima que todo empieza y todo termina para el hombre inconstante y paradójico, precisamente por ser hombre. Yo tampoco he podido sustraerme en este momento a ser hombre. Y lo cierto es que no sé si eso es una ventaja, porque el fin de los sueños siempre es el mismo: despertar.

—¡Qué maravilla, Ana! Parece mentira...

—Sí que lo es, Jorge. ¡Cuantas cosas buenas hay ahí, al otro lado del muro! Hemos tenido que vivir esta experiencia para apreciarlas.

—Y sólo ha sido un día...

—Puede que por eso, ya que el valor que damos al tiempo está en relación con las sensaciones intemporales. Si hubiéramos estado tres meses, nos habríamos resignado a la rutina y el tiempo correría imperceptible.

—¿Tú crees, de verdad, que mis palabras habrán acabado con tus sueños? —pregunta Jorge.

—Tendré otros. Ni tú ni yo podemos dejar de soñar; forma parte de nuestra esencia joven. Lo siento por Alejandro; es un hombre acabado, y tú has terminado de abrir su tumba.

—He tenido sentimientos diferentes, y hasta opuestos, hacia él, y ahora siento un cierta lástima, y lo digo de veras.

—Me lo creo. A pesar de todo lo que dices que somos, ya sabes, eso de las células y demás, somos algo más, somos un montón de sentimientos. Nadie ha podido explicar hasta ahora por qué en el hombre hay algo más que calcio, carbono, agua, electricidad y cualquier otro componente tangible que tú pienses. Existe una incógnita no despejada que sólo existe

en el hombre. La química no explica por qué, por ejemplo, en un momento dado, un hombre ofrenda su vida por una idea.

—Nunca lo negué. Pero, no te obceques en creer que esas cosas sólo ocurren en el hombre; si te fijas en los animales, encontrarás paralelas muestras de heroísmo. De todas formas, reconozco que la evolución del cerebro humano ha llegado a complejidades sorprendentes.

—Sí; hay que ver, qué complejas son las almas de los seres humanos, que ni nosotros mismos somos conocedores de la que tenemos. Alejandro es un ser extraño que está enfermo de ser demasiado él mismo. No podrá encontrar la paz, porque vive sumido en sus contradicciones, sin aceptar contrastarlas, sin saber definitivamente a qué atenerse en una personalidad múltiple de luchas fratricidas. Pero nosotros no debemos juzgarlo, pues nunca nos acercaremos al misterio de su alma si antes no hemos conseguido perfeccionarnos nosotros mismos.

—Tienes razón en lo de que no nos conocemos a nosotros mismos. Pero sea por eso que tú llamas alma o por yo qué leches sé, lo cierto es que el día que nos conozcamos del todo, ese día todo empezará a ser aburrido, previsible y sin la emoción por lo inesperado.

—¿No me preguntas que pasó entre Alejandro y yo?

—¿Para qué? Eres tú la que nos compartes y es tu derecho elegir en cada momento.

—¿No sientes celos?

—Claro que siento celos, y unos celos que me matan, pero para no sentirlos tendría que pedirte que prescindieras de tu libertad y, aun en ese caso, no creo que fuese definitivo; los tendría de tus pensamientos.

—¿Y si te digo que ni mis pensamientos ni mis sentimientos, los que provocan tus celos, están al lado de Alejandro?

—¿Y qué pasa con tus actos?

—¿A qué actos te refieres, a que me haya acostado con él? ¿Sentirías celos si me masturbo?

—No, claro que no. ¿Qué tiene que ver eso?

—¿Y si acostarme con Alejandro fuera como si me masturbara?

—¡Vaya! Eso no lo había oído nunca. Tendría que mentalizarme. No deja de ser una forma peculiar de hacerlo. Me gustaría tener una tía a mano en lugar de sólo mi mano.

—Pues mentalízate, porque eso es lo que hecho y puede que lo siga haciendo.

—¿Y por qué? Acabas de decir que no tienes sentimientos hacia él.

—Pero no he dicho todos los sentimientos. Alejandro me produce uno que se llama lástima, o compasión, que lástima suena horrible. ¿No me digas que sientes celos de que le tenga compasión? Tú también has confesado que se la tienes.

—Él podía arreglárselas de otro modo: que se masturbe él solo, por ejemplo. A mí no se me ocurre ofrecerle mi culo para consolarle.

—Pero yo no dejaría de tenerle compasión si no le doy lo que él verdaderamente necesita, que soy yo. No creo que en eso sea ambiguo. Es como una compasión activa.

—¡Ya empezamos con las jodidas filosofías! —exclama Jorge, soltando la mano de Ana—. ¿Y de mí, no tienes lástima, o esa jodida compasión tuya? ¿Quieres hacer el amor conmigo esta noche, o mejor dicho, quieres masturbarte conmigo? A mí me da igual como lo llames.

—Estás sacando las cosas de contexto. Tú no me inspiras compasión. Si hago el amor contigo es porque nuestros deseos coinciden.

—Pues yo tengo ganas de follar, ¿tengo la suerte de que tú también tengas ganas?

—Pues... no. Por ahora estoy satisfecha.

—¡Fantástico! Y mis ganas no te inspiran lástima. ¿Qué hizo él para que fuera diferente? Si hay que llorar, lloro.

—Ahí está la diferencia: él no hizo nada, no se lo esperaba, ni tenía esas ganas de que tú hablas. Mi sentimiento de compasión lo motivó una serie de tiernas circunstancias que rodeaban a Alejandro en ese momento.

—¡Fenómeno! Ya sé en qué consiste tu idealismo: cada vez que alguien te dé lástima, vas y te lo follas. ¡Eres una santa, joder!, y yo sin enterarme...

—¡Qué te den por culo! Se acabó. Me voy adentro.

—¡Perdona! No he querido molestarte.

—Ahora estás fingiendo.

Ana se levanta y se dirige al interior de la casa, sin pensar en la crueldad de la condición humana, que con tanta facilidad convierte un bello sueño en una vigilia de pesadilla. Y todo, seguramente y confirmando lo pensado por mí, por la incapacidad de transmitir el verdadero significado de los sentimientos.

Al pasar por el salón, Ana se encuentra conmigo, que escribo unas notas inclinado sobre la mesa. La presencia de Ana me hace levantar la vista y mirarla. Ana está contrariada. No me dice nada, y antes de llegar a mi altura, imprime mayor velocidad a su marcha. Yo la interrogo aparentemente preocupado.

—¿Qué sucede, Ana?

—He tenido una discusión con Jorge, pero no tiene importancia. Me voy a la cama.

—¿Puedo ayudaros?

—Déjalo, Alejandro. Se me pasará. Mañana lo habremos olvidado.

—Como quieras. Quiero que sepas, no obstante, que me dejas preocupado.

—Posiblemente tengas que revisar tu teoría sobre los pensamientos y los sentimientos. Adiós.

Yo me inclino de nuevo sobre el papel en el que estaba escribiendo, mientras una sonrisa se dibuja en mi boca. Y es que acertar sobre los malos presagios, debe causar satisfacción a los brujos.

Jorge aparece poco después. Su rostro aparenta mayor tranquilidad y camina más despacio. Yo le miro y no me da tiempo a preguntar; es Jorge el que se anticipa.

—Me voy a dormir.

—¿Cerraste bien la puerta?

—Sí. Aquí tienes la llave.

—¿Lo habéis pasado bien ahí fuera?

—Muy bien. Hemos comprobado que el mundo de ahí fuera vale la pena.

—¿De verdad vale la pena? La próxima vez también yo saldré a comprobarlo.

—Bueno. ¿Quieres algo?

—No. Felices sueños —y vuelvo a inclinarme sobre el papel, haciendo un gesto de resignación fingida. Luego dobló las notas que he estado escribiendo, me levanto y me voy a mi habitación. Ya tengo diseñado el nuevo, el último, discurrir de mi nuevo mundo; o quizá no sea tan nuevo, si considero que en él van a vivir viejos conocidos.

***

No supe mucho de los sueños, pero de aquellos que se tienen en plena vigilia si puedo decir que todos terminan dejando un poso

amargo. Y no deben ser los sueños que nos sobrevienen, sino el no valorarlos por gratuitos...

* * *

Es el día siguiente, si cuento por amaneceres, segundo día en el Nuevo Mundo, con la sensación que tenemos todos de haber sido el primero tan largo como debió ser el primero de la Creación bíblica. Me levanto y voy directo al gimnasio. Esperaba encontrar a alguno de los chicos por allí, pero no hay nadie. Ya es bastante tarde. Pienso que los chicos habrán dormido mal, como a mí mismo me ha sucedido, y pienso en causas alternativas a los sucesos que ayer intuí: Ana no termina de comprender a Jorge. Ayer hablaron del cofre y de lo que habían tenido que hacer cada uno para conseguirlo. Jorge recriminó a Ana por haberse acostado con tanta aparente buena disposición y ésta se enfadó, sin convencer a Jorge de sus argumentos. Ana, finalmente, le dijo a Jorge que él no había hecho nada por evitarlo. Ana, sí, se sorprendió de la actitud poco consecuente de Jorge, y se sintió molesta por un sacrificio que Jorge no valoraba. No puedo evitar el sentimiento de frustración que me ocasiona el mentirme a mí mismo, pues no puedo, en esta ocasión, estar seguro de los sentimientos de los chicos.

Cansado de caminar en la cinta continua, y como los jóvenes no aparecen, después de ducharme paso por mi habitación, me visto y me dirijo a la cocina. Ni siquiera recurro a las pantallas para localizarlos, y no porque mi intuición me diga que están allí, sino porque en este momento me da igual donde estén. Llego a la cocina y me encuentro a Jorge. Le pregunto:

—¿No vas hoy al gimnasio?

—Ya he hecho bastante ejercicio en la cama. No he dormido bien y he dado muchas vueltas.

—¿Estás preocupado por algo?

—No, exactamente. He estado pensando en ese nuevo proyecto que vas a emprender.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—No. No se me ha ocurrido ninguna. ¿Para qué? No le veo ninguna utilidad. Pero pensaba en tus motivaciones.

—¡Vaya! Mis motivaciones... Pensamientos inútiles. Quizá Ana pueda aportar alguna.

—Puede. Ella tiene mucha imaginación, y algo se le habrá ocurrido.

—¿Por qué tarda tanto tiempo en venir? ¿Le pasará algo?

—No lo creo. Las mujeres siempre tardan; les lleva más tiempo ponerse guapas.

—¿Y para qué quiere Ana ponerse guapa? Ya es guapa sin necesidad de hacerse nada. Ponerse guapa, o más guapa, implica una intencionalidad.

—Qué pregunta... Parece que no conoces a las mujeres.

—¿Tú sí? ¿Cómo son?

—¡Y yo qué sé! Imprevisibles.

—¿Nosotros, los hombres, no somos imprevisibles?

—Voy a ver qué le pasa.

Jorge sale de la cocina con sentimiento de fastidio que no puede disimular. Yo pienso en cuántos sentimientos se ocultaban tras las palabras de este joven y en lo bien que ha fingido no tenerlos. Ahora sí, de nuevo recurro a mi intuición para suponer el encuentro.

Jorge golpea la puerta de la habitación de Ana y ésta aparece ya vestida tras la misma.

—¿Qué sucede? —pregunta Ana.

—Nada. ¿Que si no vienes?

—¿Quién lo pregunta?

—Los dos. Estamos ya desayunando.

—¿Te ha mandado Alejandro a buscarme?

—No, pero está preocupado.

—¿Y tú?

—Yo no. Suponía que te estabas emperifollando, como así ha sido, ¿no?

—Y, claro, tú te has compadecido de su preocupación, y para evitársela, has decidido venir a ver qué pasa, ¿no es eso?

—Bueno, déjate de monsergas y ven, si quieres.

—Ya voy. Puedes ir delante.

Jorge camina delante de Ana por el pasillo sin intercambiar una palabra. Cuando entran en la cocina, yo miro a Ana. Ha cambiado de vestido, ya no es el estampado que lució el día anterior; éste es liso, con alguna tabla. Le queda por encima de la rodilla, y está igualmente guapa. Al entrar, con un cierto dominio ensayado sobre la situación ambiental, pregunta:

—¿Cuál es el programa, chicos?

—¿Tampoco tú has dormido bien? —pregunto, considerando la respuesta puede ser significativa.

—¿Deduzco que vosotros no lo habéis hecho? Yo sí; como un bebé. ¿Qué os ha sucedido?

—Jorge dice que ha estado pensando en el nuevo proyecto. Yo es que duermo mal a mi edad; es una de las disfunciones que van apareciendo.

—Me extraña lo de Jorge. Y en cuanto a ti, eso te sucede porque no tienes paz de espíritu. Bueno, ¿qué vamos a hacer, tienes ya clara la nueva idea?

—Jorge va a ir al pueblo...

—¡Quée! —exclama Jorge sorprendido.

—¿Y yo no? —pregunta Ana con ansiedad.

—Tú no. Mientras él va al pueblo, tengo que hablar contigo del proyecto.

—¡Vaya! ¿Por qué no vamos juntos y nos hablas a los dos de eso cuando regresemos? —pregunta Jorge, que por varias razones quiere a Ana cerca.

—Es a Ana a la que necesito convencer; estoy seguro de ti.

—Lo que tú digas. ¿Y qué he de hacer en el pueblo?

—Llevar unas notas que he escrito.

—¿Puedo comprar algo de carne, embutidos...?

—Puedes, pero no tenemos dinero. Sólo dispongo de un talonario, y no creo que te canjeen un cheque por dinero.

—Allí hay una pequeña oficina bancaria; la vi cuando vinimos la primera vez.

—Está bien; te daré un cheque y lo intentas.

Termino mi desayuno y voy a mi habitación a por el talonario de cheques. En el camino se me ocurre que esta es una buena oportunidad para poner a prueba a Jorge, es arriesgada, pero estoy seguro de ganar.

Cojo el talonario y vuelvo a la cocina, pensando en lo que los chicos estarán diciéndose. Jorge pregunta a Ana:

—¿Por qué querías venir conmigo?

—No he dicho que quisiera ir contigo; lo que he dicho es si yo no podía ir al pueblo.

—Muy bien, rica. Estás bastante borde conmigo. ¿Cuándo va a terminar tu enfado?

—No le he puesto plazo.

—¡Qué te zurzan!

—Creo que acabas de ponerle un plazo muy largo.

Entró y observo la seriedad de los dos.

—Deberíais declarar la paz; creo que entre vosotros hay algún tipo de guerra —les digo.

—Esta Ana está un poco borde.

—¡Ah! ¿No parte de ti el problema? —pregunto.

—¿Por qué había de partir de mí? Yo nunca me enfado.

—El sólo hace los motivos para que se enfaden los demás —dice Ana.

—Bueno, ya se os pasará. Será más fácil si uno ya ha levantado la bandera blanca. Vamos a ver cómo te hago el cheque. Pagar con él lo que compres, no vas a poder. Tendrás que ir al banco, pero allí no me conocen, ni tienen mi firma. ¿Se te ocurre cómo lo podemos hacer? Y el caso es que, después del cambio de proyecto, no vendría mal tener algo de dinero aquí.

—Se me ocurrirá algo. ¡Ah, ya sé! Si necesitan referencias en el banco, les diré que llamen a donde tenemos la cuenta que nos abriste. No sacaré mucho dinero.

—Puede que funcione. Toma. Yo te doy el cheque firmado, compras lo que quieras, y al importe que calcules le añades lo que te parezca para tener aquí reservas.

—¿Me voy ya? —pregunta Jorge impaciente, mientras toma el cheque y lo dobla.

—Toma también la llave de la puerta y la del portón del muro. Cuando llegues a la cancela de la valla metálica, a su lado derecho y ya casi en el suelo, verás un agujero hecho en la valla. Es pequeño, pero por él podrás

meter la mano y levantar una piedra que está al lado. Debajo hay una llave del candado de la cancela. Cuando vuelvas, cierras la cancela y te traes la llave

—¿No tienes aquí la llave de la cancela?

—No. Le mandé comprar el candado a ese hombre que nos esperaba y se me olvido cogerla. Había quedado con él en que me dejara una llave en ese lugar que te digo, pero cuando llegamos, si recordáis, la cancela estaba abierta y pasamos de largo.

— Muy bien. Puede que tarde un par de horas...

—Sí, no creo que termines antes —le digo, demostrando a Jorge que le dejo en libertad sin condiciones.

—¿Necesitas algo especial, Ana? —pregunta Jorge.

—Sí: trae chocolate y un par de barras de labios.

—¿No me dices de qué color? ¿Las elijo a mi gusto?

— Tú ya sabes las que suelo usar. No concibo que tengas un inconfesable travestismo.

—No empecéis de nuevo —intervengo—. No traigas revistas, periódicos y, ahora que lo pienso, tampoco libros de ningún tipo. Si encuentras algún juego, como naipes, dómino, etc., puedes traerlo. Toma estas cartas y entrégalas a los destinatarios que pongo en los sobres.

—Entonces, me voy.

Yo y Ana nos quedamos conversando en la cocina. Ana está llena de curiosidad por conocer lo que voy a proponerle.

—Bueno, Ana. Voy a ver si soy capaz de diseñar mi nuevo plan y puedo contar contigo.

—¿Por qué dudas que contarás conmigo?

—Porque es muy fuerte lo que quiero hacer, y puedes tener escrúpulos.

—Los escrúpulos nacen de una duda o temor a hacer algo que a uno le puede parecer malo, pero yo tengo los límites bien definidos, y muchas personas encuentran el límite de lo malo mucho antes que yo. Tú propón lo que sea y si está fuera de mi límite, no sentiré escrúpulos, simplemente no lo haré.

—Muy bien; me gusta que tengas las cosas tan claras. Verás que ya han fracasado en dos proyectos que me llevaban a intentar conocer primero, qué podía ser la vida, y segundo, quién era yo o, en definitiva, el hombre. Vosotros, de una u otra forma, los habéis hecho abortar y no os lo recrimino, porque lo único que habéis hecho es adelantar unos resultados a los que yo, solo, no habría encontrado alternativas antes de caerme en el negro pozo de la muerte. Tú y Jorge habéis encontrado una base firme, y sobre todo cómoda, que os permitirá vivir sin los sobresaltos que a mí me ocasionan ciertas inquietudes de última hora, y para las que aún no he encontrado una respuesta buena y suficiente. Mi vida ha sido tan miserable, medida bajo los esquemas de la ética al uso, que me pregunto ahora si yo habré sido un error de la naturaleza, un monstruo mal engendrado y en mala hora nacido. Todo en mí ha sido un saldo en números rojos, excepto mi cuenta corriente, y ésta a condición de no indagar en su origen. Dijera la verdad o mintiera, siempre ganaba yo. Fui un hombre de acciones importantes según los esquemas de una sociedad hedonista, más que un hombre de acciones buenas según los esquemas de personas idealistas como tú. No me preguntes cuáles son los límites que he traspasado, porque yo nunca definí esos límites, y recordar ahora los hechos que realicé, me produciría un sentimiento de vergüenza, sobre todo el pensar que una persona como tú los vieras pasar como en una película

tomada de hechos reales. Además, son tantos, que necesariamente me quedaría corto exponiéndotelos. Pero para que te hagas una idea, si eres capaz de imaginar más allá de tus límites, por ahí me verás, y cuando tu imaginación no dé más de sí, yo estaré al otro lado.

Lo que he dicho a ana, pareciera la confesión de un alma atormentada que espera algún tipo de reconvención y luego ayuda para pasar tan negra página. Esto es lo que normalmente hacen las personas que tienen primero remordimiento y después propósito de enmienda. Pero yo no lo he hecho por eso y sí por este motivo: he declarado haber sido peor de lo que en realidad he sido, para de ese modo conocer el grado de fidelidad de quien comparte conmigo su vida; aunque no es el caso, utilizo para ello un argumento que puede generalizarse: los tiranos exageran su tiranía para comprobar los límites de aguante de sus esclavos.

—Siempre se puede rectificar, Alejandro —interrumpe Ana, cogiéndome la mano, e incapaz de otra reflexión.

—Imposible para mí, porque carece de sentido. Si haces mal y te arrepientes, debes reparar el mal hecho. El mal que hice es ya irreparable, y con el producto de ese mal no puedo hacer el bien; si acaso no utilizarlo para seguir haciendo el mal.

Uso de expresiones poco utilizadas por los hombres para hacer imposible cualquier reparación de un mal causado; lo normal parece ser arrepentirse, y a otra cosa, que el dinero sólo tiene un dueño.

—¿Te refieres a tu dinero?

Que yo hubiese hablado sólo del dinero hubiese sido mezquino, pero si hablo de otras cosas, puede hasta ser noble.

—A muchas cosas que aparecen ahora en mi balance. A mi dinero, a mis ambiciones colmadas sin reparar en los medios como única fuerza instigadora de mi voluntad, a mis orgullos nunca heridos porque antes maté

la voluntad de quien los asediaba, a mis lujuriosos deseos de alimentar mi vanidad. Hice mucho dinero, que no gane como se suele decir. Y con ese dinero, Ana, no pude alcanzar la gloria que todo hombre persigue como máxima aspiración de la inteligencia, porque esa gloria no se compra y son los demás los que te la confieren a cambio de lo que has hecho. La fortuna me hizo poderoso pero no superior; nunca conseguí escribir un poema sublime digno de una antología, porque carezco de la sensibilidad suficiente; ni pude, con ese dinero, pintar un cuadro que reclamara un gran museo; ni componer una sinfonía que interpretara una gran orquesta; tampoco con ese dinero pude llegar a ser aceptado como un líder carismático por todo un pueblo al que hubiera llevado a la libertad o al bienestar general, porque me importaron un comino los demás, pensando que de la libertad de los demás no vive nadie, empezando por los mismos hombres libres. Siempre pensé que todo en la vida tiene un precio y que lo importante era tener con qué pagar; que lo único válido es conseguirlo. Además, yo no soy un místico ni un optimista, ni poseo el don fluido y encendido de la elocuencia que hubiese concitado fervores en torno a mí; sólo ejercí con provecho la mentira sutil de mi palabra, aprovechado la debilidad de los demás. Por no ser, tampoco fui lo suficientemente ingenioso para hacer una idiotez singular que me hiciera merecedor de figurar en el libro de los récords; por no poder, ni siquiera sería capaz de cometer un gran crimen por el que pasara a la historia del mal... Como verás, sólo he sido una siniestra y opaca máquina de hacer dinero, sin importarme los cadáveres que iba dejando en el camino; nadie me puso coto porque se disimula mejor el dinero que la pobreza. Mientras pastoreaba un montón de personas, unos y otros me revestían de cierta dignidad, la falsa dignidad que proviene de la adulación, pero que yo me creía y me proporcionaba las razones para seguir en ese camino. Soy sólo

una lóbrega caja de caudales. Bien poca cosa para invocar algún derecho a seguir viviendo; no merezco cada minuto que sigo sosteniendo mi vida.

Lo que acabo de declarar es tremendo, y no por el contenido, sino por lo inusual que un hombre confiese al lado de sus maldades, también la pobreza de sus cualidades en el ámbito reducido de las estimaciones sociales. Quien escuche a una persona decir algo semejante, seguro que, como mínimo, su confusión será grande, y una cosa es segura: casi le tendrá lástima. Pero ese es el teatro. Yo pretendo precisamente eso.

Termino de hablar y permanezco humillado como el confeso que espera la absolución. No es que hubiese mentido, si acaso por exageración, y no esperaba ser absuelto de mi envilecimiento, porque se envilece todo aquel que reconoce sus culpas. Hasta las leyes más progresistas del otro mundo permiten al reo no declararse culpable.

Ana ha escuchado con la expresión tonta de quien recibe una mala noticia de alguien que no es uno mismo. Después de un breve silencio, al fin puede articular:

—Pero con tu dinero puedes hacer el bien, de hecho lo estás haciendo; el dinero que nos das, de algún modo hace el bien —esto dice Ana mientras retira la mano que cogía la mía, como si de repente hubiese descubierto al monstruo y dudara de sus intenciones.

—No te engañes, Ana. Tampoco tiene sentido repartir mis riquezas entre los desheredados. El dinero que os doy está sucio, manchado del sudor y la sangre que los demás derramaron al producirlo para mí. Además, yo no tengo un alma que redimir, sólo una conciencia que a veces me atormenta.

—Ahora me sentiré sucia yo también. Después de tu confesión, ya no podré aceptar tu dinero.

—¿Preferirías haberlo ignorado?

—Si eso dijera ahora, tú me verías más sucia aún. Pero no niego que si me hubieses preguntado antes si quería saberlo, te habría dicho que no.

Claro, claro; el prefiero que no me lo cuentes es habitual entre personas con escrúpulos. Para mí, un cinismo así no puedo dejarlo pasar por alto.

—En otras palabras, que tú pones el límite del mal allí donde no puedes percibirlo y porque voluntariamente no lo quieres conocer, ¿no? Sí, así suele suceder; o mejor dicho, así es siempre.

—Nunca te quedas a medio camino de las conclusiones inapelables. Es verdad que cuando alguien recibe algo, nunca se pregunta de dónde procede, pero no hay excusa si lo que se recibe se sabe que procede de haber hecho el mal. Al margen de lo que decida hacer yo a partir de ahora, dime qué te propones con esta confesión que me ha hecho polvo. ¿No te arrepientes?

—No. Nadie me puede absolver. Lo único que puedo hacer antes de morir es recordar quién soy, justificar, si puedo, todos mis actos y morir en paz conmigo mismo. Quizá nunca fui feliz porque nunca supe qué era el bien ni la forma de procurarlo. No hay que tener miedo a descubrir que no has sido nada de lo que los demás glorifican. Creo que uno no elige nada sobre sí mismo, ni siquiera ser, tampoco se hace. En definitiva, el hombre sólo es algo al que la naturaleza le reserva un balance final: reciclar sus componentes, y de sus congéneres un epitafio que borrará definitivamente el viento.

Ana sigue escuchando absorta. Sólo alguna de tan importantes frases ha prendido en su memoria y la evoca perpleja.

—¿Justificar tus actos, has dicho? ¿Y cómo piensas conseguir eso? ¿No sería mejor arrepentirse simple y sinceramente?

Respondo comenzando con una frase para consumo exquisito que no viene a cuento. Después de incidir en lo que es mi propósito, me centro en la pregunta que me ha hecho Ana.

—Nadie es juez de sí mismo; todo lo más reo, reo hasta la muerte. Creo poder conseguir que las cosas son como yo pienso que son. Además, creo que si yo consigo lo que me propongo, tú ya no pondrás límites ni sentirás escrúpulos; mi experiencia también será válida para ti. Podrás utilizar mi dinero con entera naturalidad. Y en cuanto a arrepentirse, que dices, el arrepentimiento sólo sirve para cambiar de rumbo, no para acallar la conciencia. Sólo los cínicos dicen tal cosa, y aunque yo sea un cínico, ya no tengo ningún deseo de proyectar mi cinismo sobre los demás, habida cuenta de lo desagradable que resulta un cínico diciendo la verdad. Tú ayúdame en lo que te pida; nada vas a perder y será inmenso lo que puedes ganar. Los seres humanos darían la mitad de su vida por no tener remordimientos.

Así se expresa una persona que dice lo que quiere decir sin sentirlo. Por eso, Ana, no puede entender lo que pretendo, en definitiva.

— ¿Y qué he de hacer yo? ¿Estás hablando de pervertirme hasta el punto de que te suceda en la falta de escrúpulos? ¡Habla claro de una vez!

—No te enfades y escucha. Jorge y tú estabais dispuestos a las mayores indignidades y humillaciones por alcanzar vuestros fines respectivos. La fuerza que os permitía aceptar todo lo que yo os pidiera, la encontrabais en vuestra convicción de que se trataba de teatralizar unos comportamientos que eran ajenos a vuestros sentimientos. Pues bien, veamos hasta qué punto responden todos nuestros actos a representaciones teatrales o, por lo contrario, algunos responden sólo a nuestros sentimientos. Si se diera el primer caso, todo lo que yo he hecho en mi vida sería una representación, y no volvería a tener las mortificaciones que tengo, y tú también podrías

utilizar mi dinero como si de una actuación teatral se tratase; pero si los sentimientos ponen límite a esa actuación, yo tendría que aceptar que nací sin sentimientos y tú con los que te impidan seguir actuando.

—¿Y cómo piensas averiguarlo? Cada vez tus proyectos son más complicados.

—Ese es mi nuevo proyecto y definitivo. Voy a invitar a esta casa a dos personas, con convicciones presuntamente inalterables, que responden, supuestamente siempre, a sentimientos honestos según la convención al uso actual. Los vamos a poner a prueba y extraer esas conclusiones de que te hablaba. Sí se mantienen firmes, incorruptos, y vencen todas las tentaciones a las que les sometamos, deduciremos que hay personas buenas y malas que responden a sentimientos buenos y malos. Pero si sus convicciones se resquebrajan y finalmente se corrompen, concluiremos, entonces, que sus convicciones, hechas obras, sólo eran representaciones teatrales. Y eso de los buenos o malos sentimientos sólo sería una ficción que cada uno representa como quiere y en el momento que quiere. En el primer caso, yo me maldeciré y maldeciré a mis progenitores que dieron al mundo tal monstruo; en el segundo caso, me consideraré un actor más de la especie humana y podré morir tranquilo, como el actor que comete un crimen en escena, termina la función y se va a casa sin ningún remordimiento. ¿Quieres ayudarme a comprobarlo?

Ana apenas ha tomado nota de mi parrafada, no así de lo que a ella le preocupa.

—Me parece que no tengo otra opción. Has creado la duda en mí y también un vacío de identidad que me está costando comprender el porqué de tanta fragilidad. Después de tú confesión, yo debería decirte adiós y desestimar tu dinero, sin más, pero ante lo que propones, si pruebas que todos somos iguales, no tendría sentido que yo optara por ser diferente. Por

lo contrario, si se demuestra que hay personas buenas y malas, tendré clara mi opción: me uniré a las personas buenas y te diré adiós a ti y a tu dinero.

—De acuerdo. A todos nos interesa saberlo para que nuestras conciencias no nos atormenten con sentimientos de culpabilidad —concluyo.

—¿Qué te hace pensar que Jorge está dispuesto a participar? Él no parece tener escrúpulos y puede concluir que no necesitas pruebas, que es así.

—Efectivamente, Jorge es como yo era a su edad: sin consciencia de tener conciencia. Esta circunstancia ni a él ni mí nos hace diferentes de ti mientras no tengamos la evidencia. Por eso necesito probarlo. Parto sólo de la débil presunción de no estar muy seguro que los seres humanos seamos diferentes los unos de los otros; en realidad no estoy seguro de casi nada. De lo que sí creo estar seguro es que nos mostramos diferentes, pero nuestra esencia es la misma. Esto, que puede ser una tragedia para quien lucha por ser diferente, sólo es una realidad que te vuelve apático, incluso por vivir, para los que nos vemos iguales. Pero, claro, llegar a esta conclusión es sólo un ejercicio profundo de interiorismo de cómo está amueblada tu mente: el resultado al que yo he llegado, repito, sin la plena seguridad, es que está amueblada con los mismos elementos, aunque con diferente estilo y calidades, pero que, en definitiva, cumplen con la misma función: vivir el tiempo que nos ha sido dado mostrando cada uno una imagen diferente. ¿Percepción pesimista de la existencia? Así será, pero yo no percibo razones para volverla optimista. Algunas veces, en un estado de delirio, me imagino a alguien responsable al que me dirijo y le digo: "pero por qué eres tan cabronazo que juegas con tus criaturas como un niño avieso con sus juguetes; que parece como si disfrutaras descuartizándoles el alma y el cuerpo; que los torturas con los alfileres de la angustia; que les

das muerte, a veces con ensañamiento". Claro, de los delirios te recuperas, pero es entonces cuando sólo te ves un poco de materia organizada con forma de humano, con todas las imperfecciones y maldiciones de toda naturaleza viviente; lo demás sólo es pensamiento. A saber de qué pensamientos sufren las hormigas. Pero no me hagas mucho caso, Ana. Para nada quisiera hacerte objeto de mi frustración, destruyendo lo que de bueno hay en ti. Sigue distraída contemplando lo bonitos que son tus muebles y lo bien que los ven los demás; es una forma de complacerte en la gracia que te ha sido dada y que yo no puedo sino envidiar. Yo por mi parte lamentaría confundirte, y más cuando parto de mis propias dudas.

—Pues me confundes cada vez más; me confunde la dualidad que vengo observando en ti, y hasta diría que multiplicidad, Alejandro. Acepto, sin embargo, participar en tu nuevo experimento. Para eso vinimos aquí, aunque tus cambios tan bruscos de objetivo me... Y Jorge, ¿qué va a pintar en todo esto? Quizá no acepte. No tiene ese tipo de inquietudes.

—Aceptará, y nos será útil. ¿Te preocupa lo que haga Jorge?

—Tu nuevo experimento fracasará también, lo presiento. O te conformarás con cualquier resultado que te satisfaga. Siempre es así desde que estoy a tu lado. Jorge sólo me preocupa en tanto que decida irse y nos quede la duda si ese gesto obedece a que es diferente a nosotros, según tus hipótesis.

—Repito que Jorge es un elemento seguro en esto que vamos a emprender. En la búsqueda de cualquier verdad, Ana, siempre se termina en el conformismo, con tal que no nos ahogue la impotencia. Pero ahora no, Ana. Existe una diferencia notable con los anteriores intentos. Antes sólo perseguíamos verificar una hipótesis, ahora, en cambio, perseguimos un objetivo que está configurado en una de dos opciones únicamente. Antes hablábamos de nuestros sentimientos y de nuestros pensamientos, y

se confundían los unos con los otros; ahora nosotros sólo seremos actores que harán aflorar los verdaderos o falsos sentimientos de los que asisten a nuestra representación.

—No entiendo lo que dices, porque ellos también pueden actuar al margen de sus sentimientos, y tú no sabrás distinguirlos. ¡Uf! Me voy a mi habitación a pensar un poco en todo esto. Tienes una mente un tanto especial, Alejandro.

—¿Quieres decir enferma? Puede que sea esto último, porque me duele mucho y nadie me la puede curar. Debo intentarlo yo mismo... con vuestra ayuda tan sólo, si no tenéis inconveniente.

Ana se va a su habitación reconciliada conmigo. El dolor de las personas le hace ser siempre clemente con sus culpas; el sufrimiento del monstruo le hace olvidar su fealdad y mueve su compasión. Es el idealismo en estado puro: nada, que diría Jorge; un falso propósito, opino yo.

Yo aún me quedo un buen rato en la cocina, como si me pesara el cuerpo sobrecargado de pensamientos. En un momento, y sin pensarlo, me levanto y doy dos pasos involuntarios que me han producido desorientación: han sido segundos, pero durante los mismos no he sabido dónde estaba la puerta de salida. Salgo de la cocina y me voy con paso incierto hacia mi dormitorio. Al margen de otras consideraciones más o menos apuntadas, la forma como me he confesado ante Ana ha sido notablemente exagerada, pero no por la referencia explícita, a la que en algún caso me acerco, sino por la implícita libertad que doy a la imaginación de Ana para exagerar sus juicios. Quizá debí decirle en qué consistía mi sentimiento de culpabilidad, en lugar de pintarle un cuadro casi exhaustivo de maldades, pero persuadido aún de que es imposible mostrar los sentimientos a través de la palabra, cualquier forma que

limitara la imaginación de Ana, me pareció igualmente inútil para conseguirlo. He pensado en qué difícil es salir de las propias trampas.

***

Tan pensado tenía todo lo que habría de suceder, que me convertí en esclavo para que sucediera.

***

Jorge ha vuelto alrededor del medio día. Viene cargado con bolsas y no se para hasta llegar a la cocina. Lo estoy viendo en las pantallas. Golpea en la puerta de la habitación de Ana, mientras *le dice que venga a la cocina*, luego golpea en la mía. Una vez allí, saca todo lo que contienen las bolsas y lo despliega satisfecho sobre la gran mesa. Piensa. *Quizá las bebidas alcohólicas no sean del agrado de Alejandro; si es así, las verteré en el sumidero del fregadero; no imagino a Alejandro enfadado por un gasto inútil. Ellos ya están advertidos de mi presencia, así que voy a catar el jamón, que tiene que estar exquisito. Mientras llegan, voy a darles una buena sorpresa, si preparo cosas de picar con todo esto.*

La primera en llegar es Ana, que no puede evitar la sorpresa ante lo que ven sus ojos.

—¡Ajá, Ana! ¿Qué te parece, no lo encuentras maravilloso?

—¡Uau! De buten. Esperemos que Alejandro no se enfade. ¡Uy, qué bueno está esto! —dice Ana, tomando un primer bocado.

—Come. Come antes de que llegue, por si nos lo prohíbe. Hay cola y zumos, ¿qué prefieres?

—La cola está caliente; dame un zumo.

—¡Marchando un zumo!

—¿Te lo has pasado bien? Al parecer no tuviste problema con el cheque.

—No te puedes imaginar lo que se siente ahí fuera, Ana. No, no tuve problema alguno; Alejandro es toda una garantía para la gente de ese pueblo.

—No me lo digas; no sabes la envidia que te tengo.

—Creo que no será la única vez. Parece que Alejandro ha cambiado. Si nos permite salir fuera de vez en cuando y comemos como personas, la estancia aquí puede hasta parecernos plácida.

—No sabes lo que nos espera.

—¿Qué? ¿Qué nueva parida se le ha ocurrido ahora? —pregunta Jorge con la boca llena.

—¡Uf! ¡Qué mente la de ese hombre!

—¡No me jodas! ¿Es peor que hacer de perros?

—Aún no lo sé, pero nuestro próximo trabajo va a ser no hacer de perros, sino de demonios.

— No entiendo. ¿En qué consiste hacer de demonios?

—Va a invitar a que vengan a esta casa personas del pueblo con supuestas convicciones éticas y morales muy elevadas y de comportamientos consecuentes, y nosotros deberemos tentarles para comprobar lo firmes que son esas convicciones... Oye, no le digas que yo te he contado todo esto. Si demuestra que son corruptibles, deducirá que todos somos malos por naturaleza y que esa es en definitiva nuestra tendencia natural, y que cuando parecemos buenos, es que estamos representando. Si lo consigue, si lo demuestra con esas personas, él se creerá liberado de los remordimientos que tiene por ser lo que ha sido toda su vida: cosas horribles, no te puedes ni figurar. Después piensa que

podrá morir en paz. Por lo contrario, si alguna de esas personas responde firme a las tentaciones y se mantiene inalterable en sus convicciones, entonces regresará al otro mundo a espiar sus culpas.

—¡La leche! ¡Ahora comprendo lo de las cartas! Mejor que no regrese. No está mal el invento, aunque sea tan falso como todo lo que él se empeña en asegurar que no tiene vuelta de hoja. Bobadas. Bueno, tú lo tienes un poco más difícil con el que te tocará lidiar, aunque en gustos, no hay nada escrito. Habrá que convencerlo de que regresar no vale la pena.

—¡Qué animal eres! Deduzco... ¿Ya sabes quiénes son esas personas?

—Tengo una ligera idea.

—Cuando tú dices eso, es que sabes de quién se trata. Venga, desembucha.

—Pero no hagas alusión a que yo te lo he dicho, que lo he sabido de una forma un poco ratera.

—De acuerdo.

—Me parece que a ti te ha tocado un cura, el cura del pueblo.

—¿El cura? ¿Tú sabes cómo es el cura?

—Buena pregunta, muy femenina. ¿Quieres saber la calidad de la arcilla que va a sobar tus delicadas manos? Pues es un tío muy potable, según pienso. No le harás ascos.

—No digas tonterías. No me refería a eso. ¿Y quién supones que será tu objetivo?

—La maestra del pueblo, pero este material no he tenido ocasión de comprobarlo. Te puedo asegurar que el tuyo es de primera calidad. Aunque, vete tú a saber del pie que cojean los dos o el tipo de tentación que nos propone Alejandro.

—¡Qué burro eres, Jorge! Parece divertirte lo que a mí me asusta.

—A mí lo que me asusta es pensar que el cura fuera marica y la maestra lesbiana, o que parecieran una cosa y después resultaran ser otra, o, ¡leches!, las dos cosas alternativamente.

—Eso lo dices para fingir un buen principio machista. Estoy seguro que no le harías ascos a esa eventualidad.

—Hombre, no es lo mismo trabajar con gusto a trabajar por obligación y forzando la naturaleza de uno, que hasta ahora, por lo menos la mía, no ha dado muestras de ambigüedad.

—Alejandro tiene razón respecto a ti.

—¿Qué dice Alejandro que soy?

—Que eres como era él a tu edad.

—Entonces será más fácil comprendernos... ¡Espera! Creo que viene.

—¿Guardamos todo esto?

—No. Ayúdame a rellenar los platos; comencemos nuestro trabajo de demonios tentadores. Este tío debe estar deseando comer bien y está harto de disimular; vamos a darle la ocasión, a ver si se olvida de tanta monserga.

Los dos jóvenes se ponen a cortar rápidamente pedazos de viandas. Salgo de mi habitación y voy a reunirme con ellos. Entro en la cocina y los chicos se vuelven hacia mí con muestras de satisfacción en sus rostros.

—¿Qué te parece, Alejandro? —pregunta Ana con una sonrisa—. Hiciste mal en darle libertad a este glotón.

—No está mal. La comida, como placer, siempre fue una herramienta que abre la puerta a otros pecados —digo sin aparentar estar sorprendido.

—Lo tendremos en cuenta. No había pensado en esa herramienta —dice Jorge, respirando tranquilo.

—Entonces, ¿podemos comerlo? —pregunta Ana.

—Si no os importa cometer otros pecados...

—Habíamos quedado que aquí no existían los pecados —añade Jorge.

—Eso creo yo, pero habrá que comprobarlo.

—¿No te unes a nosotros? Está riquísimo —dice Ana.

—Creo que vas a hacer muy bien tu papel, Ana —contesto yo, y cojo un pedazo de jamón.

—¿Qué quieres beber? —pregunta Jorge, dirigiéndose a mí.

—¿Te refieres a qué prefiero de esto que has traído?

—Sí. También hay agua en el grifo —dice sonriendo Jorge.

—Tengo algo mejor. ¿Ves ese armario de la esquina? Vete allí e intenta hacerlo girar tirando de su lado derecho.

Los dos jóvenes se quedan con el bocado en sus bocas abiertas y miran para el armario sin reaccionar. *¿Qué sorpresa guarda ahí Alejandro? ¿Por qué hasta ahora nos ha hurtado algo en esta casa?* Son sus pensamientos. Jorge, finalmente, se levanta despacio y se va hacia el armario que le he señalado. Llega a él, y poniendo la palma de su mano derecha sobre el lado derecho del armario, trata de atraerlo hacia sí mismo. El armario se resiste a moverse si tira simplemente de la balda con una mano. Pensado Jorge que necesita de las dos manos, tira de nuevo con fuerza, suena un ¡clic!, y todo el armario gira sobre su lado izquierdo.

—¡Un momento! —exclamo yo—. Antes he de deciros algo. Todo lo que hay en ese cuarto almacenado es de mi exclusiva pertenencia. Quiero decir, que de su uso sólo puedo disponer yo.

—¿Puedo acercarme a ver lo que hay? —pregunta impaciente Ana.

—Claro que puedes, Ana.

Lo que Jorge y Ana ven en aquella habitación les llena de asombro. Es una habitación rectangular, profunda en dirección opuesta a la puerta que deja abierta el giro del armario. La luz artificial se ha encendido y permite observar todo su interior: estantes laterales y uno central, repletos de

comestibles, de bebidas de las mejores marcas. Jorge es el primero en entrar, luego le sigue Ana. La habitación está refrigerada. Jorge y Ana miran atónitos todos aquellos artículos. Hay muchas latas, tarros y bandejas que contienen alimentos conservados al vacío. Del techo cuelgan jamones, chorizos, salchichones, cecinas. Todo escrupulosamente ordenado y cada cosa repetida muchas veces. El fondo es metálico y tiene una manivela: es una puerta. Jorge no pregunta qué hay detrás de aquella puerta y la abre sin pedir autorización: es una cámara frigorífica repleta de perecederos congelados. Trozos de carne dispuestos en bandejas cubiertas de celofán, salmón limpio también en bandejas, cigalas, langostinos, langostas, cajas de helados, un sin fin de cosas que pueden satisfacer la gula más exquisita. *Jorge y Ana se preguntan para qué es todo eso, recordando que yo les he impuesto la frugalidad de unas comidas casi vegetarianas, y para qué tanta comida como allí hay almacenada.* Abandonan aquella enorme despensa y me interrogan con la vista. Yo los miro sonriente y respondo a su curiosidad:

—Cuando decidí venir aquí, también decidí que de aquí no volvería a salir para regresar al mundo que dejaba. Ante la duda de cuánto tiempo habría de vivir y los cambios de mentalidad que aquí sufriría, dispuse de todo lo necesario para ser autosuficiente. Este nuevo mundo no podía ser limitado respecto al que abandonaba; no podía sentir nostalgia por una de las cosas que me había ofrecido el otro y de la que nunca me cansaba, que era comer bien. Esa es la razón de todo lo que habéis visto. ¿Alguna pregunta u observación?

—Aquí no tienes todo lo bueno que hay al otro lado —dice Ana, absolutamente convencida.

—Es posible, pero lo que falta lo he disfrutado tanto que ya no lo echo de menos. Todo está en mi imaginación, y algunas veces me complazco cuando viene a mi memoria. Pero la comida no se puede imaginar.

—Ni el sexo —añade Jorge.

—El sexo a mi edad, aquí y en el otro mundo, es ya una nostalgia de algo que pensábamos movía al universo. No es tal. Cuando lleguéis a mi edad ya veréis cuánto se devalúa.

Mientras eso decía, me levanto y voy hacia la despensa, penetro en ella y salgo con una botella de vino.

—¿Y qué razones tienes para que nosotros no podamos disfrutar de todo eso? — pregunta Ana.

—No he dicho que no lo vayáis a disfrutar, pero seré yo el que disponga cuándo.

—Pues danos la razón para que eso sea así —añade Jorge.

—La posibilidad de disponer de toda esa comida es exclusivamente mía. Vosotros no habéis hecho nada meritorio para disfrutarla cuando os apetezca y sólo podéis esperar que yo os invite a mi mesa.

—Nos habías dicho que podíamos disponer libremente de todo lo que había en esta casa —apunta Jorge.

—Y así es, pero lo mismo que sucede con el cofre, esta comida es para mí un símbolo, y sólo yo puedo disponer de este símbolo. Recordad las cosas que el creador del otro mundo se reserva y sólo comparte cuando quiere. Ahora abriré esta botella como símbolo de la nueva alianza con vosotros.

—Hay mucho simbolismo bíblico en todo lo que haces —dice Ana.

—¿De veras? No he leído la Biblia. Debe ser una coincidencia.

—¿De qué nueva alianza hablas? —pregunta Jorge.

—De la que tú ya sabes.

—¿Nos has escuchado? —pregunta Ana.

—No; no os he escuchado. Lo he intuido, pero ya tu pregunta es toda una confesión; ahora ya puedo estar seguro de lo que habéis hablado. Me has evitado repetirlo para Jorge. ¿Qué te ha parecido el nuevo proyecto, Jorge?

— Que quizá no podemos pretender ser más que eso, tus demonios.

—Veo que estáis de acuerdo. ¿Entregaste las cartas a sus destinatarios?

—Sí. El alcalde dijo que estaba de acuerdo y el cura me dio... espera... este sobre con la respuesta.

Cojo el sobre y lo abro rasgándolo por un extremo. Leo su contenido y me lo guardó. Luego, dirigiéndome a los chicos, les digo:

—Esta tarde tenemos visita. Tenemos que esmerarnos en hacerles un gran recibimiento, y cuento con vosotros.

—¿Quién nos visita? —pregunta Jorge, que únicamente quiere comprobar si ha acertado con la segunda persona.

—El cura y la maestra del pueblo. Yo no los conozco personalmente, pero no me cabe duda que se trata de dos retos difíciles para vosotros.

—A lo mejor te equivocas y de cazadores nos convertimos en cazados —dice Jorge.

—Eso, al menos en ti, no me lo creo ¿Qué debemos hacer, exactamente? —interviene Ana.

—Yo no os puedo decir lo que tenéis que hacer y menos ensayarlo. Deberéis ser lo que sois. Lo que sí haremos es analizar, cuando regresen al pueblo, aquellos cambios que se vayan produciendo en sus mentes y actitudes, por mínimos que estos sean. Tampoco os deis prisa por obtener resultados; la paciencia y la perseverancia deben ser vuestro código.

—Entonces ¿no tenemos que hacer ninguna representación? —pregunta Jorge.

—Ninguna en especial. Deberéis dejaros llevar por vuestros instintos de actores para que vuestra representación sea más creíble. Hablar como lo hacéis conmigo, eso es todo.

—Pues va a llevar tiempo, si no forzamos la máquina. ¿Vendrán todos los días?

—Eso yo no lo sé, Jorge; depende de ellos. Yo les invitaré para que vengan cuando deseen, por eso os pido que no hagamos nada que les indisponga.

—¿Por qué vienen precisamente ellos y no otros?

—Vienen los que yo he querido que vengan, Ana.

—Entonces, los conocías...

—Repito que no personalmente, pero ya tenía referencias.

—Eres un pozo de sorpresas, Alejandro. ¿Nos espera alguna más?

—Sólo la última, que tenga prevista, Ana.

—¿Y cuándo la conoceremos? —pregunta Jorge, muy interesado en lo que supone.

—La reservo para el final.

—Dinos, al menos, si es buena o es mala —dice Ana, algo confusa con el nuevo secretismo que utilizo.

—Tienes curiosidad propia de una mujer. No es buena ni es mala; es una sorpresa que vosotros mismos habéis estado creando.

—Pues no caigo... —dice Ana, quedándose pensativa.

—Dejad eso ahora. Tú, Jorge, tendrás que salir y dejar abierta la cancela de la valla y el portón del muro. Luego que se vayan los cerrarás de nuevo. Quiero que el primer día se sientan cómodos para que deseen volver. Poneos elegantes, como lo haríais para alguien al que quisierais causar la mejor impresión.

—¿No decías que nos comportáramos como somos? — pregunta Jorge.

—Sólo son sugerencias que os evitarán lamentar después el no haberlo hecho como os digo. En esta ocasión no admito fallos.

—¿Dónde los vamos a recibir? — pregunta Ana.

—En el salón, naturalmente. Cenarán con nosotros, así que prepararemos una cena fría que dejaremos lista para ese momento; quiero decir que no haga falta hacer otra cosa que servirla.

—Ya veo cuál va a ser tu papel: el de director de escena —dice Ana.

—Sólo yo tengo la visión completa de la obra, Ana. ¿No tendréis duda de ello?

—Pues no deberías dejar nada a la improvisación; te podemos fallar.

—No fallaréis, Ana. Os conozco muy bien.

Ya que hemos comenzado picando de aquí y de allá, de las cosas que ha traído Jorge, bebido del excelente vino que yo he tenido la generosidad de compartir, con algo de fruta damos por realizada la comida de medio día. A los chicos les ha parecido una maravilla de comida y a mí también. Luego nos vamos a nuestras respectivas habitaciones a descansar, después de quedar de acuerdo en vernos en la cocina de nuevo, en la que prepararemos la cena que les ofreceremos a nuestros invitados; eso será a media tarde.

Acostumbrados a un vertiginoso cambio de proyectos y de los pensamientos a que dan lugar, ninguno de los tres, en esta ocasión, se preocupa demasiado de lo que próximamente va a acontecer. Sólo yo confío en que siendo el proceso necesariamente lento, mis capacidades de improvisación marcarán la pauta en cada momento.

Son las ocho de la tarde. Aún queda algo más de una hora para la puesta de Sol. Todo ha quedado dispuesto en la cocina: bandejas de canapés variados a base de salmón ahumado, de caviar, anchoas, pasta de langosta, también de jamón de primera calidad, cigalas cocidas... Yo, personalmente,

he seleccionado varias botellas de vino. Todo ofrece un aspecto excelente y se ve en ello la imaginativa y delicada mano de Ana. He recordado a Jorge que debería ir a abrir la cancela y el portón, por si adelantan los invitados la llegada, y Jorge va a cumplir con el encargo sin pensarlo más. Ana echa en falta unas flores para poner un centro en la mesa, pero aquí no hay flores. En sustitución, pregunto a Ana si unas velas no servirían igual. Ana dice que sí y yo saco unos velones que guardaba en un armario para cuando fallara la luz. Pero eso, en todo caso, se pondría en la mesa en su momento. Ana también propone que una mesa grande (la del salón es bastante grande) y de patas altas, con sillas de respaldo, daría más solemnidad a la reunión, pero yo desestimo la idea; habría que trasladar la mesa de la cocina y no me parece suficientemente noble. Además, yo quiero darle a la reunión un carácter informal, no exento de calidad, probablemente desacostumbrada para mis visitantes. He pensado si algunos de estos alimentos no le parecerán una ostentación excesiva al cura y si se pondrá a sí mismo algún reparo de carácter moral para consumirlos, pero la conclusión a la que llego es que también este test sirve a mi propósito. Todo, en fin, está dispuesto. Yo y Ana, que hasta ahora sólo hemos hablado de los detalles de la cena, iniciamos otro tipo de conversación. Es Ana la primera en proponer.

—¿Cómo son las personas que nos visitan?

—Las referencias que tengo son las de un hombre de mi edad, físicamente bien parecido, muy en su misión sacerdotal y de unas dotes intelectuales superiores a las que se podían esperar de un simple cura de pueblo. Antes de venir aquí, estuvo ocupando un cargo cerca del obispo, pero no debió encontrarse a gusto con el poder eclesiástico y pidió, temporalmente, un humilde lugar para sentirse realizado como sacerdote. Ella es algo más joven y, según dicen, aún hermosa. Fue premio

extraordinario en su carrera. Tuvo, debido a su carácter intransigente con el sistema, algunas diferencias con las autoridades académicas cuando ejercía de maestra en la capital, y la relegaron por una temporada. Como alternativa a la suspensión temporal, la enviaron a desempeñar su trabajo en un pueblo pequeño. Es la mujer del alcalde, y nadie le conoce ningún aspecto negativo, lo que significa que podría pasar por doña Perfecta.

—Dos rebeldes, en suma. Lo digo porque hoy el mantenerse uno fiel a sus principios, contra viento y marea, no deja de ser una cierta rebeldía —sigue Ana.

—Algo así, pero eso los hace más interesantes. Lo tendréis difícil, como veréis, pero también tendréis la ocasión de demostrar de lo que sois capaces.

—¿Deberemos nosotros ser intransigentes también? —pregunta Ana.

—No por llevarles sistemáticamente la contraria, que eso descalificaría vuestras posiciones. Puede que, en algunos casos, sus dotes de persuasión os convenzan, en ese caso deberéis asumir sus criterios sin mostrar reticencia, con naturalidad. No utilicéis citas de pensadores importantes para apoyaros y reforzar vuestras propias convicciones, lo importante es que os manifestéis con argumentos propios que vosotros creáis no tienen réplica fácil, o asentimientos humildes cuando os convenzan. En definitiva, se trata de mostraros como sois y no como os hicisteis

—¿En qué forma te comportarás tú?

—Seré uno más... Ya vuelve Jorge.

—Ya estaban las cestas esperando. Fui con ese hombre hasta la valla; es sordomudo... —dice Jorge nada más llegar y dejando las cestas en el suelo.

—¿Sordomudo? —pregunta Ana extrañada.

No quiero que Ana encuentre en esa circunstancia algo premeditado.

—Sí. Se ocupaba en arriendo de esta finca antes de que yo la comprara. Yo le ofrecí el trabajo de vigilante durante el día y traer las cestas. También tener limpio el camino y transitable para los coches. Sólo lo hice para compensarle del trabajo que perdía dejando de cultivar la finca.

—Pero te vino como anillo al dedo que fuera sordomudo, ¿no? —puntualiza Ana.

—En cierto modo, sí —digo yo, pensando que esta confesión terminará con las suspicacias de Ana.

—Eso de tener el camino limpio y transitable para los coches... Entonces preveías que iba a suceder todo esto en lo que ahora estamos metidos, ¿no? —dice Ana, creyendo haber descubierto un juego oculto.

—Era una alternativa. Todo lo que estaba a mi alcance prever y hacer, lo pensé y lo hice.

—¿Debemos creerte? —pregunta Jorge.

— Me es indiferente. En cualquier caso, las cosas son ahora como son.

—Tenemos que lidiar con dos personas difíciles, Jorge —dice Ana.— De algún modo rebeldes, como tú.

—Ahora me entero que yo soy rebelde. ¿En qué soy rebelde?

—Hombre, estás instalado en una postura que no admite alternativas; me refiero a tu pensamiento, no así para otras cosas, para las que siempre tienes alguna a la mano.

—No más que tú. ¿Tienes ganas de polémica?

—No discutáis —intervengo yo—. Las personas se clasifican raramente a sí mismas, sólo nos vemos según la clasificación que de nosotros hacen los demás, aunque estas apreciaciones sólo tiene el valor del testimonio. Y en cuanto a las alternativas, estoy de acuerdo. Creo que tú lo apuntaste, Ana, que todos las utilizamos como consecuencia de nuestra inseguridad. Ahora os voy a decir otra cosa: cuando vengan nuestros visitantes, os

presentaré con vuestros nombres, vuestra profesión y estudios y no daré ninguna explicación más sobre la razón de vuestra presencia aquí. En cuanto a mí, les daré mi nombre y marcaré en cada momento la pauta de nuestras conversaciones. No deberéis, en ningún caso, explicitar las razones que nos trajeron aquí.

—Se hará como mandes, mi señor —dice Ana con una reverencia.

—Suponiendo que estemos seguros para qué vinimos aquí, que yo no me aclaro —dice Jorge, esbozando una sonrisa.

—Me alegra veros tan distendidos. Los recibiré yo solo; vosotros estaréis en vuestras habitaciones y esperaréis a que os llame.

—¿A qué viene tanta puesta en escena? —pregunta Jorge y sigue.— ¿Por qué no nos comportamos con naturalidad, como habías previsto que aquí deberíamos hacerlo? Y digo esto, para diferenciar las actitudes con las del otro mundo, en la que el fingimiento no es que sea una norma de conducta, sino una obligación. Para que tu experimento tenga verosimilitud, deberás reproducir las condiciones naturales de seres no contaminados de prejuicios; en otras palabras, cuanto más representemos, más representarán ellos, y al final todo será un maldito teatro del que dudo puedas sacar algo válido.

—Yo estoy de acuerdo con Jorge. En unas cosas nos pides naturalidad y en otras fingimiento —dice Ana.

—Es curioso lo que acabáis de plantear. Tenéis razón en lo que decís. Yo no estoy exento de sentir inseguridad, por eso he planteado esa alternativa en la que el inseguro encuentra refugio detrás de su máscara. Muy oportuna tu puntualización, Jorge. Pero ¿creéis que podremos siempre comportarnos con naturalidad? ¿No chocará, por demasiado brusca, nuestra naturalidad con los supuestamente teatrales y melifluos prejuicios de ellos? Porque dudo que, ante vuestra naturalidad, ellos se comporten

igualmente, aunque eso es lo que quisiera. De esa consideración nace mi inseguridad. Pero, repito, tenéis razón. No sería creíble el resultado de un proyecto si se parte de poner como premisas el fingimiento. Pareciera difícil sustraerse a los comportamientos que queremos que vean los demás.

—Así es. Nunca buscamos lo inesperado, siempre vamos en pos de lo que pretendemos encontrar —añade Jorge, muy satisfecho de haber marcado una pauta que, por primera, vez yo he permitido.

—De acuerdo. Nos comportaremos con naturalidad y esperaremos a ver qué sucede.

—Por ejemplo —dice Ana—, si a mí en estos momentos me apetece darme un baño en la piscina y me apetece dármelo desnuda. Sería un comportamiento natural si lo hago, pero si me pongo un traje de baño, porque así quiero que me vean, eso sería fingimiento.

—Pues ahora que lo dices, a mí también me han entrado deseos de bañarme desnudo —añade Jorge.

— Muy bien. Bañaos así, si lo deseáis. A mí no me apetece bañarme. Pensaré mientras tanto en cómo disculparos ante nuestros invitados.

—No nos disculpes —dice Jorge—. En todo caso explícales filosóficamente por qué somos unos desvergonzados.

—Lo haré, lo haré —digo contemporizador y hasta sonriente.

—Pues, adelante —dice Ana, que se levanta muy decidida. Jorge la sigue.

Los dos jóvenes se ponen en marcha hacia la piscina desabrochándose sus vestidos y que van dejando caer sobre el suelo que va quedando detrás de ellos. Yo los miro algo perplejo, como si de repente vislumbrara cómo un acto espontáneo era infinitamente más bello que la mejor de las representaciones Luego me invade la inseguridad por tantas formas de representación como yo mismo adopto inconscientemente. Pero sólo es

instante; enseguida me complazco en sentir aquellos bellos cuerpos chapoteando alegremente en el agua. Me levanto atraído por el deseo de contemplarlos y no hago nada para evitar darme ese gusto.

Ya llevamos un buen rato, ellos disfrutando del agua y yo disfrutando de la visión que la escena me produce. Todos nos habíamos olvidado de las personas que esperábamos. Son unos sonidos que vienen de la puerta de entrada, que hacen a los chicos acallar las risas y ruidos que hacían con el agua. Yo espero que se repitan. Los chicos no se mueven; se miran mutuamente buscando en el otro un sentimiento de vergüenza del que apropiarse, pero ninguno ve tal sentimiento, ni siquiera aquel que, por empatía, se siente como un reflejo del que se observa que sienten los demás. Ana y Jorge ya han superado la vergüenza propia y ajena, y eso lo veo positivo. Dos nuevos golpes nos sacan de dudas: es la visita que esperábamos. Yo me dirijo a la puerta y los chicos siguen sus juegos sin la espontaneidad primera; han iniciado de nuevo la representación, porque enseguida se sumergen hasta que el agua les llega al cuello.

Como un buen dramaturgo, elegí los personajes que me interesaban para mi comedia; ni siquiera di opción a sorprenderme con alguno inesperado. Al final, hasta yo mismo me incorporé a la escena para cerrarla sin sorpresas.

Los dos personajes que entran ahora en esta historia —los últimos— se corresponden con los de un hombre y una mujer típicamente anodinos en los respectivos papeles que les corresponde desempeñar en la vida. Nadie podrá decir de ellos sino que fueron virtuosos. Aunque parezcan revestidos de virtud, nada más vulgar que la virtud. No hay grandeza en el

virtuoso o virtuosa. Adoptar comportamientos virtuosos, significa, ni más ni menos, una tiranía del cuerpo sobre el espíritu, y no al revés, como pareciera más lógico suponer, porque lo lógico es contrario a la razón, a la que engaña; por eso, porque es el cuerpo el que tiraniza reprimiendo, es por lo que es vulgar. Aun así, los necesito para terminar este proyecto, que ya carece de la grandeza de miras original, y que previ para el caso en que esa grandeza terminara como han terminado todas las que el hombre ha tenido. Dios debió pensar así cuando le fallaron sus divinas intenciones y también él decidió que siguiera su creación mientras dudaba de su sentido.

***

La vida debe tener sentido en sí misma; es cuando se le busca, cuando deja de tenerlo. La vida es el todo y nosotros sólo la parte; la parte no puede comprender el todo... Y yo estoy divagando estúpidamente, cuando menos debería hacerlo. ¡Qué importancia tiene ya todo esto...! ¿Por qué me estoy haciendo planteamientos, formulando preguntas, consideraciones de persona débil, asustada? Voy a morir, no me cabe la menor duda. Yo preparé mi muerte, decidí cuándo, ¿qué ha fallado para considerarme derrotado y comportarme como un arrepentido? Bien mirado, muero donde previ que habría de ser, aquí, después de acabar con mi mundo, lo cual no me cabe duda que se ha producido. ¿Qué importancia tiene el instante en el que también habría de acabar conmigo? Tengo medios aquí para reeditar ese instante. Pero, sea porque lo intente yo de nuevo o me deje morir, ¿no es, en cualquier caso, mi voluntad la que sigue imponiendo el cómo y el cuándo? Debo aceptar como bueno y suficiente todo lo que me está

sucediendo; yo lo planeé, y si no grito ¡quiero vivir! pidiendo ayuda, todo sigue bajo mi propio y único control.

***

Abro la puerta de entrada. Delante y al otro lado, él y ella esbozan una sonrisa mientras miran al hombre que les despierta tanta curiosidad. Por un momento tengo la fugaz imagen de aquellas parejas, incluida la de Jorge y Ana, que me visitaron en el hotel. Esta vez no dejo la puerta entreabierta y la abro de par en par. Tampoco los miro como quien tasa con la vista algo que le pudiera interesar comprar. La pareja que viene a mi mundo es la que yo he querido que venga. Les correspondo con otra sonrisa, y con un gesto de mi mano les invito a entrar. Los visitantes pasan, él, educado, dejando la preferencia a ella, mientras los dos pronuncian la misma frase de cumplido. Lo dos están representando, y yo debo aceptar su representación como inevitable, por el momento.

—Buenas tardes. —dice él.

—Buenas tardes —dice ella.

—Les agradezco su visita —correspondo yo, con una frase que pocas veces había empleado, en cualquier caso, no mimética con la utilizada por mis invitados.

Nos tocamos las manos como parte de la acción teatral.

—Tiene usted una gran casa —dice él, mirando curioso por encima de mi hombro.

Es como si un comediante, mientras representa, mira de soslayo la cara que pone el público.

—Es increíble lo que usted ha hecho aquí —dice ella curiosa, mientras ojea discreta el interior hasta donde la vista le permite, pero sin forzarla.

Igual; se representa con una intención, pero la intención ya no es teatro.

—Me llamo Alejandro, y prefiero que me tuteen.

—Te lo agradezco. Yo también soy partidario de esa fórmula que Jesucristo empleó siempre, incluso con los poderosos. Yo me llamo Jaime.

Si Jaime dijo lo de *incluso con los poderosos* con intención, a mí no me ha parecido una impertinencia. Ser poderoso a los ojos de alguien y que lo reconozca, sólo desmerece a quien lo hace.

—Yo me llamo Isabel, y no tengo inconveniente en que me tutees, aunque confieso que me costará algo al principio tratarte de tú; no es fácil romper bruscamente con las fórmulas de cortesía que hemos aprendido.

Isabel introduce una variante al teatro: la moral del teatro.

—Efectivamente, Isabel, no es fácil, pero sí es deseable. Todas las fórmulas que el hombre impone para establecer diferencias son producto de su despotismo, y sumisión del que las acepta con el subterfugio de la cortesía —digo yo, consciente de la carga de profundidad de mis palabras.

—Un bello pensamiento. Estoy de acuerdo contigo, Alejandro. Nos cuesta admitir que en realidad somos iguales, y me reservo decir ante Dios por si esta convicción mía no se correspondiera con la tuya —dice Jaime, que no se siente defraudado ante su primera impresión, pero quiere ya de entrada saber con quién, en el ámbito de las creencias, se va a encontrar.

—Efectivamente no se corresponde en la segunda parte, pero eso carece de importancia. Espero que por ello no podamos establecer la cordialidad entre nosotros. Lo importante es que nuestros pensamientos coincidan al margen de nuestros sentimientos —digo yo, estableciendo ya la prioridad de mi intención.

—Confieso que me gustaría que también coincidieran nuestros sentimientos con nuestros pensamientos —añade Jaime puesto en guardia.

—Quizá coincidan, pero los sentimientos se esconden tan profundos... —digo yo, que de sentimientos creo saber más que mi interlocutor, o al menos con más capacidad de discernir.

—¿Significa que los pensamientos no se corresponden con los sentimientos? —pregunta Isabel, que ha estado muy atenta a la conversación.

Pareciera que la pregunta de Isabel estuviese hecha para complacerme como experto en esos dos conceptos, pero la ha expresado como un impulso de sincera curiosidad. Contesto:

—Eso nos llevaría a una larga controversia, impropia de ser tratada en este momento. Por favor. No es necesario que mostremos nuestro alma como si de una carta de presentación se tratase. Aunque haré una concesión para no parecer descortés. Habrás oído, y hasta pronunciado por ti misma, una frase que viene al pelo para contestar tú pregunta: en la vida, entre los seres humanos, lo que tiene verdadera importancia no es lo que se dice, ni siquiera la forma en que se expresa, sino lo que se siente en el corazón. Claro, esta expresión merece un desarrollo más amplio que, en todo caso, dejo para otra ocasión. Ahora pasad y tomad posesión de esta casa.

—Oigo risas y ruidos ¿vive alguien más en esta casa? —pregunta Isabel.

—En efecto. Conmigo viven dos excelentes jóvenes estudiantes a quienes protejo; quiero decir que les ayudo en sus estudios. Han aprobado todo y estas son sus vacaciones.

—Y dime, Alejandro, si no es inoportuno en estos momentos: ¿qué te ha traído aquí? —pregunta Jaime, curioso por saber algo más sobre una persona que se sale del estereotipo único que tiene del hombre.

—También es impropio por mi parte que te conteste en este instante, como si necesitara justificarme. Forma parte de una larga confesión que espero poderos hacer en su momento.

—Yo ya confieso estar encantada de tu invitación. Presiento que esta visita no será una visita cualquiera —dice Isabel, mientras, dejándose llevar de la naturalidad, mira a todas partes.

Yo ya no respondo y me pongo en marcha hacia el interior; ellos me siguen cuchicheando como turistas en un museo. Ya estamos cerca de la piscina, aún en el pasillo. Isabel y Jaime tratan de descubrir a los dos jóvenes que ríen y hacen ruido con el agua. Las primeras imágenes de los chicos les crean una sensación de desazón explicable: "¡Están desnudos!", pronuncia Jaime, confuso, ralentizando su paso y bajando la vista. Isabel se ruboriza, aunque se esfuerza por aparentar naturalidad. Los dos se paran. Jaime se dirige a mí y me dice.

—Esperaremos aquí. Advierta a esos jóvenes que llegamos.

—¿Por qué? Ellos también os esperan. ¿Ya no prefieres tutearme?

—Pero están desnudos... —dice Jaime, que vuelve a mirar a los chicos para cerciorarse de que no le ha engañado la vista y las imágenes que se dibujan en la transparencia del agua.

—¡Ah, claro! Debí advertiros. Son dos jóvenes desinhibidos, que no se avergüenzan de sus cuerpos ni consideran inmoral el mostrarlos. Sólo de los jóvenes podemos esperar que se recupere el ideal griego, puesto en la belleza del cuerpo desnudo en su integridad. A ellos no les importa que los vean así.

—Pero no cuentan con nosotros, que no somos griegos. Nosotros sí sentimos vergüenza, ¿no, Isabel? —dice Jaime, a medias convencido de lo que dice y sin quitar la vista de los chicos, que ante la presencia

presentida de los dos invitados, emergen y se sumergen en el agua con intencionalidad manifiesta.

—Disfrutar del cuerpo humano, sin las pulsiones negativas de la vergüenza, que obligan al hombre a adulterarlo, es un derecho inviolable por ninguna razón moral o supuesto mandato divino; son magníficos esos pueblos que lo han entendido así y a los que nosotros llamamos primitivos. Estoy seguro que si conseguís mirarlos con una natural disposición, no sentiréis eso que llamáis vergüenza.

Estas palabras mías no van dirigidas a sus sentimientos de vergüenza. Con unas pocas palabras, yo hablo de los sentimientos de pecado o no pecado de pensamiento y ante la supuesta reacción que los visitantes sientan en sus cuerpos al ver otros cuerpos desnudos y, además, bellos. Pero yo les propongo una alternativa al margen de los sentimientos libres, que doy por sentado no los tienen, al menos libres: que los miren con naturalidad. Esto calma sus prejuicios de momento, y los dos se ponen de nuevo en marcha, memorizando el extraño papel que deben representar en tan inesperada como excitante situación. Cuando los tres desembocamos en el amplio recinto de la piscina, Jorge y Ana, casi al unísono, levantan un brazo y saludan sonrientes a los recién llegados.

—¡Hola! —dice Ana, dejando emerger sus hermosos pechos fuera del agua.

—¡Hola! —dice Jorge.

—Estos son mis compañeros Jorge y Ana; Ana, Jorge, os presento a Isabel y Jaime —digo yo, haciendo las presentaciones de rigor viejomundano.

Isabel y Jaime sonríen y miran en la transparencia del agua buscando definir los cuerpos de los chicos, pero el agua está en continuo movimiento

por los potentes proyectores, y los cuerpos se desdibujan más abajo de la superficie.

—Ya estamos con vosotros —dice Ana, que comienza a nadar hacia la escalera de la piscina.

Jorge la imita, estableciendo los dos una pugna por llegar antes. Isabel se vuelve, simulando que mira las paredes de mármol. Se acerca a una de las columnas y la acaricia. Jaime mira al techo, dejando que su vista se pierda más allá de la bóveda de cristal. Jorge y Ana se van directamente a la cabina de secado. Ana entra primero y acciona los proyectores de aire. El ruido hace bajar la vista a Jaime, que busca curioso su procedencia. Isabel se vuelve al mismo impulso, olvidándose ambos de su representación. Los ojos de los dos se topan con los cuerpos de los chicos, y sus respectivos instintos seleccionan el de sus preferencias. Es sólo un instante de visión que apartan y unas imágenes que guardan fijas, quemando sus mentes confusas. Los dos me miran, confiando que yo haya apreciado sus comportamientos naturales ante el ruido y su novedosa procedencia, pero confiando también que no se vean sus respectivos sentimientos. Es Jaime, más entrenado para salir airoso en situaciones complejas, el que habla.

—Es curioso comprobar cómo los comportamientos naturales modifican positivamente nuestros pensamientos. En otra ocasión habría no sólo pensado que exhibirse desnudos era motivo de escándalo, sino sentenciado que tal cosa constituía una impúdica exhibición. Después de reflexionar en lo que has dicho, Alejandro, el ver esos chicos desnudos, con la naturalidad con que ellos lo hacen, desde luego no es lo mismo que exhibirse con la intención de provocar.

Son las justificaciones del placer que no se rechaza y que espera darle otra oportunidad a los sentidos.

—Estamos de acuerdo, Jaime. Pero también entiendo que la provocación intencionada de unos cuerpos desnudos no debe, en principio, considerarse negativa. El hombre y la mujer se desnudan para procrear o simplemente para hacer el amor, y la provocación natural del cuerpo es el desencadenante necesario —añado yo.

—Supongo que te refieres al estricto ámbito del matrimonio —dice Jaime, creyendo que es oportuna la puntualización, al margen de sus recién estrenadas convicciones.

—El estricto ámbito del matrimonio es excesivamente estricto, ¿no te parece? —digo yo.

—Naturalmente tengo que disentir de esa afirmación. La moral que yo sostengo me obliga a pensar así —dice muy firme Jaime.

—Has dicho te obliga. ¿Quién te la impone? —pregunto, como si no lo supiera.

Jaime no esperaba esa pregunta. Si pudiera borrar la palabra *obliga* de su afirmación lo haría. Busca en su mente una expresión convincente y no la encuentra; siempre debió estimar un mucho de convencionalismo en la moral católica, y quizá esa era una de las rebeldías que le habían ocasionado disgustos con la autoridad eclesiástica. Isabel también le da vueltas al concepto y se decide a intervenir, pensando establecer entre las dos posturas una especie de tierra de nadie.

—Según mi parecer, y que podría haber sostenido antes de venir aquí, hay que distinguir entre el sentimiento que la belleza de unos bonitos cuerpos te sugiere y la procaz utilización de los mismos. En el primer caso, el escándalo no está en quien lo provoca de forma involuntaria, sino en el que se escandaliza viendo en ellos una tentación a sus instintos. Somos adultos y esto lo debemos tener claro. Me cuesta trabajo entender que si los cuerpos de esos chicos fueran feos, deformes, habría que condenarlos

igualmente por causar escándalo. Por tanto, no deberíamos condenarlos por ser bellos.

—También habría que distinguir entre el efecto que causa la belleza y la inducción de ésta a los malos pensamientos —dice Jaime, no muy convencido de que su frase sea definitiva y, mucho menos, afortunada en una circunstancia en la que ha descartado condenar explícitamente a los chicos.

—En realidad —digo yo—, los pensamientos no son en sí mismo ni buenos ni malos. Si la visión de un cuerpo bello te excita, tampoco veo que por eso haya que condenar la belleza a su ocultamiento. Si así fuera, la naturaleza hubiese establecido una discriminación inadmisible al dar cuerpos bellos y cuerpos feos. No; la discriminación la creamos nosotros con nuestros cínicos prejuicios. Reconoce, Jaime, que todo se reduce a una falta de equilibrio en nuestros pensamientos, alterados por mil y una convenciones externas.

Jaime entiende que donde yo pongo naturaleza, él debe poner Dios. Esta reflexión le lleva a un callejón sin salida. El no puede admitir la discriminación de Dios al hacer las personas, pero tampoco sabe explicar la realidad de unos cuerpos bellos y otros feos. Recuerda sus estudios en teología, pero desecha invocar a ningún teólogo, sólo lo debe pensar: Santo Tomás de Aquino definía la belleza como aquello que era perfecto, armónico y claro, y los cuerpos de aquellos chicos reúnen esas condiciones. Cualquier otra consideración con apelaciones al pudor, la decencia, el decoro, y en aquel lugar, le parece ahora improcedente y difícilmente sostenible. Aunque se siente impotente, también se siente interesadísimo por la profundidad de este diálogo, e imagina mejor ocasión para imponer sus criterios de forma incontrovertible, suponiendo que esos criterios rechacen la nueva sensación placentera de contemporizar con

otros. Todos nos disponemos, sin ningún tipo de prejuicio aparente, a disfrutar de la visión que nos proporcionan los dos jóvenes, que unos la justifican como un don divino y otros como un regalo de la naturaleza. Yo, sin embargo, voy un poco más allá en la reflexión que este incidente me produce: la visión de los chicos desnudos ha causado en Jaime e Isabel algo más que el sentimiento gozoso de haber contemplado dos cuerpos bellos; quizá, y a ese respecto, se trata sólo de pensamientos, porque los sentimientos han debido inundar sus cuerpos de satisfacciones incompletas.

Jorge y Ana han terminado de secarse, y es Ana la que se dirige a los que ahora les contemplan sin recato, aunque con furtivas miradas según a qué partes de sus cuerpos.

—Vamos a nuestras habitaciones a vestirnos. No queremos parecer bichos raros a vuestro lado. Volvemos enseguida.

—Eh ahí una frase llena de significado —digo yo mientras los chicos se ausentan—. Bien mirado, resulta paradójico que estar desnudos sea la rareza y estar disfrazados o vestidos la normalidad. Convendréis conmigo que, aparte de utilizar los vestidos para resguardarse del frío o del excesivo calor, se entiende poco la razón de mostrase siempre vestidos, incluso en circunstancias que no lo precisarían. Digamos que una de las posibles razones, sólo por tratar de entenderlo, es que de esa forma los cuerpos bellos son compasivos con los cuerpos feos y los cuerpos feos se sienten menos feos si están tapados. Pero confieso que si es por esto, no sé a quién se le pudo ocurrir.

Yo, Jaime e Isabel, también nos ponemos en marcha, mientras hablamos.

—Confieso que nunca traté de buscar esas explicaciones —dice Jaime, algo cohibido e incapaz de utilizar argumentos de mayor calado intelectual, ya que no racional.

—¿Qué profesión tienes, Alejandro? —pregunta Isabel.

—Creo entender la razón de tu pregunta. No tengo ninguna profesión que te la aclare, más bien al contrario. Profeso, eso sí, un gran amor a la verdad, pero ésta a veces es esquiva. Esta pretende ser mi humilde aportación en este lugar: la búsqueda, el juego, o el desencuentro con la esquiva Verdad. Y no será un refrito de las diversas concepciones que ya se han dado por preclaros prohombres del pensamiento, que definieron, con indudable altura intelectual, aunque con notable falta de sintonía, una determinada y personal concepción de ésa y de otros inquietantes enigmas de la global inquietud: la vida. Sería fantástico para La Humanidad, y por eso vuelvo a la duda en la que me columpio, que la suma de todas las concepciones habidas y por haber diera finalmente un resultado de síntesis satisfactorio. Y no es así, amigos míos, de lo contrario mi pensamiento no se habría metido, no tendría razón para meterse, en estos belenes en el que el simple especular con cosas tan abstractas produce un vértigo del que uno difícilmente se recupera. Quiero suponer, que si los sumandos tuvieran algo de homogéneos, ya habríamos logrado el resultado universal. Pero por desgracia cada uno va por su lado, extrayendo de su pensamiento el más original todavía, pero que sólo resulta ser un espectáculo para los demás. ¿Por qué no puedo yo también intentar ser original?

Jaime siente que todas las palabras mías son como certeros hachazos en su cerebro, complejamente cerrado a las ideas disolventes. *¿Para qué me ha llamado este hombre? ¿A qué auxilio espiritual se refería cuando me pidió que viniera a verle? ¿Son este tipo de inquietudes las que me quería exponer? Pero si este hombre no parece tener inquietudes... la firmeza de*

sus palabras no da lugar a especular con la duda y menos con un sentimiento de culpa. Me parece un hombre de convicciones firmes y entre ellas parece no estar la idea de Dios, o del Dios ya proclamado por los hombres...

En una primera impresión, Jaime me define, para sí mismo, como un hombre extremadamente educado y no teme un uso indebido o burlesco de mi agnosticismo-ateísmo. Concluye, a pesar de todo, que aún es pronto para establecer un criterio y se dispone a esperar lleno de curiosidad.

Isabel está encantada en su interior. Todo es hermoso hasta el momento: la casa, los chicos, yo mismo, Jaime, la conversación, y todo esto al lado de un mísero pueblo, invariablemente junto a rudas personas y condenada a conversaciones intrascendentes, insignificantes, vulgares. Su marido, el alcalde, a fuerza de costumbre, no es ni siquiera considerado. De verdad que no se siente arrepentida de haber venido, sino halagada y con un principio de esperanza nueva y prometedora, no concretada en algo presentido, ni siquiera descubierto por el momento. Pero no puede menos de pensar que tendrá que volver al pueblo y ese pensamiento disipa su espontánea satisfacción, haciendo que vuelva a la expectación casi infantil.

Traslado mi mente a los chicos. Ana y Jorge se han ido conversando por el camino hacia sus habitaciones. Jorge le dice a Ana.

—¿Qué te parecen los fichajes?

—Creo que les hemos dejado la mente confusa.

—Digo qué te parecen; su mente yo sé cómo se la hemos dejado: erecta y húmeda.

—No seas burro. El no está mal; mejora lo presente. Ella es bastante guapa, ¿no?

—Eso de mejora lo presente, ¿en qué sentido lo dices?

—A simple vista, me parece un tío interesante, ¡lástima que sea cura!

—No te preocupes de eso; si tú te lo quieres follar, te lo follarás, estoy seguro. Ya te tiene tomadas las medidas, ¿o crees que no me fijé en cómo te miraba?

—Hablas como un salvaje sin respeto a los principios.

—Déjate de monsergas. Efectivamente estamos en los principios. Y en cuanto a ella, un poco mayorcita, pero no me importaría hacer con ella el papel de Edipo.

—Tú lo tienes más fácil; sólo es una maestra.

—Te hago una apuesta a ver quién se tira primero a quién. La parte del cofre que nos corresponde para el que gane —propone Jaime, seguramente sin decirlo en serio.

—Todavía no he decidido darte la mitad del cofre.

—Sí lo has decidido. Alejandro dijo que lo querías compartir conmigo. Bueno, ya no sé si lo dijo él o lo dijiste tú, pero eso ya ha quedado claro. Y anda, métete en la habitación, que mi mente se está poniendo en erección.

—Pues hazle una paja a tu mente. Nos vemos en el salón, so sátiro.

Los jóvenes pocas veces se ponen trascendentes si alguien paternalmente no les impulsa a ello. Parece que la trascendencia fuese como si los pensamientos se volvieran más pesados en contenido a medida que nuestro tiempo pasa y se nos acerca la última oportunidad. Eso sucede conmigo, con Isabel y Jaime, que ya nos hemos sentado a invitación mía. Hasta que nos hemos sentado, Jaime e Isabel no han hecho ningún comentario y se han limitado a mirar la grandiosidad de esta sala, que sienten les cohibe, no tanto por su amplitud, como por la consideración de que todo esto pertenezca a un solo hombre. También se preguntan sobre la inexplicable sobriedad no exenta de magnificencia, pero cada uno lo hace por consideraciones distintas. No les pasa desapercibido el cofre, al que le

atribuyen algo más que un mero significado decorativo, pero no se atreverán a preguntar. Soy yo el que rompo el pesado silencio.

—Supongo que tenéis muchas críticas que hacer a mi casa. Adelante; no me importa escucharlas.

—Estoy francamente sorprendido. Nunca imaginé que esta casa fuera así por dentro; la sobriedad exterior no se corresponde con el interior —dice Jaime.

—Esa bóveda es increíble, todo es increíble. Yo tampoco me la imaginaba así —dice Isabel, sinceramente entusiasmada.

—Ya veo que no tenéis criticas que hacer. ¿Cómo os la imaginabais?

—En realidad, y debido al muro exterior, era difícil imaginar nada —añade Jaime.

—Estoy con Jaime; yo tampoco imaginaba nada. Creo que la imaginación estaba inhibida por la curiosidad —dice Isabel.

—No es una crítica, es una pregunta: ¿qué te impulsó a crear algo tan fastuoso? —pregunta Jaime.

—Esa pregunta, querido Jaime, es más una crítica que un deseo de satisfacer una curiosidad. Lo comprendo y ya me estaba extrañando. Desde tu convicción de que la humildad es una virtud, me estás reprochado una cierta soberbia, ¿no es así?

—Bueno... —responde Jaime vacilante—, no lo preguntaba desde una perspectiva cristiana de la humildad. A cualquiera le habría sugerido la misma pregunta ante la contemplación de una obra así, ¿no te sucede a ti igual, Isabel?

—Quizá yo lo habría preguntado de otra forma; por ejemplo: ¿cuál es la razón de tanta sobriedad dentro de tanta grandiosidad? Y en esto difiero de Jaime al calificar el interior de la casa.

—También en tu pregunta hay implícita una crítica, Isabel; probablemente estés pensando que aquí falta algo, algo de decoración al uso en las grandes mansiones, grandes ventanas al exterior que tú habrías sin duda añadido, ¿me equivoco? Pero si observáis, ambas supuestas críticas se oponen en su intención: para Jaime es una ostentación, para Isabel una obra incompleta y quizá falta de imaginación. Suponiendo, que no lo aseguro, si esos son los motivos de vuestras preguntas, a lo que quiero llegar es a la dificultad que tenemos para conocer los verdaderos sentimientos que nos manifiestan los demás por la simple manifestación de sus pensamientos. Al parecer, y no molestaros por mi aparente cinismo, sólo lo que uno se calla sobre los demás es auténtico. Con esto quiero deciros que no os extrañe en lo sucesivo que ponga en duda la correspondencia de algunos de vuestros pensamientos con vuestros propios sentimientos, y, como consecuencia, lo que estoy intentando transmitir es mi carácter escéptico ante las manifestaciones de los demás. Y prefiero hacerlo ahora, para así ahorraros la torpeza por vuestra parte de mentirme. Siempre creí que si alguien me ensalzaba o ensalzaba mis obras, me estaba engañando o que, sin más, me daba la razón. No, no me interesan las llamadas mentiras piadosas ni las que llevan implícito un elogio.

Jaime siente ruborizarse ante esta inesperada y ofensiva declaración que viene a declararlo potencialmente mentiroso. Isabel, al contrario, y aunque tampoco esperaba un estilo tan directo de un hombre tan cultivado, siente acrecentar su curiosidad por mí. Yo, que había considerado el efecto que mis palabras iban a causar, para no indisponerlos, me presto enseguida a aclarar su significado.

—No debéis sentiros ofendidos por lo que he dicho. Ya os había manifestado que profeso un gran amor a la verdad. Aunque comprendo la buena intención de las llamadas mentiras piadosas o las de los elogios, me

parecen superfluas, sobre todo cuando, siempre, puede haber alguien que ni se las cree ni se complace en escucharlas, como es mi caso. Y ahora os voy a explicar el sentido de esta casa. Como veréis, la casa muestra mi verdad para el que la quiera aceptar, que tampoco la impongo. Soy muy rico y no necesito demostrarlo; tengo todo lo que deseo, así que no voy detrás de nada. Quizá por la deformación de ese estado, necesito estar rodeado del símbolo del poder que da la riqueza, que según yo pienso y tal y como están las cosas ahí fuera, al contrario de una manifestación puramente material, su mayor exponente sería disponer de absoluta libertad. Esa libertad, creo haberla conseguido construyendo este recinto a prueba de intromisiones no deseadas en mi vida privada. Sin querer parecer presuntuoso, mi casa fue concebida según la filosofía de una gran arquitecto que se llamó Frank Lloyd Wright. He intentado hacer una casa orgánica y para los fines que ese arquitecto concibió la así llamada por él casa orgánica. Él no dio una lista de esos fines, que forman la integridad de una persona y que según cada persona estos son diferentes. Pero sí hay algunos que debieran ser considerados comunes a cualquier persona, y estos son querer crecer y desarrollar en ella la propia vida. Pero al mismo tiempo necesito que este símbolo sea un ejemplo de la verdad que predico, que no necesita de adornos, por eso he suprimido todo lo que me pareció superfluo y engañoso. Soy muy aficionado a los simbolismos; con ellos mi pensamiento tiene acceso a imágenes que de otra forma no podría configurar sin caer en la contradicción.

Jaime se siente algo aliviado. Y no es por la altura expositiva de mi parlamento. Jaime sólo entiende de almas, según su manual. Me presento desnudo ante ellos y no tengo prejuicios al declarar que mi ostentación se debe a una deformación causada por mi riqueza. Ahora cobran sentido mis palabras y ya no le parecen tan ofensivas, porque a Jaime, desde el podio

de su dignidad sacerdotal, le cuesta admitir que alguien ponga en duda que lo que él dice no responda siempre a la verdad. Su mente quiere encontrar una frase que esté a la altura de estas extrañas y atípicas circunstancias. Isabel tiene prejuicios más elementales y no se siente ofendida, todo lo contrario, lo que he dicho le hace más y más fijar su criterio de que está ante un hombre excepcional. Pero también piensa en el efecto que mis palabras han debido causar en Jaime, todo un sacerdote, y se apresta a quitar hierro.

—Efectivamente la cortesía es siempre engañosa, pero gracias a ella parecemos, y digo parecemos, educados. Ser sinceros está bien, pero también lo es el tener tacto.

—No os será necesario en esta casa. Yo y los chicos que me acompañan queremos disfrutar la experiencia de vivir y comportarnos lo más cerca posible de la verdad que predicamos, y con esto contesto a una pregunta que no me habéis hecho, pero que imagino la teníais preparada.

Jaime, que aparenta estar más distendido y creyéndose en un terreno que domina, habla así:

—Has dicho lo más cerca posible de la verdad, ¿crees que no es posible alcanzarla? Por otra parte has hablado de que el poder sólo tiene sentido si es para alcanzar la libertad absoluta. Quiero creer que esa libertad absoluta no quiere decir otra cosa que libertad de palabra, de reunión, de conciencia,... y no de moral, de no contemplación de los límites que impone la ley, no ya la de Dios, que yo llamaría ley de leyes, sino la de los hombres en sociedad...

Me siento seguro ante un interlocutor que a mí me parece el paradigma del hombre con todos los miedos del otro mundo. Adopto una postura aún más doctoral, pero procurando no parecer egotista.

—Ahora comprenderás mejor la razón por cual he comenzado por sentar esa premisa, que yo considero absolutamente necesario tener presente en esta casa. Si no lo hubiera hecho, yo, para no ser descortés, y quizá algo más, contestaría a tu pregunta con alguna reflexión filosófica, que sería, sin duda, una mentira cortés, además de con algún contenido vanidoso y pedante. Pero lo que tu pregunta me sugiere, desde una perspectiva auténtica y sentida, no filosófica, es hacerte a ti la siguiente pregunta: ¿Acaso tú piensas que es posible alcanzar la verdad sobre nuestros semejantes? Y me refiero a la verdad absoluta, no a un compendio de pequeñas verdades que nos hacen tener la ensoñación de estar en el buen camino para formarnos un juicio. Como verás, esta pregunta mía te acerca a mi verdad sobre el caso, pero no la aclara completamente. En otras palabras, cuando nos expresamos con lo que se llama sinceridad, tenemos más oportunidad de que los demás conozcan cómo sentimos, pero nunca ese conocimiento será completo. Y si eso es así, imagínate la falsa imagen que nos formamos cuando alguien miente para ocultar su verdadera imagen, o, incluso, por la causa que sea, utiliza la mentira piadosa. Y en cuanto a lo segundo, es para mí de definición algo más compleja: los instintos, los deseos, la supervivencia individual son cosas que ahí fuera están reglamentadas por leyes y otros códigos a los que es obligado atenerse, y quizá se hace necesario para establecer la convivencia, pero no cabe duda que esto es así porque el poder se ejerce para esclavizar al individuo y no para darle más libertad, entendiendo esta palabra, también, y como la verdad, en su carácter absoluto, y no como un conjunto de pequeñas libertades. Es así que en esa selva que es la sociedad organizada y moderna, la supervivencia sigue siendo la primera ley, pero sólo ley impuesta de arriba abajo, y no como ocurre en la naturaleza. Cuando la persona se siente oprimida, se comporta violenta; cuando se la trata de

forma grosera, se suele poner a la misma altura; cuando se la ultraja, se defiende con los tribunales; al prepotente, con el que es más débil, éste le engaña para obtener su favor. Estas reacciones de herir, matar, robar, engañar, subvertir el orden y un sin fin de cosas más definidos como pecados o delitos, es la consecuencia de no haber nacido en el seno de un mundo de libertades individuales absolutas, y no los efectos de la libertad, ya que el hombre nunca la conoció en los tiempos modernos, y por modernos me refiero a los históricos hasta los confines de la prehistoria del hombre. Partamos de un mundo nuevo, donde el hombre se sienta libre porque lo es, y observemos si todo termina igual o no y qué factores intervienen en las posibles desviaciones. Aquí partimos de que no sabemos nada, pero nos interrogamos permanentemente y no damos facilidades a nuestra mente para que se instale en la falsa certeza; sólo partiendo de que todo es falso, podremos acercarnos ligeros de equipaje al verdadero conocimiento del hombre. En otras palabras, la soberbia del hombre no consiste en creer, sino en proponer obligatoriamente que se crea.

Es evidente que Jaime hubiese querido de mí un planteamiento dialéctico ortodoxo; habría tenido múltiples recursos filosófico-teológicos con los que lucirse, pero no es él el que marca las pautas en esta situación. Con toda cortesía, obvia entrar en el fondo del oscuro asunto planteado por mí y me sigue la corriente, pero ahora seguro de que yo tengo muchos flancos débiles por los que poder atacarme con éxito, si le doy la ocasión.

—Desde luego —dice Jaime y continua—, y refiriéndome en primer lugar a esto último, es complejo lo que pretendes, y sólo se me ocurre pensar que si esas desviaciones surgieron, necesariamente hubo que imponer normas correctoras desde el poder en unos casos y por Dios en otros. Otra cosa es concluir qué fue primero, el huevo o la gallina, asunto teológico-filosófico de la máxima importancia que no me parece oportuno

suscitar. Pero sí me gustaría dar mi punto de vista sobre la mentira. Tienes razón, y Dios ya consideró la mentira como un pecado digno de ser prohibido en sus diez mandamientos. Claro, que en dialogo intrascendente, solemos ocultar nuestros verdaderos pensamientos por medio de expresiones que no pretenden dañar o inducir al error a quien nos escucha. La mentira que Dios condena es al que voluntariamente se comete con el ánimo de obtener un beneficio de ella a costa del engañado, o un perjuicio para éste, en el caso de una malquerencia, odio o venganza.

—De acuerdo. Pero eso, Jaime, pertenece al mundo que está al otro lado de los muros de esta casa, en el que ese beneficio, a veces, se obtiene empezando por crear una falsa imagen. Si como espero y deseo no me negaréis próximas visitas, apreciarás esta experiencia con el mismo valor con que nosotros la valoramos. Por supuesto, y aprovecho la ocasión, estáis invitados a seguirla.

—Tengo que manifestarte mis reservas a tus planteamientos, porque no dejarás de reconocer que lo que propones es absolutamente atípico, y me cuesta comprender el verdadero fin que persigues —dice Jaime.

—A mí me parece una experiencia maravillosa, aunque, más que atípica, yo diría utópica, como utópico es todo lo que sea crear artificiales condiciones de comportamiento y esperar, por el contrario, comportamientos normales —dice Isabel.

—Ese es el tema, Isabel, y enlazo con lo que dice Jaime. Precisamente sostengo que la mayor parte de los comportamientos del hombre, más allá de estos muros, es convenido artificiosamente por la sociedad, sin que ésta se dé cuenta de que el principio acción reacción también se cumple en el terreno de las actitudes. Lo que aquí intento es prescindir de esa artificiosidad inducida y volver a la esencia natural del hombre.

—¿Y cómo consigues eso? Parece un voluntarismo imposible de llevar a la práctica —dice Jaime y añade—: El hombre con el que pretendes experimentar no puede retrotraerse al pasado, como en un túnel del tiempo en el que se puede caminar hacia atrás y hacia delante, y así llegar al hombre elemental y primitivo. Somos hijos del presente, con toda la carga histórica que se acumula sobre nuestras mentes o, si quieres, nuestro código genético modificado. En otras palabras, no podemos prescindir de lo que somos tras la realidad de la evolución y... de la revelación.

Todos miramos curiosos, y hasta sorprendidos, a Jaime. Sus últimas palabras son absolutamente heterodoxas respecto a la doctrina católica, que aunque ya la religión y la teología habían hecho insostenible la oposición frontal a la teoría de la evolución, esta palabra seguía siendo tabú en boca de cualquier ortodoxo de la revelación divina. Jaime no se sustrae a su utilización y eso forma parte, entre otras modernidades, de su credencial intelectual, que le hace ser un cura conflictivo con la ortodoxia. Yo obvio esta consideración, y por si Jaime tiene dudas sobre sus propias convicciones, le llevo al terreno movedizo de la contradicción.

—Te doy la razón en lo de voluntarismo, pero ¿de qué tipo de voluntarismo me hablas, del que se opone a lo metafísico-teológico, que sostiene que todo se hace por la voluntad de Dios? Aunque tuvieras esa tentación comprensible, creo que no lo aplicarías a este caso; ¿del voluntarismo fundamentado en una moral nueva o evolucionada, según tú? Creo que, y en este caso, tampoco invocas ese tipo de voluntarismo, porque entrarías en la contradicción de negar la primacía de la voluntad de Dios, que impone la moral en la conducta humana. Sin quererlo, probablemente estás negando la capacidad humana a elegir voluntariamente entre las alternativas que llevan al verdadero conocimiento. Pero siendo esto así, como creo, estás negando algo

fundamental que debe formar parte de tus convicciones más profundas: la capacidad del hombre a disponer del albedrío para elegir entre las opciones buenas y las opciones malas, lo cual, y viniendo de ti, es una gran paradoja.

—Confieso que me sorprendes. No esperaba... —dice Jaime, mientras piensa si lo que acaba de oír, lo ha entendido.

Isabel está perdida en este laberinto de palabras en las que yo y Jaime estamos enfrascados, pero le suenan bien, y su admiración sigue en aumento.

En este momento, Jorge y Ana irrumpen en el salón. Se han vestido informalmente con prendas nada ostentosas. Los dos sonríen al entrar y saludan a los presentes.

—Espero que no nos hayamos perdido algo interesante —dice Ana.

—Seguro que no hablabais del tiempo —añade Jorge sonriendo.

—Los dos suponéis bien —contesto yo—. Nuestros invitados han estado tomando posesión de nuestro especial mundo e intercambiando algunas consideraciones que éste suscita.

—¡Ah! ¿Y qué os parece? —Pregunta Ana, mirando a Jaime e Isabel.

— Es indudable que es muy especial—dice Jaime, desconectándose de sus pensamientos y permitiéndose un respiro.

— Muy interesante el continente y el contenido —añade Isabel, sonriendo.

—Especial, interesante... Eso me suena a raro y atrayente —dice Jorge— Si juntamos los dos conceptos, podríamos concluir que lo que os parece es que es una chaladura maravillosa, algo perturbadora, ¿no es así? Pues sí, si a mí me lo preguntaran, tendría que decir que me parece una chaladura con una cierta utilidad que me perturba, y de la que ninguno, menos Alejandro, claro es, podemos con nuestra mente alcanzar su objetivo final.

—No le hagáis caso —dice Ana. El siempre es así de sarcástico.

—No, no —respondo rápido yo—; Jorge no ha sido sarcástico. Jorge ha sido veraz, y expresa muy gráfico no un pensamiento más o menos discutible, sino un sentimiento. Lo que pasa es que su definición de útil es un poco ambigua si no nos dice en qué consiste esa cierta utilidad que le atribuye; no sabemos si Jorge sólo lo encuentra útil para mí, por ser su dueño, o también para los demás, especialmente para él, que lo ha calificado de útil. Para mí, desde luego que lo es, y eso es obvio desde el instante que lo concebí con la finalidad que ya he expuesto; pero si lo que ha querido decir es que también lo es para él, podríamos establecer múltiples razones, no precisamente coincidentes con las mías, como, por otra parte, suele suceder. Os aconsejo, a ti Jaime y a ti, Isabel, que no intentéis imaginarlas; Jorge es un ser peculiar que supera toda razonable norma de conducta esperada. Por supuesto que siempre buena, en cualquier caso.

—Nos lo podía aclarar él —dice Isabel, mientras mira sonriente a Jorge.

—Claro. Soy éticamente egoísta, lo que no es malo —dice Jorge, que ahora esboza una cínica risita, y continua—. ¿O es una contradicción las dos palabras juntas? Quiero decir que siendo útil para mí, no me importa el tipo de utilidad que los demás le puedan sacar; mi utilidad no se contrapone a ninguna otra, incluso si alguien espera la misma, no es mi intención disputársela. Si se diera éste último caso, lo razonable es compartirla. Cuando la utilidad se comparte, cada uno recibe menos, eso es todo, y así se evitan las peleas. El final que tiene previsto Alejandro, me atrevería a suponer que es otra cosa: es como en una empresa donde la utilidad que sacan los trabajadores no coincide con la del empresario, salvo en Japón, según he podido saber.

Jaime e Isabel muestran sinceras expresiones de perplejidad, pero por motivaciones diferentes. A Jaime esto le suena a filosofía de café. Falta concisión y precisión en lo que está escuchando, pero no se atreve a manifestar lo que piensa. A Isabel, sin una preparación similar a la de Jaime para abordar con criterio propio, o tomado prestado, la casuística que se aborda en cada momento, todo lo que escucha le parece de una altura intelectual digna del mejor aula. Yo sonrío. Ana echa una mirada a Jorge, que éste interpreta como de complicidad. Los dos se sientan.

—Tendremos que sacudirnos el polvo que hemos acumulado en el pueblo, ¿no te parece, Jaime? —dice Isabel.

Jaime, quizá porque aquella experiencia le parecía interesante y porque tiempo tendrá de expresar ampliamente su propio criterio, hace una concesión excesiva, que viniendo de quien viene, nos ha parecido falsa a cualquiera de los presentes. Pero nadie tiene la intención, de momento, de expresar libremente sus pensamientos.

—Desde luego —dice Jaime—. Incluso desde la perspectiva de un novedoso método discursivo. Pero siento que sea inútil el entrenamiento que tuve antes de venir a este pueblo y con el que me sentiría más capaz de argumentar.

—¿Tenéis hambre? —pregunta Ana con naturalidad y cambiando de tema, más bien zanjándolo.

—Yo sí —responde Isabel, exhibiendo una primera muestra de franqueza exigible en esta casa.

Jaime la mira sorprendido; *¿qué forma es esta de contestar en una primera visita a unos desconocidos anfitriones? La pregunta de la joven tampoco es muy correcta, pero debo responder a mi vez, recordando el principio que Alejandro quiere imponer en esta casa de decir siempre la*

verdad, desde luego más como conducta que como norma; al fin y al cabo, este pensamiento no me compromete demasiado.

—La verdad es que yo también... tomaría algo, si no es molestia.

—Muy bien. Veo que habéis comprendido lo inútil de los formulismos, y ya casi sois dos más entre nosotros. Tenemos algo para cenar; y si no tenéis inconveniente de más fuerza que vuestro deseo de comer, vamos a comer —y, despacio, me pongo de pie.

—Comenzaremos antes si vamos todos a la cocina y cada uno trae una cosa —sugiere Ana.

—¡Por supuesto! —dice Jaime, levantándose.

—¿Por dónde se va a la cocina? —pregunta Isabel, que también se levanta muy dispuesta.

—Bien, vamos todos.

El resto de la tarde-noche transcurre sin nada digno de mención, pues cuando se come y se bebe parece de mal gusto hablar de cosas de las llamadas impropiamente profundas. De todas formas, hablar sí que hablamos. Jaime e Isabel se esfuerzan en parecer integrados en los modos de expresar los pensamientos lo más cercanos al sentir sincero de cada uno, sin claudicar del todo de sus propias convicciones, pero también sin intentar imponerlas. Yo, ante los aparentes prejuicios de alguno a aceptar cosas que me parecen evidentes, veo la necesidad de corregir alguna desviación de la voluntad, tácitamente aceptada por los demás, de procurar seguir esa norma de la casa. No hablamos de nada que constituya para alguien un principio intocable ni se hacen preguntas que obliguen a nadie a exponer alguno de esos principios. Comemos con buen apetito, bebemos de los excelentes vinos que yo he ofrecido, y siendo ya tarde, Jaime e Isabel se disponen a partir, no sin antes agradecer la singular y magnífica velada que han disfrutado. Jaime, casi al final y en un aparte, me pregunta

si necesito algo relacionado con su ministerio sacerdotal y yo le respondo que lo dejo para una próxima ocasión. Les digo que deseo que vuelvan lo antes posible y también les pido que mantengan la máxima discreción sobre este lugar y sus moradores. A ambas peticiones, Jaime e Isabel asienten. Jorge se ofrece a acompañarlos hasta la valla, ya que tiene que cerrarla tras ellos. Ana pide que también irá para que Jorge no regrese solo. Suben al coche, al parecer propiedad de Isabel, y parten. Yo, con mi pensamiento, también voy con ellos.

Ana se sienta con Jorge en el asiento trasero. Isabel conduce, y a su lado se sienta Jaime. El trayecto hasta la valla es pequeño y no da lugar a entablar ningún diálogo. Jorge apoya sus manos sobre el reposa cabeza del asiento de Isabel, y el pelo de ésta se enreda en sus dedos. Isabel no hace ningún movimiento para evitar aquel leve contacto físico, que ella considera la guinda del pastel exquisito que acaba de degustar aquella extraña tarde.

***

Se acaban los recuerdos y con ellos siento que también se acaba mi vida. Ni lo que hice ni lo que pude hacer tiene ahora sentido. O el sentido que tanto busqué preguntándome quién era yo. Ahora ya sé la respuesta: yo soy el que fui. Y así será con todo, con mis congéneres, con todos los mundos al final de los tiempos.

Lucifer, si existe, me esperará para darme un cargo de confianza; ¿o seré sólo su bufón? Debo estar empezando a delirar... Antes de perder la consciencia, tengo que estar persuadido de que voy a morir con dignidad y no envilecido por el miedo a morir sin quererlo. ¿Estoy arrepentido por lo que hice? No, no tengo ese sentimiento, porque

incluso en la hipótesis de existir hechos buenos y malos, los que yo realicé estaban inmersos en la fatalidad incontrolable de mi ser. Esto sigo sosteniéndolo ¿Debo dirigirme a algún dios todo poderoso rogándole me saque de esta situación en la que mi incapacidad es manifiesta? Inútil; en la hipótesis de que eso sucediera, no podría vivir con la vergüenza y acabaría de cualquier otra forma. Segunda cosa importante en mí que permanece invariable: ¿es todo esto producto de mi soberbia? Puede que así sea, desde luego no soy humilde, y sería por ella por la que siento que muere un hombre como yo, que no podría morir de otra forma...

Os preguntaréis, amigos lectores que habéis llegado hasta aquí leyendo, dónde está, aunque fuese de forma subliminal, el autor travestido de relator de esta historia. Aunque os parezca tarde y rompiendo reglas, aquí estoy. Alejandro ha sido, creo, y hasta aquí, un buen relator de sí mismo; no ha ocultado nada, ni siquiera aquello que los hombres ocultan más celosamente: el sentimiento del propio ridículo y sus miserias. Además, ha dispuesto de una facultad que nos atribuimos los autores: la omnisciencia. Parece más verosímil que exista una personaje de ficción con esta capacidad que un autor de carne y hueso, ¿verdad? Pues ese ha sido el invento, así que no busquéis en él mi sosías, si acaso una parte de mis muchas contradicciones, incluido, naturalmente, ese sentimiento al que más arriba hacía referencia. Pero también en los demás personajes de esta historia, de la que, en su conjunto, me hago responsable por algo así como lo que invoca Alejandro en su último soliloquio: la fatalidad de estar inmersos en mi ser. Y ya que he abierto esta ventana por la que me asomo para ver y relatar cómo están las cosas, aprovecho para avanzar rápido en esta historia, que podría ser interminable si dejara a mis personajes en el mismo túnel que transitamos los humanos reales, el oscuro túnel sin salida a ninguna luz. Así pues, perdidas las señales que ilusoriamente pensaron les conducirían a esa luz, se conformará cada uno con la propia áurea que produce su vitalismo.

Alternándome con Alejandro en aquello que mi pudor hace que me sienta renuente a significarme descaradamente, voy a participar de esta ceremonia de la confusión para ir dejando a cada cual en su sitio, incluido al que esto escribe, si es posible con dignidad, y si no es posible, con una

pura y simple bajada de telón, como esas que, ante ciertas representaciones teatrales, se ha de temer lo peor de parte del público; digo conscientemente de parte del público, porque siempre existe entre él algún benevolente que aplaude.

Y a Alejandro, si pudiera, le diría que descuide: Lucifer existe entre los hombres y él sólo es un remedo de bufón.

***

La historia continuó como era de esperar, salvo que tú, querido lector, tengas más imaginación que yo u otra distinta. La mía me transporta a una mezcla de insinuaciones de los cuerpos, sin respuesta de momento. También a las exquisiteces de la despensa de Alejandro y las inútiles y rebuscadas definiciones sobre esto y aquello, vinieran a cuento o no, pero cuidando de no estropear la buena digestión con un acaloramiento de mal gusto por un quítame allá esas ideas; la buena mesa se convertía, así. en mesa del armisticio permanente: de los pensamientos, de las convicciones y de las convenciones, de la beligerancia de los posicionamientos que se defienden, hasta la muerte si es preciso, en las circunstancias apropiadas, pero que allí no se daban, es obvio, si se tiene en cuenta que en aquel escenario faltaba el público que se traga todo lo que le echen y además aplaude. Nadie sufría más allá de alguna indigestión pasajera, consecuencia tan sólo de un exceso de comida y bebida. Real y espantoso, como la vida misma, a la que parece avocada la humanidad; me refiero a la de este mundo, y quizá hasta un ensayo sobre las previsibles consecuencias.

A Alejandro le seguiré dejando que mueva sutil y sabiamente los hilos de este guiñol que él denomina Nuevo Mundo, aunque ya no es tal,

abandonado su fin inicial, si es que admitimos lo tuvo en la mente Alejandro. Pudo ser, incluso nada especial por su extravagancia; de propósitos infinitamente más extravagantes está la historia de la humanidad llena, así como de vacíos resultados.

Dejo a Alejandro que siga como estaba, convencido de que era inevitable que los personajes se confundieran con los actores, y le integro a él en la función como un actor más, a la espera de que afloren los sentimientos. Luego, ya se verá qué se puede hacer con ellos.

***

Y pasaron los días, las semanas, y hasta los meses. Isabel y Jaime venían casi todas las tardes. Nada nuevo y digno de mención sucedió, a excepción de que aquel grupo empezaba a parecerse a una secta cuyo credo era el *laisser faire, laisser passer* de la buena vida; eso sí, cada uno sin renunciar a sus principios, que, a veces, esgrimían más para hacerse notar que para defenderlos. Alejandro no parecía tener prisa. Jorge y Ana mostraban a Alejandro su impaciencia por comenzar un asalto cualitativo a las fortalezas inexpugnables que parecían ser Jaime e Isabel. Alejandro consideraba que aquel tiempo no era inútil y que era preciso que la integración en el ambiente de aquella casa diera muestra de estar bien y firmemente asentado. Había que ir por pasos diluyendo escrúpulos, creando confianza, matizando posturas teatrales que algunos intentaban mantener al margen del guión que Alejandro quería finalmente representar. Y no era difícil; todos, a la postre, deseaban complacer al director de escena.

Un buen día, en el que, como casi a diario, las cuatro personas ya conocidas se reunían en interminables charlas de las llamadas profundas, y después de haber comido y bebido más y mejor de lo acostumbrado con motivo de alguna celebración, Alejandro, con la excusa de tener que ir al

baño, fue a la cocina, y allí, en un armario empotrado, en el que se hallaban todos los controles eléctricos de los diversos equipamientos de la casa, repasó con la vista los interruptores y se fijó en el etiquetado con el nombre *Climatización*. "No; ese es el general", susurró convencido. Debajo había tres mandos más pequeños, en hilera, graduados con diferentes escalas. Uno de ellos tenía un rótulo en el que se leía: *Temperatura*. Alejandro hizo girar éste de los veintitrés grados que marcaba a treinta y cinco. Luego pasó su mano al que ponía *Humificación*, y éste lo giró de los cuarenta por ciento de humedad relativa que marcaba, a los ochenta y cinco. Cerró la puerta del armario y se fue a reunir con los otros cuatro.

***

Pero, antes de seguir adelante, permitidme decir algo que estimo importante, mientras cambian las condiciones ambientales según la voluntad de Alejandro. Se trata de repetir que nada hacía pensar que se había producido algún cambio en los pensamientos individuales de aquellos tertulianos. Era monótono escucharles. Alejandro y Jorge, cada uno en sus respectivos papeles, exponían, recurrentemente, sus puntos de vista difícilmente rebatibles: las de Alejandro por lógicas y preñadas de sentido común; y las de Jorge por científicas y evidentes, es decir, aquellas que la ciencia ya había experimentado hasta sus últimas consecuencias o las que la experiencia de los hechos hacía irrefutables. Ana seguía deambulando por órbitas de ensoñación, que alimentaban, aún, su esperanza en mundos más perfectos, que no conseguiría ni el sentido común ni la ciencia, aunque ha de decirse, también, y como con frecuencia sucede en las personas idealistas, Ana descendía a los niveles inferiores del realismo sin hacerle ascos; debía ser por las contradicciones con las que el cuerpo silencia al alma cuando se cansa de esperar, o vete tú a saber. Jaime

se defendía como estaba acostumbrado a hacer, aunque sin mencionar la paloma que le inspiraba o la fuente de la que bebía, quizá para evitar los sarcasmos de Jorge, y procurando parecer un recién llegado a los novedosos pensamientos que allí se suscitaban, para los que él empleaba su invariable comodín: "Muy interesante, pero..." A veces no podía evitar esbozar una ligera sonrisa, que venía a significar una cierta comprensión benevolente a lo que le parecía una majadería, si se le aplicaba el filtro de los esquemas más ortodoxos del pensamiento. Pero para no tener Jaime que decir amen cuando sus argumentos desfallecían, especialmente frente a los de Alejandro, mejor trabados y serios, Dios era la suprema verdad, y los hombres sólo podían pretender conocerla acercándose humildemente a él. "Eso no es un argumento, sino salirse por los cerros de Úbeda", solía decir Jorge, y en frase que se debió inventar cuando al hombre le fue dado hablar, dejar de andar a cuatro patas y, desde su erecta posición, pensar que veía un poco más allá con sus miopes ojos. Isabel algunas veces se mostraba vacilante ante una proposición complicada, pero el asunto quedaba zanjado para ella con apelaciones a la limitada capacidad de entendimiento del hombre corriente, aunque no señalándose ella, sin embargo, como un mínimo caso de entendimiento, y, concesiva, añadía que para eso había que ser filósofo, y ella no lo era. Alejandro le decía que ser filósofo no es algo que defina al hombre superior y que un filósofo es más bien un virtuoso del pensar, conseguido a base de mucho entrenar la mente. Jaime le respondía que sólo Dios, por ser eterno, era conocedor de toda verdad y sabiduría, y sólo él podía responder a todas las cuestiones que el hombre se planteaba. Lo cual pareciera cierto, al menos en lo que atañe a las posibilidades del hombre, y, desde luego, no respondía a una pregunta obvia: por qué tardaba tanto en darle respuestas a sus curiosas criaturas. Por poner un ejemplo de los temas que eran objeto de

controversia pacífica, y que el lector se haga cabal idea de cómo se lo guisaban aquellos cocineros amateurs de las ideas sofisticadas, eso sí, previa consumición de unos buenos entremeses, contaré que en la ocasión por la que íbamos y en que Alejandro había manipulado los mandos de la climatización, a su regreso al grupo puso sobre la mesa el doble concepto Virtud-Vicio. Alejandro y los chicos ya habían hablado de este tema y tenían toda la información que provenía de los grandes pensadores, recopilada en aquellos libros que, antes de incorporarse al Nuevo Mundo, habían utilizado como manuales de consulta y pretexto. Les dejo de nuevo con ellos, y que me disculpen los que crean estar comenzando a perder el tiempo. Alejandro interrogó a los demás.

—Hay dos palabras que se refieren a comportamientos concretos del hombre, estas son virtud y vicio. La primera parece que sólo se refiere al otro concepto que llamamos castidad, aunque, por extensión, la aplicamos con poca convicción a otros comportamientos en los que proponemos fijar un estándar o patrón de referencia de lo que la sociedad ha definido como buenos comportamientos individuales. En realidad, en la persona aparentemente virtuosa se puede hallar escondido un incestuoso, un violador o un asesino en potencia, por poner ejemplos límite. La palabra Vicio parece tener una más amplia aplicación. Puede referirse a un comportamiento contrario a la castidad; comportamiento desordenado del sexo, se entiende. Pero también a cualquier comportamiento desordenado de la carne, aunque en esta ocasión los efectos de ese comportamiento, cuando infieren en la salud o bienestar, sólo los sufre el vicioso y, en ocasiones, de forma indirecta los que con él conviven. En fin, sobre este tema los grandes pensadores han divagado hasta el empacho, como en las demás cosas, y nada sacaremos en limpio de sus contradictorios postulados. Por eso os propongo dejarlos tranquilos a un lado; nosotros a

los filósofos, tú, Jaime, a los teólogos y filósofos afines, y concentremos nuestro entendimiento sólo desde la perspectiva de la conducta sexual. Si partimos de la premisa de que la virtud es buena y el vicio malo, e identificamos virtud con castidad y vicio con conducta sexual desordenada, resulta que, en teoría, aquí el más virtuoso debe ser Jaime, que ha hecho de la castidad absoluta una virtud necesaria. Y dentro de nosotros deben establecerse varios grados. Es de suponer que la juventud de Jorge y Ana les impulse a una mayor actividad sexual, que, en principio, deberíamos fijar como mayor necesidad biológica. La represión de esos impulsos, o necesidad, los haría tanto más virtuosos cuanto más cerca de la castidad absoluta consiguieran mantenerse. Por tanto, como a mayor esfuerzo mayor mérito, la virtud de Jorge y Ana, para una ponderada valoración, deberá tener en cuenta ese factor que es su juventud. Siendo así, tu factor de ponderación, Jaime, y el de todos nosotros, ya mayores, empieza a ser relativamente bajo en comparación con el de Jorge y Ana. Así pues, a medida que envejecemos tenemos menos capacidad de ser virtuosos, hasta prácticamente no ser virtuosos en absoluto cuando ese factor de ponderación sea cero. ¿No os parece una paradoja todo esto?

—En todos los postulados que ponen nombres a la actividad natural, clasificándolos en buenos y malos, se cae inevitablemente en esas paradojas. Dicho esto en tono formal, también digo que se puede ser vicioso de ser virtuoso —dice Jorge.

—Yo creo que la sexualidad es buena en cualquier forma de manifestación, incluso cuando dos cuerpos recurren a la imaginación para alcanzar el placer por el placer —dice Ana.

Todos, excepto Jorge, miran a Ana algo perplejos. La insinuación de que el onanismo es bueno, supone un salto cualitativo en una discusión

que pretende ser teórica y en cuanto a sus efectos exclusivamente morales en la relación entre personas.

—Yo no creo, en este caso concreto, que reprimirse y virtud sea una misma cosa. Si la sexualidad es una necesidad fisiológica, el vicio debería establecerse en la represión de esa necesidad y la virtud en satisfacerla —añade Jorge, experto en hacer de la necesidad, virtud.

—¿Qué opináis vosotros? —pregunta Alejandro, dirigiéndose a Jaime y a Isabel.

—Es difícil opinar, después de lo que habéis dicho —dice Isabel—. Si queremos disentir de vuestras opiniones, deberemos buscar explicaciones en la religión y también en la ética.

—¿En la ética? —interroga Alejandro.

— Quiero decir que no es ético dar rienda suelta a la sexualidad cuando la has comprometido con otra persona.

Isabel, con algún pensamiento reprimido, ha formulado una tesis forzada que a Alejandro, sin embargo, le parece oportuna, y, así, quiere saber:

—¿Te refieres al matrimonio?

—Por ejemplo. También en otros compromisos que están hoy de moda; el compromiso de la pareja, en general.

—Y si se da el caso que la pareja comprometida no satisface la sexualidad, ¿debe mantenerse el compromiso? —pregunta de nuevo Alejandro.

—En ese caso...

—Yo —dice Jaime—, con San Agustín como maestro, puedo argumentar con argumentos puramente racionalistas, y valga la redundancia. La sexualidad para mí es un don de Dios, únicamente encaminado a la procreación. Pero Dios ha iluminado al hombre diciendo

que sólo en el matrimonio debería ésta satisfacerse, no por el placer en sí mismo, sino que a través del placer se procurara el fin último que es la procreación. Nuestra alma racional lo es por inspiración divina y es ella la que nos señala la línea divisoria entre el bien y el mal.

Alejandro, antes de seguir argumentando, quiere recordarles.

—Quiero, antes de nada, volver a repetir que aquí hemos prescindido de la utilización de las proposiciones que hayan hecho los grandes pensadores, como sin duda lo es San Agustín. Y esto no por un capricho o soberbia intelectual, sino porque, por ejemplo, se constata fácilmente que, a lo largo de la historia, vosotros mismos habéis interpretado los textos bíblicos y a los autores que utilizáis como referencia, no según el sentido literal que le dio su autor, muchas veces esotérico, es verdad, sino de forma acomodaticia, según las circunstancias de cada época. Y en cuanto a los grandes pensadores, no me discutirás que unos por superados y otros por las propias contradicciones entre ellos, las citas se invalidan en sí mismas. Prescindiendo de la referencia, ¿quieres decir que cuando una pareja es estéril, porque uno de sus miembros lo es, o por la propia edad en la que la fecundación no es posible, debería esa pareja abstenerse de satisfacer su sexualidad?

—No. Sin invocar a nadie, yo también creo que Dios la estableció para dar satisfacción a la carne en esos casos, pero desde el mismo compromiso. Y perdona, Alejandro, pero no puedo prescindir de referirme a Dios, sin cuya verdad revelada mi pensamiento no sería nada valioso —dice Jaime.

—Menciónalo si lo sientes como dices —condesciende Alejandro—. Dios, al fin y al cabo no es un autor de carne y hueso. Yo vuelvo a retomar el hilo del tema inicial. Si eso es así, ¿qué significado tiene que tú, por ejemplo, tengas, porque doy por supuesto que la tienes, tu propia sexualidad? No te sirve para procrear y, o bien desprecias el don que Dios

te dio, o en tu caso no es un don; tampoco te sirve para satisfacer la necesidad de la carne, porque impidiéndolo tú desde tu celibato voluntario, a eso lo llamas virtud. Si así es, quiere decir que Dios, en algunos casos, la puso ahí para poner a prueba la virtud. ¿No te hace pensar, Jaime, que ese asunto lo habéis liado un poco?

—Dios dijo "Bienaventurados los castos... No desearás la mujer de tú prójimo...", y algunas admoniciones más en ese sentido. Puedo interpretar su mensaje, pero no sus razones —añade Jaime.

Jaime ha salido por donde suele cuando su razonamiento ya no le permite cuestionar los ámbitos de la fe.

—Si es por lo del prójimo, yo no soy mujer de nadie —dice Ana con una sonrisa pícara y mirando a Jaime.

Jaime capta el mensaje y se ruboriza. Y seguro que no es por esa formulación machista de la supuesta palabra de Dios. Ana, con su sonrisa, le ofrece una posibilidad que él enseguida la asimila a tentación. Y como está acostumbrado a apartar tentaciones de su mente con mayor o menor fortuna, consigue, finalmente, que este pensamiento no le excite, o atormente como diría alguien. Aunque difícil que no le perturbe, por lo que esa oferta subliminal volverá recurrente a su pensamiento en forma de consideraciones varias, que afectarán todas a sus sentimientos y a algunas sensaciones en un cuerpo proscrito. No contesta a Ana, se limita a mirarla con una cierta severidad, también acostumbrado a ensayarla frecuentemente con sus feligreses. Luego, Jaime desvía la atención de los presentes con una observación.

—Parece que está subiendo la temperatura. Siento algo de sofoco.

—Yo también lo había notado —dice Isabel.

El ambiente ha cambiado hasta provocar la sudación de todos. Alejandro, obviamente, sabe la causa y espera algún acontecimiento. Jorge

opina que se habrá estropeado el sistema de aire acondicionado. Ana piensa en bañarse, como remedio inmediato, y como nadie propone paliar de alguna forma este bochorno, se anticipa a Alejandro, que intentaba decir algo.

—¿Qué os parece si nos bañamos?

—Yo me apunto —dice Jorge.

Isabel y Jaime se miran. Buscan uno en el otro una respuesta común que resultara coherente. Es Isabel la que hace de portavoz.

—Nosotros no tenemos traje de baño.

—¿Es eso un impedimento? —pregunto Alejandro—. Sí, claro, supongo que la vergüenza os impide bañaros desnudos.

—Entre otras razones —dice Jaime.

—¿Qué otras razones? ¿No queréis que vuestros cuerpos desnudos induzcan en nosotros la tentación? —pregunta Jorge, que ya los tiene acostumbrados a sus preguntas y respuestas impertinentes.

—Esa podría ser una razón —añade simplemente Jaime, que no gusta polemizar con Jorge.

—No lo digo por vosotros, pero, a cierta edad, desnudarse en público puede ser considerado de mal gusto, más que una provocación lujuriosa —vuelve Jorge a la carga.

Alejandro interviene.

—Yo creo, Jorge, que desnudarse a cierta edad es más un acto de humildad. Muy bien; nos bañaremos todos vestidos por respeto a vuestras convicciones. Ana tiene trajes de baño que le servirán a Isabel y los míos te servirán a ti, Jaime. Estoy seguro que os apetece, dado este terrible calor que padecemos y que procuraré remediar lo antes posible.

A pesar de la puntualización, las últimas palabras de Jorge no afectan a Isabel. Ella se considera aún con un cuerpo, si no joven, sí todavía bello.

Isabel está deseando que los hombres lo comprueben. Tampoco le preocupa la presencia de Jaime y el posible juicio moral que le merezca su aceptación. A Jaime, ella le ha desnudado a medias su alma en ocasión de confesarse. Esta es una rutina, una costumbre convenida y aceptada como un rito social católico. De ese desnudo, Jaime ha obtenido la impresión de que Isabel es una mujer honesta, de altas cualidades morales, y ella, que lo sabe, procura cultivar esa imagen de respeto. Esto es distinto, aunque también lo desea íntimamente. Ahora siente un gran pudor a mostrar su cuerpo semidesnudo. Probablemente, lo que le sucede a Isabel es que, siendo su cuerpo menos perfecto y sugerente que el de Ana, inevitablemente los hombres harán comparaciones que a ella se le antojan desfavorables para su autoestima.

Jaime está confuso. Su mente, ahora, intenta buscar razones para aceptar la oferta. Un deseo, que él intenta tapar con un pensamiento represor, le está urgiendo que esta es una oportunidad que no debe desestimar por ninguna razón moral: volver a ver a Ana semi desnuda y de Isabel conocer su cuerpo, hasta ahora sólo imaginado a ráfagas de libertad de su pensamiento.

—Yo hago lo que haga Jaime; así no me podrá juzgar severamente —dice Isabel sonriendo.

—¿Y por qué te habría de juzgar severamente? Soy un cura moderno, y si no me baño con frecuencia es porque en el pueblo no hay medios.

—¿Te bañarás tú? —pregunta Isabel.

—Si todos están conformes en ponernos traje de baño, yo también os seguiré.

—Muy bien. Isabel, ven a mi habitación y elige tú misma el traje que quieras; los hay para todos los gustos —ofrece Ana.

—Entonces, tú, Jaime, ven a la mía y haz lo mismo —ofrece también Alejandro.

—Yo también tendré que ir a por uno para mí, si así lo queréis — dice Jorge.

Todos se ponen en camino en dirección a las habitaciones. Todos, de algún modo, sienten una ligera excitación ante esa experiencia, y es que es fácil suponer que en todos anidan otros propósitos que el de simplemente refrescarse.

Ana e Isabel se encuentran en la habitación de aquella. Ana saca un cajón de su bien surtido armario. Isabel está alucinada mirando aquellos vestidos que sólo había podido soñar. Entre las dos se inicia un diálogo bastante tópico, confidencias propias del sexo.

—¿Puedo tocarlos? —pregunta Isabel.

—Claro. Y ponértelos cuando quieras. Aquí hay vestidos que nunca me llegaré a poner; algunos son demasiado formales para una chica como yo.

—¿No los elegiste tú?

—No; los eligió Alejandro.

—Pues tiene buen gusto. Nunca tuve ocasión de decir que es muy interesante este Alejandro.

—¿En qué sentido?

— Bueno, de mujer a mujer, en todos. Esta confidencia propia de mujer no la había tenido con nadie, ni siquiera con Jaime, que no sé cómo la tomaría.

—Jaime, si prescindiera de su condición de cura, también está muy bien. Bueno, aunque sea cura también está muy bien.

—¿Te gustan los hombres maduros?

—Son diferentes a los jóvenes, y según para qué, algunos son mejores; por el plus de la experiencia, quiero decir—dice Ana con una risa franca.

—Pues Jorge es un chico estupendo. Un poco cara dura, pero, como tú dices, eso le da un plus de encanto.

—Mi plus era por otra cosa. Tú le gustas a Jorge.

—¡Qué cosas dices, Ana! —contesta Isabel ruborizada, y añade, obviamente interesada—: Tú eres más joven y más guapa, ¡cómo se puede haber fijado en mí...!

Ana se da cuenta y avanza una sutileza más.

—Quizá porque tú representas el fruto prohibido. Lo mismo me pasa a mí con Jaime: siento una atracción extraña.

—Pues lo siento por ti; te puedo asegurar que Jaime es un cura con todas las consecuencias.

Ana sigue avanzando un poco más.

—Tú lo tienes más fácil: Jorge caería en tus brazos a la menor insinuación, te lo aseguro.

Isabel cree el momento de ser consecuente, al menos con su postura externa.

—Pero yo también soy esposa con todas las consecuencias.

Ana cree que no debe presionar más en esa dirección; en realidad ya ha sembrado y espera de ello una buena cosecha.

—Claro. Ese es el problema. ¿Te gusta éste? —pregunta Ana, mientras muestra una exigua prenda a Isabel.

—¿Eso es un bikini? No, no creo que yo deba ponerme eso.

—No seas tonta. Tienes un bonito cuerpo, y no eres vieja. Estás en la plenitud de la mejor edad. Además, los hombres te van a desnudar con los ojos de la imaginación, te pongas lo que te pongas.

—No me avergüences. Jaime lo consideraría impropio de mí.

—Lo que Jaime considerará impropio es lo que sentirá él al verte, pero ya le pedirá a Dios ayuda. No olvides que antes que otra cosa es un hombre. Ahora, si tienes escrúpulos de ser motivo de tentación para él... ¿Por qué no lo pones a prueba, a ver hasta dónde llega en su consecuencia de ser cura? Luego, según el caso, lo paras, naturalmente.

—Eso está mal que yo lo haga, Ana. No olvides que soy una mujer casada.

—Entonces lo dices porque estás casada, no porque él sea cura. ¿Bañarse con tres hombres no lo impide estar casada?

—Tienes razón, ahora que lo mencionas; no lo había pensado. Si mi esposo se enterara... Él no lo comprendería.

—Pero no se va a enterar, ¿verdad?

—¡No, por favor! Menudo es de celoso. No sabes lo que me cuesta explicarle por qué vengo aquí casi todos los días.

—Vienes porque te gusta. En esta casa hemos aprendido a ser como sentimos, no como queremos ser o parecer, y te puedo asegurar que es bastante gratificante dejar los prejuicios al otro lado de estos muros. Puedes hacer una cosa: esta casa es el lugar de tus sentimientos y de muros afuera el de tus pensamientos; sentir y representar, lo llamamos nosotros. Al menos acá es posible el que no se confundan, cosa frecuente ahí fuera.

—Bueno. Espero no arrepentirme. Y tú, ¿qué te vas a poner?

—Yo éste.

—¿Eso es un traje de baño? ¿Y cómo se pone?

—Me lo cuelgo del cuello. No, en serio, ahora verás.

Ana se desnuda completamente y se pone unas exiguas dos piezas de tela, que llamarlas traje de baño sería una exageración, y que para nombrarlo se le da el nombre exótico de *tanga*. Primero se pone la de abajo. Por delante sólo le tapa mínimamente el pubis y por detrás

desaparece en el canal de sus redondas y carnosas nalgas. Luego se pone la de arriba, que, además de tapar la aureola de sus pechos y poco más, consigue elevarlos dándole apariencia de más exuberantes. Total: Ana está, si cabe, más excitante que desnuda. Isabel lo ve así y se llena de confusa preocupación.

—¡Qué horror! Casi estás más discreta desnuda —dice Isabel riéndose.

—Sin duda, y eso demuestra que la obscenidad y la provocación no están en el desnudo. Pero, entre tú y yo, allá ellos lo que hagan con sus manos. De ponerme algo, esto es lo más cómodo; me gusta el máximo contacto directo con el agua.

—Yo me pondré uno de una pieza, aunque parezca una monja a tu lado. Éste parece más discreto —e Isabel muestra uno clásico de una pieza.

—No creas. A ti te mirarán más que a mí, porque a mí me verán al primer golpe de vista, y para verte a ti necesitarán mirarte más y luego imaginarte.

—Sabes muchas cosas de los hombres, Ana, y para ser tan joven.

—Te puede parecer, pero cada día descubro alguna nueva. Es cuestión de tenerlos a mano. Supongo que a ellos les pasa lo mismo con nosotras. Bueno, vamos ya, si has terminado.

—Yo preferiría llevar una bata hasta la piscina.

—Como quieras. Ahí hay dos o tres, elige la que quieras.

Isabel se pone una bata por los hombros y las dos salen de la habitación.

Alejandro y Jaime están en otras cosas.

—¿Tienes un pantaloncito de deporte? —pregunta Jaime.

—Creo que sí. ¿Es eso lo que quieres? Mira en ese cajón.

—¿Quieres saber cuándo me bañé por última vez? Naturalmente me refiero a nadar, porque tengo una ducha en casa y la uso frecuentemente, sobre todo en verano.

—No tiene importancia ese dato. Lo importante es que no hayas encontrado obstáculos morales para hacer algo tan simple y natural.

—Solemos adoptar formas de vida que resultan incomprendidas por los demás. Yo mismo soy bastante crítico con ellas, pero me cuesta romper con la tradición sacerdotal en algunos casos.

—Me lo imagino. Vuestras convicciones y vuestros miedos.

—Hablas un lenguaje nuevo para mí ¿Cuándo vas a decidir confesarte? Lo vas dejando, y ya no sé si has cambiado de decisión.

—No es cuestión de decidir, sino de necesitar. Cuando te pedí que vinieras estaba confuso e inseguro, probablemente ese fue un buen momento, pero ahora estoy en una fase de adaptación de mi pensamiento y no lo considero urgente.

—Es difícil comprender lo que quieres decir, pero tengo la experiencia de que confesarse nos libera de cargas que a veces nos abruman. Ya sé que no admites la gracia divina del perdón, pero incluso cuando uno se confiesa con un amigo se siente esa liberación. Puedes disponer de mí como amigo, ya que no como sacerdote.

—Entiendo lo que quieres decir. Lo tendré en cuenta, pero todos los días me confieso un poco con vosotros, mis únicos amigos.

—Pero aún no sé lo que pretendes. Es cierto que eres muy sutil en tus planteamientos, casi filosóficos, pero, al contrario de los filósofos, me da la impresión de que tratas de justificar algo que se me escapa.

—Tienes razón. Los que no somos filósofos, como tú dices, cuando utilizamos algo que se parece, siempre tratamos de justificarnos por lo que hemos hecho o por lo que pretendemos hacer nosotros mismos.

—En fin, no quiero forzarte a decirme lo que no quieras. Si alguna vez lo deseas, te repito, estoy a tu disposición.

—De acuerdo. Ahora vamos. Tienes la piel muy blanca, excepto en las partes donde te da el sol. Desnudo también parece que llevas un traje.

—¡Qué le vamos a hacer! Puede que ese hábito sea nuestra mortaja; nos lo colocamos para que nadie nos vea desnudos si la muerte nos sorprende. Es una broma. Te confieso que mis criterios sobre el vestido han sufrido una notable modificación. Dios me perdone si ando equivocado.

—Me Alegro. Todos, si somos de verdad sinceros y algo menos humildes, destruiremos muchos miedos que nos atenazan. Sinceramente, no creo que Dios se ocupe de muchas de las cosas que vosotros observáis y que atribuís a su mandato imperativo; más bien creo que habéis hecho de algunos atavismos ofrendas que le puedan agradar. Pero el Dios que se complaciera en tales cosas sería un Dios más bien mezquino, ¿no te parece?

—No digas esas cosas, Alejandro. Yo creo en la verdad revelada, y cuando algo choca con el criterio humano, solemos decir que los designios de Dios son inescrutables. Y te ruego que tengas en cuenta que cualquier duda sobre bondad de las razones de Dios, propia o ajena, ofende a mis sentimientos.

—Di más bien que remueve tus miedos, pero no me tengas en cuenta. Según yo entiendo, algunas cosas parecen humillantes, y la conclusión es sencilla: el señor no es más señor cuanto más se humilla su siervo.

—Desde que vine aquí, tengo la sensación de estar ante una nueva dimensión de la vida. Y debes tener razón en lo que tú denominas miedos, porque esa sensación unas veces me complace y otras me asusta.

—Lo comprendo. Anda, vámonos.

—¿No tienes un batín?

—Sí, hombre. Ahí, coge el que quieras.

Jaime escoge uno discreto, se lo pone, se baja su calzoncillo y se viste el pantalón corto que ha elegido. Los dos salen al pasillo y se dirigen a la piscina. Cuando llegan, ya Jorge está dentro. Jaime agradece que no estén las mujeres; quizá porque prefiera mirar a ser mirado. Alejandro entra directamente en la piscina bajando por la escalera. Jaime se despoja de su batín y se aproxima al borde, hace un ejercicio de ridículo equilibrio para llegar con un pie al agua y comprobar la temperatura de la misma y, finalmente, da un saltito y entra en la piscina, como el que da un paso importante en su vida. Jorge lo ha estado observando a hurtadillas, con la curiosidad por ver un cura semidesnudo. Comprueba que despojados de los hábitos, las personas pierden la dignidad de que se invisten y sólo se quedan en hombres. Por dentro, también Jorge piensa que sólo son animales.

Ana e Isabel llegan finalmente. Como suele suceder, la mujer que llega primera a una cita con los hombres es un extraño caso de imprevisible anticipación; como si la naturaleza hubiera hecho trampas con los relojes. Ana abre el paso desafiando al espacio que se rinde a sus pies; en realidad ella sola ocupa todo el espacio. Isabel camina dos pasos atrás y parece una figura amorfa, arrastrada por el torbellino que causa Ana con la estela de su espléndido cuerpo. Los hombres miran aquella aparición triunfal; la de Ana. Alejandro ve a Ana más bella, y se pregunta por qué; Jorge, más excitante, y no se hace preguntas; Jaime, más provocativa, y pide a Dios perdón... por él, naturalmente, que se complace en exceso en su contemplación. Los tres la penetran con la vista, violación inofensiva y no consumada, ignorando con cierta desconsideración a Isabel. Isabel está deseando quitarse la bata que la cubre; sólo la retiene el pudor.

—Hace un calor insoportable —dice Ana por todo saludo.

—Luego iré a ver qué sucede. Entrad en el agua; aquí no se nota —dice Alejandro.

Isabel repasa con la mirada los emergentes semicuerpos de los tres hombres. Enseguida su mente percibe cosas diferentes. Del de Alejandro ve su conjunto y no le sugiere nada; del de Jaime sólo ve sus ojos, que miran evasivos a un lado y al otro; del de Jorge, y cuando éste tiene a bien mirarla, sólo su boca, que ella interpreta le sonríe causándole una sensación extraña. Es indudable que de las tres visiones, la que más le hace sentir es la sonrisa de Jorge, que no puede por menos, y después de haber escuchado a Ana, de interpretar como un mensaje personal dirigido únicamente a ella. Las recientes palabras de Ana ocupan todo su pensamiento, y todo su entendimiento se concentra en buscar confirmación. Isabel le devuelve una sonrisa tímida, y como si no pudiera soportar tanto sentimiento, aparta la vista de él y la posa en el agua, buscando sosiego a su corazón acelerado.

Ana se zambulle con gracia y desaparece momentáneamente debajo del agua. Cuando emerge, la mitad superior de su cuerpo aparece frente y próxima a Jaime. Jaime siente que las aguas se separan de su cuerpo y que todas sus vísceras se contraen. Ana le sonríe y le salpica, ensayando un juego ingenuo. Todo un símbolo que hace sentir a Jaime que aquel juego de Ana es como una entrega que le hace de su cuerpo; una ofrenda, y le estremece. Como queriendo ocultar tanta turbación, Jaime se sumerge lentamente, cerrando su nariz con la presión de sus dedos índice y pulgar, y deja que sus ojos permanezcan fijos en los de Ana hasta que el agua le obliga a cerrarlos. Debajo del agua, teme salir de nuevo a la superficie; allí su cuerpo carece de peso y se siente libre, como si hubiese abandonado el mundo de los miedos; fuera, piensa que el peso de los pensamientos le arrastran al abismo.

Isabel, vencida la indecisión, se ha despojado de su albornoz con cierta seguridad en sí misma y aparece ante los hombres como una figura neutra, que no obstante los hombres miran. Su cuerpo es esbelto, pero carece del impacto de la provocación insinuada; es como una escultura fría, a la que se mira más buscando sus imperfecciones que complaciéndose en la lograda y asentada belleza del conjunto. El traje que porta Isabel ni siquiera permite imaginarla. No hay en ella la menor insinuación sensual. Sólo Jorge continua dedicándole una mirada fingidamente complacida, y sólo la mirada de Jorge ruboriza a Isabel, que ya no ve a nadie más a partir de ahora. Entra despacio en la piscina usando la escalera. Nada apoyando los pies en el suelo. El agua refrigera su cuerpo de los ardores, y su alma ya comienza a sentirse más tranquila.

Jorge sale de la piscina, se va al lado más profundo, se coloca en disposición de salto, observa la situación de sus compañeros y se lanza al agua. Nada sumergido, con los ojos abiertos, buscando uno de aquellos cuerpos que se difuminan en el agua. Lo ha reconocido y a él se dirige como un tiburón a su presa. Llega y toca el muslo con su mano; el encuentro está entre lo accidental y lo intencionado, pero Isabel traduce aquel contacto como una petición inaplazable, y siente que su cuerpo abandona toda resistencia arrastrando con él a su adormecida alma. Jorge se aleja sumergido, dejando que su presa se reponga, y emerge lejos. Su mirada, al salir, es para Isabel, que parece paralizada, mirando para el agua, pero viendo sólo el abismo que se ha abierto ante ella.

Alejandro es el primero en salir y alejarse de ese lugar con el pretexto de ir a mirar qué puede suceder con el sistema ambientador. Lo repone en el estado anterior y va a su habitación a mirar qué sucede en la piscina y diseccionar tranquilo los pensamientos.

Los cuatro que quedan en la piscina permanecen en ella algún tiempo más. Juegan, ríen, y todo, aparentemente, parece estar en calma. Los sentimientos duermen mientras los pensamientos se distraen. Finalmente van saliendo de la piscina. El último en hacerlo es Jaime, que se siente seguro en el agua, cómplice de sus ardores. Jorge toma la mano de Isabel y la arrastra hacia la cabina de secado. Isabel se deja llevar con una ligera resistencia, como si una parte de su cuerpo quisiera ir a donde Jorge la invita y algo inmaterial temiera entregarse completamente a lo desconocido.

—Entra ahí y aprieta ese botón —dice Jorge a Isabel.

Isabel entra en la cabina e hace lo que Jorge le ha dicho. Un chorro de aire desciende sobre ella. Jorge le enseña la forma mejor de secarse la cabeza.

—Tienes que ahuecar el pelo, o no se seca —y Jorge introduce sus dedos en el pelo de Isabel ahuecándolo y acariciándolo. Isabel se deja un momento y, cansada de subir sin llegar a ninguna cima, dice:

—Ya, Jorge, gracias —e Isabel hace lo que Jorge le ha enseñado.

Jorge no insiste y permanece observándola.

Jaime mira aquella escena desde la piscina y se pregunta si tendrá para Isabel el mismo significado que a él le sugiere. Si sentirá lo mismo que él sentiría, si fuera Ana la que le tocara a él la cabeza. Se siente culpable y sucio de hacer de cualquier inocente acto un símbolo erótico, y aparta la mirada. Sale de la piscina y duda en ponerse el batín. No se lo pone pensando que aquel acto de recato puede parecer ridículo a los demás. Su vista se tropieza con la figura de Ana, que escurre el agua de su cuerpo pasándose una y otra vez la mano sobre su piel. Ana está de espaldas. Jaime posa un instante su mirada furtiva sobre sus nalgas, e imagina aquel invisible trozo de tela incrustado en semejante canal misterioso que él

nunca había visto ni imaginado tan sugerente. Ya con esa imagen presa en la retina, agitándose su alma y mortificando de ansiedad su cuerpo, aparta la vista en un supremo acto de voluntad heroica, y mira al suelo resignado.

Isabel ya ha terminado de secarse y se ha puesto el albornoz. También ha terminado Jorge y les dice a los demás que se va a su habitación. Isabel dice que espera a Ana. Jaime no dice nada; espera simplemente que alguien se ponga en marcha y que su estela le arrastre.

Ana e Isabel entran en la habitación. Ana se despoja de sus livianas prendas y va a continuación al cuarto de baño a cepillar sus cabellos. Isabel le pide una toalla a Ana, y con ella se cubre las partes del cuerpo que han estado especialmente ocultas detrás del traje de baño. Se frota para secarlo, y su mano se detiene en su pubis con más insistencia, como si esa parte de su cuerpo estuviese más mojada que el resto y precisara un mayor frotamiento. O quizá por otra razón que se me escapa. Luego se viste, lentamente, como si su cuerpo se resistiera a volver a la normalidad.

Cuando Jaime llega, Alejandro ya está vestido y sentado.

—¿Has disfrutado de la piscina?

—Es un placer casi obsceno, Alejandro. No, estoy bromeando; es algo increíblemente gratificante.

—Todos los placeres son gratificantes, Jaime, y no encuentro razón para privarse de ellos.

—No todos; algunos producen dolor, y es en el dolor que se siente, que la virtud te gratifica cuando voluntariamente moderas, pospones ciertas fuentes de placer.

La bobada pronunciada solemnemente por Jaime da pie a Alejandro para hablar serio de lo que Jaime se empeña en mistificar.

—Creo que asumes la diferenciación aristotélica de los placeres, que viene a proponer que hay placeres buenos y placeres malos, como

consecuencia de buenos y malos deseos. No quisiera hacer citas, pero para algunos, los llamados estoicos, el placer y el dolor no hacen al hombre mejor o peor y, por tanto, no hay placeres buenos y placeres malos en el sentido moral de los términos bueno y malo. Tampoco el dolor que causa el sacrificio. Pero en tu caso, como en el mío, la verdad se ríe de nosotros. Hay placeres dañinos, y eso sí es una verdad, que debemos evitar como se evita una droga que mina tu salud. Pido disculpas; me he saltado las reglas de esta casa de no hacer citas; te ruego que no des por levantada la veda.

—Tú sólo hablas del cuerpo y yo básicamente me refería al alma.

—El alma es un comodín que se utiliza para muchas jugadas tramposas. Yo también tengo mi as dentro de la manga.

—No te comprendo

—El alma... Es precisamente eso que tú llamas alma la única en sentir el deseo; el cuerpo sólo siente el placer gratificante. Si sucediera que tu alma siente el deseo y, al mismo tiempo, envía un mensaje a tu cuerpo para que rechace el placer, sólo es el cuerpo el que siente dolor, o frustración. ¿Es a eso a lo que tú llamas virtud?

Alejandro se contradecía a propósito. Para él cuerpo y alma eran la misma cosa. A veces uno utiliza como propias las palabras que expresan pensamientos ajenos, precisamente porque no encuentra otros razonamientos más contradictorios para confundir al interlocutor.

—Un poco confuso tu pensamiento. En cualquier caso, es el alma la llamada a dominar al cuerpo.

Como dos tahúres que se intimidan con sus armas, Alejandro y Jaime usan las palabras; pólvora mojada, en este caso

—Ojalá pudiera expresarme más claro, Jaime. Pero mi pensamiento no es más confuso que el tuyo. Y en cuanto a lo segundo, yo prefiero creer

que alma y cuerpo deben estar en armonía, de lo contrario, lo único que se puede esperar es un desequilibrio en el ser. Dicho de otra forma: consideras la continencia física una virtud, porque supones que sacrificando los placeres más bajos te puedes así recrear en los más altos. Creo que la verdadera virtud radica en el equilibrio; ni el vicio de la carne ni el vicio místico

Jaime coge su ropa y se va a la sala de aseo en silencio.

Alejandro piensa en la gran tormenta que se debe estar desencadenado en la mente de Jaime. Ya se ha percatado de algunos momentos de gran turbación, reflejada en su rostro, y de su inmediato comportamiento, torpe y azorado ante diversas circunstancias vividas en la piscina. Alejandro piensa, también, que lo mismo le ha sucedido a Isabel, aunque para ésta la virtud no ha sido voluntaria. Cree que las circunstancias ya están trabajando y que sólo tiene que esperar a los acontecimientos.

Pero pasarían muchos días sin que Alejandro encontrara evidencias que él pedía concluyentes. Los cuerpos de Isabel y Jaime parecían incorruptibles, quizá porque sus *almas,* de existir éstas, aún no se daban por vencidas y seguían despóticas mandando sobre los cuerpos. Es cierto que, en ocasiones, los sentimientos de Jaime e Isabel debían ser tan fuertes, que sus cuerpos se estremecían, pero enseguida sus pensamientos remansaban unas aguas que sólo amenazaban con desbordarse. Algo, sí, y desde el primer día, Alejandro, experto en discernir lo que eran sentimientos y lo que sólo era representación, fue concluyendo lo que era evidente: Jaime e Isabel, progresiva y de forma cada vez más cínica, iban ocultando sus sentimientos y representando el papel que suponían era del

agrado de su anfitrión. Así, lejos de contradecir a Alejandro, se acomodaban a sus pensamientos, baboseando con frases admirativas y de asentimiento. Los intereses materiales creados en torno a la figura de Alejandro, les hacían aparcar sus convicciones más profundas en temas de pensamiento, con el subterfugio íntimo y compensador de considerar a su anfitrión un pedante autodidacta. Pero a esta actitud, que Alejandro tenía presente y perfectamente analizada, él no le daba valor y más bien le asqueaba; él necesitaba salir del teatro que todos representaban y constatar que sus sentimientos también se prostituían en aspectos concretos, que ellos parecían observar y mantener escrupulosamente dentro de las reglas de la moral convencional.

Jorge y Ana comentaban a solas con Alejandro que aquellos dos individuos eran, más que virtuosos, dos reprimidos por sus respectivos miedos. Que los habían tenido en ocasiones "a punto de caramelo" (eran sus palabras), pero que "nada de nada" (también eran sus palabras). Alejandro, sin embargo, pensaba que si sólo los diques los ponía el miedo, las aguas deberían estar discurriendo por otros canales más seguros. El caso es que ahora venían todos los días. Todos los días sugerían que "qué bien si nos damos un baño." En la piscina, y en los juegos como vehículo enmascarado, se produjeron muchos y más sostenidos contactos, y que Jaime Isabel consintieron como *accidentales o juegos,* incluso cuando Jorge metía su mano entre las piernas de Isabel y allí la dejaba hasta que Isabel se la retiraba, eso sí, lentamente y mientras sonreía a Jorge. Se procuraron presencias solitarias con cualquier pretexto: Isabel y Jorge en la cocina; Jaime y Ana en el patio, alrededor de la casa y a la luz de la luna. No faltaron insinuantes actitudes de Jorge y de Ana, pero *nada* se había concluido. "Estoy casada, Jorge", decía Isabel, con un mohín. "Compórtate, Ana", decía Jaime, con severa y teatral actitud. Sinceramente

yo soy incapaz de imaginar, al menos por ahora, qué hacían en solitario, o pecaría de alcahuete.

Al paso del tiempo fueron dejando de hablar, no así de comer y otras actitudes *traviesas*, de los temas más o menos importantes relacionados con las inquietudes de cada uno frente a los misterios de la vida, su compañera la muerte y otras relacionadas con los tópicos que acompañaban a una y a la otra. Jaime había dado muestras de desinterés por ellos, quizá cansado de tanto fingimiento, y pretextando que esos temas estaban agotados. Alejandro no los provocaba, persuadido también de que esa cuestión ya estaba superada como estrategia y que las inquietudes de todos, ahora sólo prosaicas y veladamente hedonistas, deberían ser tratadas como un limón al que se pretende extraer todo el zumo. Alejandro estaba convencido de que Jaime e Isabel habían abandonado muchos de los miedos que traían como equipaje y atrezo cuando llegaron a aquella casa por primera vez, aunque seguían celosos de las apariencias con cada vez más ambiguos los posicionamientos y más claras las contradicciones. Jugaban a cartas y a otros juegos hasta la cena y después de la cena. Algunas veces Jaime e Isabel se iban tarde. Alejandro dejaba pacientemente que transcurriera el tiempo. No sabía cómo sucedería, pero estaba seguro que sucedería, por eso no había pensado en ningún plan alternativo, y esperaba alcanzar de algún modo accidental, espontáneo, su objetivo. Alejandro, no obstante y para si, ya comenzaba a dar síntomas de aburrimiento por una estrategia que podía durar demasiado tiempo. Jorge y Ana hacían el amor con frecuencia y parecían más compenetrados como pareja, pero, siguiendo instrucciones de Alejandro, procuraban no hacer exhibiciones en presencia de Jaime e Isabel, que, lejos de excitarlos, podrían obtener el efecto contrario: la inhibición por lo inalcanzable, y el desasosiego de seguir en aquel ambiente sólo como meros espectadores.

Mientras Jorge y Ana les dieran exclusivas esperanzas, ellos seguirían excitando su imaginación con sólo pensarlo y sus cuerpos vibrar de deseo con sólo presentir la oportunidad, al margen de creerse capaces de seguir venciendo la tentación. Alejandro y Ana hacían el amor esporádicamente, casi siempre a instancias de Alejandro y cuando las pilas de éste estaban recargadas. Alejandro utilizaba una técnica muy del gusto de Ana: la invitaba a su habitación con cualquier pretexto, y una vez allí, le hablaba del poco tiempo que le quedaba de sentir el placer del amor. En otros tiempos le hubiese horrorizado la sola idea de reclamar compasión para él. Ana nunca se negaba, quizá porque eran infrecuentes y, también, porque sentía un cierto placer especial, que ella seguía llamándolo compasión idealista, quizá por eso de que joder con quien podía ser su padre le parecía que tenía connotaciones líricas o de complejos mitológicos. En fin, que el teatro del Nuevo Mundo, no era nada diferente del que se representaba en el Viejo, por lo que no se necesita dar mayor detalle de esta situación concreta.

Ya había pasado un verano, un otoño, un invierno, una primavera y se aproximaba de nuevo otro verano. Jorge y Ana se habían tomado un año sabático y no hacían planes para el siguiente. Las cinco personas, que en exclusiva se reunían en aquella casa, habían agotado todo pretexto que no fuera seguir con la representación de unos papeles cada vez más definidos: Alejandro, ahora, el de la impaciencia, apremiando a los chicos a que fueran más sugerentes en sus respectivos cometidos; Jorge, además, el de la osadía y falta de respeto a cualquiera forma de convivencia basada en los principios sociales del disimulo; Ana casi no hacía otra cosa que coquetear con unos y otros, incluida Isabel, la que, por cierto, en más de una ocasión se la veía embelesada ante el desparpajo procaz de la joven; Jaime repartía admoniciones frecuentemente, sin ni siquiera ponerse serio

o esperar a que su boca estuviese vacía, y utilizando con frecuencia una excusa: que su intenso deseo era conservar íntegramente sus votos y fidelidad al santo sacramento del sacerdocio; Isabel, por otra parte, *amagaba y no daba*, como queriendo no dejar todo el protagonismo a Ana, a la que los hombres prestaban casi toda la atención.

Y ocurrió un cierto día. Ese día iban a celebrar el primer aniversario del Nuevo Mundo; por cierto, ya nadie lo llamaba así y todos lo consideraban el lugar donde se comía y se bebía bien, tenían deseos íntimos, placeres que se consumaban de diferentes formas, algunos (ahora sí lo imagino) en el secreto de la intimidad personal, y sólo en el caso de Alejandro, aquel lugar estaba empezando a parecerle un viejo teatro a punto de derrumbe, y que pareciera que si se sostenía en pie, era porque sus actores se temían que, al marcharse al otro, probablemente otros colegas, actores también, les pudieran juzgar severamente, y por no ajustarse al papel de las rígidas costumbres, en la representación de los papeles que les imponía el teatro del viejo mundo.

Pero como en todo teatro, también aquí había entrebastidores que, hasta entonces, habían permanecido inéditos en el desahogo de las sensaciones que se acumulan en los actores, después de sus representaciones respectivas.

Alejandro lo intuyó y se decidió al fin, a sabiendas de que era su última oportunidad.

La cena había sido especial. Como fue copiosa, se bebió algo más de lo que solían acostumbrar. Se brindó varias veces con cualquier pretexto, los ánimos estaban exultantes, alegres y un tanto más desinhibidos que en otras ocasiones. Jorge contó chistes picantes, casi obscenos. Ana contó una historia que le había pasado a una amiga con su novio, y todos, con más o menos espontaneidad, rieron la gracia con la que Ana la contaba, más que

por la gracia de la historia en sí. Isabel contó chistes de palurdos y Jaime uno de curas y de la confesión que, por cierto, Isabel, entre risas, se lo reprochó con una llamada al orden. Alejandro escuchaba y, todo lo más, sonreía, esperanzado por una nueva idea que, traviesa, daba brincos en su cabeza. O esa idea no era nueva, y sólo parte del guión prefijado par Alejandro.

Últimamente venían comiendo en la cocina, cerca de la despensa, a la que visitaban con frecuencia, y que ya empezaba a dar sensación de vacío. Cuando terminaron de cenar y de la larga sobremesa, decidieron ir al salón donde se sentirían más cómodos, según sugirió Alejandro, y en donde éste prometió una novedad. Una vez allí, Alejandro puso en marcha su idea, que se relacionaba con su mini teatro, y que había permanecido inédito hasta entonces por los vertiginosos cambios de Alejandro en sus primeros objetivos, o quizá porque no había encontrado el momento oportuno para utilizarlo. La idea era, al menos, original, pero dudaba que los actores estuviesen dispuestos a secundarla. No obstante, y como se decía más arriba, Alejandro vio en ella la última oportunidad de obtener algún resultado, y se decidió a exponerla a sus acompañantes.

—¿Habéis hecho alguna vez de actores de teatro?

—Yo sí —dice Jaime y añade—: varias veces en el seminario. Representábamos autos sacramentales y otras obras menores, como sainetes, etc. ¿Por qué lo preguntas?

—Siempre quise ver representada una obra que nunca escribí, pero que tengo en la mente. Yo soy muy aficionado al teatro, y cuando hice esta casa, dediqué un espacio de ella para instalar un pequeño escenario donde eventualmente hacer pequeñas representaciones teatrales. Si vosotros

queréis, podemos hacer una especie de primer ensayo. Si aceptáis, me daríais la mayor satisfacción de mi vida.

—Pero si no tienes escrito el guión... —añade de nuevo Jaime.

—No importa. Lo tengo en mi mente, como os digo. Es muy sencilla, ya veréis. Sólo he de deciros lo que tenéis que ir haciendo, el resto es participativo y espontáneo. Será un primer ensayo, al que seguirán otros, así hasta que os aprendáis vuestros respectivos papeles de memoria y podamos representar toda la obra como si fuera un estreno con todo. De verdad, me daríais una gran alegría.

—No podemos negarnos, ¿verdad? Al menos a intentarlo —dice Jaime, dirigiéndose a los demás.

—Naturalmente —añade Isabel—. Aunque yo no tengo experiencia alguna y soy bastante tímida.

—Por mí, de acuerdo —dice Jorge, a la vez que mira a Ana y le sonríe con complicidad.

—*No problem* —dice Ana—. ¿Cuál es mi papel?

—En su momento, Ana. Primero os voy contar el argumento de lo que ensayaremos hoy. La obra yo la titulo el amor y el dolor. ¿Por qué ese título? Me he dejado llevar de la opinión de que dolor y amor son dos palabras indisolublemente asociadas. La escena tiene lugar en la casa de un matrimonio sin hijos y, ya por la edad, sin esperanzas de tenerlos. Ambos cónyuges tienen dos sobrinos; mejor dicho, un sobrino y una sobrina, los dos estudiantes. El sobrino lo es por parte del marido y la sobrina por parte de la esposa. Ambos acuerdan invitarlos un verano, después de acabar el curso, a pasar unos días con ellos. Llevan tres años sin verlos y, ni el esposo conoce la sobrina de su mujer, ni ésta conoce el sobrino de su marido. Deben tener ahora alrededor de los veinte años. El caso es que el matrimonio es rico, y ambos habían pensado dejar heredero a su respectivo

sobrino y sobrina. Un día se les ocurrió, que si les daban la oportunidad de conocerse, quizá se enamoraran y terminaran casándose, con lo que la herencia podría ser disfrutada por los dos, sin que participara de ella ninguna persona extraña a la familia. Como lo pensaron, lo hicieron, y escribieron sendas cartas a sus respectivos sobrinos, invitándolos a pasar una temporada con ellos, y que coincidía con las fiestas del lugar. Ambos fueron informados que conocerían a su primo-prima, joven muy guapo-guapa. Como vivían en la misma ciudad, a cada uno de ellos le dieron el teléfono del otro para que coordinaran el viaje. Ambos aceptaron, más que nada porque sabían que podían ser herederos de sus tíos y les debían esa mínima satisfacción. Cuando llegaron a la casa de sus tíos, estos los instalaron en dos habitaciones que habían preparado al efecto. El primer encuentro de los cuatro dio lugar a una extraña paradoja: el marido quedó impresionado de la belleza de la joven y la esposa de la belleza del joven, mientras que los dos jóvenes, en contra de lo normalmente esperado, parecían mostrarse indiferentes entre sí. Ya desde el primer instante, el tío prodiga especial atención a la sobrina y la tía hace igual con el sobrino, naturalmente manteniendo ambos un comportamiento lejos de toda suspicacia e insinuación que pudiese molestar al otro. Tampoco el matrimonio se hace confidencias sobre sus sentimientos respectivos, claro está, y los primeros días pasan sin otros conflictos que los íntimos y personales de cada uno con sus espasmos de conciencia, hostigada por sus pensamientos. Un día en que el matrimonio se encontraba en la cama y estaban en los preámbulos de hacer el amor, acto más frecuente que con anterioridad a la llegada de los sobrinos, oyeron el ruido de una puerta que se abría y se cerraba. Los dos pensaron lo mismo: alguien salía de su habitación, ¿adónde iría? Pero no intercambiaron sus respectivos pensamientos. Cesaron al unísono en sus juegos, y es el marido el que se

levanta y sigilosamente se va hacia la puerta de la habitación. La esposa le observa. La abre un poco, con sumo cuidado, y mira al exterior. Ve que es su sobrino que, en pijama, se dirige a la puerta de su prima. La ridícula sospecha, ante tal evidencia, contraría a aquel hombre, que se vuelve a la cama y comunica a su esposa lo que ha visto. Ambos se quedan pensativos, no hablan ni reanudan los juegos amorosos. Tardan en dormirse, uno de espaldas al otro... pendientes de los ruidos que les puedan llegar por el aire...

—¿Cuál es el mensaje de tu obra? —pregunta Jaime, interrumpiendo la larga exposición de Alejandro.

—¿El mensaje? Yo no tengo intención de mensaje alguno. Lo importante es el mensaje que nosotros, individualmente, extraigamos de la representación. Cuando hayamos terminado la obra, cada uno de nosotros expondrá el mensaje que hemos percibido.

—Sí, pero tú ya conoces el final y, por tanto, debes tener ya previsto el mensaje que quieres transmitir —dice Jaime.

—No; no tengo el final y ahí está la originalidad de mi obra. Los actores deberán ir creando el personaje que representan, según ellos crean que debería comportarse. Yo sólo les he creado el marco en donde van a actuar y los he puesto a andar.

—Y algo más: has prejuzgado la impresión que los sobrinos han causado en sus respectivos tíos y el comportamiento de aquellos; las cosas podían haber sucedido de otra manera —vuelve a decir Jaime.

—Estoy de acuerdo, pero por algo yo soy el autor de la obra. Un hijo que nace en el seno de una familia no puede elegir el marco. Lo que sí puede hacer, alcanzada la mayoría de edad, es vivir su vida libremente, como va a suceder aquí; pero los primeros sentimientos son los que les provocan sus padres. No sé si el ejemplo te ilustra sobre lo que quiero

decir. En este caso la familia sería yo, yo habría puesto el marco en el que quiero que nazca mi obra y yo provocaría los primeros sentimientos de mis hijos, los personajes, para luego dejarlos que libremente se expresen. Cualquier otra forma en que tú lo veas no sería una representación teatral de mi obra, sería otra cosa, la vida misma, quizá, otra forma de representar que ya no me interesa ni como espectador.

—Parece interesante —dice Isabel.

Pero Jaime cree percibir un subterfugio en este planteamiento de Alejandro y quiere alguna aclaración previa más.

—Entonces, si he entendido bien, —vuelve Jaime a la carga— a partir de esos supuestos sentimientos y esos primeros movimientos de los personajes, lo que pretendes es que los actores interpreten un papel que suponga lo que creen cada uno que debe suceder, como si ellos fuesen, en sus respectivos papeles y a medida que se va desarrollando la obra, los autores de la comedia, ¿no? ¿Y qué te hace suponer que finjan no sentirlo como propio?

—Eso, querido Jaime, sólo sería posible si los actores se impregnaran de tal modo de lo que interpretan, que identificaran sus sentimientos con el papel que representan. Pero esa posibilidad se da raramente en el teatro.

Jorge y Ana asisten a esta propuesta de Alejandro con una mezcla de gozo y admiración por su capacidad para tender trampas; porque ellos suponen que es eso lo que pretende, aunque sin percibir el alcance y, sobre todo, los resultados. Les parece que las que han padecido ellos mismos son juegos de niños comparadas con la que ahora está desplegando. Porque están seguros de que no se trata de darle satisfacción a una supuesta frustración como dramaturgo, como él ha pretextado; demasiadas coincidencias, demasiado claros los personajes, demasiado previstos los

actores y demasiado previsibles las reacciones de unos y de otros. Ana ya no puede resistir la tentación de preguntar por el intuido reparto.

—¿Cómo se reparten los papeles en tu obra?

—Parece obvio, Ana, —dice Alejandro y sigue— que si yo he de dirigir el ensayo, y sólo lo haré para evitar incoherencias, sólo quedan cuatro personas que parecen idóneas para cubrir esos papeles. Tú y Jorge seréis los jóvenes, y Jaime e Isabel el supuesto matrimonio. ¿Estáis conformes?

Ana dice sí con aparente entusiasmo. Jorge dice sí, cruzando su mirada con la de Isabel y obsequiándola con una sonrisa. Jaime vacila un instante. Isabel dice que sí en voz baja. Como Jaime no dice ni sí ni no, Alejandro da por hecha la conformidad unánime y se levanta dispuesto a poner en marcha de inmediato su idea. Todos le siguen en dirección al pequeño teatro; unos decididos, otros preocupados de no poder con su papel y hacer el ridículo. Cuando ya en la sala de teatro Alejandro descorre el telón, un escenario vacío aparece ante todos. Jaime e Isabel ya no se admiran por nada de lo que puede reservarles aquella casa. Alejandro se dispone a dar las primeras instrucciones para que comience el ensayo.

—Comencemos con la escena del matrimonio en su casa y el encuentro con los dos sobrinos que llegan, dando por supuestas las invitaciones que el matrimonio decide hacer a sus sobrinos y la aceptación de estos. Alejandro aprieta un botón de una consola con varios etiquetados, y un decorado de interior de una imaginaria casa desciende. Se trata de una sala de estar con una mesita, un sofá y dos sillones. El resto de los elementos está figurado con pinturas en un panel de fondo. Ahora sí, todos se quedan admirados ante aquel golpe de efecto inesperado de prestidigitador.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunta Jaime.

—Bien. Tú e Isabel vais a subir al escenario. Os sentáis en los sillones, no en el sofá, uno frente al otro. Tú, Jaime, aparenta que lees, y tú, Isabel, que haces punto, por ejemplo.

—¿Cómo nos llamamos en la ficción? —pregunta Isabel.

—Es indiferente. Si os parece, os llamáis lo mismo para no equivocaros.

Isabel es la primera en subir por una escalera adosada al proscenio. Jaime la sigue sin mucho entusiasmo y con la ya habitual condescendencia renuente. Los dos se sientan frente a frente y simulan hacer lo que Alejandro les había indicado.

—Ahora, vosotros —dirigiéndose Alejandro a los chicos— pasáis por detrás del decorado. Allí hacéis ¡toc, toc! con la boca y esperáis un momento mientras Jaime se levanta y simula abrir una puerta. Luego hacéis lo normal en un encuentro previsto.

—De acuerdo —y los dos suben, perdiéndose detrás del decorado.

Suena un ¡toc, toc!. Jaime se levanta y va a abrir.

JAIME.— Deben ser los chicos, Isabel. Yo abriré.

ISABEL.— No los esperaba tan pronto.

JAIME.— Veamos (simula abrir una puerta). ¡Hola! ¡Vosotros debéis ser Jorge y Ana!

—¡Un momento! —dice Alejandro, parando la escena—. No puedes decir esa frase, Jaime. Se supone que conoces a tu sobrino, aunque hayan pasado tres años. Esa frase es también ambigua y enfría un recibimiento que debería ser familiar.

JAIME.— ¡Hola, chicos! Pasad, os estábamos esperando. Jorge, ¡qué cambio has tenido, chico! Isabel, son los chicos. (Isabel se levanta)

JORGE.— ¡Hola, tío Jaime! Tú no has cambiado. Esta es Ana, mi primita. (Jorge le da un beso a Jaime, sin tocarlo)

ANA.— ¡Hola, tío Jaime!

JAIME.— Pasad, pasad. (Jaime mira a Ana, mientras ésta se acerca y lo besa en la mejilla con un beso sonoro y sostenido)

—Ana, no te pases — dice Alejandro, interrumpiendo—. El beso ha de ser de cortesía. Se supone que tú no conoces a tu tío Jaime. Repítelo.

ANA.— ¡Hola, tío Jaime! Pensaba que serías más viejo. (Ana se acerca de nuevo y vuelve a besar a Jaime, esta vez con un beso fugaz, como un contacto mudo).

ISABEL.— (incorporándose) ¡Pero qué sobrinos más guapos! Ana, ya eres toda una mujer. Y tú, Jorge, te imaginaba de otra manera. Pasad, pasad. (Isabel besa primero a Ana y mira a Jorge indecisa)

JORGE.— ¡Hola, tía Isabel! Yo también te imaginaba distinta. (se acerca y la besa. Isabel le acerca la mejilla.

JAIME.— Bueno, bueno. ¿Habéis tenido un buen viaje? (Jaime mira a Jorge, Isabel a Ana)

Alejandro Interrumpe de nuevo.

—No, Jaime, y lo mismo digo a Isabel: debéis mirar a los chicos como os había explicado. Tú, Jaime, expresando turbación al mirar a Ana, y tú, Isabel, lo mismo mirando a Jorge.

ANA.— ¡Vaya marido guapo que tienes, tía Isabel! (Ana mira a Jaime con una sonrisa. Jaime la mira con un gesto indefinido. Jorge mira a Isabel. Isabel mira a Jorge con su mejor sonrisa, mientras los dedos de su mano acarician el lugar donde recibiera el beso de Jorge. Los jóvenes se sientan en el sofá a indicación de Isabel).

—A partir de ahora, Isabel y Jaime decantan sus miradas y alguna sonrisa de vez en cuando hacia Jorge y Ana respectivamente —señala Alejandro.

JORGE.— El viaje ha sido pesado. Gracias a que hemos venido juntos... Ana es muy simpática y muy liberal, como yo.

JAIME.— Y muy guapa. Debes estar contento de haberla conocido.

JORGE.— ¡Claro que estoy contento! Y si nos dais vuestra bendición le propondré establecer relaciones serias.

—¿Qué tontería es esa, Jorge? Pareces un joven de fin de siglo pasado. Los jóvenes de hoy no habláis en esos términos —dice Alejandro.

JORGE.— (Jorge recoge la sugerencia) ¡Claro que estoy contento! ¡Ana está más buena que el pan! Le pienso proponerle que nos acostemos juntos.

—¡Alto, alto! Tampoco hay que pasarse. Aunque lo pienses, debes cuidar las formas —exclama Alejandro.

JORGE.— (Jorge lo intenta de nuevo) Yo sí estoy contento y espero que ella también de conocerme a mí.

—Muy bien. Muy educado. Continuad —dice Alejandro.

JAIME.— ¿Qué dices tú, Ana?

ISABEL.— Eso no se pregunta a una dama, Jaime; la vas a ruborizar.

ANA.— Eso es antiguo, títa. Las chicas de hoy no nos ruborizamos. Jaime ha hecho una pregunta normal. Jorge es un chico muy guapo, pero tienes una sobrina a la que le gustan los hombres más maduritos; Jorge y yo somos casi de la misma edad. (Ana mira a Jaime riéndose. Jaime mira turbado a Ana).

JORGE.— En eso yo pienso lo mismo. Yo debo tener un complejo de inmadurez o soy un inmaduro. A mí también me gustan las mujeres más maduritas. (Jorge mira a Isabel y sonríe. Isabel baja la vista).

—¡Muy bien! Este sería, con algo más de diálogo, el primer cuadro del primer acto —dice Alejandro y continua—. Estoy muy satisfecho de vuestras dotes interpretativas y de improvisación.

Alejandro tiene claro lo que en esta escena ha sido mera representación y lo que han sido sentimientos. Jaime también tiene claro que debe intervenir.

—Yo tengo algo que decir —dice Jaime y añade—. La escena parece normal, pero se deberían suprimir las alusiones a esos gustos de Jorge y Ana por lo que ellos llaman hombres y mujeres maduritos. Es evidente que se lo han inventado con la aviesa intención de hacer de esta comedia un vodevil.

—¿Y por qué no puede ser así? —pregunta Isabel.

—Tiene razón Isabel —dice Alejandro y pregunto—. ¿Por qué no puede ser así?

—¿Por qué no contestamos nosotros? Lo que dice Jaime me suena a censura. La censura puede impedir las expresiones, pero no los sentimientos, ¿no te parece, Ana? —apunta Jorge.

—Pero aquí no estamos hablando de sentimientos, estamos hablando de expresiones que conforman una ficción teatral —dice Jaime.

—Ficción y teatral son redundantes. No obstante, tú me dirás cómo se puede expresar un sentimiento así, supuesto que existiese —dice Alejandro.

—Si empezamos con aberrantes inclinaciones, sólo un aberrante resultado obtendremos al final —sentencia Jaime.

—¿Llamarías aberrante que yo tuviera inclinación por una persona como tú? —pregunta Ana, dirigiéndose a Jaime—. ¿También le ponéis edad al amor?

—No es eso, Ana —dice Jaime con expresión compungida—. ¿Cómo le voy yo a poner edad al amor? ¡Claro que ese sentimiento se puede dar! Lo que yo quiero decir es que eso debe ser una consecuencia, no un

principio. Así planteado, más parece una actitud desvergonzadamente intencionada.

—Explícate mejor, por favor —dice Ana.

—En la obra que estamos representando, esa afirmación de Ana y Jorge más parece una insinuación provocadora que un sentimiento —aclara Jaime.

—Insinuación o sentimiento, los personajes no nos explican de qué se trata —dice Jorge y pregunta—. ¿Qué hubieras preferido tú?

—Bien—dice Alejandro y continua—. Zanjemos la polémica. Suponiendo que tú lo entiendes como una insinuación, compórtate en escena como lo habrías hecho en la realidad, y si lo entiendes como un sentimiento, actúa como un actor, o viceversa. Nosotros nunca sabremos si se trata de un sentimiento o de una insinuación, aunque cada uno podamos interpretarlo de forma distinta. El mensaje, como os decía, no lo manda el actor, lo elabora el espectador —termina Alejandro de forma autoritaria.

—No actúes como cura, Jaime —dice Ana.

—No actúo como cura, Ana; soy cura. Y no puedo prescindir de mis principios.

—¿Y qué tienen que ver los principios con los sentimientos? Supón que yo tengo el sentimiento de que Isabel me gusta, ¿en virtud de qué principio yo no puedo tener ese sentimiento? —dice Jorge.

—Lo puedes tener, pero no lo debes manifestar ni complacerte en él. No desearás la mujer de tú prójimo, ese es el principio —dice Jaime.

—Otra contradicción. Acabas de decir que el sentimiento lo puedes tener, pero no manifestar. Ese mandamiento que invocas parece referirse a algo imposible de evitar y fácil de fingir —dice Alejandro, que empieza a impacientarse.

—Estoy de acuerdo en seguir la obra si yo interpreto mi personaje como yo lo entiendo, no como vosotros pretendéis que lo haga, así fue lo que propusiste.

—Nadie te ha pedido que lo hagas de otra forma. A partir del segundo cuadro sois libres de actuar como sintáis el personaje. Permíteme que como padre de la criatura le enseñe los primeros pasos. Tú, Isabel, ¿tienes algo que decir?

—Nada, de momento. Todo me parece normal, y como sólo actuamos, no creo que debamos reprimirnos.

—Pues vamos al segundo cuadro —y Alejandro pulsa un botón: el decorado desaparece. Luego pulsa otro botón y en poco se forma en la escena el decorado de un dormitorio, con cama incluida.

—Parece como si todo lo tuvieras previsto —dice serio Jaime.

—Así es, pero nunca tuve la oportunidad de representar mi obra hasta este momento. Supongo que no encontrarás ninguna maldad en haber previsto una cama en una obra en la que hay un matrimonio... Bueno, sigo. Ahora, en el segundo cuadro, Jaime e Isabel se encuentran en la cama. Jaime corteja a Isabel con insinuaciones amorosas, Isabel le corresponde receptiva. En ese momento suena el ruido de una puerta que se abre y los dos prestan atención. Jaime se levanta, abre un poco la puerta de su dormitorio, permanece observando y se vuelve a la cama. Se supone que ha visto a Jorge trasladarse a la habitación de Ana. Allí le cuenta a su esposa lo que ha visto. Los dos se callan y se vuelven de espaldas.

—¿Y no se puede suprimir lo de las insinuaciones esas? Como comprenderás... —dice Jaime.

—Te comprendo, Jaime —dice Alejandro —. Pero ¿es malo que representes algo admitido por tus principios para el ámbito del matrimonio?

—Sólo lo decía por si había otra forma.

— No hay otra forma, Jaime. Se supone que sois un matrimonio normal y hacéis lo que es normal en el matrimonio. Ya te digo, a partir de este cuadro podrás hacer lo que te parezca más coherente para tu personaje.

—¿Y cómo se hace eso de las insinuaciones amorosas? Como comprenderás...

—Te comprendo, Jaime. Te diré cómo. Tampoco se trata de consumar el matrimonio, como vosotros decís. Isabel y tú permanecéis boca arriba. Habláis de lo que queráis. En un momento, tú te vuelves del lado que está Isabel y le acaricias el brazo, luego le pones una mano en un pecho, se lo acaricias y la besas en el hombro. Isabel te coge la mano intentando que no la separes de su pecho, a la vez que la presiona con fuerza. En ese momento oís el ruido de la puerta y os quedáis un momento estáticos. Luego te levantas y haces lo que ya os he dicho.

Mientras Alejandro explica lo que deberá ser el cuadro siguiente, Jaime cabecea a un lado y otro. Cuando Alejandro termina, dice muy serio:

—Lo siento, Alejandro. Yo no puedo hacer eso, y espero que lo comprendas.

—¿Temes ponerte cachondo? —pregunta Jorge de sopetón.

Jaime se ruboriza. Mira a Jorge con cara de enfado y le dice.

—Te he soportado ya demasiado tu espontaneidad, siempre rayando la impertinencia y el mal gusto. Esto que dices me resulta intolerable.

—No te enfades, hombre. Siempre digo lo que se me ocurre, y en este caso, además, es que no veo otra razón. En realidad tu comportamiento te dignifica como lo que eres —dice Jorge.

—Bien. Sea lo que sea, la escena ha de realizarse. ¿Tú ves algún inconveniente? —dice Alejandro, dirigiéndome a Isabel.

—Me da un poco de apuro hacerlo con Jaime, pero si él acepta... —dice Isabel, mirando con timidez a Jaime.

—No acepto. Y tú tampoco deberías...

—Es una obra de teatro, Jaime. Prejuzgas las intenciones... —dice Isabel, un poco más segura de sí misma.

—De acuerdo. No le demos más vueltas. Jorge, cubre tú el puesto como si fuera Jaime. Luego se incorporará él —ordena Alejandro imperativo.

—¡A la orden! Vamos, Isabel — y Jorge coge de la mano a Isabel atrayéndola hacia el escenario. Isabel le opone una ligera resistencia, pero le sigue.

—Acostaos como he dicho —ordena Alejandro.

Jorge se tumba en la cama boca arriba. Isabel se va al otro lado, primero se sienta y luego se echa lentamente, también boca arriba. La distancia entre ambos es la máxima. Jorge habla.

JAIME (Jorge).— ¿Ya no me quieres?

ISABEL.— ¿Por qué lo dices, Jorge?

—¡Alto! Isabel, el que está a tu lado se supone que es Jaime, el personaje. Jorge está haciendo momentáneamente su papel —interrumpe Alejandro.

ISABEL.— ¿Por qué lo dices, Jaime?

JAIME (Jorge).— Como te has ido tan lejos...

ISABEL.— Es que estoy pensando en los chicos. Me parece que no vamos a conseguir que se entiendan.

JAIME (Jorge).— ¿Por qué lo dices?

ISABEL.— A los dos les gustan personas mayores.

JAIME (Jorge).— Yo creo que eso no es un inconveniente. Casarse y desearse no son la misma cosa. Y hablando de deseo, ¿por qué no te acercas?

ISABEL.— Ya voy —e Isabel serpentea su cuerpo para acercarse, pero aún se queda lejos.

JAIME (Jorge).— Está bien. Me acercaré yo. (Jaime hace lo mismo, pero hasta que se aproxima a Isabel. Le pone la mano en la pierna hasta donde le alcanza el brazo y la va subiendo lentamente, como, si ciego, tratara de reconocer el cuerpo. Cuando llega a la cadera, Jaime hace un ligero movimiento de aproximación hacia el centro. Isabel le coge la mano y se la lleva hasta su vientre, donde la deposita, siempre cogida con su mano. Jaime inicia de nuevo el recorrido ascendente. Isabel le acompaña. Jaime llega a un pecho de Isabel y hace un movimiento circular con su mano, frotándolo. Isabel le acompaña en este movimiento, hasta que, violentamente, presiona la mano de Jaime con su mano, aplastando su pecho, luego mira tiernamente a Jaime. Jaime la besa sostenidamente en el hombro).

— ¡Muy bien! Ahora ya puede Jaime ocupar tu lugar, Jorge. Jaime, sube y ocupa el lugar de Jorge —ordena Alejandro.

Jaime, en un segundo plano de la sala, ha estado mirando la escena. Su rostro, enrojecido por la sangre, que no de vergüenza, no permite que los demás puedan adivinar la causa. Está transpuesto y no oye que Alejandro le llama. Insiste.

—Jaime, ¿pasa algo? ¿Por qué no subes?

—No voy a subir. Me encuentro mal; quizá ha sido la cena. Preferiría irme a casa.

—Está bien. Se suspende la función. Mañana la reanudaremos. ¿Quieres acostarte un poco, ir al baño?

—No, no. Quiero irme a casa.

—¿Te lleva Isabel?

—Sí. Yo le acompañaré —dice Isabel, que baja con rapidez del escenario.

—Jorge: tú eres medio médico, ¿no podrías saber lo que le sucede a Jaime? —interviene Alejandro.

—No hace falta. Necesito descansar, eso es todo —dice Jaime.

—Pues no perdáis más tiempo. Sí, quizá nos hemos excedido con la comida y la bebida —dice Alejandro.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta Ana, al tiempo que le coge del brazo por si necesita un apoyo.

—No, Ana. Se me pasará. Ya me ha sucedido alguna vez —y rechaza la ayuda de Isabel

—Como quieras. Cuídate, Jaime —le dice Ana con voz preocupada.

—Vamos, Jaime —dice Isabel.

Jaime e Isabel salen delante. Ya han traspasado todos la puerta del mini teatro. Alejandro dice, dirigiéndose a Jorge:

—Jorge, ven conmigo que te dé las llaves. Vosotros ir saliendo, si queréis. Jorge os alcanzará —y tira del brazo de Jorge, obligándole a seguirle a paso ligero, adelantando a todos y entrando en la cocina.

—¿Qué pasa? —dice Jorge—. Las llaves las tengo yo.

—Escucha: cuando traspasen la alambrada, te ocultas y los sigues con la vista. Observa si el coche llega a tomar la carretera. Aunque está oscuro, podrás seguir las luces. Si ves que se paran en el camino, te acercas andando, no por el camino, sino dando un rodeo por la finca. Procura que no te vean. Acércate lo suficiente para que puedas percibir claro lo que sucede dentro del coche. Quédate escondido hasta que se marchen y luego regresa.

—Ni una palabra más, jefe. Podrías escribir una novela. ¡Dios, qué imaginación! —dice Jorge con una sonrisa luminosa.

Alejandro y Jorge salen y se unen al otro cortejo que ya va delante.

Jaime se acomoda en el asiento al lado de Isabel. Isabel pone el coche en marcha. El coche sale franqueando el portón del muro, y como en otras ocasiones para cerrar la verja, Jorge toma asiento detrás de Isabel y Jaime.

—Dame la mano, Jaime. Veamos cómo está ese pulso —dice Jorge.

—De verdad que no es nada importante; una pequeña indigestión —dice Jaime, que, no obstante, le acerca la mano.

—Sí que tienes agitado el pulso —dice Jorge, cogiéndole la muñeca entre sus dedos—. Si no te mejoras, llama al médico por si acaso se trata de una cardiopatía.

—Lo haré, no te preocupes.

El coche llega a la verja, e Isabel detiene el coche un momento para que baje Jorge.

—Adiós a los dos. Y que te mejores, Jaime.

El coche parte, y pronto sólo las luces se hacen visibles. El polvo las vuelve tenues, pero perfectamente perceptibles en su continuo zigzaguear. Jorge hace como que cierra la verja y observa. Piensa que pronto él será invisible para los ocupantes del coche si miran por el espejo retrovisor, y no toma más precauciones. Jorge calcula que ya deben estar cerca de la carretera, y si la toman, las luces harán un giro de noventa grados hacia la izquierda. Jorge permanece estático, los ojos fijos en aquellas luces, esperando. De pronto las luces dejan de zigzaguear. Jorge agudiza más el sentido de la visión para cerciorarse de que aquellas luces ya no se mueven. Piensa que, quizá, el zigzagueo converja en un punto visto desde la lejanía, y continua mirando. La carretera ya debe estar cerca, y esas luces, cuando entren en la carretera, deben moverse linealmente a la izquierda. Pero el tiempo pasa y las lucen permanecen fijas en el mismo punto. Jorge, sonriendo, se imagina la naturaleza pequeña del hombre

abriéndose en un volcán y ríos de lava candente. Jorge concluye que ya no necesita aproximarse. Observa durante cinco minutos. Las luces se apagan. Esto no inquieta a Jorge: "Seguro que han tenido en cuenta la batería", se dice a sí mismo. O quizá las han apagado para no delatar una intimidad furtiva.

Alejandro y Ana se han sentado. Alejandro conversa con Ana.

—Parece que tarda Jorge —dice Ana.

—Cuanto más tarde, más noticias nos traerá.

—¿A qué te refieres? ¿Qué noticias?

—Según espero, Jorge será el mensajero que yo esperaba hace tiempo.

—¿Otro simbolismo tuyo?

—No; esta vez se trata de la realidad misma.

—Sigues hiperbólico en tu lenguaje. ¿Me vas a explicar de qué se trata?

—Él nos traerá la buena nueva. Es posible que hoy haya recorrido una parte definitiva de mi camino, Ana. La verdad es que ya estaba empezando a estar fatigado y tenía ganas de alcanzar la meta. Habrás notado que últimamente he tenido momentos depresivos. Me fatigaba más ver que la meta se alejaba que el camino que recorría para alcanzarla. Hoy, por fin, la meta se ha parado como una foto fija, y ya podré decir cuándo pienso cruzarla.

—Presiento que me estás diciendo algo importante, pero tantas veces has estado representando, que bien pudiera ser que también esta vez sea eso.

—Efectivamente, Ana: estoy representando mi último acto, pero a continuación se bajará el telón y ya no habrá más comedia para mí.

—¿Quieres que hagamos el amor? Quizá eso te devuelva la esperanza, al menos de momento.

—Tu intención es más corrosiva para mi esperanza que revitalizadora, porque eso que llamas amor no es otra cosa que el veneno que mata precisamente mi esperanza. Y cuando no amanezca, ¿qué será de mí?

—¿Qué quieres decir, Alejandro, con cuando no amanezca?

—Como un destino trágico insoslayable, se ha instalado en mi ánimo la expresión: "Cuando no amanezca". Parece referirse, sin más obviedades, al destino final: la muerte. Pero el Hombre sufre, sí, sin duda de otras muertes antes de la muerte del ser en su totalidad, física y, por tanto, anímica. Y así, por ejemplo, habrá otra muerte para el que habiendo amado, ya no pueda amar nunca más. Alguien dirá: La voluntad y la capacidad de amar permanece en el Hombre hasta su final físico. Yo pienso que no. El Hombre, llega un momento, no necesariamente temporal o de término, en el que el corazón, entendido corazón en su sentido metafórico lírico, siente su último espasmo amoroso: es cuando, al despertarse de un sueño de amor, comprueba que sigue soñando; y eso viene a ser lo mismo que no amanecer para él.

—Creo comprenderte, Alejandro, pero ante el dolor que los demás sufren sólo podemos ofrecer consuelo. Yo te ofrezco ese consuelo, de todo corazón.

Por largo tiempo los dos permanecen callados. Ana, porque cree que ya ha dicho todo lo que podía decir en esta circunstancia, que se le aventura límite y largamente presentida; Alejandro, por esa misma circunstancia, que ahora ve próxima, la circula en su mente para que no se le escape. El consuelo del que habla Ana sólo es una vileza.

Ruidos de puertas que se cierran, se escuchan. Alejandro sale de su introspección.

—Consolar es poco gratificante para el que consuela, Ana. Pero ahora, calla, creo que viene el mensajero —y reclina su cabeza sobre el respaldo del sofá, mientras cierra los ojos para no ver al que llega: un cansado pero eufórico Jorge.

—Sí, ya vuelve —y Ana se queda mirando cómo la figura que tiene a su lado resigna toda su vitalidad.

Jorge llega sonriente, levantando el brazo derecho con aspecto triunfal, como si portara una bandera de victoria. Al ver el cuadro, se para y deja de sonreír.

— ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Cállate, Jorge, no digas nada —dice Ana.

—¿También está enfermo Alejandro? Eso ya sería para alarmarse.

Al oír esta pregunta, Alejandro se incorpora. ¿Puede ser posible el que Jaime esté enfermo de verdad? Si así es, Alejandro se habría equivocado esta vez y la comedia tendría que continuar. Ve cómo la meta, que había permanecido inmóvil hasta la llegada de Jorge, emprende de nuevo la marcha alejándose. Mira a los ojos de Jorge, como el reo mira a los del juez queriendo leer en ellos la sentencia no pronunciada. Jorge no sabe si Alejandro espera su mensaje o refuerza la petición que le hiciera Ana de callarse. Finalmente, ante el abismo que abre el silencio ante Alejandro, se lanza a él, al encuentro de lo que había intuido.

—¿Qué nuevas traes, Jorge?

—No sé de qué se trata, pero no se lo digas, Jorge —dice Ana, anticipándose suplicante.

—No entiendo nada. Se me hizo un encargo y ahora resulta que no debo entregarlo.

—Ana se compadece de mí, y ella no sabe cuánto mal me hace su compasión, por eso no se lo reprocho. Habla, si lo que tienes que decir no es ambiguo.

—Estoy seguro que Jaime e Isabel han follado en el coche. La escena que estábamos representando la han continuado al margen de su director.

—Esa no era mi comedia, Jorge; era la de ellos, y me atrevo asegurar que se representaban a sí mismos.

—¡Ahora comprendo! —exclama Ana—. Todo ha sido un juego más, y en esta ocasión absolutamente perverso. Terminaré no sabiendo cuándo vivo de verdad y si lo que siento corresponde a la realidad. Me habías asustado, Alejandro, y casi lo prefiero así. De modo que todo este montaje del teatro y demás, sólo ha sido para poner a Jaime e Isabel a calentar al fuego del infierno. Después de todo, me alegro que todo haya sucedido así; así me evita tener que acostarme con Jaime, cosa que no me apetecía en absoluto. Pero ¿qué significa esto para ti, Alejandro?

—Qué sentimientos más embarullados y contradictorios los tuyos, nena. ¿Crees que lo habrías conseguido? Me refiero a Jaime como objetivo tuyo y no al revés —pregunta Jorge.

—Hace tiempo sé que Jaime me desea, pero demostraba mucha fuerza, se resistía a mi tentación. Yo, ante el temor a que se molestara, no profundice en seducirlo a las claras. La escena de la cama lo debió poner a cien y no pudo resistir.

—Yo pienso de Isabel lo mismo que Ana de Jaime —dice Jorge—. Isabel me ha estado comiendo con los ojos desde el primer día, y no comprendía cómo aguantaba tanto. Siempre me rechazó a la menor insinuación, aunque sin molestarse. Me abono a la tesis de Ana; estos dos han descargado por el camino la tensión acumulada.

—Bien. Esas presunciones no interesan, no me interesan. Yo necesitaba evidencias de su condición corrupta o corruptible, y ya las tengo. No obstante...

Ana cree oportuno puntualizar, y le interrumpe.

—Esas evidencias no han sido obtenidas por ti de forma personal, como tú querías —comienza Ana—. Tú te fías de lo que Jorge te dice. ¿Quién puede asegurar que Jorge no miente? Si partes de una premisa falsa, o no probada, tu conclusión será equivocada. Tú también entras en contradicción con lo que reiteradamente nos has enseñado: que todas las evidencias que nos aportan los demás son en sí mismas frágiles y que las únicas que nos valen son las que nosotros obtenemos. No es que esté de acuerdo del todo, pero si aplaudiré que, al menos, seas coherente con lo que has venido sosteniendo, precisamente en esta ocasión.

—No me has dejado terminar. Tienes razón, Ana, y deberé comprobarlo personalmente. Pero era antes partía de una premisa, ahora parto de una duda personal. La premisa es un pensamiento, la duda un sentimiento que se balancea entre la verdad y la mentira.

—Podríais discutir sobre mis razones para mentir o decir la verdad. ¿Qué razón, por ejemplo, podría tener yo para mentir? —dice Jorge.

—Razones perversas, Jorge. Piensas que te vendría bien que yo precipitara mi decisión —dice Alejandro, interrogando con los ojos a Jorge.

—Efectivamente podría ser, y no lo había pensado. Pero también habría pensado en las consecuencias para mí el que tú me cogieras en una mentira. Si fuera tan fácil mentirte por el fin que supones, ya hace tiempo te habría dicho que mi objetivo con Isabel se había confirmado en el sentido que tú esperabas, y ya ves que he hablado de lo contrario.

—Tu razonamiento es convincente y me acerca a considerar como verdad lo que has declarado, pero también se puede edificar una mentira sobre el soporte de una verdad. Inteligente como eres, sabes que tu mentira es más creíble si la apoyas en una verdad, como en este caso.

—Déjate de rollos y piensa lo que mejor te parezca, Alejandro. Te digo que es verdad, y si compruebas que es mentira, haz conmigo lo que quieras; al fin y al cabo, el mismo camino tienes que recorrer para verificar si lo que digo es cierto o es mentira.

—Cuanto más hablas, más cerca estoy de creerte, Jorge. Pero no soy hombre de fe, y te aseguro que lo comprobaré por mí mismo. Es muy importante que lo que admite la razón lo comprueben los sentidos, eso es todo.

—Pues es muy sencillo: como supongo que se ha de repetir, la próxima vez vas tú y lo verás con tus propios ojos —termina Jorge.

—Estoy cansado y quiero irme a mi habitación. Si queréis, seguid vosotros hablando —y Alejandro se levanta torpemente del sofá, alejándose en dirección a su habitación.

Mientras camina, Jorge y Ana le cubren con su mirada, como para que no se desvanezca de una realidad que ellos quieren controlar. Ana interroga a Jorge cuando Alejandro desaparece de sus vistas.

—¿Es cierto lo que has dicho?

—¿También tú? ¿Pero es que no se puede decir algo que no sea de inmediato cuestionado?

—A mí siempre me has dicho la verdad, por dura que fuese, por eso te pregunto.

—Claro que es verdad, ¿qué otra cosa podrían estar haciendo?

—¿Cómo dices? ¿Tú aseguras que es verdad porque no admites que pudieran estar haciendo otra cosa? Explícate, por favor.

—Exacto. No hace falta ver para imaginar que... ¡Vaya, me parece que he metido la pata!

—Tú lo has dicho. ¿Tú sabes la trascendencia que tendría una aseveración como la que has hecho? ¿Sabes lo que eso supone para Alejandro?

—¡Al diablo con Alejandro! Estoy hasta los huevos de vivir al son que nos marque este cretino, que no tiene cogidos por los ídem. Ahora lo que me preocupa es que no haya sido como yo he supuesto y Alejandro compruebe que le he mentido. Bueno, le diré cómo ha sido y que él deduzca lo que quiera. Verá que tenía motivos para creerme convencido de lo que he supuesto. ¡Joder, si estaba más claro que el agua!

—Y bien, ¿cómo ha sido? Yo juzgaré lo claro que está.

—Me quedé observando como partían. La noche y el polvo sólo permitían seguir las luces del coche, que zigzagueaban mientras el coche se movía. Ya cerca de la intersección del camino y la carretera, o de donde yo suponía que estaba esa intersección, las luces dejaron de zigzaguear y se mantuvieron fijas durante unos minutos, luego se apagaron. Pasaron quince minutos para que aparecieran de nuevo las luces y estas volvieron a zigzaguear, prueba que el coche se había puesto en marcha. Todavía lo seguí un buen rato, hasta cuando las luces hicieron un quiebro a la izquierda en dirección al pueblo. ¿Qué crees tú que hicieron durante ese tiempo a coche parado, rezar el rosario?

—Ahora sí has dicho la verdad, pero los hechos que se esconden detrás de esa verdad sólo están en tu imaginación.

—Repito: ¿tú qué hubieras deducido? Porque los dos decís muchas chorradas para confundir.

—Habría pensado lo mismo, no deducido, y habría ido a comprobarlo. Parece mentira que tú, el pragmático, aceptes ahora especular con lo que

imaginas. Aunque ahora que lo pienso, con lo del cofre estás haciendo lo mismo. Claro que una cosa va ligada a la otra: estás deseando comprobar lo que contiene el cofre y, eso sí, sabes el camino más corto para conseguirlo.

—Pues ya está hecho. Mañana le diré a Alejandro cómo ocurrió. Pero has dicho que lo habrías pensado, no deducido; no entiendo la diferencia.

—Porque la imaginación sólo elabora imágenes interesadas de acuerdo con nuestra naturaleza. Luego entra en funcionamiento la razón, a la que tú te atienes bien poco si no es para sacarle provecho inmediato. Si fueras como yo, habrías pensado que posiblemente Jaime se fue enfermo, y lo que habían hecho era pararse para que Jaime no terminara arrojando por la boca dentro del coche, o cualquier otra cosa aún peor relacionada con su supuesta enfermedad. Este pensamiento tendría prioridad a cualquier suposición parecida a la tuya.

—Reconozco que en eso no pensé. La culpa la tiene Alejandro, que indujo en mí la sospecha de que esos iban a follar por el camino.

—¡Vaya médico que va a salir de ti!

—Bueno ya; dejemos esto hasta mañana. Cuando le cuente como sucedió, Alejandro agradecerá el no tener la duda de lo que pudo pasar y todo volverá a ser como era.

—Tú lo dices todo y no sabes nada. Me voy a la cama.

—¿Voy contigo?

—Masturba tu imaginación —y Ana se levanta, dejando a Jorge sentado de mente y de cuerpo.

Al día siguiente y mientras desayunan, Jorge explica a Alejandro cómo había sucedido lo que luego le permitió deducir. Alejandro le dice que no tiene importancia y que en realidad esa aclaración deja menos lugar a la duda, que ha meditado durante la noche y que ha llegado a la conclusión de que, cualquiera que hubiese sido la explicación, el efecto para él habría sido el mismo: "tendré que ser yo, personalmente, el que compruebe tan importante asunto." Jorge y Ana se sienten más relajados, cada uno por diferente motivo.

Para Alejandro es esencial comprobar si Jaime e Isabel vienen esta tarde. Una enfermedad de Jaime haría que no viniesen; una disculpa, basada en la supuesta enfermedad, ya es más improbable. Ata cabos que le acercan a la verdad sobre estos dos sujetos, convertidos por él en cobayas.

Por la tarde, como de costumbre, vienen Jaime e Isabel. Alejandro pregunta a Jaime qué tal está y Jaime le contesta que ya está recuperado. También dice que con el aire del exterior ya se había sentido mejor. Esta expresión de Jaime no aporta siquiera una gratificante sospecha. Alejandro ha aleccionado a los chicos en el sentido que se muestren fríos con sus respectivos objetivos. Nada de insinuantes miradas, ni contactos furtivos, mejor mostrar un ligero enfado. Piensa que si habían hecho lo que se les suponía, este comportamiento de los objetos deseados les hará pensar que lo saben y esta es la forma de reprocharles su traición. Se sentirán ante una situación embarazosa y no tendrán ya la fuerza de fingimiento con la que presumían de incorruptos; tratarán sutilmente de reconciliarse dándose un poco más. Si sucede como espera, Alejandro sigue intuyendo que Jaime e Isabel se mostrarán más solícitos y receptivos con Ana y Jorge respectivamente, y con la intención de disipar cualquier duda sobre sus verdaderos sentimientos, pedirán disculpas, si llegara el caso, por sus traiciones respectivas. Alejandro observara todos estos detalles.

—¿Qué te pasa, Ana? Estás hoy muy seria —dice Jaime.

—No me pasa nada ¿y a ti?

—Tampoco, pero yo estoy hoy igual que ayer, sin embargo, tú...

—Déjame en paz, Jaime. Por lo visto tú llevas mejor que yo eso de que no pasa nada.

A Jaime se le contrae el rostro, y un leve enrojecimiento tiñe su cara. Se limita a mirar a Ana, sin atreverse a interrogarla. Ana le mira severa a los ojos, hasta que Jaime baja su vista. Alejandro observa con aires de distraído, luego dice:

—A ellos, e incluyo a Jorge, el aire del exterior no les debió causar el mismo efecto que a ti, Jaime. Ayer, cuando partisteis, Ana salió al encuentro de Jorge. Estuvieron un buen rato fuera, y cuando volvieron tenían esta misma cara. Yo también les pregunté qué les pasaba, y también me contestaron que nada.

Jaime e Isabel se miran, como pidiendo aclaración uno del otro sobre lo que en común ambos suponen. Isabel está envarada, con los ojos más abiertos de lo normal. Luego dirige su mirada a Jorge. Jorge la mira con una postura interrogante y displicente. Alejandro rompe este diálogo mudo pero lleno de significado.

—Supongo que es cosa de ellos y que nada tiene que ver con nosotros. ¿Estáis dispuestos, luego, a continuar con el ensayo?

—No veo a Jorge y Ana con mucho ánimo —dice Jaime.

—Ya veo que a ti no te falta —dice Ana.

—No es que me guste o me disguste, pero si hemos adquirido ese compromiso ante Alejandro... —dice de nuevo Jaime.

—¿Y sabes cómo continúa la obra? ¿Quieres saberlo para comprobar tu disposición a seguir representando el papel que te toca hacer? —pregunta Ana.

—¿Cómo continúa?

—Te lo diré. Ayer, cuando te pusiste supuestamente enfermo, la obra quedó interrumpida cuando tu personaje intentaba hacerle el amor a su esposa. Según Alejandro, también se habría interrumpido al escuchar el ruido de una puerta al abrirse. Tu personaje habría ido a mirar y habría observado que el personaje Jorge se iba a la habitación del personaje Ana. Le contarías lo que habías visto y los dos os habríais enfriado pensando en los chicos y en lo frustrados que quedaban vuestros respectivos sentimientos, porque los dos deseabais a los chicos y ellos os habían dado esperanzas de poder amarlos. Ahí terminaba la escena interrumpida. Pero el siguiente cuadro tendría lugar entre el personaje Jaime y el personaje Ana. Los personajes Jorge e Isabel se habrían ido de compras y Jaime y Ana estarían solos en casa. Ana coquetearía con su tío Jaime y los dos terminarían en la cama haciendo el amor. ¿Estás en disposición de representar eso, o esperarás que Alejandro te sustituya por Jorge o él mismo? No; quizá te vuelvas a poner enfermo.

Obviamente Ana se ha inventado las intenciones supuestas de Alejandro para continuar la obra. Alejandro piensa que ni él mismo las hubiese mejorado. Todos han estado expectantes ante lo que escuchan y ahora también ante la respuesta de Jaime, al que miran interrogantes. Jaime mira atónito a Ana. Está rojo de sangre alborotada por nuevas urgencias que se le hacen inaplazables. Tarda un poco en responder, y lo hace con una pregunta.

—Ana: ¿puedo hablarte en tu habitación? —la pregunta más suena a una orden que a un ruego.

—¿Por qué? ¿Qué tienes que decirme que no puedas decirlo aquí?

—Te lo pido, por favor. Quiero decirte algo personal —reitera algo más suave.

—De acuerdo. Vamos.

Mientras Ana y Jaime parten, los dos personajes restantes, no Alejandro, se hacen preguntas. Isabel se pregunta si Jaime hará a Ana alguna confidencia especial, relacionada con ellos. No hay razón para hacerlo y sí para ocultarlo; ¿entonces...? Jorge parece creer que Jaime quiere, al fin, confesarle a Ana su preferencia por ella y que lo de la noche anterior había sido algo anecdótico, accidental e imprevisto, de lo que está muy arrepentido y solicita que Ana le perdone. Sólo Alejandro ha captado el efecto que las palabras de Ana han causado en Jaime; por eso, y con la disculpa de ir al baño, se va a su habitación, confiando poder captar imágenes que valgan más que las palabras, que, desgraciadamente para él, no puede oír. Ahora su intuición no le es suficiente.

Ana se dirige a su habitación seguida de Jaime, algo arrepentida de su osadía y pensando en la bronca que Jaime le va a dar. No tiene claro por qué se le ocurrió decir lo que dijo, pero ahora comprende que se ha excedido. También le asalta la duda: "Si Jaime quiere reprenderme, ¿reprenderme de qué?" "¿Y por qué no hacerlo en presencia de todos?" Lo que ha molestado a Jaime ha sido la última frase, en la que la ironía representa el subterfugio con el que él ha iniciado su caída posterior. Ana continúa hasta la puerta sin decir una palabra, seguida de un Jaime indescriptible y de pensamientos alocados, más que confusos, casi inhibidos por la inercia de un cuerpo hambriento. Abre la puerta e invita a Jaime a pasar. Jaime la toma del brazo y la obliga a entrar a su lado. Ya dentro, Jaime, frente a Ana, la coge del otro brazo, la mira y la atrae hacia sí hasta abrazarla fuertemente. Ana no puede comprender en este instante lo que sucede y se deja inerme abrazar. Jaime no dice nada, sólo intenta confundir su cara con el pelo de Ana y respirar sus aromas. Son unos

segundos interminables. Ana, finalmente y sin forzar el separarse, musita algo cerca de la cara de Jaime.

Pero dejo a Alejandro que interprete la escena, una escena tan importante para él.

—¿Qué te pasa, Jaime?

Jaime no contesta, ahora utiliza una de sus manos para que la cabeza de Ana no se separe de la suya, mientras con la otra atrae su talle hacia sí. Ana nota que a la altura de su vientre, Jaime está enardecido. Ana comprende entonces y hace fuerza por separarse. Poco a poco se siente liberada de aquel abrazo inesperado. Jaime, con los ojos empañados, muy brillantes, la mira sin dejarla libre del todo. Con voz trémula le dice:

—Ana, Ana, mi querida Ana. ¿Es verdad que me amas? No sé qué me sucede, Ana; nunca sentí algo igual y estoy muy confuso. Dime que me amas y no sólo que me deseas. Comprendo tu reproche si me amas, pero no si sólo me deseas.

—Primero déjame libre que me reponga. Comprenderás que ésta era la escena que menos esperaba. ¿A qué reproche te refieres? Puede que hayas traicionado el deseo sin traicionar el amor.

Jaime deja libre a Ana y adopta un a postura de abatimiento, mirando al suelo y con los brazos lacios.

—No, no; he traicionado el amor. Hasta ayer mi amor por ti era puro. Mis deseos sólo los motivabas tú, y no sé cómo pude hacer lo que hice. Quiero pedirte perdón, y que Dios me perdone.

—Tranquilízate, Jaime. Anda, siéntate y hablemos —dice Ana, tomando del brazo a Jaime y forzándole a que se siente.

Los dos se sientan juntos, mientras siguen hablando sin mirarse.

— Me debes despreciar y lo comprendo —dice Jaime con abatimiento.

—Entre tú y yo no existía ningún compromiso —contesta Ana sin mirarle.

Jaime mira hacia arriba, con la vista perdida en la transparencia de la bóveda del techo. En esa postura, habla.

—Yo, Ana querida, tenía uno con Dios y lo rompí. Dios me habría perdonado por amarte si hubiera sido fiel a ese amor, pero ahora sólo me perdonará a través de tu perdón, lo mismo que perdona a los pecadores cuando noso... cuando el confesor los perdona en su nombre.

Ana le imita alzando también su vista al techo de cristal.

—Te refieres a que has hecho el amor con Isabel, ¿no? Mira, Jaime, no dejes que Dios se entrometa en este asunto. Se trata sólo de algo natural entre hombres y mujeres. Y yo no tengo que perdonarte, pues que no tenía ningún derecho sobre ti. Ahora quiero creer que hiciste el amor con Isabel pensando en mí, y eso me alegra más que me entristece. Yo también lo he hecho pensando en ti, y hasta me he masturbado...

Quizá no es cierto lo que Ana confiesa, y sólo es una de sus idealistas debilidades con aquel que sufre, como lo había hecho conmigo. También pudiera ser que en este momento lo que pretende es algo tan sencillo como exculpar a Jaime. Quizá es para ella el momento de decirle que está a su disposición.

Jaime cree poder pasar del deseo a los hechos que lo satisfacen, y no pudiendo resistir más el ardor que le mantiene tenso, se arrodilla frente a Ana, la coge por su cintura y hunde su cara entre las piernas de la joven. Ana se calla y le acaricia el pelo. Siente que la excitación se apodera de ella y no opone resistencia al avance de la cabeza de Jaime, que como un falo enorme la penetra hasta su sexo. Jaime, ciego, se guía por el instinto. Ana permite que Jaime, también por instinto, visite el interior de su cuerpo.

Mientras tanto, yo devoro imágenes que provienen de la habitación de Ana. Ya no pienso, naturalmente, que esto es producto de mi intuición y tampoco echo de menos el oír las palabras y los para mí poco convincentes ruidos de la pasión. Pasión alimentada, en este caso, por una fruta prohibida, según unas convenciones no del todo justificadas a la luz de la razón, pero que, a la postre, viene a demostrar que para el hombre, cualquier hombre, las convenciones son tan frágiles como las convicciones, o, si se quiere, también vale dicho al revés.

Ana, para quien lo prohibido, ya había sugerido era exquisito, ha debido gozar de este pecado tanto como Jaime. Recuperados del espasmo, se han quedado silenciosos, mirando a través de la bóveda de cristal, seguros de no ver el dedo acusador del Altísimo. Ana rompe el silencio.

—Jaime, ¿sabes cuánto te puedo pedir en prueba de tu amor?

—Todo lo que esté en mi mano, amor mío — dice Jaime volviéndose, atrayendo la cabeza de Ana hacia la suya y acariciando su cabellera

—¿Aceptarías condenarte por mí?

—Sí, mientras me ofrezcas tu gloria. Espero que el Señor me dé la ocasión de confesarme y de pedirle perdón en mi última hora, por si no acepta que te haya amado. Pero si me hablara, no sabría elegir

Ana se acurruca melosa entre el mentón y el pecho velludo, masculino y estéril hasta entonces de Jaime. Después de un breve silencio, le dice:

—Quiero una prueba. ¿Tú has leído a Sade?

—No; está en el índice de libros prohibidos por la Iglesia. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Tú has pensado si Jesús hizo el amor alguna vez en su vida?

—Se ha especulado sobre ese asunto, pero Jesús predicó que hacer eso sólo se justificaba dentro del matrimonio y con fines de procreación, así que, por ser coherente, no, no debió hacer nunca el amor. Y va a ser difícil

que lo comprenda en lo sucesivo, pues hay algo en hacer el amor que va más allá del acto físico de fornicar, y que he descubierto contigo.

—Pues te equivocas; lo ha hecho, aunque no sé si gozó como tú.

Jaime empuja suavemente a Ana hasta tener su cara frente a la de ella. La mira con perplejidad y le pregunta:

—¿Te refieres a nuestro señor Jesucristo? ¿Por qué aseguras eso?

—Si hubieses leído a Sade, lo sabrías. Claro que aquello pudo ser ficción, pero es que yo hice lo mismo una vez...

—¿Qué fue lo que hiciste?

Ana se queda pensativa, con los ojos cerrados. No puede decírselo. Cómo contarle a Jaime semejante sacrilegio... Y sobre todo, ¿es la prueba necesaria? ¿Siente ella un tan gran amor por Jaime que precise de aquella prueba ciega y brutal sacada del personaje de Sade y que éste relatara en uno de sus obras? Aquello fue la elucubración de una mente degenerada o llena de odio, más que la sublimación del amor físico en una mujer enamorada. Ana no se atreve a decirle cómo había sido; además, es muy probable que sea mentira que Ana hubiese hecho algo similar. Ana termina confiando en que Jaime no sienta la tentación de leer a Sade. En su lugar idea algo místico:

—Es que yo he deseado hacer el amor con Jesús y hasta lo he sentido dentro de mí, como acabo de sentirte a ti.

Jaime se relaja y hasta esboza una sonrisa. Acaricia la bella melena de Ana y dice:

—Mi querida Ana. Me hablas de un amor místico que te debió agradecer nuestro señor Jesucristo. Lo amaste hasta ser toda suya en tu voluntad de entrega, y si tu cuerpo gozó de aquella unión, el espíritu de Jesús y el tuyo sólo sintieron amor recíproco. No te preocupes; ya ves que tu conciencia no te lo reprocha y, por supuesto, yo tampoco.

Y Jaime vuelve a poseer a Ana, sin darle tregua a reponerse de tan inesperada condescendencia de un sacerdote de la Iglesia. Pero ya se había apuntado en Jaime cierta heterodoxia, que a él le viene bien para acomodarse a cualquier circunstancia.

Y como, a estas alturas, o anchuras, ya toda premura es obligada para resolver algunas incógnitas que se habrán suscitado en los lectores, a continuación, y de forma sucinta, se da cuenta de ello, sin entrar en prolijas descripciones que están fuera del propósito de esta obra.

El caso de Isabel y Jorge se resolvió de forma un tanto brusca y carente de hálito romántico, quizá porque la espera se colmó de impaciencia, o, vulgarmente, ganas. O quizá por que Isabel estaba preparada, una vez que habiendo pecado, el primer pecado no es un dique para el segundo, sino un cauce abierto. Y así, Jorge considerando que ya tenía suficientes indicios de que Isabel hacía tiempo que deseaba cualquier ocasión propicia para romper de una vez con sus prejuicios morales, ya totalmente deteriorados a pesar de sus ambiguos mohines de enfado, evidentemente teatrales, le dio esa ocasión y ella se dejó llevar. Jorge, con sólo el instinto del macho ante la hembra receptiva, reclamó el sexo que se le ofrecía en oleadas de estrógenos invadiendo aquel aire puro del mundo de Alejandro. Y, como si el teatro tuviera una continuidad más allá del guión que imponía Alejandro, que, por cierto, se había venido ensayando sin interrupciones ni excusas, aquella misma tarde, después de ensayar una escena bastante *caliente*, Jorge *obligó* a Isabel, una Isabel con los ojos encendidos y la boca anhelante y la mejor representación que había hecho hasta entonces de sus

sentimientos, a practicarle una felación detrás del telón de fondo por el que habían hecho un mutis de urgencia. Isabel tuvo que esperar a otra ocasión para *desahogarse de tanta humedad*, y fue en la habitación de Jorge, con un espectador mirando por el ojo de una cerradura de la que sólo Alejandro tenía la llave.

Ana no le había dicho a Jorge lo que había pasado entre ella y Jaime, quizá por no darle celos y que en sus mordaces comentarios terminara descubriéndolo ante el resto. Tampoco a Alejandro, pues, desconociendo la técnica que éste utilizaba, pensaba que el efecto habría sido el mismo que obtuvo con la declaración de Jorge. Ana, no lo olvidemos, tenía sus reservas en ayudar a Alejandro, al menos en propósito de éste de acabar con su vida, y con inescrutable instinto femenino, le dio argumentos para que apreciara la vida que vivía y podía seguir viviendo.

Alejandro, y por si la metáfora anterior os desconcierta, con la información visual obtenida, a través de su sistema de cámaras furtivas, de todo lo que aconteció entre unos y otros y en días sucesivos, no viendo la necesidad de seguir con su obra *El amor y el dolor* para verificar lo que ya era evidente en el mundo de los sentidos, y probablemente también una representación de los sentimientos, consideró cumplidamente probado que, dadas las condiciones apropiadas a cada caso, el hombre y la mujer dejaban de representar los grandes principios y se entregaban a cualquier forma de subversión de los mismos, impulsados por sus sentimientos o simplemente sus instintos. Y como, según que casos, estas cosas se suceden de forma espasmódica, como el que come sin freno ni medida después de un largo periodo de ayuno, aquellos amores, que se confundían con el más prosaico deseo, hicieron del vicio del cuerpo satisfecho, y al contrario de lo que se había dicho aquí mismo, la virtud maltrecha y

dolorida del alma. Pero a quién importaba el alma en un mundo con un dios como Alejandro…

* * *

Los sentimientos son más complejos que sus imágenes, y cualquier representación de los mismos necesariamente burda e imprecisa.

Si algún narrador de pluma barroca, o simplemente lírica, hubiese tenido el privilegio de asistir con su imaginación a lo que sucedió a partir de entonces en aquel lugar, se habría visto obligado a sintetizar en metáforas la falta de material sensible. No así los fieles al naturalismo, que a buen seguro habrían hecho increíbles virguerías con la vulgaridad y la reiteración de los hechos que se sucedieron en aquella casa, un templo del amor libre, del placer de la gula, de la esperanza en constante e impaciente espera hasta convertirse en ansiedad por recoger los dorados despojos, y poco más. Pero, no teniendo yo apego a lo barroco y menos al naturalismo, no veo por qué he de hacer florituras literarias, que serían, en todo caso, tachadas de excesos imaginativos por cualquier lector crítico, o simplemente oportunista, buscador de incoherencias entre el fondo vulgar y la forma sublime.

Y por aclarar por qué digo lo anterior, añado que se ha de aceptar como algo bastante evidente que el sexo, superados los miedos, los prejuicios y los posibles daños colaterales, sólo es variación sobre el mismo tema, allegro ma non troppo; que comer con gula no proporciona sublimes imágenes a la literatura, como tampoco lo hace el defecar, con quien guarda parecido después de considerar, sin escrúpulos, la tesis de Jorge; que la avaricia es vulgar si no va seguida de algún crimen que otro, eso sí, necesariamente refinado, para defender lo que se posee o conseguir lo que

se desea; y que la ambición no vende en literatura si no se acompaña de un brutal acto de violencia.

Tampoco creo que se atreviera a hacer consideraciones éticas o morales, con sinónimos y antónimos fluidos y fundidos en complejas estructuras gramaticales para sorprender a los incautos, salvo que ése hubiese sido el propósito, confesado o inconfesado, de aquel que lo hiciera.

Entonces, ni una cosa ni la otra. Ni pornógrafo ni moralista. Asumo la enseñanza del maestro Rudyard Kipling, que nos dijo a los escritores, que podíamos inventar una fábula, pero no la moralidad de esa fábula. Tampoco exegeta de la ética ni voluntarioso conductor de la humanidad, prestando, pues que no escribo de encargo, lo que nadie me pide: loables esfuerzos a explicar a los hombres lo que es bueno o malo después de profusos ejemplos traídos de la mano. Y como arriba decía, tampoco retórico, que haga de mi pensamiento un florido jardín lleno de banalidades atractivas. Lo cierto es que ya no estoy para esto y aquello, y tengo prisa por acabar con este asunto. Sigamos, pues.

Lo que en aquel nuevo mundo se hizo a partir de sentirse seguros de no ser juzgados por los hombres, y pues que el juicio de Dios preocupa menos, se esté donde se esté, fue lo mismo que ya se venía haciendo en el otro, eso sí y como digo, quizá sin los miedos que les habían hecho hasta entonces representar un teatro de máscaras.

Pero, un poco con la inercia a describir lo que aquello llegó a ser, por si alguien lo pone en duda y pierde la perspectiva, y vaya a suceder que, persuadidos de la bondad del hombre, o ignorantes de hasta dónde puede llegar, digo que podéis imaginar, y si no estáis acostumbrados, un lugar donde todos en un círculo, o en cama redonda, se afanan en hacer bueno el

principio de infringir todas las normas, no sólo las éticas, sino también las estéticas; imaginad estómagos como cavernas sin fondo, gargantas profundas, fisiologías forzadas de polos intercambiables; imaginad un jardín de Epicuro degradado por los hombres, que supone serlo infinitamente más que por los cerdos, pues que estos gustan de los fangos, pero no saben de los légamos de las concupiscencias. En fin, todo aquello de lo que ya se ha escrito con gran escándalo para unos, regocijo para otros y gran provecho para sus autores, y que repetirlo supondría el seguidismo más burdo no exento de vulgaridad. Y no se piense, no, que es un exceso insinuado que enmascara la excusa de una carencia. Les recuerdo que la cantera de héroes, de virtuosos, de dignos exponentes de las buenas costumbres que se convierten en execrables miserables, de obscenos acólitos de Sade, se puede encontrar con facilidad en el mundo irreal de los cuentos, de la mitología y de las narraciones fantásticas a las que, si vuestra preferencias os inclinan, podríais recurrir, como yo si hubiese querido no esforzarme demasiado en imaginarlo y luego describirlo. Y esto que digo, que pareciera original, explica, más o menos, que las excepciones que rayan entre lo mucho y lo poco, entre las que probablemente nos encontramos, son mayoría, y por ser mayoría, ¿nos llamaríamos vulgares? No, nadie puede llamar a otro vulgar; quizá todos somos vulgares, y los diferentes sólo son imaginación nuestra.

Pero, puesto que siempre hemos de tener una perspectiva moral de nuestros actos, tendríamos que decir que una cosa es que se supriman los miedos que limitan nuestros comportamientos, y a lo que nada se debería oponer, y otra cosa bien distinta es que el hombre sin ellos pierde mucho en la comparación con los antropoides. Me apresuro a aclarar que los antropoides son coherentes. Quizá volvemos al origen y los miedos se van perdiendo, y eso debería alegrarnos si la libertad individual, de grupo o de

la entera sociedad no se relajara en el sentido de sospechar que pronto podríamos tener el Mundo de Alejandro a escala universal, en el que todos termináramos siendo hombres-payaso, y eso sí que es triste como perspectiva. Yo no tengo la fórmula mágica que lo remedie ni deseos de inventarla, suponiendo que fuese deseable para todos, cosa improbable, salvo la intuición de cuál podría ser la causa, y ya sería una buena aportación conocer la causa. Supongamos que, con la desaparición de los miedos, las ideas van quedando relegadas a ser meros comparsas de los sentidos, cuando no instrumentos de estos, por lo que quizá los miedos no son tan nefastos, ya que permitirían al hombre seguir con eso tan extraordinario que nos hemos inventado: cuerpo y espíritu. En cualquier caso, pareciéndome que me estoy saliendo de mis propias limitaciones, pues que no vislumbro claramente las consecuencias para el mundo, que allá con su caprichoso fundador, ya, sin entrar en mayores contradicciones, me dispongo a forzar las consecuencias para el Mundo de Alejandro, del que soy creador no menos caprichoso.

Así que, como, en definitiva, en ese Mundo de Alejandro nada había resultado bueno y suficiente para cualquiera que no fuese Alejandro, ya que para los demás sólo era bueno e insuficiente, como, por otra parte, sucede en el mundo real para los inconformistas ambiciosos, la representación confirmaba, eso sí, que ningún atisbo se hacía presente por el que aquello hubiera valido la pena ser relatado.

Cansado de esperar de mi subconsciente no algo positivo que se parezca a mis semejantes más honorables, que sirviera de ejemplo y estímulo para los demás, sino también un semejante absolutamente positivo que me sirviera de ejemplo y estímulo a mí, voy, sin mayor dilación y absurdos ejercicios forzados de imaginación, al relato del último acto. Invito a todos, para que juntos podamos bajar el telón de esta comedia, o... mascarada, si

así lo queréis, y purificarnos de las vanas esperanzas de que nuestra comedia sea mejor. O si lo queréis, con los juicios que os haya provocado, y de los que ya os puse sobre aviso, luego, o a la vez, que cada cual siga el papel que quiere seguir representando en el único, real y verdadero mundo en el que estamos confinados, y que sigan algunos en su empeño falaz de pintárnoslo con todos los colores del arco iris, y otros con el negro de los abismos. Extremos censurables si tratan de imponérnoslos, pues que una mezcla de ambos nos acerca al realismo trágico que da siempre un inevitable gris, querámoslo o no admitir.

El Nuevo Mundo cumplía dos años en la medida del tiempo que tienen los seres humanos para contar lo que va quedando atrás, irremisiblemente perdido. Un fugaz instante en el tiempo del cosmos y no menos fugaz en el tiempo de un mundo en el que el hombre, por siglos, no había conseguido avanzar en el propio conocimiento de las claves, no ya de la vida como curiosidad científica, sino de la vida como razón de ser. Por lo demás, el mundo de Alejandro no podía escapar a las leyes del *universo*. Como cualquier mundo, engañado por el tiempo eterno del cosmos al que pertenece y que le hace vivir confiado, el de Alejandro, lo quisiera o no, había tocado a su fin; en este caso como si, de repente, se hubiese detectado en él el síndrome del envejecimiento prematuro.

Un día, a la fatiga de este mundo de Alejandro, se unió la de los pequeños hércules que lo venían sosteniendo por mandato pagado, que no imperativo. El alcalde y sus concejales del municipio donde se ubicaba, se vieron en la necesidad de comunicarle a su protector que, *debido a una imperdonable metedura de pata*, no habían previsto un plan de carreteras que, precisamente, y en un proyecto previo, ya señalaba que habría de pasar por la finca en la que estaba construida la casa, y que como la misma se había construido bajo la fórmula legal del silencio administrativo, pues estaba en precario ante el órgano superior de la región y no menos del estado. En resumen, que habiendo el proyecto definitivo de la carretera considerado que el trazado no variaría respecto del previo y provisional, la casa sería afectada y, por tanto, demolida sin mayores contemplaciones ni audiencias a las inexplicadas razones de los ediles, que habían aducido en sus recursos de interés público para el municipio la permanencia de aquella

casa. Esto fue lo que manifestaron a Alejandro. Pero se sospecha que no debió suponer para estos un motivo de especial sentimiento el tener que comunicar tan terrible noticia al hombre que tanto les había favorecido; en realidad fue una buena y forzada excusa en la que vieron la solución a los problemas que les habían surgido ya desde hacía unos meses. Alejandro había dilapidado, consciente o inconscientemente, todos sus recursos de supervivencia, de modo que eran ellos los que venían sufragando a sus expensas los cuantiosos gastos de electricidad, suministro de agua, impuestos y la no menos onerosa provisión de alimentos frescos, como verduras, frutas, lácteos, etc. La sola idea de que aquella situación podría prolongarse indefinidamente y que podría suceder que lo comido por lo servido, a aquella buena gente les estaba suponiendo un quebranto de cabeza como consecuencia del quebranto de sus bolsillos. Pero eso no era todo. Se acercaban elecciones municipales, y el pueblo *maledíciente* estaba por muchos motivos en la *malísima* ocurrencia, para ellos, de echar al partido del gobierno en las próximas elecciones. Un joven de estudios políticos por correspondencia había llegado a la conclusión de que en aquel pueblo no existía la democracia y que los modos caciquiles seguían siendo la detestable forma de actuación del alcalde y su equipo. Razones tenía el joven, y, como era ilustrado, no le fue difícil cambiar el miedo por la esperanza entre sus conciudadanos, los cuales ya habían manifestado, en sondeos hechos con la máxima discreción, que el gobierno del municipio tenía los días contados.

Naturalmente, estos probos señores no fueron recibidos en audiencia por Alejandro, ¡faltaría más! Por el sordomudo le hicieron llegar la sentida noticia de la situación, y que como máximo, podría prolongarse no más de seis meses y que ya no estaba en ellos hacer otra cosa que lamentarlo profundamente. También añadían, a continuación, que los ciudadanos del

presente y del futuro les estarían eternamente agradecidos; y que ya estaban preparando un pleno municipal en el que se aprobaría, sin duda, su nombramiento como hijo predilecto del pueblo; y que la calle principal llevaría su nombre; y se lamentaban que el deseo de ellos hubiese sido que fuese el de la plaza, pero que ésta ya se la llamaba Plaza de La Constitución, circunstancia ésta inmodificable por muchas razones, la más importante, que el pueblo se podría sublevar para impedirlo; y, finalmente, como prueba de gratitud personal por haberlos distinguido con su *amistad,* se ponían a su disposición para gestionar para él, y ante el gobierno de la nación, algún tipo de pensión vitalicia en razón de su altruista comportamiento.

Alejandro, que hubo terminado de leer la nota conteniendo lo que en síntesis antecede, esbozó una mueca en forma de sonrisa y se puso a pensar en el acto final. Si necesitaba que algo le empujara ante la duda, aquellos miserables acababan de hacerlo.

Alejandro, sin mayor preocupación por el meteorito en forma de carretera que destruiría irremisiblemente su mundo, hizo mentalmente una especie de balance de urgencia de lo obtenido con el tiempo que un cosmos implacable le había permitido vivir, y lo debió encontrar bueno y suficiente. Concluyó, desde su propia convicción, que su Nuevo Mundo había sido, como todos los mundos en donde pusieran al hombre, sin otra aplicación posible, una parada, fonda y burdel. Consideró que, al menos en su caso, podía disponer de su propio mundo y no tendría que suplicar que fuese amnistiado de la culpa por su degradación. En coherencia, para el suyo creyó Alejandro que había llegado el momento de poner fin a tanta miseria, sin considerar qué deberían hacer con los suyos otros supuestos creadores de mundos. Digo que así debió pensar Alejandro, o yo, a este punto, me estoy volviendo esquizofrénico por no encontrar otra salida a

este laberinto, que, en definitiva, a mí me da por pensar que es el laberinto de todos los hombres. Sé que algunos dirán que, de momento, no importan tanto las salidas, como que el laberinto se haga inhabitable, y me paree bien.

Una tarde, Alejandro decidió anunciar a Jorge, Ana, Isabel y Jaime lo que había decidido. Los convocó al salón y les pidió que le esperaran. Todos estaban persuadidos de que aquella tarde sería especial, y por un momento abandonaron la actitud festiva y monótona de los pasados días. Ya Alejandro les había dado muestras de cansancio y apatía, aunque ellos apuraban hasta la última gota de aquella existencia, que para procurar fuera placentera, con unos recursos materiales que empezaban a escasear, ellos debieron suplirla con la imaginación del que se considera feliz con serlo.

Mientras llegaba Alejandro, hablaban.

—Tengo la impresión que esto se acaba —dice Jorge— Me gustaría darle dos hostias a este tío capullo, que nos ha utilizado, ¡y de qué modo! Por una parte pienso ¡qué se joda! Pero, también me doy cuenta que jodíéndose él, nos jodemos todos.

—Deberíamos hacer un último esfuerzo por disuadirle —dice Ana.

—¿Disuadirle de qué? —pregunta Jorge con cara de enfado—. Por mí, ¡qué se vaya al infierno! Ya no vale nada.

—Yo ya lo he intentado todo —dice Jaime—. Es inútil cambiar los esquemas de un hombre cuando no tiene la más mínima esperanza, y desde luego ninguna fe que le ayude.

—Quién sabe si su última esperanza él la sitúa más allá de ese paso —dice Isabel.

—Ya veo por dónde vais vosotros. Yo hablaría de otra cosa —dice Jorge y continúa—. La fe, Jaime, es el cementerio de la esperanza, tío. Quizá ante el final, ya próximo según me figuro, algún registro de su

mente esté mandándole un mensaje sobre la posibilidad de la reencarnación, pero me cuesta creerlo; tiene muy asumido el carácter espontáneo y accidental de su existencia cósmica. A todos ahora nos pasa algo parecido, ¿no? Mira por donde, después de tanto buscar, hemos llegado a una verdad buena, suficiente y… jodida.

—Reconozco que algunas convicciones que antes tenía, hoy ya no las sostengo —dice Jaime—. Pero yo sigo creyendo en un Dios como principio de causalidad, que ahora lo veo más transparente y coherente, incluso he acendrado mis sentimientos. Antes lo veía más contradictorio.

—Desde luego, tú lo que tienes es un armario repleto de chaquetas. ¿Y qué huevos significa ese dios en el que crees ahora? ¿Lo puedes explicar desde tú inevitable naturaleza humana? Porque yo no me entero — pregunta Ana.

—Habla con respeto, Ana. Un dios que ha creado y rige el Universo y que ha hecho del hombre su mejor obra, aunque no todas las reproducciones le dejen satisfecho. Cada uno de nosotros es como el cuadro de un pintor que éste repite y repite tratando de mejorarlo. Dios, que no está satisfecho por completo de su obra, la recrea de nuevo...

Jorge le interrumpe

—¡Vaya, vaya! ¡Metáforas a mí! O sea, que como no está satisfecho, nos condena a desaparecer destruyéndonos. ¿Es ése nuestro único destino? ¿No nos exige más? Pues lleva siglos recreando su obra; estudiaría en la escuela de artes por correspondencia.

—Eso no lo sabemos —vuelve Jaime a intervenir sin inmutarse por la sandez de Jorge—. Y deja de hacer de bufón con esos sarcasmos tuyos que no hacen ni pizca de gracia. Quizá un símil mejor sería el del alfarero. El alfarero hace una pieza, la hace girar ante sus ojos para observarla, y en un deseo continuo de perfeccionarla, la destruye para con la misma materia

hacer otra nueva. Puede parecer excesivo que yo diga eso, pero no encuentro otra explicación para vosotros, puros materialistas.

—Pues eso es lo que hace el Cosmos. ¡Vaya parábola que nos trae aquí el neoconverso! —dice Jorge y sigue—. Nada de reencarnación, que suena a fábula fantástica. Lo que tú dices, pero sin tanto misticismo, es lo que cree Alejandro, y me atrevería a decir que todos nosotros: que somos eso, un accidente espontáneo del cosmos; tú lo llamas Dios, en su continuo crear, destruir y volver a crear a partir de la misma materia. El principio que dice que la materia ni se crea ni se destruye, sólo se transforma, también es aplicable a nosotros. En nosotros se destruye el orden espontáneo que nos dio la existencia, pero la materia, dispersa y sin espíritu en que nos convertimos, se va por ahí hasta integrarse en otros ordenes que surgen espontáneamente. ¿Y el espíritu?, os preguntaréis los románticos; con el espíritu pasa como con una lámpara: que deja de dar luz cuando no le llega electricidad. Y nada de una voluntad de alfarero perfeccionista, que sigue sonando a cuento; yo acepto la teoría de que el cosmos en su conjunto también se degrada, así que tu dios como mínimo está viejo y ya no puede sostenerlo. Por cierto, me estoy dando cuenta de que hasta ahora nunca antes mencionamos a Dios en nuestras charlas, y es extraño siendo tú cura...

—No utilices el nombre de Dios en vano. —dice Jaime y añade— Dios habría sido la máxima referencia, pero en este lugar no se nos permitía invocarlo, como tampoco a los hombres ungidos por el Espíritu Santo.

—¡Joder, bájate del púlpito a la cuadra en la que has vivido! Eso suena a excusa de quien no tiene madera de apóstol y menos de mártir —dice Jorge.

—¡Vale ya, vosotros! —corta Isabel—. Ya hemos hablado de cosas parecidas. Pero una cosa es cierta: que ya sabemos lo que somos, pero que

seguimos divagando sin saber a ciencia cierta por qué somos lo que somos y no otra cosa mejor. Ya habíamos llegado a la conclusión de que nos era imposible contestar a ese porqué y decidimos dejar de hablar de todo esto. No volváis a la misma rutina.

—Isabel tiene razón —añade Jorge—, y hagamos un ejercicio de humildad, no creyéndonos el ombligo del universo; bueno, aunque no sirve para nada, al menos no pareceremos como esos muñecos a los que les dan cuerda. Lástima que nada de lo que consume el hombre deje residuos reciclables para el hombre, porque aquí hay mierda a toneladas. Los dioses no debieron permitirle al hombre defecar por la boca.

—Tú, Jorge, siempre negando la divina razón de nuestra existencia. Es en ti como una obsesión que invalida tus opiniones —dice Jaime en un último intento de redimirse, quién sabe ante quién.

—¡Anda, déjate de monsergas! —exclama Jorge con desprecio— Eso ya no te lo crees ni tú. Estoy seguro que eres de esos que se dicen: "Ya no creo en ti, Señor, así que, te suplico, deja de darme por culo con tu ira". Tienes el canguis demasiado metido en el cuerpo, eso es lo que es. Todo, lo queramos o no aceptar, lo digan o no los filósofos, los teólogos y demás payasos, se reduce a la puta mierda siguiente, aportación que nadie me va a reconocer, seguro: desde que nacemos en ese puto mundo de ahí fuera, somos ya cadáveres para el Universo. Este mundo estará algún día lleno de tumbas. El viento de este mundo en el que vivimos seguirá soplando por un tiempo y borrará todos los epitafios de esas tumbas; el viento cósmico borrará el epitafio de este jodido mundo y sanseacabó. Somos una especie y un mundo a extinguir por propia autodestrucción, cada uno por su lado, eso es lo único común e inherente a toda naturaleza. En los seres humanos, al menos los de este mundo, además, es que somos muy aplicados, y eso lo llevamos más aprisa que la propia Naturaleza; es como si hubiésemos

aprendido a adelantar sus relojes y apuráramos la última gota de la teta, aunque se seque la ubre. Menos mal que aunque nosotros nos lo propusiéramos, no podríamos ir más allá del sistema solar, salvo, quizá, una semilla nuestra. Pero si eso fuese posible, los científicos deberían manipular primero convenientemente nuestros genes, pues allá donde vayamos seremos depredadores del Universo. Hombres, ¡puaf! —y Jorge escupe al suelo— Resumiendo: supongo que convendréis conmigo que todo lo que se sienta en positivo ha de proceder del reflejo de las cosas que nosotros nos imaginemos. Yo ya tengo mi motivo central para aguantar lo que me venga por delante; Ana, si no has cambiado, y vosotros, Jaime e Isabel, si no habéis renunciado del todo a vuestro Dios, podréis ir tirando con vuestras ensoñaciones. Desgraciadamente mi escéptica reflexión no la produce sino las cosas reales, así que soy el menos desencaminado. Todas las filosofías deberían concluir eso; si lo hubiesen hecho, ya habrían alcanzado la maldita verdad que buscan. Todo lo demás es ganas de marear una perdiz ya muerta desde el principio de los tiempos.

—Yo —habla Jaime— a pesar de haber subvertido en esta casa todos los valores a los que estaba obligado por mi fe, sigo creyendo en Dios misericordioso. Él me perdonará y me guiará de nuevo, como un buen pastor hace con una oveja descarriada, a la que ama tanto como a las que han sido dóciles y no se apartaron del rebaño.

Jorge cree el momento de acabar con esa rocosa postura de Jaime, quien, amparado en su proclamada fe, parece tener todos los argumentos para concluir, al menos, con todos los argumentos contrarios a la única verdad que él sostiene. Y así, dice:

—El problema de confiar tanto en Dios es que se ensancha excesivamente la esperanza en su auxilio, y pasa como cuando nos hartamos de un manjar que nos han regalado, que no nos ha costado nada

obtenerlo, luego ya habrá purgantes. Cuando esto sucede, tanto en las cargas del espíritu como en las apreturas de vientre, siempre tenemos la purga adecuada. No tengo nada contra la fe y contra aquellos que la tienen ciega, allá ellos, pero es una constante en ellos las subidas y bajadas bruscas de ánimo, de esperanza y desesperanza. También la soberbia de saberse elegido y la humillación de sentirse abandonado. La persona que abandona su libre albedrío en trazarse un plan de vida acorde con sus capacidades, sus virtudes y sus miserias y se refugia en la esperanza de ser guiado por el Señor, esa persona pierde muchas ocasiones de ser ella misma, para ser una marioneta que actúa a impulsos de iluminación divina, una ensoñación que crea su cerebro. Pero esa iluminación divina, salvo que se demuestre real, no pasa de ser una sugestión subjetiva, con lo que a la cura de la real enfermedad se le aplica una medicina homeopática, y todos sabemos que este tipo de medicina suele curar más el espíritu que el doliente cuerpo. Concluyendo, querido Jaime. Te pasarás la vida sufriendo, aunque tu espíritu se considere sano y pletórico de vida mística. Ya, en ese caso, todo podría justificarse dependiendo de la compensación que esperas de quien así sirves. También los buenos sueños compensan, a veces, las malas vigilias.

Jaime, Isabel y Ana, si algo tenían que decir, ya no pueden contestar a Jorge. Se acercaba, en forma de pasos que se oían cercanos, la presentida hora final en la que se engarrotan los pensamientos propios y se espera inerme la sentencia que rompe con la vida bajo el propio control, o inercial, para acercarse al borde del abismo.

—Callad, que ya viene —dice Ana.

Todos miran con ansiedad reflejada en sus caras hacia la puerta por la que aparece Alejandro. Alejandro los mira distante; todavía su mente permanece atrapada por una foto fija. Ha estado haciendo su último

ejercicio de escatología en torno a su destino final, y que él resume como el compendio trágico de todos los destinos del Hombre. Después de repasar toda su vida hasta donde le ha permitido el recuerdo y verla en sus secuencias inevitables, espontáneas como su nacimiento, y concluido, finalmente, que había sido buena y suficiente porque había carecido de alternativa, cree que al menos sobre su muerte él puede libremente disponer. Lejos queda su propósito de ahondar en la verdadera naturaleza humana para justificar su propia naturaleza. Quizá se encontró ante las mismas endebles evidencias que utilizan los hombres para aferrarse a sus verdades individuales o colectivas, y Alejandro las despreció desde su coherencia en el desprecio por todas las máscaras. Por delante, si se aferra al último miedo que le queda por superar, sólo le queda arrastrarse, y ese pensamiento no le seduce, más bien le incomoda. Ya nada ni nadie puede entonar cantos de sirena que pueda escuchar su corazón cansado. Sólo mira para atrás y no se odia a sí mismo, tampoco odia a nadie ni a nada a quien o a que hacer responsable de que su vida haya sido lo que fue. Para Alejandro, odiar a un semejante es otorgarle el privilegio de una alta consideración. No, su sentimiento es de indiferencia por lo inevitablemente agotado. Ahora, esa indiferencia la siente también por las personas que le han acompañado en su última travesía, sus semejantes, exponentes forzados y circunstanciales de algunos de los semejantes que le han acompañado en el tiempo que le tocó vivir al otro lado de su mundo. La misma indiferencia que sintió siempre por todo aquel que utilizó hasta sacarle el provecho que de él había previsto, como predador solitario que fue. Por eso y porque ya había agotado la utilidad que de ellos obtuvo, ahora lo mismo que entonces, también sentía que la presencia de aquellos seres, residuos de una pesada digestión mental, molestaba a su íntima y somnolienta soledad, sopor del hartazgo infinito que siente el hombre

cuando se ha estado alimentando de mentiras, las propias y las ajenas, aunque aquellas, según Alejandro, no fueran tales. La alternativa que había forjado su pensamiento para deshacerse de tan molesta presencia, se configuraba en dos opciones, como una reacción consecuente con la indiferencia ante la inutilidad: destruirlos o arrojarlos de él, como se destruía la basura en el triturador de un fregadero, o se arrojaba a la calle para que se la llevaran a un lento y forzado reciclaje. Pero esa alternativa, con dos opciones, era un pensamiento con dos opciones y un solo sentimiento. El sentimiento de Alejandro, como antes se dijo, no era del odio que sólo se alimenta destruyendo algo que se considera intolerable, aunque importante, en la órbita de la vida de uno, por lo que decidió dejarlos libres, que se fueran y vivieran sus miserias respectivas y buscaran por sí mismos los recursos que les redimieran de sus angustias. Todo habría sido diferente si hubiese vislumbrado con ellos el encuentro y disfrute de una verdad amable. También pensó en las cosas, puramente materiales, que le rodeaban, y como un actor que mirando el teatro donde había venido representando su última obra, y que antes de retirarse definitivamente habría deseado que ningún otro actor lo pudiera utilizar, Alejandro, que había previsto cualquier contingencia sobre el fin de su mundo, decidió que el suyo debería ser destruido un instante antes de su mutis final. Hombre que no dejaba nada, en tanto que pudiera, a un azar que él consideraba despótico, arbitrario y caprichoso, tenía previsto cómo habría de ser. Consideró que en el viejo mundo también algunos hombres sentían algo parecido, haciendo del mundo su teatro; y que era bien cierto que todo hombre frustrado ante el enigma de la vida, íntimamente sentiría desasosiego al pensar que el mundo iba a continuar existiendo y él no estaría allí cuando, finalmente, se descubriera su secreto. Este tipo de hombre, quizá lo prefiriera destruido con él, aunque tal deseo se tornara

enseguida en mueca resignada. Pareciera inevitable que Alejandro, considerando que también aquellos que le habían acompañado formaban parte de su mundo, debió en algún momento pensar: muerte para todos si la vida acaba para mí. Pensamiento inútil que permaneció diluido en todas las indiferencias posteriores. No había tenido la oportunidad de escuchar la última reflexión de Jorge. Pero quizá Alejandro ya se consideraba un cadáver, que le dejaba a la muerte, su heredera, los cofres vacíos de su vida, y a sus compañeros sólo los restos escuálidos de una fiesta.

Todos estaban en silencio, expectantes y nerviosos. Alejandro percibió la tensión y trató de suavizarla, como un orador pide calma a su auditorio antes de dar comienzo a su parlamento, que se vislumbra tormentoso.

—Sosegaos. Me hacéis sentir más importante de lo que soy, y pensé que eso era imposible, tan lejos como estoy de sentir vanidad en estos instantes. Pero no tengo seguro si os preocupáis por mí o más bien os preocupáis por vosotros mismos. Disiparé esa duda por lo que a mí respecta y a vuestras personales expectativas. Luego, que cada uno busque su camino y fije su meta allí donde quiera y pueda. Ya habréis presentido que os voy a dejar solos, libres pronto de mí, aunque pienso que para vosotros la libertad será una carga, como lo es para el bufón cuando el monarca prescinde de sus servicios y ya sólo le queda el circo o las plazas públicas...

—¡No tienes derecho a...! —quiere protestar Jorge

¡Escuchad! —interrumpe enérgico Alejandro— Ya no me queda nada que ofreceros, ni siquiera placeres como los que habéis disfrutado en esta casa; se acabaron los recursos que los hacían posibles. Sin los recursos que yo ponía en vuestras manos, sólo quedan estas paredes en las que ni siquiera podríais encontrar cobijo a vuestras miserias. Mucho menos podríais vivir alimentados de nuevos y vivificadores pensamientos, pues ya

hemos roto todos los espejos mágicos. Vosotros vais a volver al viejo mundo, del que sois viejos conocidos, a la espera de que llegue la noche. Yo me quedo en éste, que es exclusivamente mío, para apagar yo mismo las últimas luces.

—Te ayudaremos, Alejandro — ofrece Ana, seguramente conmovida y sin darse por aludida por las despreciativas palabras de Alejandro.

—Claro —dice Jaime, sin duda igualmente a destiempo y falso propósito— No nos puedes negar el sentimiento de solidaridad que nos mueve a intentar ayudarte.

—¿Solidaridad? ¿Qué clase de solidaridad?—pregunta Alejandro— ¿Solidaridad con una existencia miserable, tan miserable como la vuestra? ¿Cómo? Llámalo mejor compasión. La compasión del miserable que se considera menos miserable que aquél a quien compadece... Vosotros lo ignoráis, pero la solidaridad debería nacer del afecto. Pienso que vosotros confundís éste con la gratitud, una gratitud de baboseante satisfacción por haberos distinguido entre mis amigos.

—¡Hombre, qué cosas dices! No seas grosero —exclama Jaime, interrumpiendo.

—Ser grosero contigo es casi una delicadeza. No me interrumpas ni te preocupe que te vaya a llamar cerdo; los cerdos son cerdos; nosotros ni siquiera sabemos lo que somos, pero con seguridad nada mejor, pues que nos conformamos con su concepto de la felicidad. Tampoco eso importa, ni a nosotros ni a los cerdos, por más que nos empeñemos en hacer distinciones. ¡Mirad qué patético es el hombre que se empeña en ser diferente! Tú, por ejemplo. Los mismos hombres lo ponen definitivamente en su sitio, que sustancialmente en nada se diferencia: un pedestal, un nicho, una hornacina, un museo, una biografía, una cita, una cruz... A todos los iguala, lo quieran o no, la muerte con su sarcástica risa de desprecio.

No, no quiero vuestra compasión. Y yo sería mezquino si os la provocara con mis lamentos. Aunque el valor de mi vida lo fijarais vosotros, seguro que éste sería muy poco, pues ya habéis heredado todos mis despojos, incluso mis verdades, que no sabréis qué hacer con ellas porque no fueron vuestras. A partir de ahora me habríais de considerar como un enfermo terminal al que su familia desea su muerte cuanto antes. Esa es la compasión que me ofrecéis: una mala representación que terminará con mi entierro. No hay motivos para lamentarse, al menos por mí, que ya no represento nada para vosotros, ni siquiera motivo de vuestros sentimientos; probablemente un fracaso mío, que no he sabido venderme, aunque más bien pienso que sois vosotros los que no habéis sabido comprarme. No tengo miedo a morir, puesto que nada tengo que perder y ya he renunciado a encontrar. Soy un ser que sufre del hastío de haberlo tenido todo, o dicho de otra forma, siempre tuve lo que quise y nunca quise más que no obtuviera. Un hombre estéril, como yo en este momento, sólo puede exigir a la vida que le mantenga vivo. Poca cosa, pues eres como una máquina que sólo consume para moverse hacia ninguna parte. Bien. Acabemos. Aunque mis motivaciones personales más ocultas no son transferibles, porque no podríais llegar a conocerlas, os voy a confesar algo que no pretende justificarme, pero que os voy a decir como conclusión coherente que se puede sacar de este mi mundo. No he tenido empeños en él que puedan ser considerados por los ilusos, los soñadores, paradigmas de lo más noble del espíritu humano, y porque estos han sido, no podía ser de otra forma, consecuentes con el horizonte vital que me fue asignado al nacer y del que no he pretendido ver más allá. Tampoco nací con ese impulso, ni en éste ni en el que está al otro lado de estos muros. De todo ello no me siento culpable. Puedo ahora asegurar, que todo aquel que vive en su mundo, el que él se ha forjado para la intimidad de su pensamiento,

si bien lo analiza, termina teniendo la percepción de que todos los que viven fuera de él son de su misma condición. Pero pocos se encierran en su mundo, pequeño y a su medida, donde podrían ser soberanos de su yo; la mayoría hace esporádicas incursiones en otros mundos y, a veces, creen encontrar hombres y mujeres diferentes que, por creerlos mejores, intentan emular. Esa experiencia, a poco que persistan, es amarga y decepcionante para ellos, y sólo hace que regresen abatidos a su mundo. Yo siempre fui jugador de fortuna, y mi apuesta preferida fue siempre a todo o a nada. Mi mundo, simbolizado en este lugar, me ha permitido una jugada arriesgada, pero sólo en apariencia: ¿todo es igual o nada es igual en la esencia de la conducta de los hombres? Me figuro que diréis que son cuestionables las cartas con las que he jugado, pero me fueron buenas y suficientes para mí dentro de mi mundo y en el que yo dispuse en cualquier contingencia; fuera cual fuese el resultado del juego, siempre ganaba yo. En ese mundo de ahí fuera, a los hombres les dan cartas marcadas: las palabras de los llamados grandes pensadores, equivocados o mentirosos; los comportamientos heroicos, bendecidos con el sudor del miedo; las conductas ejemplares, vanidad detrás de las máscaras... Con esas cartas los hombres siempre perdieron y no consiguieron otra cosa que ahondar más en la tragedia que supone el miedo a la incertidumbre cuando se dan cuenta de la trampa que ellos mismos tendieron. Objetos de admiración, emulación, de dignificación de la especie a la que pertenecemos, nadie consigue alcanzarlos en su apariencia, pues esa apariencia se desvanece en cuanto se acercan. De ahí nace la tragedia del hombre que quiere ser singular entre todos los seres vivos, incluso entre el resto de los hombres, grandes y pequeños. Fijaos bien lo que digo: de querer ser singular. Yo digo que cuanto más ahonda el hombre en esa singularidad, más cerca le llevará a verse igual ante el espejo de su conciencia. Como consecuencia, y

ante lo inesperado, todo el pensamiento, el horrible pensamiento, que no es verdad ni mentira en la búsqueda de salidas únicamente para ser distinto, ha encontrado todas las puertas. Cuando eso sucede, es decir, cuando a uno le muestran las puertas de salida pero no le entregan las llaves para abrirlas, al hombre se le rompen todos los esquemas del espíritu y se encuentra ante el vacío negro y tenebroso de la sinrazón de su vida; concluye que todos los pensamientos son falaces, engañosos e inútiles y también corrosivos, empezando por los propios. Y cuando el hombre vive esa experiencia, llega a esos límites sin tener la suerte de salir de un mundo sin salidas, la muerte cercana le da miedo porque él esperaba llegar a ser distinto y ante su cercanía se ve igual. No quiere el remedio que tiene en sus manos: acabar con la propia desgracia de haber nacido igual y que todos los demás, en infernal rueda, parecen reprocharle sólo para querer parecer ellos distintos. Yo sé ahora que soy igual, y eso, en lugar de suponer para mí una tragedia, es un alivio, porque gracias a mi mundo, nadie aquí podrá exigirme ser diferente. Vosotros no pertenecéis a mi mundo. Ser de mi mundo no es estar en él, como vosotros lo habéis estado en calidad de invitados. En ese mundo al que regresaréis, y al que pertenecéis, volveréis a preocuparos por vosotros mismos, que os veréis iguales, copias unos de los otros, aunque os creáis distintos sólo porque los demás son parecidos. Ese despreciable cero dos por ciento que genéticamente nos diferencia a simple vista, sólo es una ilusión óptica. Salid, pues, a vuestro mundo y soñad, si queréis, que sois distintos. Despertaréis de forma inexorable ante el abismo con el miedo de comprobar que sois iguales, y no sabréis qué hacer con tanta uniformidad; ese será vuestro problema, al que deberéis buscar una solución buena y suficiente para cada uno de vosotros, si no queréis vivir sumidos en la angustia cuando os acerquéis al final, sin que podáis vislumbrar la forma

de ser diferentes. Al contrario de vosotros, que la rehuís, la muerte, ajena a nuestro ser, yo la he llamado y he conseguido que esté presente sin que me produzca temor o desasosiego; es, para el momento, buena y suficiente y ya sólo espera mi orden. Ella y yo sólo esperamos a que vosotros os vayáis y nos permitáis una intimidad incompartible si quiere ser... digna... ¿He dicho digna? ¡No, no! Lo de digna es un desliz; quise decir, incompartible si quiere ser libre... ¿Libre? Sí, libre. Eso es: sólo es libre el hombre que consigue encontrarse a sí mismo en el último instante en el que decide su destino, el único destino que está en sus manos decidir, que no forma parte del pasado ni del presente ni del futuro. Ciertamente, lo de digno o indigno sólo es una convención de ahí fuera y que yo rechazo.

Alejandro se calla un momento, debe sentir que no tiene todo claro en el último instante que el tiene previsto. Mira, no obstante, al vacío de su horizonte, como un dios hierático, abstruso y soberbio. Habla de igualdad entre los hombres, y, sin embargo, no es de la igualdad que obliga a las conciencias a poner todo el empeño en, justamente, eliminar las diferencias, ostensibles diferencias, crueles, en ocasiones paradójicas, que hacen del ser humano el animal de más difícil clasificación.

Como siempre sucede, lo que aparece sublime ante nosotros inhibe todo criterio propio para juzgar si estamos ante una verdad recién descubierta o una mentira. Por lo general, detrás de algo sublime sólo hay una falacia; las verdades son en sí modestas y su exposición sólo permite un lenguaje casi matemático, o austero, si se prefiere. Pero, quién sabe; quizá ese Alejandro que hoy a todos nos puede parecer un pretencioso cabrón, haya dicho algo importante, nuevo, rompedor de todos los esquemas conocidos del pensamiento domesticado por los esquizofrénicos de la trascendencia subjetiva; o por lo contrario, estamos ante un megalomanico y también esquizofrénico que fascina con un montón de banalidades a aquellos que

no hubiesen tenido ocasión anterior de escuchar mejores y más fascinantes banalidades. A este Alejandro no se le podía exigir que leyera, por ejemplo, a Sartre, que lo entendiera y que se dijera a sí mismo: "Este tío me supera y debo asumir su pensamiento ontológico". Alejandro, ya se ha visto, no necesita a nadie para decir más o menos las mismas cosas, por cuanto en cuestión de especulaciones, tanto da las sublimes como las estúpidas, aunque estas últimas parezcan bien expresadas.

Todos, después de haber tenido prendidas sus miradas de la faz de Alejandro, un Alejandro no derrotado, como se podía esperar de sus palabras finales, sino arrogante en su propio parlamento, se miran entre sí aturdidos, infinitamente solos ante el espejismo de sus propias singularidades, sin apenas haber podido entender otra cosa que aquel mundo de Alejandro se acaba para ellos y por lo que sienten la misma incertidumbre angustiosa que la de cualquier hombre que se ve obligado, y porque el dueño le retira el crédito, a dejar el mundo que tomó prestado.

—¿Nos tenemos que ir ya? —pregunta Ana, después de un breve silencio y viendo que Alejandro no proseguía—. ¿No podemos quedarnos contigo hasta el final? Quizá... podamos...

—No, Ana. Lo que voy a hacer, lo debo hacer sin ayudas de ningún tipo, ni espectadores que asistan una supuesta representación final, que sólo os convertiría en actores de vuestra peor comedia. Morir voluntariamente, con cierto decoro, supone que no haya testigos en una decisión tan íntima. Debe ser como cuando el actor principal se queda solo, y en silencio, sabe que su actuación no ha sido comprendida y no espera el aplauso.

Todos, ahora, ya no escuchan las últimas palabras de Alejandro; bajan la vista para analizar sus personales sentimientos.

Ana, en un principio, siente angustia ante la idea de dejar solo a Alejandro en este trance final. No sabe cómo le puede ayudar, pero, si la deja, lo intentará con todas sus fuerzas. Le parece terrible una decisión como ésta, pero más terrible debe ser la fatalidad añadida de adoptarla en la soledad, por más que Alejandro entendiera que ésta es la única forma de morir, fuese por ser ésta digna, o libre, como Alejandro prefiere llamarla. Pero la posibilidad de que Alejandro acepte su presencia solitaria le hace rectificar enseguida; si se trata tan sólo de acompañarle en la autoejecución, para eso no se siente con fuerzas y hasta le repugna la idea de hacer de notario.

Pero Ana, no convencida con los argumentos que Alejandro esgrime para explicar tanta desilusión por su propia vida, piensa si es el momento de utilizar todos aquellos conocimientos que ella había obtenido de su carrera y que, de una u otra forma, habían configurado su carácter, tal y como ella cree tener, al margen de ciertos deterioros últimos de los que fue, probablemente, inconsciente. Puede ser que, aunque Alejandro los había desestimado siempre como referencias cualificadas en las discusiones, ahora no tenga inconveniente en considerarlos y ver si en alguno de ellos encuentra un punto de apoyo que le haga elevar su ánimo para querer seguir viviendo. Pero teme que Alejandro no le permita utilizar nombres que avalen sus razones, así que está preparada para eludirlos. Mirándole de frente, con la creencia de estar en posesión de las razones que emanan directamente de su corazón, comienza exprimiendo sólo su memoria, diciendo:

—No te puedes marchar por la única razón que tú te fórmulas, Alejandro. Existen infinitas razones dadas por otros para amar la vida. Nunca me dejaste exponerlas, pero harías mal en marcharte sin escucharlas. Luego, tú las valoras como quieras y decides finalmente. Al

menos no te marcharás de este mundo con la exclusiva sabiduría de tu ignorancia.

Alejandro mira a Ana sostenidamente; los dos hermanan por un instante sus miradas. Alejandro adopta el tono cordial con el que solía distinguirla.

—La última frase te ha salido redonda; suena bien aunque no sea tuya, y sólo por eso has despertado en mí la curiosidad. ¿Qué me quieres proponer, Ana? ¿Me vas a hablar de filosofía, de filósofos? Creía que tú misma habías llegado a la conclusión de su inutilidad.

— No exactamente. No te haré un repaso de la historia de la filosofía. Tampoco te contaré lo que los filósofos llegaron a proponer como explicación a la vida, a la inmortalidad de una parte de nosotros o a la razón de nuestra existencia. Yo también soy ahora escéptica.

—¿Qué, entonces? ¿Me vas a hablar de sentimientos? ¿Acaso de un flujo de tu propia experiencia? Tampoco por ahí llegarás a convencerme. Mira, Ana, ¿no crees que la muerte es una especie de redención? ¿Es que debo tener voluntad de vivir porque me hables de esperanza? Dime, ¿quién reivindica el valor de la vida y por qué? ¿Que la muerte no es estética? Todo, querida Ana, se reduce a lo siguiente: Morimos, descansemos en paz. Vivimos, sin saber por qué y para qué vivimos. Y siendo las cosas así, ¿por qué lamentarse uno y por qué llorar los demás?

—Pero eso es de un pesimismo atroz. Un miedo a ser, justificado en que vivir no tiene sentido, no vale la pena. ¿Dónde está la igualdad que supones? Tú quieres morir y nosotros vivir. ¿No es esa una gran diferencia? Y así en otros muchos aspectos. Yo no nací como me ves, idealista. Si eso es lo que soy, a ello he llegado en un lento proceso de asimilación de muchas ideas que me aportaron otros... También con el ejemplo de sus vidas, que se justificaron sólo por ello. Solos no podemos

hacer otra cosa que emitir juicios subjetivos sobre lo mal que están las cosas ahí fuera.

—Perdona que te interrumpa. ¿Me quieres decir que un idealista se hace? ¿Y eso es bueno, hasta el punto de que te hace amar la vida, a encontrarle sentido, aunque sea ésta miserable?

—No sé si a todos, pero te puedo asegurar que conmigo ha funcionado dándome fuerzas para luchar contra la, según tú, miserable condición humana que todos arrastramos.

—Bien. Te daré ese gusto; con él contribuiré a alimentar tu idealismo. Pero te interrumpiré cuando no esté de acuerdo, y puede que mis argumentos te hagan daño.

—Me arriesgo.

—Pues comienza.

—Yo creo conocerte y sé que aceptas que la muerte, como tal hecho que ha todos nos llega, es, sin más, absurda. Que también aceptas que en algún momento de tu vida has sentido angustia ante su recuerdo o su visión. Que últimamente no aceptas que la muerte te afecta y que con ella, o gracias a ella, lo que consigues es liberar de tu cuerpo todo aquello de humano que odias en ti, y que, no obstante y en pura contradicción, tu espíritu no va a sobrevivir en un estadio eterno de felicidad, precisamente porque se haya librado de todo aquello material que lo había condicionado, cuando no corrompido. Que piensas que ya que no has conseguido, sí, sí, que ya que no has conseguido dominio sobre tu vida, quieres, al menos, dominar sobre tu muerte, que de otra forma sería azarosa y te sentirías como un reo condenado a ella; y es así porque no aceptas que te diriges a ella con la serenidad y la libertad del que acepta que es un evento externo, fijado por la naturaleza, sobre el que tú no tienes dominio. Que crees que el suicidio es un recurso y no una dejación de un derecho anterior. Que para

arrancarle a la muerte lo que tiene de siniestra superioridad sobre la voluntad del hombre, te dices a ti mismo: llegará a todos el momento en el que la materia se desorganizará y se convertirá en los elementos que la forman, por tanto, ¿qué más da antes o después, si el hombre es un ser-para-la-muerte? Que los que no asumen lo anterior son menos hombres. Que no aceptas ningún tipo de inmortalidad en la que algo de ti trascienda lo material y contingente, porque al no alcanzar la verdad esa parte inmaterial cuando está ligada a tu cuerpo, tampoco hay razón para esperar que la alcance librada de él, incluso disponiendo de toda una eternidad. Que no aceptas que la resurrección pueda colmar las aspiraciones humanas en una inmortalidad humana total del cuerpo y del alma... Que nunca pensaste en que tu espíritu es parte del único espíritu de la naturaleza, distribuido en un sinnúmero de cuerpos con diferentes cualidades y, en cambio, sí aceptas que sólo se trata de un fenómeno de interacción de elementales partes que se mueven y que forman nuestro cuerpo, y que basta la química y la física para comprenderlo a la vez que para negar su trascendencia. Que no aceptas que suicidarse esté en el mismo rango que asesinar, porque supones que el primero es enjuiciado como fisiológico y el segundo como moral, y que no tiene, me refiero al primero, connotaciones con ninguna violación de una supuesta ley moral universal; o dicho de otra forma, supones que tu cuerpo es, en definitiva, la persona que tú has usado para mantener una tolerable calidad y cantidad de vida y que dejas la casa cuando quieres porque te crees el amo de ella... y que sería, en todo caso, tu espíritu el amo que decide...

Alejandro ha estado muy atento a cada frase de Ana y que parece describirle, pero al mismo tiempo no alcanza a vislumbrar el fin que persigue, o ya está cansado de verse en el espejo que Ana le pone delante y

en el que no quiere reconocerse. La interrumpe, quizá movido por una curiosidad con prisas.

—¡Vale, vale! Bravo, Ana, eres muy perspicaz y elocuente, con la elocuencia propia de quien está contaminada por tantos estudios, y no tengo reparo en confesar que así es en mí, en ti, en todos, eso que dices, aunque, por lo embarullado de tu preámbulo, me suena a que vas a terminar en filosofía pura y dura. Podíamos comentar punto por punto, pero no alcanzo a ver a dónde quieres llegar. ¿Quieres abreviar con una síntesis?

—De acuerdo. Quiero llegar a lo siguiente: aun partiendo de que seas todo eso y algunas cosas más, y de las que en algún caso yo misma participo, estoy segura de que crees que en el mundo, entre los hombres, existen unos valores morales objetivos, como la verdad; me refiero a la sencilla verdad, el bien, la justicia, el amor, la fraternidad, etc. que los hombres consideran positivos y negativos los contrarios. La libertad que tú reclamas o te procuras para ti mismo no tiene ningún valor si no haces nada por la libertad de los demás. La vida del hombre tiene sentido si persigue esos valores y no la tiene si hace lo contrario; es decir, que el hombre encuentra sentido a su vida si se esfuerza por la realización de los valores positivos en el mundo en el que vive, en comunicación con los demás hombres y para beneficio de todos. Una persona que hace eso llegará a la muerte con la paz del deber cumplido, piense o no en la trascendencia de su espíritu, o en su inmortalidad como corolario de la obra de un dios eterno y justo. Adelantar tu muerte sólo significa hacer dejación de ese deber... Y la muerte, así, sólo será finalmente un fracaso. Si de la vida vivida sólo guardas un mal recuerdo y huyes de tu propia memoria, vuelve sobre tus pasos y borra las huellas que dejaste. El Hombre, en un momento de su vida, puede haber llegado a la cima o, por

lo contrario, al abismo. Se trata de escalar el abismo y procurar llegar a la cima. Alejandro, aún tienes tiempo...

—Está bien lo que dices, Ana. Podría, sin embargo, zanjar toda polémica contigo diciéndote que yo no espero nada del destino como si fuese una suerte de lotería; toda mi vida he querido ser dueño de mi destino, anteponiéndome a toda contingencia, pero ahora sé que fui lo que fui porque no pude ser otra cosa. Tuve lo que quise porque no quise más; ahora quiero lo que quiero porque no quiero más, y nada ni nadie me obliga, aunque sea con razonamientos como los tuyos, a querer más. Te podría dar otro argumento utilizando una especie de fábula que una vez leí en alguna parte y que pareciera una contradicción si te digo que me identifico con ella. En realidad es complementaria con mi posición ante la vida expresada anteriormente. Si te das cuenta, es perfectamente inútil intentar forzar la naturaleza de uno en un intento de mejorarla. Todo empeño se frustra y vuelve a imponerse tu naturaleza. ¿Conoces el mito de Sísifo?

—He leído *El mito de Sísifo;,* de Albert Camus, ¿no?.

—No importa quién fuera su autor; la idea puede servir para lo que te quiero decir. Recordarás que ese cuento hablaba de un hombre que transportaba una gran piedra hasta la cumbre de una montaña, y que cada vez que llegaba a la cima, la piedra se le escapaba de entre sus manos y rodaba pendiente abajo. ¿Lo recuerdas, verdad? Bien. Pues ese hombre, que voluntarioso volvía a empezar para de nuevo escapársele, es justamente lo que yo creo no haber hecho en la vida. Pero no me lo reprocho ni se lo reprocho a la Naturaleza; ella cumplió con su cometido al crearme y yo con el mío no intentando salirme de los límites que me impuso. Los que se empeñan en subir la piedra creen que la vida no tiene otros propósitos que los que nosotros le impongamos. Yo no opté por ser

justo, por amar, por hacer el bien y todas esas cosas positivas que tú decías, porque, en todo caso y mirando hacia atrás, no fue una elección a la que tuviera opción, ya que nunca me la planteé. Ahora, aunque pudiese cambiar, me revelo a subir una piedra que estoy seguro se me escapará siempre y siempre que lo intentara de nuevo. La muerte, aburrida de verme subir y bajar, pondría límite al sin sentido de mi vida si persistiera en vivirla contra natura. Pero, ya ves la paradoja, también lo hará con el justo y por el que amó o por el que hizo el bien, y no escaparán, contrariamente a lo que aseguraba el autor que tu mencionas, a un destino opaco, a la nada, todo lo más a un benévolo recuerdo de los que queden vivos o le sucedan. Él dice, me refiero al autor, *"Si nada tuviere sentido, todo estaría permitido*." Pues bien, él dice que no lo cree, me refiero a que nada tenga sentido, y yo sí, ya que nadie me ha dado pruebas contrarias; él, allá con sus cosas, desde luego que no, de que sea de otro modo. Por tanto, si nada tiene sentido, tampoco tiene sentido esperar que la muerte tome la decisión de llevarte con ella. En tanto que no es separable de la vida, tu decisión sobre ella es como cualquier decisión que tomaste en la vida, inevitable; inevitable porque yo creo que es inevitable, no por lo que tú creas. Creo, Ana, que es inútil tu aparente buena intención. En situación tan contrastable, un hombre debe saber no lo que otros dicen, sino procurarse de encontrar su verdad, ya que es un empeño inútil querer encontrar la que sirva por igual a todos los hombres y de imbéciles pedirla prestada. Esa verdad, aunque sea distinta para cada uno de nosotros, es la que, paradójicamente, nos iguala; cada uno con su verdad, la que haya aceptado como buena, ¿no te parece el mayor signo de igualdad que pueden alcanzar los hombres? Además, invocas una especie de caridad fraterna para con tus hermanos indolentes, pusilánimes, patéticos, exigiendo libertad, igualdad, consideración y buen trato de los que pueden darlo. Aunque

debido a mi naturaleza en libertad me son indiferentes, lo único que les diría, aunque sé que no me iban a hacer caso, es que luchen por conseguir esas cosas, y si no pueden luchar, antes que se depriman, que mueran decentemente, que esto último si lo pueden conseguir. La Naturaleza marcó para ellos ese código de conducta y también el destino para los que no lo siguen, o dicho de otra manera, razones espurias doblegaron sus instintos naturales. Tengo para mí que si algo debiera ser censurable, ese algo sería los cínicos. Los cínicos de todo tipo se protegen de los pusilánimes diciéndoles que tengan esperanza y les señalan un premio a su humildad más allá de la muerte, mientras ellos luchan en la oscuridad contra todas las sombras que creen ver y les amenazan con llevarlos a ese más allá. Has hablado. Hubo, hay y habrá seres humanos que seguirán hablando, buscando oídos que les escuchen, les sigan y hasta les aplaudan; más les valdría que se escucharan a sí mismos todas esas palabras que se quedan dentro para no ser lapidados por mentirosos. Desgraciadamente faltan lapidadores.

Alejandro parece dar por terminado su largo parlamento, pues permanece en silencio, con aspecto de ausente. Todos los demás se miran como si hubiesen escuchado una compleja definición matemática para la que sus mentes no están capacitadas. A buen seguro piensan que lo dicho por Alejandro es incontrovertible, y nadie se atreve a replicarle. Pero igualmente habría sucedido ante un auditorio multitudinario, que no duda de quien afirma algo con rotundidad y luminosa agudeza; saber si dice verdad o la falsea es cosa que las gentes harán cuando se muera, cuando ya su presencia física deje el púlpito en el que se sitúa para estar por encima de los demás y los demás se consideran estar por debajo. Alejandro, aquí y ante los que se sientan próximos, también aparece superior, por encima de todos ellos.

Ana insiste, con menos convicción.

—Tengo mucho más que decir, y si quieres de otro signo. Has sido un hombre mimado por la fortuna que, harto de tenerlo todo, perdiste la capacidad del deseo que se cumple en dosis pequeñas y se saborea. Quizá escuchándome, y a mi lado mostrándote cómo hacerlo, podrías prolongar una existencia feliz hasta el fin natural de tu vida.

—Soy ya viejo para comenzar de nuevo una perspectiva que siempre se me negó, aunque también debo decir que no la eché en falta. ¿Por qué habría de esperar que ahora fuera distinto? ¿Una nueva voluntad? ¿De dónde la saco? Ya nada me conmueve, ni siquiera las mentiras que envuelven una bella esperanza. No, Ana. Contigo me sentiré más solitario que estando solo. A tu lado sólo sería reo de tu esperanza y seguramente tu mayor fracaso.

—¿Entonces?

—Guárdate de ti misma; no será un empeño fácil.

Jorge no siente conmiseración por Alejandro, al que, por contra, le detesta y le reprochaba su inducción destructiva y manipuladora. Ahora sólo piensa en qué forma va a cambiar su vida a partir de este instante, una vez que disponga de parte del contenido del cofre. Pero él también quiere decir algo, seguramente con la intención de liberarse de tanta claudicación.

—¿Me permites una sola pregunta? —pregunta Jorge.

—Haz las que quieras; presiento que no son muchas —contesta Alejandro.

—¿Qué entiendes tú por igualdad? Creo que cuanto más inconsciente eres de ti mismo, más similitud encuentras con los demás. Atrévete a profundizar sobre ti mismo y verás cuantas diferencias encuentras con nosotros, por ejemplo.

—La igualdad a la que yo me refiero va más allá de los aspectos formales que constituyen la historia de una persona. Todos tenemos las mismas capacidades, buenas y malas, y eso nos iguala, pero también nos iguala el que ninguno de nosotros es libre de usarlas. Para poder usarlas deberíamos poder disponer de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro. Del pasado es obvio que ya no disponemos; esta circunstancia hace que sea inamovible para todos. Lo que fue, fue, y eso no crea expectativa alguna de diferenciación. Yo fui una cosa y tú otra, y aunque fuesen diferentes, el hecho cierto es que eso no hace que tú y yo seamos diferentes, sino sólo una historia distinta. En cuanto al presente, ninguno de nosotros podemos disponer de él, pues para ello deberíamos poder detener el tiempo. El presente sólo es un salto del pasado al futuro. Siendo así, nada de lo que hacemos lo hacemos en tiempo presente; todas las expectativas de nuestras acciones están situadas en el futuro; cuando las hemos realizado ya son pasado, o historia. Y en cuanto al futuro, todos podemos tener las mismas expectativas, pero todos estamos obligados a esperar. El que tú elijas una y yo otra diferente, sólo será un hecho cuando se haya realizado y, consecuentemente, formará parte de nuestra historia inmodificable. A esto me refería.

Alejandro, y se ha de agradecer, nos explica en qué consiste para él la igualdad de los seres humanos. No es una igualdad ontológica, ya que sería excesivo presumirle un análisis metafísico o simplemente dialéctico del ser al estilo de los grandes pensadores, psicólogos o filósofos. La verdad buena y suficiente para Alejandro se circunscribe a lo que a través de estas páginas nos ha venido proponiendo: lo que es bueno para él, no tiene por qué serlo para los demás, y tampoco lo pretende; lo que es bueno y suficiente para él, sólo piensa que es bueno y suficiente para él, aunque no

duda que los demás, y por sí mismos, pueden llegar a las mismas conclusiones si piensan en ello.

Jorge podría aceptar que lo que Alejandro dice bien puede ser así. Eso le ayudaría a comprender que su voluntad no es contingente y, por tanto, su conciencia irresponsable. Jorge odia a Alejandro, y según la tesis de éste, quiere, aunque sólo sea para la historia, ponerlo en su sitio.

—¿Para qué creaste este mundo? No me vale toda esa palabrería con la que has querido justificarlo.

—Entre otras cosas para que tú no supieras nunca mi verdad. Es nuestro privilegio de creadores —y Alejandro sonríe.

—Eres un maldito cabrón, ¿sabes? Y superas a todos los cabrones que he conocido. No te bastó utilizarnos, tenernos a todos a tu alrededor y sentirte orgulloso de ser el centro. En tu soberbia crees habernos hecho a tu imagen y semejanza, pero te has equivocado. El futuro es sólo nuestro, de cada uno de nosotros. Nosotros sabremos encontrar nuestro propio camino sin ti; no pertenecemos a tu mundo, como bien dijiste, y tampoco has conseguido ninguna otra cosa que te proponías. Si mueres, morirás con la duda, aunque sea con la duda de si eso era lo que querías. Sí, además de cabrón, eres patético.

—Algo que sólo es bueno y suficiente para uno siempre lleva implícita la duda. Dudar en sí no es malo, siempre y cuando a la duda le des una salida que la calme. ¿Qué importa lo que yo sea para vosotros o en concreto para ti? Vas a salir ahí fuera, a tu mundo creyéndote diferente, pero estoy seguro que terminarás viéndote igual. Eres el que eres y no el que quieres aparentar; tus esfuerzos de apariencia se desvanecen ante el espejo que represento yo mismo. Mira, entonces, hacia el cielo y pásate toda tu vida escupiendo hacia arriba, si no tienes el valor de llamar a la muerte y prefieres esperar hasta que llegue cuando a ella le apetezca. Y sí

que he conseguido algo. El valor de una experiencia no está en lo que se logra finalmente, sino en la intensidad con que se vive. Eso me ha hecho feliz el tiempo vivido aquí. Es por eso que, acabada esa intensidad, esta experiencia ha dejado de tener ningún valor para mí, y por eso la doy por terminada. Nada aburre al hombre más que la compañía de los hombres.

Jorge no quiere darse por vencido. En muchas ocasiones él fue quién ponía punto y final a una conversación en la que el escepticismo vencía con facilidad a las lucubraciones filosóficas, seudo filosóficas y no digamos las de corte idealista. Estará pensando que si ha de marcharse y el cofre se va a quedar finalmente con Alejandro, es la ocasión de manifestar con entera libertad lo que piensa. Y dice así a Alejandro:

—Desde que te conocí he visto en ti ese tipo de hombre que se hace preguntas continuamente. Pues bien, el que siempre se responde a sí mismo, como lo haces tú, para mí es un imbécil. Y esa teoría tuya de que todos somos iguales es la misma mierda que la de aquel que se va al monte con una cabra, y desde las alturas, después de follarse a la cabra, mira para abajo y piensa: todos los de allí abajo son unos cabrones. O dicho más fino: de la conclusión de que todos somos iguales, lo que tú intentas hacernos creer es que tu subjetiva opinión es una verdad universal que debemos asumir. Desde que te conocí, siempre fue así en ti.

Alejandro no se inmuta. Mira a Jorge sostenidamente y le dice:

—No es menos imbécil el escéptico que se responde con la nada, como tú. Te repito que somos iguales, así que no te esfuerces en parecer distinto porque me desprecias. Todos tus insultos no son otra cosa que los sapos que tú mismo te comes cada día cuando te miras en el espejo. Patético, dices de mí… Somos patéticos; somos los humanos payasos, sin otro público que nosotros mismos, por eso somos patéticos.

Jorge trata de suavizar lo que pudiera parecer un enfrentamiento movido por el rencor. Aún espera que Alejandro cumpla con lo prometido y les dé el cofre antes de partir. Y así, distendiendo la boca hasta esbozar una sonrisa, dice:

—Bueno, hagamos confesión de fe en nosotros mismos. A veces me pregunto si eso que llaman resentimiento es algo que yo padezco; animosidad, rencor, antipatía... No me encuentro. Cuando yo manifiesto no estar interesado por alguien, por muy luz del mundo considerado, no creo estar manifestando un sentimiento de animosidad, rencor o antipatía, a la vez que autocompadezco mi sombra. No he llegado a esto por un proceso enfermizo de envidia; en realidad, hubo un tiempo, al comienzo de entrar en la Universidad, que buscaba denodadamente esa luz en otros. No la encontré. Me planteé entonces que si alguna luz alumbra la desdicha de ser, esa luz había de venir de dentro de uno mismo; ni profetas, ni gurus, ni filósofos, ni libros, ni amigos pueden suplir ni mejorar esa lucecita, por pequeña que sea, que tú mismo encuentras si la buscas. Y en eso, Alejandro, tengo que decir que estoy de acuerdo contigo. He llegado a un cierto estado de autocomplacencia porque creo haberla encontrado. Mi pensamiento no es materia útil para los demás; si acaso una invitación a hacer algo parecido. Y es poca cosa: el escepticismo sobre mi escepticismo. Con esa "filosofía" para andar por el interior de mi casa, a solas conmigo mismo, cierro el círculo de la duda estéril, concluyendo, cuando se ha dado el caso, que no necesito que alguien me saque de dudas; que la duda forma parte de mi esencia, y que la verdad sólo es una entelequia. Así moriré, pienso, y la verdad de toda mi vida, en aquel momento, sólo en aquel momento, sabré cuál fue. Puede que concluya que nada en mi vida fue verdad, pero ya no importará, porque no tendré más

dudas ni nadie me las aclarará. Podré entonar, susurrando: "y colorín colorado, este cuento se a acabado"

Alejandro le mira sostenidamente; luego esboza una sonrisa, como del que se complace de comprobar que se va pero deja una semilla. Sólo dice:

—Bien, Jorge, bien.

Jorge no dice más. Analiza las últimas palabras de Alejandro y sus efectos prácticos inmediatos.

Jaime siente por sí mismo. Piensa en lo difícil que le va a resultar a partir de ahora seguir con aquella doble vida, dando a Dios lo que a Dios es debido y a su cuerpo lo que allí ha descubierto y que su conciencia y sus laxas consideraciones morales ya no le reprochan. Piensa que tampoco él tiene nada, sólo una iglesia de pueblo en la que, hasta que Dios le perdone, hacer de payaso, poco convincente incluso como payaso. Piensa un momento en el Dios misericordioso, al que había servido en cuerpo y alma en el otro mundo, y cree que bien puede ser él el hijo pródigo que vuelve a la casa del padre y éste lo recibe con los brazos abiertos; pero su alma se ha llenado de duda, incluso en el mismo Dios al que había amado y al que antes jamás se hubiese atrevido a recrearlo para comprenderlo. También Jaime se cree obligado a intervenir. Por un momento siente que, a pesar de todo y por el momento obviando sus propias preocupaciones, no debe hacer dejación de su obligación sacerdotal ante el pecador en trance de rendir cuentas al Sumo Hacedor. No piensa en que, por extraña paradoja, lo que le va a pedir, si Alejandro se lo permite, es que ponga todos los medios para que lo haga lo más tarde posible, dándose tiempo para reconciliarse con Dios. Veamos.

—¿Puedo yo hacer una observación? —pregunta tímido Jaime.

—Es un placer que aún puedo darte. Hazla.

—No quisiera ofenderte, pero quisiera citar a Pascal, para el que todo hombre de espíritu siempre encuentra hombres originales, es decir, distintos en el sentido que tú afirmas…

—Sí —le interrumpe Alejandro—. Probablemente no ibas a concluir la cita, que continua diciendo que sólo a los hombres vulgares todos les parecen iguales. Bien, creo que no te costará aceptar que Pascal era un presuntuoso que se consideraba así mismo original.

Jaime no replica; sabe de la vanidad de las personas, aunque en este caso fuese una persona llamada Pascal. Insiste pidiendo otra oportunidad.

—¿Puedo seguir?

—Sigue, pero no intentes desacreditarme; sólo utilizo mis ideas para mi propio consumo.

—Dijo Santo Tomás en la Suma Teológica, y te ruego que me disculpes la nueva cita, que todo el que posee entendimiento desea existir siempre. No te puedo argumentar que ese deseo, como principio intelectivo, radica en tu alma incorruptible; pero si aceptas racionalmente que, de ser posible, desearías vivir siempre porque es natural amar la vida, ¿no es un contrasentido el que al mismo tiempo quieras poner fin a ella? Tomas conciencia de ti mismo sin estar dispuesto a asumirla y a partir de ella revitalizarla, y todo porque hemos contribuido con nuestra duda a impugnar todos los valores morales y espirituales en los que se sustenta la recta conciencia. Quisiera, si me lo permites, invocar un bello versículo que dice: “Deja a Dios trazar tus caminos...”

Alejandro le interrumpe de nuevo; le parece que por ese camino, o por los caminos de Dios, sólo le va a hacer perder el tiempo, además de permitirle el intento de engañarle. Le mira fijamente a los ojos hasta que Jaime debe bajar los suyos. Alejandro le habla así, y para que todos escucharan, alza la voz por primera vez.

—¿Qué estupidez es esa de amar la vida? ¿Qué es la vida, a fin de cuentas? ¿Quién nos puede mostrar sin eufemismos, sin fantasías, en qué consiste ese fenómeno vital que llamamos vida? Lo único cierto es que la Naturaleza te eligió para uno de sus ensayos; no te ha dado la vida algo sublime por lo cual tú debieras estarle agradecido; sólo ha hecho de ti un ser vivo, y eso es poca cosa; también hace un árbol, un animal, un imperceptible microbio. Cumplido su objetivo, te mata sin compasión; mata todo lo que dota de vida; lo hace unas veces de forma rápida, otras lentamente, ¿por qué habría de estarle agradecido? ¿Te dio el instinto de conservación para que evitaras lo inevitable? ¿Y dónde está ese instinto de conservación en el último instante? Ya vencido, sólo te queda el miedo. Vence el miedo y tú serás el dueño de ese instante. Corta el fluido que mantiene encendida la luz mientras quiera; sólo eres una llama que se extingue desde que naces. Porque si te dio un instinto, también te dio una voluntad; no para ser contingente, sino para cumplir con sus designios. Voluntad e instinto se confunden en el último instante; es así como mata sin que puedas evitarlo. Yo estoy seguro que, en estos instantes, mi voluntad y mi instinto están confundidos por la acción recíproca. ¿Podríais vosotros disociarlos para que uno u otro pudiesen actuar libremente? Suponed que os fuera dada la fuerza para impedirlo y mantuvieseis mi vida contra mi voluntad y mi instinto confundidos, ¿sería en ese caso dueño de mi vida? ¿No sería tan sólo un juguete en vuestras manos? Mi voluntad sería vuestra voluntad y mi instinto sería vuestro instinto de especie, o vuestra compasión, o vuestro instinto individual de supervivencia que rechaza un mal ejemplo; en definitiva, será tan sólo un despojo de carroñeros. Intentadlo; sois juntos una fuerza superior a la mía. Pero sabed que desde el mismo instante que lo hagáis, me habréis robado la vida. Y en cuanto a lo último que dices, Jaime, esa moral, esa espiritualidad que tú

reclamas para mí, debe ser tan estúpida, que tú mismo tendrás que pedirle a tu dios que reconsidere el mensaje que un día te mandó o creíste haber recibido. Tendrás primero, supongo, que dedicarte a hacer ejercicios espirituales que te permitan domar la lujuria de tu cuerpo. Y en cuanto a lo primero, no hay contrasentido. Te pondré un ejemplo: deseo seguir contando con mi pierna gangrenada, pero quiero que me la amputen para no seguir sufriendo. Es la dificultad de ser la que me causa el inmenso desprecio por vivir.

—Pero... —quiere Jaime añadir.

—Tú no tienes medicina para mí. Con vosotros y vuestra esperanza, los hombres que dicen creeros también mueren enfermos de angustia, o como mínimo de confusión.

Jaime se queda pensando; no le salen más palabras, ahora sólo le ocupan sus propios sentimientos.

Isabel, también en un principio siente un gran vacío y consiguiente miedo. Ha perdido a su marido, va a perder a Jorge a Ana y a Jaime. Vivir en aquel pueblo va a ser un problema si no abandona toda exigencia de vida placentera. Pero como siempre que cuando se simboliza un abismo se pinta una rama, un pensamiento desplaza esa preocupación o sentimiento: Alejandro ha puesto a su disposición, de forma irrevocable, una considerable fortuna, que si bien es para beneficio del pueblo, sólo puede administrarse bajo su supervisión. Esa circunstancia le permite abrigar la esperanza de seguir gozando de prestigio y respeto entre sus vecinos y acabar así con las habladurías que la terminarían convirtiendo en una proscrita. Isabel debe decir algo, es el momento, ya no puede sustraerse a intervenir, y lo hace con palabras de gratitud, que no de afecto.

—Alejandro. Lo creas o no, lo quieras o no, no vas a morir; tu espíritu magnánimo anidará en los corazones de los hijos de tu pueblo y en los

hijos de los hijos para siempre. Un lugar preferente del pueblo llevará tu nombre y ya la historia de tu pueblo natal no podrá ser contada sin referirse a ti como uno de sus más preclaros hijos.

Alejandro, a las palabras de Isabel, contesta mirando por primera vez al suelo mientras habla.

—Lo sé, Isabel; por eso morir me resultará más fácil. Ya ves, en el fondo yo también pienso en la eternidad.

Todos se callan; no tienen nada más que decir, salvo que Alejandro lo permita con alguna muestra de debilidad. Pero nadie es más fuerte que aquel que ya no tiene camino de retorno. Alejandro debe pensar en parecer digno; es la debilidad del hombre que se sabe acabado. Y mientras los pesares acaban con él, ¿qué puede hacer para que no se le note y digan de él que es un miserable?

—Y eso es todo. Ya no más intervenciones —dice Alejandro, sacando a los demás de sus pensamientos respectivos o cortando sus deseos de seguir intentando retenerlo—. Llevaos con vosotros el peso de la vida que os han dado. También os han dejado un agujero por el que la vais perdiendo sin que os deis cuenta; debe repugnarle que se le vaya de las manos sin dejarle contemplar su obra. A veces se duerme y un gran chorro de vida se pierde; imperturbable, se lava las manos. Bien. Ahora representad vuestro último papel en este teatro con toda la dignidad que os quede y de la que podáis presumir luego. Y para empezar, pienso que la mejor forma de hacerlo es que os marchéis sin pronunciar una sola palabra más. Tú, Jorge, quédate un momento.

Todos se levantan en silencio, con la vista baja, con el sentimiento de estar siendo expulsados del paraíso. Alejandro ha pronunciado las últimas palabras en el tono autoritario que todos habían escuchado alguna vez, y todos interpretan aquellas palabras con un significado diferente, pero

confluente: todos se avergüenzan, quizá anticipando que sus vergüenzas, ahora sin máscaras, van a quedar expuestas una vez que salgan de los muros que les escondió hasta de la mirada de Dios. Ana le tiende la mano a Alejandro, pero éste no la recoge. Ana deja su brazo fláccido y se levanta abrumada, poniéndose a caminar lentamente hacia la salida. Al pasar por la piscina no puede evitar el impulso de tocar aquel agua que tantos gozos le había proporcionado. Mira también a la cabina de secado y recuerda la caricia de su chorro de aire caliente. Mira aquellas hermosas columnas de mármol que sostienen el cascarón de ese mundo y las ve frágiles para tan presuntuosa empresa como en un principio debieron soportar. Y sale hasta donde está el coche, se apoya en él y, hundiendo su mentón en el pecho, no puede evitar el llorar por su fracaso personal.

Jaime e Isabel salen casi juntos, con los semblantes demudados, como dos invitados *non gratos* a los que arrastra el mayordomo hasta la puerta. Al llegar a la altura de Ana, Jaime la mira y se acerca con la intención de consolarla, quizá buscando su propio consuelo disfrazado de última esperanza. Ana lo rechaza volviéndole la espalda, y Jaime siente que el pecho se le encoge y el corazón no le bombea sangre. Isabel mira displicente a Ana y busca con la vista la figura de Jorge que no llega. Los tres se quedan allí, como tres maniquíes sin capacidad para comunicarse. Al fin aparece Alejandro con aspecto decidido y majestad en su caminar. Detrás, acusando un gran esfuerzo, viene Jorge portando el cofre sobre su hombro. Alejandro lo había retenido sujetándole por el brazo cuando los demás se pusieron en movimiento hacia la salida. Cuando estos hubieron desaparecido, Alejandro señaló el cofre a Jorge al tiempo que le decía: "Llévatelo. No os lo doy porque os lo hayáis ganado, sino porque lo habéis deseado. Tampoco su contenido os hará diferentes." Jorge no lo dudó un instante y se lo cargó al hombro, sin más preocuparse por las cabalísticas

palabras de Alejandro. Cuando Jorge aparece, Jaime e Isabel lo miran perplejos y la envidia brilla en sus ojos; Alejandro no ha tenido ningún detalle final para con ellos. Ana, avergonzada del espectáculo que Jorge ofrece ante todos, se pregunta si no había otra forma menos ruin de hacerlo, pero sin plantearse su personal rechazo a la parte que le corresponde del contenido de aquel cofre. Jorge llega al coche y deposita el cofre en el suelo, respira hondo para reponerse de la fatiga y luego obliga a Ana a que se retire de la puerta en la que se apoya. Coge las llaves de la guantera. Abre el maletero, y sin mirar otra cosa que a su prisa, deposita el cofre dentro.

Jaime, abrumado de mil derrotas, de nuevo se acerca tímido a Ana y le susurra:

—¿Ya no me amas, Ana? ¿Cómo puedes ser tan insensible?

Ana le mira despectiva, contestando con igual tono de voz y repitiendo una frase ya oída.

—¿Amarte? ¿Pero qué haces tú para entusiasmarme? — y le vuelve la espalda.

Jaime baja la vista.

Alejandro abre las dos hojas de la puerta y continua andando hasta el portón del muro, que también abre de par en par, y se retira a un lado. Apoyado sobre el quicio, las manos detrás de la espalda, Alejandro mira por última vez el mundo donde había nacido por accidente.

Jaime e Isabel salen andando, sin atreverse a mirar a Alejandro. Siempre habían dejado el coche fuera del recinto del muro. Se suben en él y parten dejando detrás de sí una nube de polvo que oculta a los demás sus miserias.

Jorge y Ana salen a continuación. Jorge con la vista en el camino que quiere recorrer deprisa. Ana, ya desde el coche, mira a Alejandro, que

sigue con la vista perdida en el campo que se extiende al frente, y siente que se le agarrota la garganta. Como si el cuerpo no pudiera resistir mucho tiempo aquel espasmo contenido, Ana rompe en sollozos; Ana, una mujer sensible, en lucha incoherente con sus vísceras.

Alejandro, con los ojos entornados, cierra el portón reprimiendo una última mirada al exterior. Luego cierra la puerta de la casa con cierta violencia. Gira la llave y la introduce por la estrecha ranura, la ranura por la que el campesino sordo-mudo podía introducir alguna posible nota que en el pueblo le hubieran dado para el dueño. A continuación hace lo mismo con otras dos llaves, copias de la primera. Alejandro ya está solo en su mundo, sin posibilidad de alcanzar ningún otro donde replantear su vida... con más humildad, que dirán los soberbios.

***

Estaría bien que esta historia acabara aquí y pedir disculpas al lector por tanta desmesura para llegar a ninguna parte; o todo para concluir que somos iguales, ¡qué simpleza!

Aunque el autor tiene el propósito de justificarse, y lo hará al final, quiere, en caliente, salir al paso de esta aseveración de Alejandro, que parece justificar todo, pues de no hacerlo, mas de uno, y con razón, me colgaría el sambenito de falsario, muñidor de esa idea para venderla.

El dimorfismo, mal que le pese a mi Alejandro, no es sólo aparente, de apariencia visible para los demás y para uno mismo, en su pretendida conclusión de igualar a todos los hombres. Y no trato de buscar esas disimilitudes en las diferentes actitudes de los hombres frente a la vida, cada uno con sus códigos de conducta. Esto no haría más que abundar en esa igualdad. La voluntad como motor del libre albedrío no marca ninguna

diferencia; el que un hombre siga un camino y otro hombre el contrario no los hace diferentes; el que un hombre sea honrado y otro un delincuente, tampoco; un hombre tampoco marca diferencias con un mujer, salvo en su morfología, pero ésta podríamos encuadrarla en la diferenciación aparente; y no digamos, si nos fijamos en las diferentes etnias, si como se comprueba, un hombre nacido en el lugar geográfico, donde la raíz de una etnia le da origen, y que de niño es trasladado a otro lugar geográfico que alberga otra etnia diferente, se comporta igual que los miembros de la etnia adoptiva. En definitiva, de un estudio etopéyico, aquel que describe los caracteres, costumbres y acciones, no se puede inferir ninguna desigualdad. Tampoco el hombre considerado como animal. Si la etología se ocupara de él, sólo llegaría a la conclusión de que el ambiente marca sus diferencias, por lo que éstas no serían diferencias intrínsecas, esenciales. ¿Qué haría, sin lugar a dudas, que un hombre fuese diferente a otro? ¿Podría ser su distinta forma de sentir? No me refiero a la estética forma de sentir, sino al sentir íntimo. ¿Cuáles son las claves del sentimiento? Sin duda éstas son difíciles de clasificar, pues pertenecen a la esencia, aún desconocida, de los impulsos humanos. Pero ¿podemos aplicar métodos empíricos para legar a formarnos un imagen de ellas? Pongamos a dos hombres con los mismos bagajes de conocimiento que les permiten una igual perceptibilidad de un hecho, de forma que a ninguno de ellos se le escapa ningún matiz de la imagen que proyecta; por ejemplo: un accidente con muertos. El accidente tiene todos los aspectos de ser una tragedia, por cuanto el camión ha aplastado a un vehículo donde viajaban una familia, padres y dos hijos, que ahora yacen, provisionalmente, a un lado de la calzada. Los dos hombres que observan la escena, reaccionan, digo reaccionan, no que se comportan, del siguiente modo, perfectamente posible, ya que la experiencia nos trae a la memoria casos parecidos: uno, no importa hombre o mujer, después de

la primera captación de imágenes, las oculta a su vista volviéndose de espaldas; el otro, en cambio, aunque sobrecogido en apariencia, se recrea en los detalles de aquellos cuerpos masacrados. ¿Quién de los dos muestra sentimientos diferentes ante aquella escena, y por ende concluiríamos que son diferentes? En una consideración simple, diríamos que el hombre que no ha podido sostener la mirada es más sensible que el otro que no sólo la ha aguantado, sino que se ha recreado en la imagen. Pero estas dos actitudes no nos permiten definirlos como diferentes; todo lo más como dos personas que, ante un hecho de esa naturaleza, se "comportan" de diferente modo. No podemos determinar el grado de sentimiento de cada uno de ellos por sus actitudes respectivas. Probablemente, el que aguantó la visión, tenga posteriormente más motivos para "sentir" íntimamente aquel suceso, que impregnó sus retinas hasta el último detalle. Cuando Alejandro, en sus conclusiones apriorísticas, nos dice que los sentimientos nunca se muestran y que todo lo más lo que se muestra es una imagen burda de los mismos, lo que está diciendo es que los sentimientos pueden ser diferentes a como los percibimos. Pero esos sentimientos ocultos, precisamente por ser ocultos, no nos permiten deducir si los hombres son iguales o diferentes. Llegamos, así, a que la imagen de los sentimientos es sólo virtual, y no hay otra forma de considerarlos diferenciadores de los hombres. Siendo las cosas así, la diferenciación de los hombres no es una ciencia comprobada, y como en otros muchos aspectos, sólo cabe el creérnoslo o no. Alejandro hace de esta cuestión una verdad axiomática, y nosotros haríamos bien, como en tantas otras cosas, en esperar.

Porque.. Alejandro era el hombre supremo que yo esperaba naciera. Le di libertad, toda la del universo y, del hombre, sólo usó la página anterior. Y así, como cualquier hombre, murió sin saber lo que seguía.

ELEGÍA POR ALEJANDRO

Alejandro, nadie lo podría creer. Hombre poderoso entre los hombres. Hombre singular en tantas cosas: decisiones irrebatibles, una voluntad sin deseo, un yo sin nadie más, un orgullo sin la referencia del mérito. Alejandro vivía solo, los demás sólo eran sombras. Alejandro sólo se sometía al tiempo. Pero el tiempo de Alejandro no era el tiempo de los hombres. Los hombres utilizan el tiempo para fijar metas de esperanza; Alejandro sólo para fijar metas. Y las había alcanzado todas, dejando detrás de él a los demás, quizá porque iban caminando, precisamente, con la pesada carga de la esperanza.

Un día de su vida, en el que ya todas las metas se repetían como si la vida fuera un circuito cerrado, Alejandro dispuso que aquel viaje ya no tenía sentido. Pero parar era la muerte. ¿Era la muerte la meta final de un trayecto? Y si lo era, ¿era simplemente una meta, o era una meta de esperanza? "¡Qué tontería!" —se dijo— "No existen metas de esperanza." Y Alejandro fijó esa meta, como una más, consciente de ser la última. Y se sometió al tiempo, lo único que nunca quiso acortar con urgencias. "Tal año, tal día, tal hora, tal minuto, tal segundo será el instante último." Y Alejandro clavó esa meta en el almanaque de su mente.

Ya habían pasado los años, los días, las horas, sólo faltaban los minutos que se deslizaban rápidos y los segundos que se marcaban en latidos de su corazón, que, ahora sí, la urgencia aceleraba. Alejandro tomó un último impulso, vio que la meta se acercaba, bebió la pócima amiga y contó: diez, nueve, ocho... siete... Alejandro cerró los ojos y durmió. El nunca quiso soñar, quizá no pudo, ¿por qué habría de hacerlo entonces?

Ana y Jorge, ya lejos, perciben amortiguada la onda sonora. Paran ante el presentimiento de que procede del mundo del que han sido expulsados. Salen del coche y miran en dirección a La Colina. Una columna de polvo asciende hacia el cielo. Pareciera que el cielo no desprecia los restos de cualquier mundo, por miserable que sea, y los acoge en su seno. Ana quiere volver, pero Jorge la convence diciendo:

—Ana, allí ya no hay nada y pondremos en peligro lo que nos llevamos. Vamos un poco más lejos, que estemos seguros, y veamos lo que contiene el cofre... No sé si podré resistirlo.

Siempre se dan razones morales para declarar un sentimiento de culpa que no se tiene pero que queda bien, supongo que en el sentido de a gusto con uno mismo. Así es en este caso, en el que Ana manifiesta:

—Está bien, pero creo que hicimos mal en dejarlo solo. Nunca me lo perdonaré.

También se inventa el consuelo que retroalimenta.

—Era su voluntad. No habrías podido quedarte en contra de su voluntad.

Y se sigue insistiendo; las palabras son gratis.

—No me has entendido. Lo que quiero decir es que teníamos que haber seguido su suerte. Hemos perdido la dignidad, la autoestima, hasta la carrera por la que hicimos todo lo que hicimos, ¿qué nos queda?, sólo nos queda este maldito cofre al que nos aferramos, como si en él estuviese finalmente el secreto de la vida y con ello la felicidad. Pues no: ahí no encontraremos la felicidad, haya lo que haya, porque lo hemos conseguido impulsados por la avaricia y...

Pero sólo se aceptan si no traspasan ciertos límites. En caso contrario, el aleccionado plantea una cuestión de principio: tú haz lo que te salga de los huevos y déjame a mí en paz, o algo parecido.

—¡Oye, deja de decir estupideces que ni siquiera suenan sublimes! Llevabas un tiempo siendo coherente, dejaste de ser una romántica culo flojo, y no sé por qué tienes que volver a las andadas. Si algo he aprendido durante todo este tiempo, ¡maldita sea!, es que la gente cuando dice que es buena, lo que está diciendo es: bueno, depende de las circunstancias, las razones, etc. Lo tienes muy fácil, Ana: coge tu parte y haz con ella lo que te salga del coño. Y déjame en paz, leches, que pareces un forúnculo en el culo.

El lenguaje puede parecer gratuito, pero creo que más gratuito es esperar de los cerdos que canten un aria.

—Lo voy a hacer, descuida. Todavía sé distinguir lo que es bueno de lo que es malo. Y sé que a tu lado me sería difícil elegir —dice Ana, echando mano de su reserva moral.

Pero al que no le preocupa sino el futuro, entierra no sólo su muerto, sino el del vecino, los dos en el mismo hoyo. Es el caso de Jorge, que así dice:

—¡Vale, tía! Si ya has dicho todo lo que querías decir, aguanta un poco más y te verás libre de mí. Pero antes déjame decirte algo también, ¡joder!, que ya estoy harto de que me des lecciones. ¿Qué vas a hacer para recuperar la dignidad? ¿Podrás prescindir de tus nuevas aficiones? Te gustaba follar, no importa con quién: un viejo, un cura, una tía, ¡y de qué manera, sandiós!, nunca estabas cansada; te gustaba comer de lo mejor y hacías ascos a lo que en otros tiempos te habría parecido un manjar; es posible que el alcohol te haya dado un pellizco en la sangre y no te satisfaga ni siquiera beber con moderación; tus melindres posicionamientos

en torno al cofre pasaron a ser una obsesión por conservar tu parte; mandaste a tomar por culo muchas de tus bobadas idealistas y hasta te reías de ti misma recordándolo... Sí, "Donde esté el coño que se aparte el corazón," decías. ¿Quieres que siga? ¡Va! Si no necesito recordártelo; todo eso lo llevas en tu jodida y perversa cabeza... Sólo es necesario que te des cuenta de que esa eres tú y dejes en paz a los demás, aunque te joda verte en ese espejo.

Ana no responde a esta especie de anatema; cualquier cosa que hubiese dicho habría sonado a falso, y Jorge está en implacable.

Ya Jorge ha puesto el coche en marcha. Durante algunos kilómetros, los dos jóvenes permanecen en silencio buscando cada uno reafirmarse en sus pensamientos respectivos. Jorge ya no duda que Ana, con sus escrúpulos recurrentes, y quizá persuadida de que hay una redención para ella, va a tirar por su lado, lejos de él, que le recordaría todo eso que había hecho. También que la parte del valor del cofre que le corresponde, ella, seguramente, lo dilapidará en lavar su conciencia haciendo cualquier gilipollez llamada altruismo. Ana tiene carácter y no podría doblegarla a ser *sensata*, por lo que lo mejor es quitársela de encima. No le interesa que en el reparto quede descontenta y cometa la locura de denunciarlo; los dos se verían metidos en un lío jurídico de imprevisibles consecuencias. Lo mejor es advertirla de que tenga mucho cuidado en cómo maneja su fortuna y que evite toda sospecha de haberla obtenido de forma ilegal. Él, por si acaso, tardará en usarla un tiempo prudencial y, desde luego, muy lejos de España. El reparto, no obstante, va a ser complicado. Ninguno de los dos es perito en tasación de joyas, suponiendo que sea esto lo que contiene el cofre. Desde luego no todo puede ser dinero en efectivo, dado el peso enorme del cofre. Quizá lingotes de oro. Piensa en el significado de por qué, cuando transportaba el cofre al coche, sólo pudo percibir algún

sonido sordo, no metálico. Deduce que quizá son fajos de billetes, que también pesan lo suyo si están bien apretados. Cree Jorge que, puesto que Ana con sus escrúpulos no va a manifestarse ansiosa en llevarse la mejor parte, es preferible dejarle a ella la iniciativa de elegir, si una parte del tesoro son joyas, y evitar así cualquier enfrentamiento. Si en algo se pasa, protestará y reconducirá el reparto de forma ventajosa para él, o por lo menos equilibrada. Todo esto pasa por la cabeza de Jorge, en una sucesión relampagueante de pensamientos que sólo consiguen alterarle el pulso, cada segundo más acelerado.

Ana, superado el aluvión de consideraciones que le ha hecho Jorge, está en otra cosa. Piensa en Alejandro y hace un somero repaso del largo periodo pasado a su lado y en su mundo. No comprende por qué no le había podido seducir hasta el punto de hacerle una especie de esclavo de la joven pasión que ella le había ofrecido e inicialmente él sintió. En eso claramente había fracasado como mujer objeto de deseo. De verdad que Alejandro era, o había sido, un hombre especial, y ella no había sabido hacerlo suyo, sólo suyo. Aunque le admiraba, Ana no había llegado a amarlo. Se pregunta si esa circunstancia Alejandro la habría percibido, y si era así, quizá ella misma había sido la causante de su decisión final por una simple cuestión de desamor. Se siente incómoda con este último pensamiento. Pero el autoreproche viene de una consideración ya tardía y busca otros pensamientos. Ella y los demás acompañantes de Alejandro, y Alejandro mismo, habían caído en la promiscuidad más abyecta, bajo pretexto de que en aquel mundo se había establecido la no existencia del pecado como premisa de posteriores conclusiones que nunca llegaron. Era así que tan laxos principios, partiendo de las propuestas de Alejandro, habían formado la norma aceptada finalmente por todos, y no cabía duda de que aquel *sistema* era incompatible con los convencionales sentimientos

de este mundo en torno al concepto amor. Ana, promiscua con todos, piensa que nunca le había dado la más mínima esperanza a Alejandro, y haberle mentido con palabras habría sido absolutamente ineficaz con aquel hombre. ¿Qué podía haber hecho ella por evitar su fatal decisión en la que ella misma había sido tan claramente excluida cuando tímidamente lo intentó? Nada, se contesta Ana, y pasa a otras consideraciones menos sentimentales, como qué tendrá dentro el cofre. Recuerda aquel juego en el que Alejandro quiso advertirla de que en el cofre no había nada de lo que ellos se figuraban. Ella misma había terminado considerando que era un engaño más de Alejandro, asumiendo así la tesis de Jorge. Pero, ¿y si finalmente fuese verdad? Piensa en la reacción de Jorge, más que en la suya propia. Sonríe malévolamente; Jorge merece ese fracaso estrepitoso, que aunque también lo es para ella, al menos ella tiene una compensación: ver a Jorge enloquecido de desesperada frustración. A ella no le importa tanto como a Jorge. En realidad no sabe qué puede hacer con la supuesta fortuna que contiene el cofre, porque nunca se planteo la meta de ser rica, como era el caso de Jorge. Su vida va a ser otra, desde luego, aunque no vislumbra cómo va a ser. La experiencia vivida en el mundo de Alejandro ha sido singular, increíble. Si tiene más valor que pudor, quizá escriba un libro de éxito contándolo. Otra vez las alternativas: si es rica, será una cosa; si al abrir el cofre esa posibilidad se desvanece, será otra. Puestos a elegir, prefiere el éxito a la riqueza, pero ni siquiera se para a considerar el peso de la convicción que acompaña a un caso y al otro.

Ya son unos cien kilómetros los que han dejado atrás, y Jorge, bruscamente, se desvía de la carretera penetrando en un camino terrizo que parece conducir a un campo desierto, con pequeñas lomas. El camino es zigzagueante y Jorge debe pensar que detrás de una de ellas podrá con calma e intimidad pararse y abrir el cofre.

—Ha llegado el momento —dice Jorge por todo comentario y explicación al parar el coche.

Ana no dice nada. Sabe a qué se refiere su compañero y se deja llevar.

Ocultos desde la carretera para cualquiera que por allí circulara, los dos permanecen silenciosos en el pequeño habitáculo. Jorge, aferrado al volante, mira al frente sin pestañear. Ana, en cambio, mira lánguida hacia un lado y a través del cristal de su ventanilla; espera que sea Jorge el que tome la iniciativa de salir, abrir el portamaletas y, finalmente, abrir el cofre. Ella esperará dentro, atenta a la exclamación de su compañero.

—Vamos —dice finalmente Jorge, abriendo la puerta y poniendo un pie en tierra.

—Mira tú. Yo prefiero quedarme aquí. Ya me dirás lo que contiene.

—¿No crees poder aguantar la impresión?... Como quieras.

Jorge sale del todo, dejando abierta la puerta del coche. Mira a todos los lados para confirmar que nadie en los alrededores está presente y se dirige resuelto a la parte posterior del coche. Antes de abrir el portamaletas, mira a Ana a través del cristal posterior. Ana permanece inmóvil, mirando ahora al frente. Jorge se encoge de hombros, rubricando su desprecio a posturas que él considera falsamente teatrales. Abre el portamaletas. Ana desaparece de la vista. Jorge mira unos instantes al cofre. Una contrariedad: la cerradura y el mecanismo de la clave han quedado del otro lado, hacia el interior del coche. Un esfuerzo más, piensa, y se dispone a darle la vuelta. Tiene que cogerlo en una postura incómoda, a base de riñones y pulso. Hace un primer esfuerzo y parece resentirse. Apenas había movido el cofre. Sus conocimientos de medicina le permiten intuir que aquel esfuerzo hasta conseguir sacar el cofre del coche, darle la vuelta y luego meterlo de nuevo, puede dañarle la espalda. El cofre tiene dos asas. Ana podía ayudarle, pero una idea inunda todo su ser: ya que Ana no ha

mostrado interés, o valor, por ver el contenido, esa circunstancia puede él aprovecharla en beneficio propio; si sólo él conoce el contenido, todavía puede jugar con ventaja. Ella le parece tan estúpida, que siempre la había convencido de hacer lo que en cada momento había que hacer, ¿por qué no ahora también? Pero primero tiene que asegurarse del contenido del cofre, para luego mentirle con su mejor actuación teatral. Si todo sale como ha pensado, el total contenido del cofre será sólo suyo. El esfuerzo y el balance de resultados bien vale la pena, así que vuelve a agacharse para coger el cofre por las asas. Respira hondo y todo su cuerpo se tensa en aplicar el esfuerzo necesario para dominar el peso. Al fin parece que lo había levantado bastante, pero no suficiente para sacarlo fuera del hondo habitáculo. Jorge ha perdido parte de su musculatura atlética en los casi dos últimos años de vida licenciosa y exclusivamente entregada a la lujuria. Él se da cuenta de su baja forma. En otros tiempos no se le habría resistido. Sólo lo lamenta por esto último, porque cuando ha levantado el cofre un palmo, tiene de nuevo que dejarlo caer con estrépito, incorporándose a duras penas y con un fuerte dolor en la espalda que le hace exclamar un ay y una interjección obscena, si bien con el volumen contenido en los umbrales mínimos. Mientras se frota la región lumbar, piensa: ¿llamar a Ana? ¿Intentarlo de nuevo? Decide lo último.

Ana, por el tiempo que tarda Jorge en dar señales de vida, sin comentar nada, empieza a pensar que algo raro está haciendo y que tratándose de él no puede ser nada bueno. ¿Estará ocultando parte del tesoro? ¿Este miserable querrá jugármela? Enseguida los colores en toda la gama de los rojos tiñen su piel y se le crispan las manos hasta hacerse daño con sus propias uñas. Es un instante en el que toda razón se ofusca con un solo deseo. Su pie tropieza una vez más con la barra de bloquear el volante, y que yace en el suelo que ella tiene debajo. Pero mientras que durante el

viaje había sido un incordio que trató de evitar, ahora le envía un mensaje muy claro y terminante: tómame y acaba con ese miserable. Es una basura. Tú le darás al contenido del cofre un fin del que Alejandro se sentirá orgulloso y redimido de sus pesares, si en algún lugar se encuentra expiando sus culpas. Ana se agacha y toma la barra en sus manos. Cerrando las compuertas de su pensamiento racional, con sigilo, sale fuera. Camina a pasos cortos hasta la parte posterior. Jorge se encuentra agachado, en la fase previa de intentar de nuevo levantar el cofre, tomando aliento. Ana interpreta que Jorge acaba de meter el cofre de nuevo en el coche. Su silencio es su confesión: ahora irá a donde ella ha permanecido y le dirá, por ejemplo, que allí no hay nada de valor, que Alejandro se ha ido riendo de este mundo, y no de otro, a costa de ellos. Ana se pone detrás de Jorge, la barra bien aferrada con ambas manos. Jorge percibe una sombra y, sin medir las consecuencias, se incorpora con rapidez. Su cabeza golpea violentamente contra el mecanismo de cierre de la portezuela del maletero. Se lleva las manos a la cabeza y recula inestable hacia atrás. Son unos pocos pasos vacilantes y cae desplomado. Ana deja caer la barra y mira aquel cuerpo inerte. No grita histérica. No llora desconsolada. Por un largo rato no hace nada, ni siquiera piensa. Cuando la realidad se va abriendo paso en su mente, se acerca al cuerpo de Jorge y le toma el pulso. No percibe que aquel cuerpo tenga vida. Es entonces cuando piensa que en este mundo, algo o alguien sigue disponiendo por ella.

Ana hubo de arrastrar por largo tiempo una neurosis depresiva, probablemente del efecto que le causó la visión del contenido del cofre; lloró cuando vació su contenido y comprobó desolada que no había doble fondo, que sólo estaban aquellos libros que tiempo atrás habría considerado el más preciado tesoro puesto a disposición de cualquier hombre; ahora sólo le hizo pronunciar entre dientes: “¡qué mierda es

esto!", y se puso a reír histérica. Cuando se la consideró curada, volvió a aquellos libros que Alejandro guardara en el cofre de todos los sueños del hombre, pero no encontró nada que la hiciera soñar de nuevo.

ELEGÍA INACABADA POR ANA

Ana tenía el don de soñar despierta, cualidad que se atribuye a las personas que genéricamente podríamos calificar de idealistas. Pero el idealismo de Ana no estaba suficientemente definido y resultaba siempre estéril; no pasaba de un voluntarismo que se consumía en sucesivas, y a veces contradictorias, alternativas.

Un hecho, sin embargo, le había impresionado de tal forma, que le hizo tomar una decisión heroica.

Ana había vivido una experiencia extraña junto a un hombre extraordinario. Si sería extraordinario, que, sin motivo aparente, había diseñado junto a ella su autoextinción puramente física, sin ningún tipo de consideración mística que la engrandeciera a los ojos de sus semejantes; tampoco filosófica, razonamiento, el de la filosofía, que había terminado desdeñando por estéril y falaz. Había decidido simplemente morir, no como un hecho trascendente, sino como el fin de un ciclo vital que él consideraba acabado, como el acto de voluntad del que camina y decide detenerse. Así de simple, así de extraordinario.

Ana, viendo imposible disuadir a aquel hombre de su propósito sin fisuras, se había alejado de él muy afectada y por doble motivo: por el afecto sincero que por él había llegado a sentir y por su impotencia para impedírselo. A solas con sus doloridos sentimientos, sus pensamientos buscaban cauces ante tanto dilema, que, sin embargo, todos conducían a una sola conclusión que solía pronunciar a menudo: “Si no consigo que él venga a mí, yo debo estar con él.”

Y Ana, al fin, tomó la decisión irreversible; una decisión que ya no partía de su pensamiento y, por tanto, de imposibles alternativas; era su

sentimiento el que la ponía en marcha. Y volvió a donde había dejado a aquel hombre, preocupada de llegar tarde.

—¿Qué haces aquí, Ana? —preguntó el hombre al verla.

—Vengo a estar contigo.

—Ya habíamos convenido que era bueno para ti alejarte y para mí estar solo.

—No vengo a ser testigo y compañía desolada.

—¿Qué pretendes, pues?

—Acompañarte en tu viaje.

—¿Cómo es eso? Ya no hay ningún viaje; es el fin de todo trayecto posible.

—Hay un viaje al tiempo eterno y a ese viaje quiero unirme.

—¿No será alguno de tus sueños?

—Nada más lejos. Es puramente física y química; algo tan real como la vida misma. Yo misma me he convencido.

—Explícate; no te comprendo.

—¿Qué queda de nosotros después de la muerte?

—Poca cosa: un puñado de elementos, principios básicos del Cosmos. Ya habíamos hablado de eso.

—Efectivamente, ya hablamos. Quiero que los elementos que conforman mi cuerpo se mezclen con los tuyos y juntos hagan ese viaje eterno.

—Pero destruirás la energía de tu espíritu. Tú lo hacías trascendente.

—Y sigo haciéndolo. Quiero comprobar si es cierto. Si no estoy equivocada, mi espíritu también viajará eternamente al lado del tuyo; y si lo estoy, quiero, al menos, que nuestros elementos se confundan juntos, para siempre; que el Universo no sea el espacio por el que viajemos en sentidos opuestos o simplemente distantes.

—¿Eres consciente de que en ese estado ya no habrá sentimientos, ni pensamientos, ni...?

—Es el sentimiento, o el pensamiento de este instante, el más placentero, el más bello de toda mi vida. No quiero que el tiempo separe lo que ha de ser abrazo eterno.

—Tu vida no está concluida; aún te quedan muchos sueños.

—Y despertares, no siempre buenos.

—Alguna razón tendrás de mayor fundamento. ¿Por qué conmigo?

—Porque te quiero.

—Extraño conjuro que invita a aplazar todo final. Me estás haciendo dudar.

—¿De que te quiero?

—De que yo te pueda amar.

—Inténtalo.

—Tendríamos que aplazar...

—Lo aplazamos.

—¿Y si nos amamos...?

—Olvidamos el final…

ELEGÍA POR JORGE

Jorge se debatía entre la prisa por mejorar su fortuna y el camino natural que tenía que recorrer para alcanzarla. Demasiado largo para su impaciencia. Ser médico, recién titulado, le llenaba de desasosiego más que de orgullo. Mientras estudiaba la carrera soñaba con ser un médico de renombre, más que un gran médico. Y ahora que lo era nominalmente, lo primero lo veía muy lejos y lo segundo ni se lo planteaba. Con esa falta de ilusión, Jorge se preguntaba a menudo qué hacer. Y esa pregunta, que casi siempre carece de respuesta, le hacía exclamar invariablemente; "¡Qué mierda de vida!" A la vista tenía lo único que estaba claro: las oposiciones. Eso significaba volver a estudiar y una competitividad dudosa.

Un buen día, en su apartamento, después de sexo sin poesía, con un cubata en la mano y un cuerpo cansado de pereza, pulsó el mando a distancia de su televisor. Una película de violencia urbana fue la primera elección involuntaria; una competición absurda, la segunda; un debate político, la tercera. "¡Qué mierda!" Repetía ante casi todo a lo que se enfrentaba. Iba a desistir de ver la *tele* y la inercia le hizo pulsar de nuevo: era un reportaje sobre las condiciones de infravida que padecen algunos seres humanos. Las escenas de unos cuerpos yacentes, sólo objeto de curiosidad para unos buitres que esperaban pacientes; unos niños depauperados, para los que sus lágrimas eran moscas; unas jóvenes madres, para las que hasta la maternidad parecía el más cruel de los castigos; una tierra yerma, que no alimentaba más que desolación. Jorge había visto parecidas imágenes en otros momentos; se dan con frecuencia en los medios, quizá para que no nos quejemos de nuestra suerte, y ese es el efecto que habían causado siempre en Jorge, que las había mirado con cierta displicencia y mejor de ánimo, sin que su crudeza le impidiera seguir comiendo o plantearse qué iba a comer más tarde. Nada notable, desde luego. Pero aquella tarde, Jorge debía estar en estado de gracia. Quizá

saciado de todo, su estómago sufrió un espasmo violento que le hizo ir corriendo al cuarto de aseo. La joven que le acompañaba se asustó, y con el susto en el cuerpo, pregunta muy seria a Jorge:

—¿No estarás enfermo?

Jorge tardó en contestar, estaba ocupado en serenar su cuerpo. La pregunta no la había olvidado. Era una forma de preguntar interesada, egoísta, brutal.

—¿Qué harías si lo estuviera?

—Eso se avisa. ¿No será SIDA?

Jorge siente primero abatimiento, luego un odio intenso que quiere volcar encenagando a aquella mujer en el pantano de su miseria.

—Pues... sí; es Sida, y en fase terminal. Sentiría haberte contagiado.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Eres un maldito criminal! ¡Debería acabar contigo, montón de basura!

—Te permito hacerlo. Cuanto antes, mejor; me evitarás sufrimientos, pero cuidado con mi sangre, no te salpique.

—¿Y qué pasa ahora conmigo, cabrón? ¿Me suicido a continuación?

—No tengo Sida. ¡Lárgate de aquí, ahora mismo!

—Me has tomado el...

—¡Chiss...! Ni una palabra más. ¡Puerta!

Jorge se queda solo. La tele aún sigue vomitando imágenes, y es entonces cuando piensa en lo que acaba de suceder y lo encadena con lo que está viendo. Y a Jorge le parece que él ahora ocupa el lugar de la chica y las imágenes no son sino el enfermo terminal que siempre evitamos. Jorge podía haberlo hecho con un una simple presión en un botón del mando a distancia. Pero no lo hace y, en su lugar, pone en marcha el vídeo para registrar aquellas imágenes. Las ve hasta el final, y aún las vuelve a ver hasta tres veces. Toma nota de un nombre sin otro propósito que

localizarlo en los mapas. Cuando ya las imágenes formaban parte de su memoria, busca en un atlas aquel lugar. No lo encuentra. Ese lugar no figura con su nombre. Los hombres, los otros hombres, lo ignoraban por el simple método de no ponerlo como posible destino.

Jorge no cejó hasta saber donde se encontraba aquel lugar maldito, y mientras hacía esas averiguaciones, su impaciencia crecía y se concretaba en un deseo: ir a aquel lugar; ¿era ese su destino, tanto tiempo ignorado?

Y Jorge pasó la prueba de fuego, probablemente más dura que lo que le esperaba allí. De puerta en puerta colectando medios, de institución en institución, de organismo en organismo. Su voluntarismo era sospechoso; debería inscribirse y esperar, ya lo llamarían. Visados, certificados de esto y de aquello, hasta de vacunación contra casi todo. Le propusieron encogerle el estómago para que no sintiera el hambre; también una preparación visual, olfativa, endurecerle el corazón para que resistiera tanto espasmo acelerado como le esperaba. Menos mal que lo absolutamente necesario sólo se trataba de burocracia, y en rellenando los papeles todo estaría en regla.

Y Jorge, al fin, llegó a aquel lugar. Pudo orientarse por una bandada de buitres que volaban en círculo en el horizonte del abismo...

Cuando Jorge despertó, rememoró aquel sueño. “Nunca tuve un sueño igual” —se dijo.

Y no se sintió mal. No había sido una pesadilla. Aquella misma tarde se puso en contacto con la organización *Médicos sin Fronteras*.

Isabel y Jaime llegan al pueblo sin que por el camino a ninguno de los dos se le ocurra decir nada. Sus pensamientos respectivos son incomunicables. Todo ha sido un sueño obsceno, y ahora, por separado, deben administrar la resaca.

Isabel seguirá siendo la maestra cuestionada por su separación del marido, el alcalde. Tendrá que hablar con éste y hacerle ver que ninguno de los dos debería hacer explícitos los agravios del otro. Una separación educada a la que habrían llegado *por incompatibilidad de caracteres*. No tienen hijos y eso ayudará a que las gentes no los demonicen. No se verán, ni siquiera furtivamente, a él con otras mujeres y a ella con otros hombres, así evitarán las maledicencias. A los dos les interesa seguir gestionando los bienes que Alejandro ha dejado al pueblo: él, el alcalde, y ella, una especie de albacea, pueden formar un equipo compacto al que nadie tendrá acceso. Pueden sacar mucho provecho si no hacen astillas del árbol caído de su relación sentimental.

Jaime, si consigue reconciliarse con Dios, todavía puede alcanzar la santidad; se dan casos. Su cuerpo le mortificará hasta los extremos del heroísmo, pero eso no le importa, si es Dios quien le manda esa prueba y penitencia. Sólo Isabel y Dios conocen en el pueblo su pecado. Isabel callará, lo da por seguro, así que nada hay que temer, salvo la ira de Dios. Buena y discreta relación con Isabel; humildad y atrición sincera para con Dios, y a ver qué pasa.

Ocurrió que el suceso no pudo pasar desapercibido y ya, al día siguiente, periodistas de varios medios de comunicación se acercaron por el pueblo para recabar información sobre el extraño sucedido. De entre ellos, una pareja compuesta por un corresponsal ya curtido y una joven con el título recién estrenado, ambos de un mismo diario nacional, destacaron por su celo en averiguar, sobre todo, la personalidad del dueño y morador

de tan increíble construcción y no menos increíble final. La investigación les llevó, primero, a conocer la versión del sargento del puesto de la Guardia Civil y del alcalde del pueblo, luego, la del hombre mudo, más tarde la del cura, don Jaime y la de la maestra, doña Isabel, pareja que no les resultó difícil vincular con el dueño. El hermetismo de todos para explicar con verosimilitud lo ocurrido en aquel lugar de La Colina, no hizo sino acrecentar el interés de los periodistas referidos, por averiguar la verdad que con tanto ahínco y razones múltiples, aquellos personajes trataban de ocultar. Pero aunque las incoherencias entre ellos eran muy sutiles, el instinto periodista de ambos jóvenes se fue abriendo camino hacia el objetivo perseguido.

Gran esfuerzo e imaginación tuvieron que desplegar, y se podría resumir en lo que sigue.

El sargento de la Benemérita llevaba el caso con toda cautela y escaso celo profesional. Cuidaba, sobre todo, no importunar a los que habían tenido contacto directo con aquel hombre curioso y pródigo en donaciones al pueblo, incluidas unas viviendas nuevas para los guardias civiles. Por supuesto, desconocía que aquel hombre pudiese haber demolido aquella construcción desde dentro y que, por tanto, no imaginaba que su cadáver permanecía bajo los escombros, de lo contrario, y simplemente sospecharlo, se habría visto obligado a entrar a fondo en el asunto para esclarecer las causas de un suceso, investigable de oficio. Tampoco, tampoco conocía, ni sospechaba, qué actividad se había desarrollado muros adentro y nunca dio crédito a los rumores que circulaban por el pueblo, que hablaban de brujerías o tratos con el demonio.

El primer encuentro de los periodistas con los guardianes de la ley fue cuando estos, nada más llegar al pueblo, se acercaron al cuartel de la Guardia Civil. Allí se les dijo que la investigación estaba abierta y que

expertos en explosivos estaban a punto de llegar para investigar cómo se había producido la demolición, ya que ellos no tenían noticia de que se hubiese solicitado el permiso preceptivo y por compañía autorizada a estos fines. Vieron al Sargento al día siguiente y ya cuando los expertos habían concluido que la demolición se había hecho de forma ilegal y ordenada o ejecutada por su dueño mediante dispositivo accionado a larga distancia. A nadie, en aquel instante, se le ocurrió pensar que bien podía haberse efectuado como en realidad fue. Según el sargento, el caso quedaba cerrado para ellos y si alguien había utilizado explosivos sin autorización, como así parecía ser, se seguiría en otras instancias para depurar responsabilidades. *Caso cerrado*, dijo el sargento a los numerosos periodistas que se acercaron por las ruinas.

Pero no todos quedaron satisfechos, y nuestros dos jóvenes siguieron sorteando los avatares de una investigación para la que no contaban con otras personas que aquellas que podían suministrarles alguna información, con la que empezar a establecer, siquiera, una hipótesis. Pero por lo hasta entonces apreciado, no parecían muy dispuestas a que esa información fuese coherente y permitiera llegar a conclusiones terminantes. No se arredraron ante las dificultades y, todo lo contrario, esta circunstancia hizo que el interés aumentara, intuyendo que el tema podía tener enjundia informativa. Les animo, también, el ver que se quedaron solos en el pueblo, pues los demás colegas se dieron por satisfechos con las palabras del sargento y regresaron a sus lugares de origen. Si algo había de noticiable, sería una buena exclusiva.

La visita al hombre sordomudo fue determinante. Por gestos y mediante dibujos que le mostraron a aquel hombre, los dos jóvenes periodistas concluyeron que el dueño de aquella casa no había salido de ella antes de la explosión, por lo que dedujeron que era casi seguro que estaba dentro en

ese instante y ahora sería su cadáver el que permanecía debajo de los escombros. Pero también, el suspicaz sordomudo suministró otro dato que les permitió atar hilos sobre la existencia de una vida con tintes de escabrosa y en la que habrían participado no sólo el dueño, sino el cura y la maestra, a más de dos jóvenes que se habían marchado y que no eran del pueblo ni residían en él. Este asunto tenía connotaciones morbosas, no tanto periodísticas, pero que excitaron la imaginación de los dos jóvenes periodistas. Las presiones que ejercieron sobre el cura y la maestra fueron muchas, pero el resultado totalmente nulo. Fue la suposición primera la que les dio el éxito periodístico, cuando haciéndosela saber al sargento, éste ordenó que se retiraran los escombros para verificar lo que suponían los periodistas.

Retirados los escombros en presencia del alcalde, del cura, del sargento y de los periodistas, y después de un primer y frustrante resultado en el que no se confirmó lo que se suponía, la joven periodista tuvo una corazonada fantástica, aunque bastante verosímil, que fue asumida por el sargento, no tanto por el cura y el alcalde, que se empeñaban en poner trabas a la investigación. Finalmente pudieron dar con el lugar en el que yacía Alejandro. Su aspecto era el de un hombre muerto después de una larga agonía, rictus de amargura más que de dolor. Si la muerte no infundiera siempre respeto forzado, los allí presentes no hubiesen podido por menos que reírse de aquella forma tan estúpida, más que cómica, de morir. Como lo único que parecía interesar de aquel foso era una misteriosa bolsa atada a una manivela de desconocida utilidad, el sargento, al tirar de la bolsa, accionó la manivela, comenzando enseguida a llenarse el foso de un líquido del que se desprendían unos vapores que pronto identificaron como de ácido sulfúrico. El cadáver se fue derritiendo en aquel ácido hasta desaparecer en forma de masa apestosa. Después de todo, Alejandro había

conseguido que la muerte no dispusiese de su cuerpo... y los hombres tampoco, para que un forense pudiese dictaminar si aquel ser era de este mundo o de otro.

Lo que se siguió fue que en la bolsa, que allí encontraron, había unas cintas de vídeo y una carta manuscrita. Leída la carta frente a los allí presentes, se dedujo que en el contenido de los videos, aquel hombre parecía querer transmitir un mensaje a los que encontraran su cadáver y, sobre todo, una visión de lo que había sido su mundo. El intento desesperado del cura para que aquellos videos no se visionaran resultó infructuoso. El sargento, ya en franco colaborador con los dos periodistas y un poco con la mosca detrás de la oreja, los visionó en la casa cuartel a solas, bajo pretexto de que en ellos pudiera haber información que, ahora sí, era de su competencia, y hasta obligación, investigar y poner en manos del juez.

Mientras tanto, a Jaime y a Isabel se los había visto salir precipitadamente del pueblo. Sus cadáveres fueron encontrados, pasado algún tiempo, en un pajar de otro pueblo cercano. No mostraban señales de violencia. *Accidente por inhalación de monóxido de carbono*, dictaminó la autoridad competente.

Pasado algún tiempo de la muerte de Alejandro, muerte, por lo demás, y sin la televisión presente, sin pena ni gloria, el periodista, que como se dice conoció el contenido del manuscrito que se encontró junto al cadáver, aunque no el de los videos, debió tener un ataque de inspiración y decidió escribir un libro de desbordante imaginación y escaso éxito comercial, pues los críticos se encargaron, nada más aparecer éste, de descalificarlo al considerarlo como un panfleto de la peor especie. El libro, a grandes rasgos, venía a decirnos que aquel mundo, por voluntad de su excéntrico dueño, había sido una réplica del que describen las Sagradas Escrituras;

que dios (Alejandro) creó al hombre y a la mujer (Jorge y Ana) a su imagen y semejanza y los puso en el Edén (el mundo de Alejandro); que los puso a prueba y pecaron contra él al hacer de aquel mundo (y dio en este sentido exhaustivos detalles) algo parecido a lo que el hombre ha hecho y hace en el mundo que conocemos; naturalmente, y como supuso que eso vendería, sólo de aquellos aspectos más negativos, pero que, con ser muchas las muestras que da este mundo, el periodista se pasó un tanto. El resultado fue tachado de manipulación de la Historia y mala fe y al autor un escritor de tres al cuarto.

ELEGÍA POR ISABEL

Isabel se fue a la ciudad con un creíble pretexto: tenía que resolver no sé qué asunto de papeles. Detrás dejaba a un pueblo maldiciente y ramplón que convertía la atmósfera en irrespirable; así era su respiración, ahogada en suspiros interminables. Detrás dejaba un marido que la poseía sin darle a cambio nada. Detrás dejaba su escuela y a unos niños de otras madres y otros gozos. En fin, detrás no dejaba nada.

"En dos días no he de volver; tengo que resolver muchas cosas." Su marido la creyó, pero para que no se olvidara del hombre que allí dejaba, aquella noche la poseyó dos veces, mientras Isabel sólo esperaba el amanecer.

Cuando Isabel llegó a la ciudad, miró al autobús, compañero de su fuga íntima y le dijo adiós para siempre. Miró a la gente inédita que caminaba a su lado, y sintiendo por primera vez que la gente la ignoraba, se sintió segura de sí misma. Tomó el metro y viajó durante una hora sin destino, huyendo de una persecución imposible. Volvió a salir a la luz de la ciudad en un lugar desorientado. Y miró hacia atrás pero no vio sus huellas. Ahora era ella, a solas con cada instante de su vida, y se dejó llevar de su propia inercia.

En una terraza de un bar, se sienta. Pide un café y un vaso de agua, y de su bolso saca para escribir una carta. Un momento que lo piensa, y escribe con mano firme:

"Julián: tu mujer se ha cansado de eso, de ser tu mujer. Me dabas poco a cambio de casi todo; no me pediste amor ni me lo diste, y como el amor sólo con amor se paga, verás que no te lo cobro. Por diez años de hacer de puta, de criada y de tu orgullo, esta es la cuenta, mal ajustada, por los servicios prestados: tres mil y pico días con sus noches, a quinientas pesetas por noche y quinientas pesetas por día, total, tres millones y medio que he sacado del banco y que recibo como pago. Más te de debería cobrar,

pero no acepto tus letras de cambio. Y como en la canción, náa te debo, náa me debes... estamos en paz."

Isabel mete el escrito en un sobre, y con el dedo mojado en el vaso de agua, lo pega, igual hace con el sello; su saliva, ahora, ya no entraba en la cuenta.

Cuando Isabel despertó, su marido aún dormía. Miró al techo, a la pared de enfrente, a la ventana, y por ella entro la luz que rasgó las telarañas de su alma. Se levantó en silencio, que la bestia no despertara, se vistió y en un bolso metió algunas cosas de su exclusiva pertenencia. Salió de casa, y antes de que el banco abriera, ella esperaba a la puerta... Subió al autobús que pasaba por el pueblo llevando gente a la ciudad con billete de ida y vuelta. Y ya no miró atrás, cerró los ojos, era el sueño que empezaba.

ELEGÍA POR JAIME

Jaime era un caso típico de persona acomodada al papel forzado que pusieron en sus manos allá por su niñez. Su voluntad careció, incluso, de

la única contingencia que disponemos a lo largo de la vida: seguir nuestro destino en lugar del que se empeñan en marcarnos. Fue así que sus padres lo metieron en el seminario, como el que dispone de un mueble de su propiedad.

Jaime, al principio, aquello lo llevó mal, pero allí estaban preparados para esas contingencias menores, producto natural de una voluntad infantil, siempre rebelde a lo que marcan los cánones. Y poco a poco, sin encrucijadas en su camino, pues que no había caminos alternativos dentro de los muros de aquel centro, tomó el único camino que visualizaba su dirigido y unívoco pensamiento. Así, Jaime, sin elección posible, se aferró a su profesión de fe, cimentada de miedos y esperanzas, y aceptó ser vasallo del dios que le habían pintado; se volvió beligerante con los hombres libres y fue un buen cura, casi perfecto; ponía tanto ardor en los cometidos de su ministerio, que llegaba a las gentes metiéndoles el miedo en el cuerpo, el mismo miedo que él sentía. En definitiva era de lo que se trataba. Pero como sucede con los miedos inducidos, era un miedo que cada cuál soslayaba a su modo; el que más y el que menos, fuera de su influencia, hacía de su capa un sayo y se tiraba al monte, gracias a Dios. Él los perdonaba siempre, ¡y cómo no!, en el nombre del Señor, y no era severo en las penitencias, quizá por un cierto espíritu liberal, o *agiornado,* como decían de él los pedantes.

Jaime, de naturaleza exuberante, también era un hombre que se abrasaba de deseos. Cuando esto ocurría, siempre hacía lo mismo: imploraba a su Dios la fuerza necesaria para superarlos; casi siempre lo conseguía, y digo casi, porque en sus sueños las cosas no eran así. Jaime no comprendía aquella doble vida, la de la vigilia virtuosa y la de unos sueños, al decir de él, siempre de pecado y sin su Dios como referencia. Y

así iba transcurriendo su vida, seca de día en soles ardientes y por la noche húmeda de rocíos balsámicos.

Una noche fue especial, coherente de secuencias, larga de sensaciones, completa de satisfacciones, libre.

Jaime sentía vivir en un mundo diferente. Era un mundo sin Dios, sin pecado, sin miedos; no existían leyes, mandamientos, ni jueces de togas negras y ojos negros de fuego negro. La vida discurría placida y todos los humanos parecían felices y contentos. No se rezaba, ni se imploraba, ni se ocultaban, ni se exhibían; simplemente estaban allí, exentos de maldiciones y de prejuicios. Y Jaime vestía una blanca túnica, pues que no existía el negro, y caminaba descalzo por un verde prado, pues que no existían caminos, y un arroyo era la música, y las flores el aroma, y las nubes, viajeras, carrozas blancas que transportaban veloces los pensamientos efímeros de los hombres. Todo eran sensaciones; no se pensaba, ni se razonaba, ni se imaginaba, ni se hablaba, sólo se sentía. Y en aquel mundo de los sentidos, Jaime los desplegaba todos, los abrazaba todos, los entregaba y los recibía todos, fundiendo su cuerpo con otro cuerpo, el cuerpo de una forma etérea en forma de mujer.

Cuando Jaime despertó, intentó volver al sueño. Jaime estaba extenuado, bañado de sudores que resbalaban sobre su cuerpo en perlas de nácar. Y cerró los ojos para no ver el día del pecado, de la virtud vencida, y de nuevo se dormía. Su corazón, roto de espasmos, dejó dormir, al fin, a aquel martirizado cuerpo para siempre.

EL AUTOR EN PRIMER PLANO

El Mundo de Alejandro ya no existe. Nadie podrá negar que fui y soy dueño de sus vidas y de sus muertes, aunque no del recuerdo en los demás, de existir éste. A Ana la dejé viviendo para que diera testimonio del ser humano en su laberinto: todos nosotros. Por si sucediera que Ana muere conmigo, sin más recuerdo de los hombres, quise no dejarla sin su elegía, aunque fuese inacabada.; todos fueron mi pensamiento.

No es cuestión de esperanza, sino de deseo, el que aquellos valores que escenificó Ana en su representación más genuina, puedan instalarse en la humanidad por la propia convicción de los hombres, sin dioses que los propongan ni satanes que los destruyan.

Yo, que pude crear y destruir un mundo de fantasía, no puedo asegurar que sobre mi tumba vayan a poner ni siquiera un epitafio. Pero si puedo tener un deseo, me gustaría que fuese éste:

"La Verdad es y seguirá siendo un problema para los filósofos; yo me conformé con ver por dónde iban las cosas… aunque a veces me pregunté por qué no llegaban a ninguna parte.

JUSTIFICACIÓN BUENA Y SUFICIENTE, A MI MANERA.

Se baja el telón y el autor no quiere irse sin antes explicar el porqué de tanto desatino aparente. Digo aparente, porque también para mí nada es verdad o mentira, todo es del color, etc.

Cuando uno se pone a escribir con una sola y escuálida idea, la introducción al escepticismo, por ejemplo, tiene un riesgo que, por supuesto, asumo sin demasiada convicción. Y es que no sé a ciencia cierta qué tipo de riesgo puedo correr. Soy un descreído y además beligerante; quizá en esto último resida el riesgo. Lo que se pide es vender ilusiones, esperanzas, alegría de y por vivir… paradigmas humanos de esto y de aquello, la aventura del hombre en su laberinto al que, finalmente y por

arte de birlibirloque, siempre se le encuentra una salidita para sosiego de espíritus pusilánimes.

Sé que nada de esto pudo salir de mi desánimo. Negar casi todo, buscarle contradicciones sin llegar a la esquizofrenia, ponerlo en solfa, desmentir la esperanza de que pese a todo avanzamos, es lo mío, o mi enfermedad benigna, si lo queréis. Sí, ya sé que de entrada me estoy indisponiendo con los optimistas, alegres siempre de oreja a oreja, defensores del podía ser peor, o de los utópicos, que creen que mediante ciertos métodos se podría situar al hombre en un mundo mejor. Pero también de los afligidos pesimistas, para los que hasta el arco iris es presagio de mal agüero. Y por concretarme en los vilipendiadores de los escépticos, para estos, que no aceptan ni han de aceptar jamás el escepticismo sino como postura inválida e impotente, esta ocasión que les he brindado no es otra cosa que una despreciable manifestación de manipulación gratuita, enfermiza, de unos seres humanos creados ad hoc para mi única justificación. Todo esto lo señalo de entrada, mal que me pese y consciente de tan mal comienzo autojustificativo. Sólo apelo a la generosidad de mis lectores ante el raro negocio que les propuse; ellos decidirán si les he entretenido, les he perturbado o les he sido indiferente, y, en todo caso, qué quieren hacer de mí. Por supuesto que no sería tan explícito de estar en tiempos de la hoguera.

Pero también puedo sospechar que, ante tal declaración de principios, los más avisados podéis exclamar: "¡Excesivamente original!" Y luego, poniendo cara de estreñidos, no debería extrañarme que depositarais este libro en la estantería de los intocables, como una zapatilla dentro de una jaula, a esperar a que cante.

Pues no; por una vez debería ser optimista y no esperar de vosotros ese tipo de paciencia estéril. Lo malo es enemigo de lo bueno, que diría

encantado Perogrullo, pero, a veces, conocer al enemigo, que se presenta a cara descubierta, nos proporciona una ventaja: la opción en nuestras manos de elegir lo bueno.

Sin embargo, ¿por qué este ir contra corriente? ¿Por qué tan extraña originalidad, suponiendo que a estas alturas haya algo que resulte extraño? ¿Qué he pretendido, en definitiva?

Al margen de vuestras propias conjeturas, debo reconocer que siempre hay una velada pretensión en lo que se dice y mucho más en lo que se escribe, incluso cuando la apariencia no permite saber a qué carta quedarse. Lo que suele suceder es que, por lo general, esas pretensiones se guardan celosamente ocultas, dejando a los demás que asuman su responsabilidad en la propia interpretación.

Permitidme que me confiese, o que lo intente, para romper con esa norma.

En mi caso, el escepticismo, además de suponer que es una inclinación vital insoslayable en quien la padece, también pudiera ser la mejor forma que encontrado para posicionarme ante todo dogmatismo, propensión común a que tiende todo aquel, incluidos los escépticos, que se pone a decir lo que cree, exigiendo que los demás lo crean también y por ende se beneficien del regalo que les ponen en sus manos. Aunque sólo fuera por el que he padecido, con más desesperanza que esperanza, con más frustración que ilusión, con más tristeza que alegría, estaría justificada cualquier declaración que hiciese, o pasaré por la vida dando testimonio silencioso del tonto útil, que sólo nació para ser pasto de los depredadores del pensamiento individual, pues que del colectivo acotado, sólo sería un imbécil.

Creo que vacunados os dejo contra cualquier virus que pudiesen suponer mis palabras y dañar con ellas vuestro cerebro.

Pero también digo, y esto ya os parecerá el colmo de la desfachatez, que no sé aún cómo lo he hecho. Parto, eso sí, de una convicción que me parece tener clara: pienso, intuyo, creo, no sé… que todos los empeños del Hombre en el esotérico mundo de las ideas son a la postre un fracaso... que nada de lo conseguido hasta la fecha nos permite mostrarnos no ya orgullosos, sino simplemente satisfechos. Que tampoco la heroica lucha de algunos contra la oscuridad nos provoca grandes manifestaciones de júbilo, y no es que yo lo diga, el ejemplo lo tenéis observando a la Humanidad, todos los hombres y ninguno, para la que es indiferente todo eso que los cretinos dicen que constituye el legado que nos dejaron: piedras fundamento del edificio que, un día, estaría destinado a albergar la esperanza alcanzada del Hombre en poder, finalmente, llegar a conocerse. Lo cierto es que el edificio hace aguas por todas partes.

Esperanza. He aquí una palabra que me produce urticaria. Lo cierto es que la esperanza, ese consuelo estéril del Hombre en su laberinto sin salidas, sólo es una droga que carece de efecto cuando el fin se acerca a todos nosotros; entonces se torna y siempre se tornará en angustia, y, a tal punto, quisiéramos conservar la luz, con minúscula, que entra por nuestros ojos mortales, en lugar de la Luz, con mayúscula, que se promete a nuestra alma inmortal. Yo, para no engañarme y ser consecuente, he abolido ese concepto panacea como recurso para seguir viviendo. Y no es una postura más o menos estética.

Porque parece cierto que casi todo lo que creemos se desmorona a la misma velocidad que el viento borra nuestros epitafios; viento cabalgando a lomos del tiempo, un caballo desbocado, sin riendas que lo sujeten y lo domestiquen, que todo a su paso lo convierte en polvo.

Siendo así las cosas, ¿quién lo discute?, sólo deberíamos apoyarnos en un mandamiento, la única y más acreditada proposición de todas las que el

Hombre ha pronunciado, curiosamente con fecha de nacimiento; se diría que a la par con la del Hombre, allá por el principio de los siglos que cuentan y muy posterior al albor de la creación. Ese mandato venía a decir que cualquier proposición es falsa en tanto no se demuestre lo contrario. Porque haciéndolo así, en lugar de esperar, buscaremos; si estamos solos, como lo estamos, cada uno de nosotros podrá hallar cobijo en su propia certeza. Desgraciadamente, no se tuvo en cuenta y pasó lo que pasó

Escéptico ante la posibilidad de obtener respuestas universales a cuestiones básicas que mi mente se plantea, después de haber navegado todas las singladuras conocidas, soy, en cuestiones de pensamiento, como un desertor de un gran barco de pesca, repleto de grandes y acreditados pescadores que sólo van en pos de los grandes peces. Los he visto, perplejos ante sus redes vacías, y me he lanzado al agua con una pequeña barca, hecha por mí mismo, y también una pequeña caña de pescar. Seguro que pescaré pequeños peces, pero servirán para alimentarme mientras viva. Mi preocupación no va ligada al instinto de supervivencia eterna, que doy por descartada, sin que esto me haya supuesto un gran trauma. Mi preocupación es cambiar el sentimiento constante de vértigo que siento mientras me columpio entre el ser y el no ser. Porque el ser, lo tengo comprobado, es un amarre endeble atado al presente, y el no ser, una cuerda floja que se hunde en el vacío, al que me siento arrastrado. Si consigo acercarme al ser y anudarlo a mí fuertemente, estoy seguro de no sentir el vértigo. Terminaré cayendo al vacío, pero eso, qué puede importarme...

Aceptad pues, mi escepticismo a lo largo de todo lo que he escrito, habiendo cumplido, así, con mi propósito de que, en cuestión de verdades, la idea que he intentado transmitir sería algo así como que éstas, las que aquí escenifiqué, y para mí que casi todas las ya escenificadas

anteriormente por otros, no son ni carne ni pescado, sólo un plato de lentejas para los idiotas, que ellos, no obstante, quizá consideren algo exquisito, pero allá ellos.

¿Y qué arma utilicé en tal desigual batalla? Pudo ser la sutileza. Pero la sutileza termina con el propósito de querer no decir nada, a poco que se insista en ella. Utilicé el mismo Hombre, pues, al fin y al cabo, sólo él puede ser la enfermedad y la medicina; sí, por más que le di vueltas no conté con nada mejor; las demás alternativas me parecieron estúpidas.

Pero dicho así, ¡caray!, un genérico tan complejo dice demasiado para escribir un libro sobre nada, por lo que debí acotar el Hombre y referirme a uno en concreto que respondiera a lo que yo pretendía. ¿En qué tipo de hombre pensé? Un tipo raro de hombre tuvo que ser, claro. Pero los tipos raros de hombre han resultado y resultan a veces peligrosos porque casi siempre se presentan irrefutables; es así que dejan de ser mentirosos para el resto de los hombres que caen bajo su influencia, a veces sólo de su labia. ¿Presentar yo un hombre irrefutable, es decir, peligroso? ¡Dios me libró de tamaña osadía y contradicción con mis principios! No. Para evitar que mis personajes resultaran peligrosos, por la posible inducción que pudieran causar en personas de buena fe, los que yo utilicé fueron unos humanos-payasos con vestidos hechos de retazos de todo lo que el hombre suele usar para adornarse, o con frecuencia sólo para disimular su propia perplejidad.

A un payaso sólo le toman en serio los niños y no sé si los tontos, así que cualquier hombre no con cinco dedos de frente, sino con dos o alguno más, no ha debido dejarse engañar.

Pero mi pretensión, de todos modos, parece que ha sido hasta infantil. ¿Qué se puede concluir de lo inútil? Pues una lección que ofrezco sin

soberbia, creo; una moraleja que viene a decir: cuidaos de los humanos-payasos que pululan de verdad por el mundo o han dejado su semilla…

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Debemos cuidarnos de tus humanos-payasos?, me preguntaréis, con razón. Sería la vuestra un pregunta para quedarse en blanco, pero, como la esperaba, y un escritor es una especie de Juan Palomo, tengo ya una respuesta algo paternalista que me asegura al menos vuestra conmiseración, y es ésta: cuidado; muchos de vosotros no lo sabéis, pero os aseguro, bueno, no lo aseguro, sólo lo creo, que detrás de cualquier payaso de estos de carne y hueso, e incluso de ficción, suele haber un imbécil peligroso, y al que podéis valorar por su apariencia más que por la verdad que esconde.

Por favor, si os suena categórico, no hagáis irrefutable lo anterior, sólo tomarlo en cuenta, o lo que os plazca.

Y ahora, en mi proclividad a la duda permanente, me pregunto: ¿por qué habré escrito todo lo anterior y a quién puede interesar, si lo habitual, como antes decía, y hasta obligado si se me apura, es fingir que lo que se dice en público es algo que uno mismo se esfuerza en parecer que se lo cree para que se lo crean los demás?

Tengo oído que un escritor debe presentar personajes creíbles. Es claro que un personaje contradictorio no resulta creíble… Pues no sé qué decir… La credibilidad es aval para tantas mentiras… Una afirmación que termina en puntos suspensivos es una afirmación con matices, tenedlo en cuenta a la hora de culparme de parecer categórico. También puede suceder que en esto de descubrir el propio sentimiento siempre se corre el riesgo de que nadie te crea sincero. Me arriesgo, así lo dije al principio; además, no me queda más remedio si quiero salir de mis solitarias y estériles dudas, pero que quisiera compartir, no lo niego. Puede que sea igual, en cualquier caso, para los unos o para los otros; quiero decir que de nada valdría mentir o

decir la verdad sobre cuestiones que no se cotizan. Pero, incluso admitiendo que pudiese ser así, me complazco en la duda de que, quizá, algo reviente en alguna mente perezosa; no estaría mal poder ver de qué está hecha, ¿no os parece?

Pobrecitos. Ahora me estoy dirigiendo a mis personajes en una ocasión tan irreal como un sueño. Os van a desollar. El caso es que yo os puse a andar sin prejuicios previos ni previos esquemas y resultó, ¡oh, fatalidad!, que terminasteis por inhibir mi voluntad de intentar sacar de vosotros algo positivo; hombres y mujeres de provecho, ejemplares (de ejemplaridad) para los demás, como se dice cuando hablamos de nuestros hijos de carne y hueso, y no sé sí de algo más, o de los hijos del vecino, por la afición a las comparaciones. Lo siento, no he tenido suerte. A la frustración la llamamos mala suerte, yo incluido. Pero sois mis *hijos,* así que espero que comprendan por qué os dejo vivir circulando tinta por vuestras venas; aunque no prevea si me sobreviviréis y el fin que os espera en este mundo en el que os he puesto. Desde luego, mucho habrían de cambiar las cosas para que os premien con la estima permanente, si, como leo, sobrecogida mi conciencia moral y si mi ignorancia no me traiciona, todavía *"Se considera como mérito la circunstancia de que la historia ponga de relieve y exalte una virtud."* Supongo que, y en este caso, mejor sería si fuesen varias. *O un valor humano con sentido de ejemplaridad."* Pues si ha de ser así, mi escepticismo me dice que iremos de culo, hijos. Fin del sueño.

Alguien me dirá que soy un cínico, todo menos idiota, espero, o algo más: por ejemplo que no me entienden porque no me explico, y algunos añadirán con indiferencia, y no hay mayor muestra de idiotez que la indiferencia, pues por la indiferencia se cae en el tedio, y una persona aburrida es la faz de la idiotez, ¿o no?, bueno, quizá no exactamente; que afortunadamente las opiniones y actos de los demás, por lo general, no

modifican los pensamientos y las conductas de aquellos a los que pareciera van dirigidas y mostrados…

Esto último, de ser así, no puede gustarme; me hace suponer que más allá de esta historia y sus personajes, todo el que la haya leído seguirá por su lado, a lo suyo, sin mayor desasosiego y alimentando su espíritu con ideas rápidas, prestadas, como su cuerpo de comida basura; un hombre-payaso. Pues, ¡diablos!, no debería ser así. Ya sé que todos, en general, participamos, con más o menos mesura, de la ingenuidad de algunos filósofos que creen en la permanente *bondad del Hombre,* aunque a veces esa bondad se confunda con la estupidez en cualquiera de sus acepciones. Un remedio no vendría mal ¿no? Yo lo estoy buscando denodadamente para mí, aunque todavía y, sinceramente, no sé para qué me ha de servir… Acepto que me acompañen.

Releo lo hasta aquí escrito. Esto parece, más bien, una especie de caos, ¿verdad? Pues sí. Es que quiero que lo sea, sería mi única coherencia. El caos es la nada un poco revuelta. Soy consciente, y de ello me complazco, que esto es *nada*, pero revuelta un poco… Aunque no lo percibamos, vivimos inmersos en el caos; nada es estable ni tiende al orden, asunto viejo que ya se le ocurrió a alguien y que en esta ocasión parece que acertó; bueno, lo dejaremos en axioma empírico, si queréis. Y asumiendo que las cosas son así, y ya nadie lo discute salvo la gente de orden, y pueden tener razón, mi esfuerzo ha ido encaminado a alcanzar la suprema sabiduría de poder reírme de mí mismo, aunque, lo presiento, esta risa no va de ser festiva y sí melancólica y amarga. De lo único que estoy seguro es de que sólo mi risa va a tener el futuro que yo tenga, que dijo alguien; melancólico y amargo como todo futuro incierto, a buen seguro, que digo yo. Pero también puede suceder el no tener futuro alguno; si se diera el caso, yo digo para mí, que siempre será mejor mirar para atrás y ver que no

dejas nada valioso. Por eso, con absoluta convicción... convicción, (qué palabra tan extraña, que lo mismo vale para un roto que un descosido) he decidido que esta obra mía, con todo esto, es la mejor forma de garantizarlo. Por supuesto que no lo afirmo; sólo lo creo, o lo pienso, o lo digo esperando acertar, o... ya veremos.